

Selección RNR

# Selección

## de amor

EBONY CLARK



Romance Actual

# LECCIÓN DE AMOR

*Ebony Clark*



1.ª edición: mayo, 2016

© 2016 by Ebony Clark

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-483-1

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla  
Créditos

Capítulo Uno  
Capítulo Dos  
Capítulo Tres  
Capítulo Cuatro  
Capítulo Cinco  
Capítulo Seis  
Capítulo Siete  
Epílogo  
Nota de la autora

Muchas personas en Juanita Fun creían que Lane McCrane era una mujer sin sentido del humor. Su pálido rostro enmarcado por aquella espesa mata de cabello castaño oscuro, sus ojos azules y los generosos labios que sonreían escasamente, podrían haber hecho de ella mujer hermosa si lo hubiese permitido. De hecho, lo era aun cuando ella pretendiera todo lo contrario, esforzándose lo mínimo en destacar sus encantos. La forma en que rehuía la coquetería confirmaba que no estaba interesada en destacar entre una multitud. Lane solía vestir de manera informal, con ropa cómoda que le permitiera moverse con agilidad entre sus pequeños alumnos y con la que no tenía que preocuparse del peligro de las manchas de chocolate y otras sustancias que hacían gritar de pavor a las demás maestras. Mejor unos tejanos que una falda corta. Mejor una camiseta de algodón que unos inútiles volantitos. Mejor zapatillas planas que arriesgados zapatos de tacón. Mejor convenientemente vestida que sugerentemente medio desnuda. Ninguno de sus compañeros de trabajo había podido averiguar si aquel empeño de la joven en esconder cada centímetro de su cuerpo respondía a un alarde de puritanismo o por el contrario, ella deseaba ocultar alguna espantosa cicatriz. O sencillamente, y aquella era la opinión más extendida, a Lane McCrane no le importaba si los demás la consideraban o no atractiva.

De cualquier modo, nadie se había interesado lo bastante como para tratar de descubrirlo. Nadie sabía nada de ella más que lo que ponía en las excelentes referencias que había aportado en su currículo. Por supuesto, aquellas referencias habían sido comprobadas con meticulosidad como era costumbre en la escuela. Veintiocho años, de madre norteamericana, se había criado en un orfanato después de que su padre las dejara y su madre fuera internada en un sanatorio. Por desgracia, la madre de Lane se había abandonado al alcohol y los médicos la habían desahuciado cuando Lane solo contaba con cinco años. Y así, del orfanato a unos cuantos hogares de acogida, era un milagro que hubiera sobrevivido y sacado su título de maestra con excelentes notas. Sus antiguos profesores se sentían orgullosos de poder hablar bien de la señorita McCrane, aunque no ocultaron su sorpresa cuando la señora Andrew les había llamado desde aquel pequeño pueblo perdido en la geografía del árido paisaje de Nuevo México, la Tierra de Encanto. Habían creído que Lane estaría ya casada y sería madre de uno o dos críos. Pero no. Por alguna razón, ella estaba allí. En Juanita Fun, el lugar donde la gente se levantaba a las dos de la madrugada con el único objetivo de ver cruzar una estrella fugaz.

Fuera como fuera, Lane McCrane había elegido aquel sitio para echar raíces. Era cuanto sabían de ella. Nada de novios ni amigos ni familia. Por lo mismo, no era extraño que fuera algo huraña en sus relaciones personales. Los demás profesores la saludaban cada mañana mientras servían el café en sus tazas, pero evitaban cualquier contacto. «La señorita Pepinillo», la llamaban a sus espaldas, aludiendo a su agrio carácter y en más de una ocasión, la misma Lane había escuchado aquel comentario por los pasillos, aunque fingía que no le dolía.

Incluso por el pueblo la llamaban ya así y la señora Andrew creía que no era justo para ella. Una mujer tan joven y bonita... Merecía algo más que la compañía de Patty Sims, otra profesora y quizá su mejor y única amiga, y de unos cuantos mocosos, por más que ella siempre dijera que su trabajo era lo más importante en su vida.

Lane era una joven agradable con sus pequeños alumnos, no cabía duda. Les escuchaba, se preocupaba por ellos y les dedicaba toda su atención. Siempre tenía una palabra amable a pesar de que eran unos diablillos incansables. Y durante las clases, Lane se transformaba y dejaba de ser la mujer seria e inaccesible a cuyos pensamientos nadie podía llegar.

Los chicos de su clase la adoraban en realidad. Pero con los adultos era otra historia. Es lo que pensaba todavía la directora de la Escuela Clarence cuando Lane se sentó y la miró con expresión preocupada.

La señora Andrew sonrió para tranquilizarla. En los dos meses que Lane McCrane llevaba trabajando allí, nunca habían recibido una sola queja sobre su comportamiento con los niños. De hecho, muchos padres habían elogiado el trabajo que realizaba con ellos. Decían que sus hijos se mostraban más receptivos, creativos y educados y lo achacaban al buen hacer de su maestra. Sin embargo...

Echó una breve ojeada a la nota enviada por Clyde Bransow. La había dejado sobre la mesa intencionadamente. Quería ver la reacción de Lane cuando la descubriera porque, a pesar del aprecio que sentía por la nueva maestra, necesitaba estar segura de que no se equivocaba con ella. Hasta el momento, solo disponía de la versión de Clyde, no muy fiable por cierto, dado su mal carácter y escasa paciencia.

Amelia Andrew conocía a Clyde desde que era un mocoso y sabía distinguir por el contenido de su nota cuándo estaba realmente enfadado. Mientras la leía le venía a la mente una clara imagen del hombre: la mandíbula apretada, escupiéndole las palabras al papel, contrariado por el atrevimiento de la maestra, quien, por otro lado y como él mismo seguramente habría deseado añadir, «no era uno de ellos».

Era el estilo de Clyde. Ruidoso como un toro en una cristalería, preparado para ponerse sus pinturas de guerra siempre que la batalla mereciera la pena. Por otro lado, y aquí es donde empezaba a preocuparse, estaba completamente segura de que el temperamental Clyde estaba a punto de conocer a un adversario de su talla. Lo peor de todo es que sospechaba que ninguno de los dos cedería un milímetro, por lo que su papel de mediadora se presentaba bastante difícil.

—Señorita McCrane, ¿sabe por qué la he hecho venir a mi despacho? —preguntó con tono amable; era importante romper la tensión en el ambiente.

Lane le devolvió la mirada, sin poder evitar que sus ojos volaran con cierto disimulo hasta la nota firmada con el apellido Bransow.

—Creo que sí, señora Andrew —contestó y su voz era firme—. Es por el chico Bransow, ¿no es así?

—En efecto. Parece que el pequeño Ben ha tenido problemas últimamente —observó, aguardando la reacción de la joven. Lane no dijo nada—. ¿No va a contármelo, Lane?

—No es importante —mintió, pensando que era lo mejor para el chico.

Lane se mordió los labios con una mezcla de rabia y remordimientos. ¿Por qué había tenido que dirigirse a la señora Andrew precisamente? Clyde Bransow podía haber contestado a alguna de las diez notas que le había enviado para citarle en la escuela. Sinceramente, habría querido solucionar aquello sin que las cosas fueran a mayores, pero aquel incidente el día anterior... El terrible comportamiento de Ben lo había acelerado todo. Y ahora, debía justificar ante la señora Andrew su silencio y se sentía fatal por habérselo ocultado.

—¿En serio? Entonces, ¿puede decirme por qué su padre me envía esta acalorada nota en la que me pide que le explique por qué no somos capaces de controlar a su hijo?

—El señor Bransow debió preguntarme primero, antes de enviar esa nota. Quizá debió preguntar también a su hijo y así por lo menos conocería el sonido de su voz —replicó, tratando de mantener la calma. En realidad, le apetecía, y mucho, expresar abiertamente la opinión que le merecía el tal Clyde Bransow.

Se contenía como podía. La sangre le hervía en las venas al imaginarse al insociable señor Bransow, dueño del mayor rancho del pueblo y también de la mayor cabeza dura por lo que sabía, desoyendo sus peticiones y derivando su responsabilidad como padre, una vez más.

Lane tenía la teoría, y sí, aceptaba que estaba siendo prejuiciosa, de que Clyde Bransow había perdido todo interés por la educación de su hijo desde la muerte de su esposa, cinco años antes. Pero sus prejuicios no eran del todo gratuitos. Aunque no solía prestar atención a los chismes, no podía evitar escuchar algunos. Parecía que el señor Bransow había sabido rodearse de gente amable y eficiente que le hiciera aquel trabajo. Personas que, como ella, suplían con su cariño las atenciones que Clyde seguramente negaba a su hijo. Y aunque solo le había visto en una ocasión, durante el baile de inauguración del nuevo aserradero, había bastado para que la mala imagen que tenía de él se confirmara.

Atractivo, fuerte y arrogante. Eran las palabras que le describían a la perfección. Pero no había visto un ápice de humanidad en su mirada. Solo era otro padre que pensaba que los hijos eran un estorbo. No era el tipo de hombre al que uno se imaginaría sentado en la orilla de la cama leyendo un cuento a su hijo. El tiempo de un duro vaquero era demasiado valioso para perderlo con tareas tan delicadas que siempre podía delegar en otras personas. En el mundo de los hombres como Clyde, no había espacio para cuentos mientras hubiera vallas que reparar, vacas que ordeñar, *whisky* que beber o partidas de cartas que organizar.

Estaba siendo prejuiciosa, se repitió mentalmente. De hecho odiaba serlo. Se había jurado que no le colocaría al señor Bransow una etiqueta antes de conocerle, pero él se lo ponía bastante difícil cuando todo lo que hacía era dirigir notas venenosas a la señora Andrew, en lugar de enfrentarse a ella y reconocer que quizá, solo quizá, su mirada de vaquero no sabía ver más allá del ala de su sombrero.

Sin embargo, la primera vez que había visto a Ben, Lane había comprendido que aunque despreciara lo que Clyde Bransow representaba, jamás podría ignorar la súplica silenciosa en los ojos del niño. La necesitaba. Necesitaba a cualquiera que pudiera ofrecerle un poco de aquel amor que, presumía, su padre le negaba, quizá porque le culpaba de la muerte de su madre. Pero Ben no tenía la culpa. Solo era un niño asustado y solitario que se portaba mal para llamar la atención. Y Lane estaba completamente decidida a no dejar que el señor Bransow mirase hacia otro lado, mientras esperaba que Ben solucionara sus problemas solo.

—Eso no es una respuesta, Señorita McCrane —la reprendió la señora Andrew, ocultando en cierto modo la satisfacción que le producía la expresión de su maestra.

Su rostro tenía la fiera de una tigresa protegiendo a sus cachorros. Y para entonces, la señora Andrew ya había comprendido que el joven Ben era su cachorro.

No obstante, Lane McCrane no debía olvidar que Ben tenía un padre. Ella no podía actuar a su antojo en la educación del niño pasando por encima de la autoridad de su propio padre. Y aquella nota... Lane podía meterse en un lío muy serio si no se disculpaba con el señor Bransow. Suspiró, clavando sus astutos ojos en ella.

—Lane... —insistió—. En realidad, ya sabe por qué la he hecho venir, ¿no es cierto?

—Tengo una ligera idea —respondió con terquedad.

Sabía que la señora Andrew era su aliada. Pero también sabía que haría lo que fuera necesario para mantener la buena reputación de la Escuela. Incluido despedir a una maestra tozuda y entrometida que se tomaba demasiadas libertades con sus alumnos.

—Lane, ¿es cierto que le sugirió al señor Bransow que enviase a Ben a un psiquiatra? —la interrogó.

—No es cierto.

—¿No lo es, Lane? —insistió.

—Solo sugerí al señor Bransow que, ya que se negaba a venir a la escuela para tratar sobre los problemas de su hijo, tal vez sería conveniente que un psicólogo hablara con Ben. Solo eso.

—¿Solo eso? —repetió Amelia Andrew con cierta desconfianza.

—Bueno... Tal vez sí sugerí que el propio Clyde Bransow debía buscar ayuda profesional —reconoció, ligeramente avergonzada.

—¿Y no se le ocurrió que habría sido conveniente que primero hablara conmigo de ese asunto en lugar de ponernos en una situación tan delicada con el señor Bransow?

—Solo pensaba en el bienestar de Ben, señora Andrew —contestó con sinceridad, y su expresión se transformó con súbita ternura al continuar—. De verdad... No quería que nadie se molestara por mi culpa. Yo solo... Entiendo que no debí actuar por mi cuenta, pero ese crío...

—Lo sé. Es revoltoso y maleducado. Pelea con todos, revoluciona la clase y desobedece a cualquier adulto que se le acerca. Para su información, le diré que ya he recibido quejas de otros padres con respecto a ese chico. Estoy al tanto de sus fechorías, señorita McCrane. Soy vieja, pero no tonta —le recordó con una media sonrisa—. Lo que vuelve a convertirla en culpable, ¿no cree? Soy la directora de esta Escuela. Creo que tengo derecho a saber lo que sucede con mis alumnos.

—Lo siento. Pero es que Ben... Hay algo en él que me conmueve infinitamente, señora Andrew. Debería haber visto algunos de sus dibujos.

La mujer arqueó las cejas y Lane titubeó.

—Vamos, señorita McCrane. No tenemos todo el día —apresuró, recordando que no le había dicho a Lane que esperaba otra visita en breve.

—Es un chico tan silencioso... Suelo sorprenderle en mitad de la clase, dibujando en el cuaderno donde debería estar haciendo los deberes que dicto —explicó—. Siempre son dibujos en los que solo aparece él. Montando en bicicleta o a caballo, jugando a la pelota, nadando. Solo él, señora Andrew. Cuando le pregunto, me mira con su pequeña carita y se encoge de hombros. En una ocasión me preguntó si yo creía que su papá no le quería porque su mamá se había ido al Cielo cuando nació, ¿puede creerlo? Ese mismo día le rompió la nariz a Billy Jackson.

—Entiendo.

—Oh, no... No creo que pueda entender cómo se siente un niño de cinco años cuando su propio padre le abandona. —Y en ese momento, Lane no parecía referirse a Ben, sino a alguien mucho más próximo.

—En cualquier caso, debió consultar conmigo antes de decidir nada, señorita McCrane.

—Lo lamento —murmuró mirándose las manos—. ¿Y ahora, qué? ¿Qué espera que haga, señora Andrew? ¿Bransow exige una disculpa formal? Se la daré. Deme lápiz y papel y le escribiré una nota expresándole cuánto lo siento.

Por lo que sabía, Clyde Bransow salía cada amanecer y regresaba al caer la noche, lo bastante tarde para librarse de sus responsabilidades paternas. Solo por eso, ya le despreciaba en su interior. ¿Cómo era capaz de estar siempre ausente mientras su hijo le necesitaba?

—No será necesario, señorita McCrane. Podrá disculparse personalmente con él. Clyde Bransow dijo que se reuniría hoy mismo conmigo. De hecho... —Miró su reloj y al mismo tiempo, sus ojos se desviaron hacia la puerta que se abría en ese instante—. Creo que acaba de llegar.

\*\*\*\*\*

En efecto, Clyde Bransow había llegado. Llenando con su enorme complexión el marco de la puerta, agitando con impaciencia su mano cuando la amable señora Andrew se había ofrecido para colgar su gabardina empapada.

Lane se volvió hacia él, consciente de que la observaba fijamente. No necesitaban presentaciones. Ambos sabían quién era el otro.

Clyde Bransow la examinaba como lo haría con un insecto al que quisiera aplastar bajo una de sus botas. Lane, por su parte, también le evaluaba con decisión.

El agua le caía por el cabello y la frente, deslizándose por sus pobladas cejas oscuras. Tenía la mandíbula tensa y los ojos le brillaban con intensidad. Tal vez debido al malhumor que le producía interrumpir algún importante que hacer, como una de sus partidas de póker, pensó con sarcasmo, para estar allí.

—Clyde, te presento a la señorita Lane McCrane.

A Lane le sorprendió que la señora Andrew se dirigiese a él con tanta familiaridad. Lo que no le sorprendió fue que el hombre ignorase la mano que ella le tendía y se mantuviera de pie, intimidándola con su estatura y su dura mirada.

—¿La señorita McCrane? —repetió con tono acerado—. ¿La misma señorita McCrane que pretende encerrar a mi hijo en un psiquiátrico?

Lane se alegraba de ser capaz de controlar su lengua. De lo contrario, le habría dicho algo poco amable, del tipo de «a quien habría que encerrar es a usted». Pero no tuvo valor para empezar una pelea en presencia de la pobre señora Andrew.

—Temo que ha habido un malentendido, señor Bransow... —A pesar de la animadversión que sentía hacia él, trató de mostrarse serena.

—Sin duda, lo ha habido. —Él se volvió hacia la directora con expresión rabiosa—. Espero sinceramente que me hayas hecho venir para comunicarme que esta mujer está despedida, Amelia.

La aludida se revolvió en su asiento contrariada. Veía que Clyde había venido en pie de guerra y que iba a costarle mucho convencerle de que Lane no merecía ser devorada por los lobos. Carraspeó y habló en tono conciliador aunque autoritario.

—Clyde, por favor. Sé razonable.

—¿Razonable? —Sus ojos la fulminaron un segundo antes de posarse en Lane—. Amelia, esta mujer ha tenido el descaro de escribirme unas líneas donde dice que mi hijo me importa un bledo. Y encima, me sugiere que le busque un loquero. ¿Te parece que tengo motivos para ser razonable?

—Clyde, la señorita McCrane no quiso...

—Oh, sí. Sí que quiso —la interrumpió con voz cortante, clavando sus fríos ojos en ella.

Lane fingió que aquella mirada no la sobrecogía, aunque en realidad, la había hecho estremecer por la fuerza interior que revelaba.

—Mírala bien, Amelia... No tiene la menor idea. No es de aquí, no es uno de los nuestros. Solo viene a la maldita escuela y enseña a los niños sus malditos juegos con pelotitas de colores. Y a final de mes, espera sentada su cheque y lo gasta en las tonterías en las que lo gastan las mujeres como ella. No sabe nada de nosotros y no le importamos más que una condenada boñiga de ternera. Pero se toma la libertad de decirnos cómo tenemos que educar a nuestros hijos. ¿Me equivoco, señorita McCrane?

Lane tomó aire, dispuesta a demostrarle que no le tenía miedo. De hecho, Clyde Bransow podía vociferar todo lo que quisiera, pero no se iría de allí sin escuchar unas cuantas verdades.

—En realidad, sí, señor Bransow. —Lane se armó de valor—. En primer lugar, debo informarle de que hace mucho tiempo que mi clase y yo abandonamos los juegos de pelotitas de colores. En segundo lugar, puede que tenga razón y que yo no sea uno de ustedes. Pero le garantizo que tengo en muy alta estima a esta escuela y le aseguro que todos y cada uno de los niños que acuden a mi clase significan mucho más para mí que una simple boñiga de ternera. Y en cuanto a lo de decirle cómo educar a su hijo, creo sinceramente que alguien debía hacerlo, ya que usted es tan tonto o tan insensible o ambas cosas a la vez como para hacerlo solo... Y sí, señor Bransow, también me alegro de conocerle.

Nada más terminar su alegato y a juzgar por la expresión del hombre, Lane supo que acababa de asestarle un puñetazo virtual en pleno rostro. Comprendió por fin el sentido de la expresión «pulverizar con la mirada».

En ese instante, Clyde Bransow la pulverizaba literalmente con su intensa mirada, mientras ella se preguntaba cuánto tiempo más tardaría la señora Andrew en extenderle el finiquito.

Después de un silencio que pareció interminable, Clyde dejó de mirarla y se dirigió a Amelia Andrew con una expresión indescifrable en el rostro.

—¿Vas a permitir que se salga con la suya, Amelia? —La pregunta estaba hecha en un tono tan amenazador que hizo que Lane contuviera el aliento.

—Me temo que sí, Clyde. —La respuesta de la señora Andrew también dejó a Lane sin aliento.

La vio palmear la espalda del hombre como si no fuera más que un muchacho travieso con una pataleta.

—Vamos, hombre —dijo la señora—. ¿Qué impresión crees que vas a causar en la señorita McCrane si no haces nada más que gritar e insultarla y no le das la oportunidad de explicarse? Pensará que es verdad todo eso que cuentan sobre tus antepasados salvajes.

—Y es verdad, Amelia... Y qué diantres... ¡no me importa lo que ella piense!

—Pero a mí sí, Clyde. ¿Acaso ya se te ha olvidado todo lo que aprendiste cuando tenías la misma edad que Ben ahora?

—Oh, no, Amelia... No voy a tolerar ese tipo de chantaje emocional. —Sacudió la cabeza, todavía tenso—. Ya no eres mi maestra y no soy un niño, no lo olvides. Y tu señorita... tu señorita *como se llame* ha roto una de las reglas de oro de la convivencia en Juanita Fun.

Lane no necesitaba preguntar cuál era, la imaginaba mientras sentía cómo los ojos del hombre la hacían picadillo: «¿No discutir jamás con el señor Bransow, quizá?». La idea le habría hecho sonreír de no ser porque estaba demasiado furiosa. En vez de eso, habló con total calma.

—Será mejor que tratemos esto como personas civilizadas, señor Bransow —sugirió.

—Usted... —Esta vez se volvió hacia ella para señalarla con un largo dedo índice que finalizaba en sugerentes callosidades, evidenciando que era un grosero redomado y también un trabajador nato—. Usted no sabe con quién se mete, señorita McCrane. A mí nadie me da órdenes. Mucho menos una maestra de escuela sosa, solterona y entrometida.

Lane supo por su cínica mirada que Bransow recordaba perfectamente el apodo que le habían endosado sus vecinos. Lo comprendió enseguida, por el tono sarcástico de su voz y por la forma en que torcía los labios, burlándose en silencio. Aquello había sido un golpe bajo. Pero Lane no dejó que su ausencia total de tacto la desanimara en la tarea que se había propuesto.

—Es posible que no sepa, señor Bransow —Lane pronunció el nombre con desdén a propósito—, que hacen falta algo más que unos cuantos insultos para hacerme perder los estribos. Y es posible también que, dados sus modales y sus costumbres, crea que voy a hacer lo que cualquiera de sus amigos de taberna haría en estas circunstancias. Pero lamento decepcionarle, señor Bransow. No tengo tiempo ni ganas para enzarzarme con usted en una vulgar pelea de salón. Lo siento, por aquí no rodarán los taburetes y nadie va a matar a nadie. Así que guarde sus pistolas, porque hoy no las necesitará, créame. No me conoce en absoluto y no sabe hasta qué punto la paciencia es en mí una virtud. De verdad, se queda corto si su intención es humillarme o ridiculizarme con esa burda interpretación de *Jet el Despreciable*.

Clyde frunció el ceño. Enseguida supo a qué se refería. La mordaz maestra le comparaba con el personaje amargado que interpretaba James Dean en la película *Gigante*. No sabía si le molestaba o le halagaba la comparación con aquel mito del cine. No se consideraba tan rebelde o necio como el protagonista de la escena. En cualquier caso, se vio a sí mismo después de vaciar una buena botella, con la mitad del cuerpo tirado sobre una tarima, ofreciendo un discurso sin sentido delante de todos sus vecinos mientras ella le miraba con la misma expresión de censura que tenía ahora. Tenía mucho descaro la señorita Lane al tratarle así en su primera cita, pensó.

—¿Ha terminado? —preguntó con una nota de retintín en la voz.

—No, aún no. —Lane sacó algunos dibujos del expediente de Ben que había traído consigo bajo el brazo. Se los mostró, pero él ni siquiera los miró. Entonces, Lane los agitó delante de él con impaciencia—. Dígame, señor Bransow, ¿qué es lo que ve?

—¿Pretende que interprete los dibujos de un crío de cinco años? Soy ganadero, señora, no crítico de arte —se burló.

—Señor Bransow, solo conteste a mi pregunta.

Clyde entrecerró los párpados para prestar atención a los dibujos que Lane iba pasando ante sus ojos.

—¿Qué me dice?—insistió ella.

—Está bien, señorita McCrane. Le confieso que estoy destrozado. Mi hijo nunca será Rembrandt, ¿y qué? —Su tono seguía siendo burlón.

—Clyde, por favor, escúchala. —La señora Andrew también se impacientaba por su actitud.

—¡Por todos los santos! Está consiguiendo asustarme, condenada maestra. —Obedeció a regañadientes la orden silenciosa de Amelia—. De acuerdo. Veo un chico. Creo que lo es, al menos... es difícil asegurarlo solo juntando los cuatro palos y el círculo de un monigote pintado de azul.

—¡Clyde!

—Está bien, está bien. —Resultaba evidente que se divertía a costa de ambas—. Monta en bici, monta a caballo, juega con algo redondo que podría ser una pelota. Es Ben, creo... ¿acerté?

—¿Qué es lo que no ve, señor Bransow?

—¿Cómo?

—¿Qué falta en estos dibujos? —le increpó Lane, extenuada por el esfuerzo de hacer comprender a aquel bruto sin sentimientos que ser padre era algo más que colocar un plato de estofado en la mesa cada día. Como Bransow no respondió, Lane se dio por vencida—. Usted, señor Bransow. Usted es lo que falta en los dibujos que ha hecho su hijo. —Y le habría encantado añadir «pedazo de alcornoque», pero sabía que tenía las de perder si cruzaba ciertos límites, así que se mordió la lengua.

—¿Yo?

—Eso he dicho. ¿No le parece extraño? Porque a mí sí me lo parece, señor Bransow. Por si no lo sabe, todos los niños incluyen a las personas de su familia en alguno de sus dibujos. Y antes de que me tilde de sabelotodo, sepa que eso no lo digo yo. Cualquier psicólogo de medio pelo le dirá que tengo razón. Los niños pintan su entorno, a sus padres, a sus amigos... Les pintan como les ven. Y a usted, señor Bransow, su hijo no le ve. Para Ben, es invisible... ¿Sigue siendo tan divertido para usted ahora?

Durante unos minutos, Bransow enmudeció, como si realmente estuviera meditando lo que ella acababa de decir. Se sentó sin despojarse de la gabardina y continuó mirando un rato más los dibujos y las notas que ella había garabateado en los márgenes de las hojas que formaban el expediente de Ben.

Finalmente, se levantó y caminó hacia la puerta sin que ninguna de las dos mujeres supiera si aquella era buena señal o no. Antes de llegar a la puerta, giró sobre los talones.

—¿Escribió todo eso sobre Ben? —La pregunta iba dirigida a Lane, pero ella no supo interpretar el nuevo matiz en su voz—. ¿Lo hizo?

Lane releyó donde Bransow había leído antes, justo donde ella había escrito «inteligente», «noble», «cariñoso» junto al nombre de Ben un par de veces, todas las que el niño así se había mostrado. Por supuesto, aquellas palabras pesaban mucho en la balanza a favor cuando se trataba de una personita de cinco años. Asintió.

—Ben es un gran chico, ¿sabe? —Carraspeó, recuperando enseguida su típico gesto de hombre duro—. La veré esta noche, señorita McCrane. Discutiremos este asunto durante la cena.

—¿Qué...?

—Dice que le importa mi hijo, ¿no es así?

—Y otros quince niños de mi clase, señor Bransow —replicó, molesta por su arrogancia. ¿Acaso creía que estaba a su entera disposición solo porque su hijo la enternecía?

—Ninguno es mío, lo juro. —¿Estaba bromeando? Lane creyó que sí por la cínica curvatura de sus labios—. Vamos, señorita McCrane. No querrá que un tonto sensible como yo estropee la educación de Ben, ¿verdad?

—Eso es coacción, señor Bransow. Muy hábil por su parte, pero no ha dado resultado. Estoy muy ocupada y no cenaré con usted —dijo inflexible.

—No sea remilgada, Lane McCrane. Y no se dé tantos aires, ¿quiere? Sé muy bien que no le llueven las invitaciones por aquí.

Amelia contuvo la risa al ver cómo Lane enrojecía de pies a cabeza.

—Eso es cierto, señorita McCrane —le recordó fingiendo seriedad.

—¡Señora Andrew!

—Oh, querida... Clyde tiene razón. Es demasiado remilgada. Además, Ben se alegrará de verla. Y podremos solucionar este asunto sin que vaya a peores.

—Esto es el colmo y no pienso ceder ante un chantaje...

—Vamos, McCrane, le estoy dando la oportunidad de rectificar su error —Clyde interrumpió su alegato sin contemplaciones—. ¿Acepta o no?

Lane le miró furiosa. Pero por otro lado, sabía que la señora Andrew tenía razón. Ben se sentiría orgulloso de poder contar a sus compañeros de clase que la señorita Lane había cenado en su casa. Y lo que era más importante, podría zanjar aquel asunto sin que Amelia tuviera que sufrir «la ira del todopoderoso Clyde Bransow».

Dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—Bien. A las siete. Y, señorita McCrane... sea puntual, ¿quiere? En mi casa, a los invitados que llegan tarde, los servimos de postre.

\*\*\*\*\*

Había llegado hacía unos minutos al rancho Bransow, pero en lugar de anunciarse, prefirió quedarse un rato fuera para sobreponerse a la sorpresa de descubrir que Clyde no vivía en una choza cubierta de pieles.

Con la cadera apoyada en la puerta de su coche, contemplaba con admiración la vasta extensión de tierra que abarcaba la propiedad de Clyde. Esperaba encontrar una choza austera en mitad de un desierto y la idea la hizo sentir una idiota. En su lugar, había encontrado algo que se parecía bastante a un hogar. Una construcción de dos plantas de paredes blancas a la que no faltaba un detalle. El porche con aquel balcón de madera recién pintado, el atrapasueños tintineando sobre la puerta de entrada, las ventanas decoradas con cortinas de alegres colores y un pequeño y cuidado jardín —rodeado por una valla blanca que no estaba cerrada— que desafiaba aquel árido paisaje.

Tirando una vez más de los prejuicios de los que, al parecer sin éxito, siempre pretendía huir, había imaginado que Clyde Bransow viviría como un salvaje y la esperaría fumando una enorme pipa frente a su *hogan*<sup>1</sup>.

Juanita Fun era un pequeño pueblo cercano a una reserva india y buena parte de su escasa población —apenas quinientos habitantes— la formaban los hijos y nietos de antiguos colonos blancos a los que el Gobierno Federal había vendido las tierras sobrantes del reparto a los indios. El resto de los habitantes censados eran antiguos miembros de la comunidad india que se había separado de la Nación Navajo por discrepancias con su sistema de Gobierno.

No era un secreto que muchos creían que adaptarse a las nuevas tecnologías y participar en otros campos de la economía tales como la minería o la especulación de la tierra era algo así como profanar las entrañas de la naturaleza y encolerizar a los dioses.

Del mismo modo, aquellas personas no compartían la idea de que la proliferación de casinos ayudara precisamente a progresar a la comunidad india. Por el contrario —y Lane opinaba lo mismo—, la experiencia demostraba que la aparición de los casinos no había proporcionado empleo y prosperidad a los nativos como prometía inicialmente, sino que había empujado a algunos indios a una vida de vicio y derroche que había logrado arruinar a muchos y alcoholizar a otros.

Por ese motivo, los navajos que preferían mantener sus antiguas tradiciones se habían establecido en Juanita Fun y como ella, pretendían vivir su vida lejos de los excesos de la vida moderna. Quizá Clyde Bransow era uno de ellos, aunque con diferencia, era el que tenía peor genio de todos los que Lane conocía. Aún lo meditaba cuando una voz la sacó súbitamente de sus cavilaciones.

—¿Usted nunca sonríe?

Lane se volvió sobresaltada. Al parecer, el señor Bransow tenía por costumbre aparecer en los momentos más inesperados. Lane se volvió, tropezando con su musculoso pecho y ruborizándose cuando la sostuvo un instante para evitar que perdiera el equilibrio. Se apartó de inmediato.

—Señor Bransow... No le he oído entrar.

—¿Y le sorprende, señorita McCrane? Llevo sangre india en las venas, querida —informó con arrogancia—. Creí que conocía todos los chismes sobre mí.

Lane frunció el ceño. Por supuesto que no pasaba las noches recopilando información sobre el árbol genealógico de Clyde Bransow. Mucho menos participaba de los rumores que circulaban sobre él... Aunque, para ser franca, en las últimas horas había prestado especial atención a algunos de ellos. Por supuesto, fingió lo contrario.

—Ya veo. Supongo que eso le convierte en algo así como una especie de *boy scout*, ¿no es así? —se burló, furiosa porque él seguía tratando de ridiculizarla.

—Qué graciosa es usted, Lane McCrane. Sígame.

Lane lo hizo, a sabiendas de que a los hombres como Clyde no les gustaba repetir las cosas. No podía evitar recordar su advertencia sobre los invitados que se



servían como *postre*; una broma que en cualquier otra persona aceptaría de buen grado, pero tratándose de Clyde Bransow...

—¿A dónde vamos? —preguntó, respirando agitadamente; le costaba un gran esfuerzo adecuar su paso a las enormes zancadas del hombre.

—A los establos.

—¿Vamos a cenar en los establos? —inquirió con sorpresa.

—Claro que no. Una de mis yeguas está enferma. Quiero echarle un vistazo antes de la cena.

Lane no puso objeciones. Mientras se dirigían hacia allí, no podía evitar sentir cierta curiosidad por ver cómo un tipo duro como aquel mostraba su lado más sensible.

Le vio empujar la pesada puerta de madera y levantar el brazo, haciéndole un gesto para que pasara por debajo, sosteniendo mientras tanto el portón con teatral galantería. Le siguió en silencio, observando con interés a los animales que permanecían en compartimentos separados en el interior del establo.

Clyde se detuvo frente a una de las cuadras y levantó el cerrojo, aunque esta vez pasó primero para evitar que el animal se pusiera nervioso con la presencia de una extraña. Cuando estuvo junto al caballo, le palmeó el lomo varias veces. La yegua emitió un débil gemido y giró la cabeza hacia él, mirándole con sus brillantes ojos, tan negros como los del propio Clyde.

—¿Es grave?

Clyde cogió un cazo que había cerca y le pidió a Lane que lo llenara con agua del bebedero que había a escasos metros.

Ella hizo lo que le pedía y contempló cómo el hombre lo acercaba a la boca de la yegua y la obligaba a beber con inusitada paciencia.

—Aún no lo sabemos. Confío en que no. Es una chica valiente, ¿no es así, Tracy?

Lane desvió la mirada cuando Clyde se sacó la camisa de los vaqueros y se restregó la frente con la manga. Parecía cansado. A Lane le pareció que era la oportunidad perfecta para huir. Después de todo, ya había demostrado su buena voluntad solo por estar allí. Esperaba que con su gesto, Bransow olvidase aquel malentendido y ambos pudieran seguir ignorándose.

—Si quiere, podemos dejar la cena para otra ocasión —sugirió, con la esperanza de que el señor Bransow aceptara con rapidez.

—Claro que no. Qué tontería. Solo deme un par de minutos, ¿quiere? —Clyde abandonó el establo y Lane corrió nuevamente tras él—. Me cambiaré de ropa y podremos compartir todas sus maravillosas ideas sobre la educación de mi hijo.

Lane percibió la nota de sarcasmo en su voz, pero prefirió no decir nada. Escogió guardar su artillería pesada por si el señor Bransow decidía jugar a humillarla otra vez.

—¿Dónde está Ben? —Lane buscó con la mirada al pequeño.

Clyde encogió los hombros desde la escalera y le hizo un gesto para que se uniera a las mujeres que trasteaban en la cocina.

—Pregunte a Rosita. Creo que ese demonio andaba hace un segundo bajo sus faldas.

—Perfecto. Que pregunte a Rosita. —Lo había dicho como si ella, en lugar de la recién llegada que no conocía a nadie, fuera una invitada habitual y conociera a la tal Rosita de toda la vida.

Aun así, siguió su consejo, básicamente porque le apetecía buscar la compañía de otras personas para soportar el resto de la velada.

Lane esperaba que las mujeres la ignorasen o la mirasen como el bicho raro de ciudad que coincidía a la perfección con la idea que Bransow tenía de ella. También era de esperar que tal vez las hubiera predispuesto en su contra.

Para su sorpresa, quisieron que se uniera al ritual de preparar la cena para los hombres. Era todo tan típicamente tradicional que sintió el irrefrenable deseo de darles un par de buenos consejos sobre la vida de la mujer en el siglo XXI. Claro que no era apropiado dada las circunstancias. Supo que Clyde Bransow le había dado la oportunidad de enterrar el hacha de guerra con aquella invitación y no debía estropearlo.

Además, presintió que no había nada de machismo en el modo en que ellas repartían las tareas o preparaban la comida. Sencillamente, estaban ahí y lo hacían sin más, lo asumían porque era su trabajo como el de Lane era que los niños aprendieran ciencias y lengua. Lo dejó estar, ordenando a su *alter ego* reivindicativo que volviera por donde había venido.

Poco después, mientras cenaban, volvió a sentir aquella incómoda sensación que hacía que los tipos como Clyde no le gustaran. Bransow estaba al otro lado de la mesa, bebiendo con lentitud su cerveza fría y observándola con la expresión de un cazador que vigila su presa. Lane reconoció que el señor Bransow no era exactamente como esperaba. Le había imaginado dirigiendo su rancho desde la distancia y dando órdenes a diestro y siniestro sin mezclarse con sus empleados. Pero estaba equivocada. Los hombres de Clyde habían cenado en aquella misma mesa y ahora se retiraban paulatinamente. Todo muy hermanado, todo muy humilde... Claro que eso no lo convertía en un santo.

Ben, que había sido encantador durante toda la velada, excepto por su pequeña rabieta a causa del postre, comenzaba a cerrar los ojos.

Lane dejó que se acurrucara en su regazo y lo mecía con suavidad. Aquel chiquillo despertaba toda su ternura, lo reconocía.

Se sonrojó cuando sus ojos se encontraron en la distancia con los de él. La mirada de Clyde se había ensombrecido. O tal vez solo era la noche que caía sobre ellos.

—Será mejor que Rosita le lleve arriba —comentó Clyde y al momento, la amable mujer cogió al crío entre los brazos y se lo llevó.

A Lane le habría gustado presenciar alguna escena más paternal. Algo así como que él le acostara personalmente y le diera las buenas noches. Pero se trataba del impenetrable Clyde Bransow, dueño y señor de todo lo que la vista le alcanzaba en ese momento. No esperaba grandes concesiones el primer día.

—¿Y bien, señorita McCrane? ¿Qué le ha parecido? —Al ver cómo ella fruncía el ceño, añadió—: Nuestro «asado Juanita».

—Oh. Muy rico, de verdad. Aunque no he podido terminarlo. —Se tocó el estómago, indicando que estaba realmente llena.

Los ojos de él siguieron sus movimientos y Lane se estiró en la silla, incómoda de nuevo por su penetrante mirada.

—Ya veo. Las chicas de ciudad se preocupan demasiado por su figura —comentó con ironía—. Aunque usted parece tener buen apetito.

—Eso es porque tengo otras preocupaciones, señor Bransow —se defendió, resuelta a no dejarse intimidar.

—¿De veras? Supongo que ahora formo parte del «increíble universo de inquietudes de la señorita McCrane». ¿Me equivoco? —Le lanzó otra cerveza y ella la cogió en el aire.

Destapó una para él sin apartar la mirada un momento.

—No sea tan arrogante, señor Bransow. Hace mucho tiempo que dejé de soñar con fornidos vaqueros y príncipes azules.

—Gracias por el piropro. —Él no ocultó la diversión que le producía el pueril intento de ella por mantener la calma—. Pero no me refería a ese tipo de inquietud en realidad, sino a mis nulas virtudes como padre.

Lane se atragantó con la cerveza, pero fingió que no le había escuchado.

—En cuanto a Ben... —Clyde abandonó su asiento preferente en la mesa y ocupó una silla junto a ella. Levantó los pies, calzados con pesadas botas y los colocó sobre la mesa, muy cerca de ella. Era un claro gesto de presunción que pretendía que ella tuviera claro quién estaba al mando—. Quiero que sepa algo, señorita McCrane. Ben está enamorado de usted.

La confesión la había cogido desprevenida; no estaba preparada para algo así y en consecuencia, no tenía lista alguna respuesta mordaz. Lane rio con suavidad.

—No es extraño, señor Bransow. Todos los chicos de cinco años se enamoran de sus maestras, ¿no lo sabía?

—¿Y qué hacen las maestras? ¿Prometerse con todos para evitar que sufran traumas cuando son adultos?

Lane rio de nuevo ante su evidente buen humor.

—Bueno, nadie dijo que este oficio estuviera desprovisto de peligros.

—Hablo en serio, Lane... ¿puedo llamarla así, verdad? —No esperó a que ella le autorizara—. Quiero decir que Ben realmente se ha enamorado de usted. ¿Recuerda que me dijo que mirara los dibujos de Ben? Lo hice. He estado revisando algunos de los que guarda en su habitación.

Ella le dirigió una mirada inquisidora, sin comprender.

—Ben la adora, es usted su musa. Y he de decir, Lane, que gana mucho en traje de baño.

Lane suspiró. Clyde Bransow había colmado su paciencia la primera noche. No podía creer que alguien pudiera llegar a ser tan atractivo y exasperante a la vez. Pero ahí estaba otra vez, intentando ridiculizarla en lugar de ocuparse del asunto que de verdad importaba. Dejó su lata de cerveza vacía en la mesa y se dispuso a marcharse.

—Ya veo que no tiene demasiado interés en tomarse esto en serio, señor Bransow. Así que si me disculpa...

Pero antes de que pudiera darse cuenta, los dedos de él se cerraron sobre su muñeca, impidiendo que huyera.

—Me lo tomo muy en serio, señorita McCrane.

—No le creo. —Trató de soltarse, pero los dedos de Clyde permanecieron impasibles—. Suélteme. La velada ha terminado, señor Bransow.

—Aún no, querida.

—Yo creo que sí. Y le advierto que puedo chillar tan alto que va a tener que usar todo su encanto para convencer a los demás de que no estaba siendo un chico malo. —Le retó a que la detuviera. Clyde la soltó con lentitud, pero no se apartó—. Gracias.

—¿Sale huyendo, Lane? —espetó con sarcasmo—. ¿De qué tiene miedo? ¿Acaso teme que quiera llevarme su preciosa cabellera como recuerdo, señorita McCrane?

—Oh, por favor... No me impresiona. —Ella sonrió, francamente nerviosa por su proximidad.

—¿En serio?

Por el modo en que la miraba, Lane comprendió que no se lo había tragado. Lo cierto es que sí le impresionaba. Y mucho. Aquel hombre se le antojaba un enorme interrogante sobre el que también pendía una enorme señal de peligro. «Peligro, peligro...», se repitió Lane mentalmente, aunque aún no sabía por qué.

—Sabe muy bien que me traje aquí con la intención de darme una lección. Por atreverme a cuestionarle con respecto a Ben. Nada menos que yo, una don nadie, la señorita Pepinillo, resulta gracioso, ¿no es cierto? Sí, no ponga esa cara de inocente, le calé desde el principio. Y, ¿sabe qué, señor Bransow? Puede que sea una chica de ciudad. Pero me crié en un barrio donde tenías que ser fuerte para sobrevivir. Y aunque odio los chismes, no he podido evitar escuchar uno muy curioso sobre usted.

—¿Ah, sí? Sorpréndame. —Clyde parecía realmente interesado, con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios torcidos en una seductora sonrisa.

—Que le llaman *K'aalógii* —soltó, sintiéndose inexplicablemente a salvo ahora que había colocado una expresión de sorpresa en el rostro masculino. Añadió—: Y también he hecho mis deberes. En la lengua de los navajos, eso quiere decir *mariposa*. No parece demasiado peligroso... ¿Usted qué opina, señor Bransow?

Clyde no contestó. Se limitó a mirarla con fijeza y la siguió afuera, mientras Lane se dirigía hacia su vieja y descuidada camioneta.

Era un modelo de segunda mano que había comprado de forma impulsiva al llegar a Juanita quizá porque se sentía identificada con ella. No es que se considerase una mujer de segunda mano, pero sí utilizada y abandonada. Aunque por suerte, todo aquello pertenecía al pasado.

En un par de zancadas, Clyde estaba junto a ella. Se apoyó en la ventanilla y Lane encendió el motor, asomando la cabeza para enfrentarse a aquellos ojos negros como la noche que se cernía sobre ellos.

—Si quiere que hablemos de Ben, ya sabe dónde encontrarme. —Se despidió agitando una mano en el aire.

No necesitó volver la mirada atrás para saber que su anfitrión mascullaba su fracaso entre dientes. La invadió una extraña sensación de júbilo a la que pronto sustituyó otra inquietante sensación de desasosiego. Su intuición le decía que alguien como Clyde Bransow no sabría encajar deportivamente una derrota.

---

<sup>1</sup> Los hogan es el nombre que reciben las chozas construidas en madera y barro por los indios navajos; estas chozas les servían antiguamente de hogar y todavía en la actualidad siguen siendo construidas por algunos miembros de la comunidad india.

—¿Qué tal tu reunión con Clyde Bransow? —preguntó Patty.

Lane se limitó a encoger los hombros.

—Vamos, no seas tan reservada, Lane. Ya sabes que me muero de curiosidad.

—Bueno... Digamos que el señor Bransow y yo no recordaremos esa cita como la mejor de nuestras vidas —simplificó con sarcasmo.

—Vaya, Lane. Tenía la esperanza de que le hubieras dado una buena lección a Clyde. —Al ver que Lane arqueaba las cejas con curiosidad, sonrió tímidamente—.

Lo siento, Lane. No me odies. Pero cuando la señorita Amelia me dijo que el hijo de Clyde Bransow ya tenía edad para venir al colegio, hice lo posible por evitar que estuviera en mi clase.

—¿Por qué hiciste eso, Patty? —preguntó, sin poder creer que alguien con el corazón de Patty hiciera algo así.

—Porque siempre supe que no nací para enfrentarme a la ira de Clyde.

—Sobreestimas a ese hombre, Patty. No tuve la sensación de que fuera un ogro devorador de maestras, te lo aseguro.

—No le conoces tanto, Lane. Clyde Bransow es... como un volcán a punto de entrar en erupción. Vaya, no quiero asustarte. Tan solo te diré que Clyde no es famoso precisamente por sus buenos modales. Supongo que habrás oído algo sobre él, ¿no?

—Sí —aceptó Lane, recogiendo del suelo los lápices de colores que los niños habían olvidado guardar tras la clase—. He oído que tiene sangre india. Que de pequeño, era el azote de los críos de su edad. Que se ha ganado todo lo que tiene a base de esfuerzo. Que estuvo casado. Y que pasa menos tiempo con su hijo del que un niño necesita para sentirse querido.

—Entonces, sabrás también que la gente de Juanita Fun le admira y le respeta. Le consideran un tipo justo, aunque algo cabezota. Y no le gusta dejarse ver demasiado, aunque uno sabe que puede contar con él si se enferman sus terneras.

—No exageres, Patty. A mí me pareció un auténtico cavernícola, pero tal y como lo cuentas, haces que parezca una especie de Robin Hood del Oeste —se burló.

—No bromees. La gente le aprecia de verdad, Lane. Pero todos sabemos que no es aconsejable hacerle enfadar.

—Está bien. Puede que el señor Bransow y yo no seamos amigos, eso es cierto. Pero no quemará la escuela porque la maestra de su hijo le caiga mal, ¿verdad?

—Ponle a prueba y verás. —Patty le ofreció una manzana roja, hermosa. Lane la mordisqueó con distracción—. En realidad, no es mal tipo, ¿sabes?

—¿En serio? —Lane la miró con una sonrisa maliciosa en los labios—. Creí que habías dicho que era un huracán.

—No seas así, Lane. Si Carrie no hubiera tenido aquel accidente... —Su mirada se ensombreció un instante—. Bueno... Supongo que todos los hombres que pierden a su esposa en esas circunstancias y se quedan solos con un niño recién nacido, tienen derecho a volverse huraños.

—¿Qué pasó? —preguntó Lane con sincero interés.

—Fue una estupidez por parte de Carrie. Tendrías que haberla conocido. Fuimos juntas a la escuela, ¿lo sabías? —Lane escuchaba con atención—. Ella y Clyde llevaban unos meses bastante malos. Bueno, seguían apareciendo juntos por el pueblo y todo eso... Pero era un secreto a voces que no se soportaban. Sobre todo, después de que Carrie se quedara embarazada.

—¿Por qué?

—Supongo que porque ella no quería tener hijos y Clyde sí. Eso fue el principio del fin. —Patty hizo una pequeña pausa para terminar de engullir su manzana y después la lanzó a la papelera con sorprendente puntería—. No es que Carrie fuera mala persona. Simplemente, dejó de creer que Clyde fuera el hombre ideal. Era un tipo bastante codiciado, ¿sabes? Ya me entiendes. Guapo, honrado, trabajador... Las chicas se lo rifaban en los bailes, aunque por entonces era bastante patoso. Y también era el terror de los padres, porque el pobre no tenía un céntimo. Su madre, que era una auténtica descendiente de un jefe tribal navajo, le crió sola y murió cuando aún era un adolescente. Le adorábamos más por ese motivo y por el modo en que se revelaba contra todo en su afán por demostrar hasta dónde podía llegar si se lo proponía. Carrie le persiguió desde la escuela y consiguió casarse con él. Al poco, Clyde había reunido una pequeña fortuna con gran esfuerzo. Pero en cuanto lo tuvo, el hechizo se deshizo. En el fondo, Carrie necesitaba algo más y creo que Clyde siempre lo supo.

—Parece que la admirabas —observó Lane, arrojando a su vez el rabito de su manzana al cesto.

—¿Admirarla? Todo el pueblo la quería —reconoció—. Era nuestra preciosa Carrie, *Reina del Festival de Otoño*. No había nadie en Juanita Fun que no girase la cabeza para verla pasar. Incluido Clyde. Tenías que ver los regalos que le hacía... Y eso que por aquel entonces, trabajaba de sol a sol para comprar las tierras donde ahora está su rancho. La adoraba. Como la mitad de los hombres de este pueblo.

—En ese caso, creo que esa Carrie fue bastante necia, ¿no crees? —Lane no tenía por costumbre disfrazar sus opiniones. No le importó que Patty la mirase con cierto reproche—. Quiero decir que si su vida era tan fantástica, ¿por qué lo estropeó? Dijiste que el accidente fue una estupidez por su parte.

—Lo fue —asintió—. Estaba a punto de dar a luz. Dicen que Clyde le había pedido que no montara a esa maldita yegua hasta después del parto. Ella era una gran amazona y no quería escuchar a los médicos cuando decían que era peligroso dado su estado. Pero Carrie era caprichosa. Y cabezota. No sabes lo tozuda que podía llegar a ser... Finalmente, después de una discusión, sacó a la yegua de los establos y salió a montar. Creo que lo hizo solo para molestar a Clyde. Pero solo logró perjudicarse a ella misma. Clyde la encontró a pocos metros de la casa, había perdido mucha sangre... El resto, ya lo sabes.

—Es una historia horrible —murmuró Lane, sintiendo una punzada de culpabilidad por haber juzgado a aquel hombre con tanta ligereza.

—Lo es. Y es la causa de que Clyde Bransow sea un tipo insoportable. Y por ese motivo, doy gracias a Dios porque llegaras a este pueblo. —Patty sonrió—. Te juro que no sabría enfrentarme a él, ni siquiera por el pobre Ben.

—Lo dices como si el simple hecho de darle unos cuantos consejos sobre su hijo, hubiera hecho estallar la Tercera Guerra Mundial. —Lane trató de restarle importancia al asunto.

—Lane... Creo que debes saber algo. —Patty no sabía si contárselo. Apreciaba a su nueva amiga y creyó que debía advertirla—. Todo el mundo en el pueblo hace apuestas sobre cuánto tardará Clyde Bransow en obligarte a hacer las maletas.

—¿Bromeas?

Lane sospechó, por la forma en que su amiga cruzaba los dedos corazón e índice sobre los labios, que hablaba completamente en serio. Vio como Patty desviaba la mirada por encima de su hombro y abría los ojos como platos, reaccionando como si una nave extraterrestre acabase de aterrizar en el patio de recreo de la escuela.

—Ay, mi madre... Por ahí viene. Lane echó una rápida ojeada por la ventana. Clyde también la vio. Se quitó el sombrero y la saludó con fingida cortesía, apoyándose en la camioneta de Lane—. Parece que te espera. —Patty la abrazó fugazmente—. Buena suerte.

A Lane le sonó como aquellas despedidas que se decían a las personas que estaban a punto de entrar en el corredor de la muerte. Pero como su jornada había terminado, no tenía más remedio que salir y enfrentarse a él. Por un momento, estuvo tentada a agazaparse bajo un pupitre y dejar que las horas pasaran; con suerte, Clyde Bransow se aburriría, se largaría en busca de otra víctima y los dos se ahorrarían otro incómodo desencuentro de sarcasmos.

Miró el reloj de pared con forma de pato y suspiró cuando el segundero pareció ralentizarse mágicamente. Estaba siendo infantil, lo sabía. No podía permanecer escondida en la escuela hasta que anocheciera. Así que para demostrarle que no le tenía miedo, guardó el resto de los juguetes y se dirigió a su camioneta.

Por desgracia, repetirse mentalmente durante la veintena de pasos que les separaban, «quiero que desaparezca», no había servido de nada. Aquel hombre estaba realmente decidido a poner en práctica una táctica de acoso y derribo contra ella.

Allí estaba, plantado como un cactus —con el mismo número de espinas aunque mucho más atractivo—, abriendo la puerta del automóvil con otro gesto teatral y supuso que machista que la enervó. Se montó sin mirarle a la cara.

—¿Ha venido a recoger a Ben? —preguntó, sarcástica.

—En realidad, no. Rosita le recogió hace un buen rato.

Claro. Qué pregunta tan estúpida, pensó Lane. Si no había más que mirarle para darse cuenta de por qué estaba allí. Lane recordó la confesión de Patty sobre las apuestas que se hacían en el pueblo y tuvo ganas de borrarle aquella expresión impertinente de la cara.

—He pensado que podría llevarme. Le presté la ranchera a Rosita.

Lane sacudió la cabeza... «Vaya, Bransow, inventando excusas no tiene parangón», pensó.

—Oiga, señor Bransow. ¿Acaso tengo aspecto de taxista?

—A decir verdad, no, ¿en serio quiere que charlemos sobre su aspecto?

Lane interpretó la pregunta como una velada amenaza. Le apuntó con el dedo índice en un gesto que indicaba claramente «no siga por ese camino». Por suerte, Clyde pareció captarlo, porque cambió de tercio enseguida.

—Podríamos hablar por el camino sobre los progresos de Ben —sugirió.

—No ha habido ningún progreso, señor Bransow —le corrigió con expresión seria—. Para su información, Ben golpeó al chico de los Craven esta mañana.

Clyde se masajeó la nuca de forma distraída.

—¿Sin motivo?

—Andy Craven se burló de su forma de dibujar. Dijo que pintaba como una chica. Y Ben le atizó con el borrador de pizarra en la cara.

—Vaya... ¿Es grave?

—Sobrevivirá.

Le oyó reír quedamente.

—No tiene gracia.

—No me había dado cuenta de lo mucho que se parece a mí. —Y añadió al verla fruncir el ceño—. Por lo que dicen, yo también era un chico bastante travieso, ¿sabe?

—Pues espero que no se sienta orgulloso de eso, señor Bransow —le recriminó—. Las cárceles están llenas de tipos violentos que en la infancia fueron «chicos traviesos».

—¿Qué sugiere que haga? ¿Quiere que le dé una paliza a Ben solo porque no ha permitido que otro crío le humille?

—Oh, déjelo. Ya veo que es inútil discutir con usted. —Ella le miró, esperando que comprendiera el mensaje de sus ojos. Al ver que él no se apartaba, suspiró—. Apártese, señor Bransow. Esta «maestra de escuela sosa, solterona y entrometida» tiene cosas más importantes que hacer.

—¿Piensa dejar que recorra diez kilómetros a pie solo porque hice esa pequeña observación sobre su carácter? —Clyde de se burlaba.

La señorita McCrane comenzaba a despertar un extraño interés en él. Por un lado, deseaba hacerla tragar aquella expresión de sabelotodo. Por otro, tenía ganas de ver cuánto aguantaba sin salir corriendo si él la ponía en un verdadero aprieto.

—Pero está en una forma excelente, señor Bransow —observó ella, respondiendo a su burla.

Aunque tras meditarlo le pudo la compasión, así que le indicó con un gesto que subiera por el otro lado y ocupara el asiento del copiloto.

Clyde obedeció con paso ligero, temiendo que si se descuidaba un segundo, ella le dejaría allí tirado sin contemplaciones.

Las ruedas de la vieja camioneta derraparon y levantaron el polvo justo en el momento en que él cerraba la ventanilla con desconfianza.

—Espero que sepa conducir.

—Aún está a tiempo de demostrar que es un gran atleta —amenazó Lane.

—¿Bromea? ¿Y perderme la compañía? —Clyde se ajustó el cinturón y sacudió el sombrero delante de la cara de Lane, señalando una desviación en el camino que conducía al rancho Bransow—. Vaya por ahí. Quiero enseñarle algo.

—¿Más trucos? Le advierto que no estoy de humor para...

—Solo hágalo, no sea quisquillosa, McCrane. Quiero que vea una cosa.

Ella asintió, lanzándole una advertencia con la mirada. Se sorprendió al ver cómo se adentraban en una zona que hasta hacía una década había sido una auténtica reserva india. Por lo que sabía, las actuales reservas se habían trasladado más al oeste de Nuevo México y Arizona, donde se encontraba Window Rock, la capital de la Nación Navajo.

A su llegada a Juanita Fun había oído comentar la existencia de aquel pequeño asentamiento que se resistía a pertenecer a ninguno de los otros dos mundos, pero siempre había pensado que la conservaban como mera atracción turística.

Sin embargo, aquel lugar no parecía desierto. Por el contrario, Lane se sintió enseguida cautivada por el bullicio y el encanto del lugar. Había algunos *hogans* contruidos formando pequeños núcleos alrededor de otro de mayores dimensiones que, dedujo, debía pertenecer a alguien muy importante.

En el exterior de los *hogans* había recipientes de cerámica decorados con llamativos colores y piezas de tela que algunas mujeres aún trabajan con cuidado.

El ganado deambulaba con libertad entre las personas, lo que llamó poderosamente la atención de Lane. El aire estaba impregnado de un agradable olor a maíz tostado que hizo que el estómago de Lane respondiera con un rugido.

Vio cómo un grupo de hombres saludaba a Clyde en la distancia mientras le hacían señas para que se reunieran con ellos. Lane reconoció también a algunos de los críos de su clase, en especial a un muchachito de tez oscura y ojos brillantes que ya corría hacia ellos.

—¡Señorita Lane! ¡Mire lo que tengo!

Lane se inclinó para ver lo que Ben le mostraba. No se le escapó el modo en que Clyde la observaba, como si esperase que ella se retractara de la opinión que le merecía como padre solo porque su hijo parecía feliz aquel día.

—Vaya, Ben... ¿Qué es eso? Parece un...

—Es un arpón, señorita Lane. Lo he hecho yo mismo. Para pescar... —declaró con orgullo y lo blandió en el aire como demostración.

Clyde se lo arrebató cuando la punta del arpón cruzó demasiado cerca del rostro de Lane.

—Puedes hacerle daño a alguien con esto, Ben. Tienes que tener cuidado, ya lo sabes. De lo contrario, no volverás por aquí, ¿lo has entendido?

El niño protestó, pero no se enfrentó a él directamente. En lugar de eso, corrió a esconderse tras las faldas de una atractiva joven de rasgos exóticos.

Lane se volvió a Clyde, pensativa.

—¿Para qué me ha traído en realidad, señor Bransow?

Él no contestó. Saludó a la otra mujer y le hizo una señal para que les siguiera al interior de la cabaña.

—La reserva es un lugar precioso —comentó Lane en voz baja.

No le confesó que, aunque muchas veces había sentido curiosidad por ver lo que sucedía en ella, siempre había creído que su presencia allí sin ser invitada sería considerada una intromisión.

Clyde asintió, colocándole un dedo sobre los labios.

Por un instante, el corazón de Lane se aceleró al sentir el cálido contacto. Lo achacó al torbellino de emociones que la invadía en aquel momento: aquellas personas que se deslizaban silenciosas a su alrededor y que parecían salidas de la película *Bailando con Lobos*, el pequeño Ben que le había mostrado con orgullo su arpón y que la miraba como si ella fuera algo más que su maestra favorita... El propio Clyde, quien parecía decidido a desequilibrarla completamente al transformarse con aquella máscara de tipo encantador que la pillaba por sorpresa.

Por fortuna, no tuvo tiempo de pensar más en aquellos dedos ni en los insólitos mensajes de alerta que le enviaba su cerebro. Enseguida, algunos hombres y mujeres se unieron a ellos. Se sentaron sobre alfombras y las mujeres sirvieron una deliciosa bebida que no sabía a nada que Lane hubiera probado antes.

—¿Qué es? —preguntó, dando un pequeño sorbo.

—*Tó tikoní dóó didzé tsoh yázhí*.

Lane se ordenó ignorar que la voz de Bransow pronunciando aquellas palabras en otro dialecto resultaba bastante seductora y le indicó, arqueando una ceja, que no había entendido una sola.

—Licor de albaricoque —explicó y añadió de buen humor, viendo cómo los ojos de ella lagrimeaban al asimilar el efecto final del líquido en su garganta—: con un toque de aguardiente.

—Dios... —Lane hizo ademán de tomar la jarra de agua que estaba junto a ella para apurarla de un trago y eliminar la sensación de ardor que le recorría el esófago. Se detuvo en seco al ver como Clyde negaba con una inclinación de cabeza y le susurraba al oído.

—Les ofenderá. Y creerán que es otro «rostro pálido» sin agallas.

—Pero quema... —Se frotó la garganta con disimulo.

—Tome esto, se sentirá mejor.

Lane se volvió hacia la mujer que le ofrecía la jarra y titubeó, pero ella insistió con una sonrisa.

—Por favor... No haga caso a *K'aalógii*. Él mismo no tiene agallas de beber *tó tikoní dóó ch'jjdiitah* sin mezclarlo con un poco de soda.

«Muy gracioso, señor Bransow», pensó Lane mientras recuperaba el aliento.

La joven india la observaba ahora fijamente, tal vez analizando hasta qué punto ella era en realidad un rostro pálido sin agallas. Como si se preguntase por qué Clyde la había llevado con ellos.

Lo cierto es que también Lane se lo preguntaba, pero sabía que Clyde no respondería a aquellas cuestiones, porque estaba demasiado ocupado divirtiéndose viendo cómo la maestra de su hijo sobrevivía al *to tiko*... como se llamara y al escrutinio de la mujer india.

Durante un buen rato, Lane se dedicó a estudiar los movimientos de las mujeres, que servían algo parecido a un estofado acompañado de mazorcas de maíz asadas y lo repartían en pequeños cuencos de madera que iban entregando a los hombres.

Cuando todos estuvieron servidos, se dedicaron a servirse a ellas mismas y por fin le llegó el turno a Lane, cuyo estómago rugió de nuevo contra su voluntad.

—Los dioses están furiosos o es su estómago lo que suena, ¿McCrane?

—Mmm... —Lane saboreó el primer pedazo de carne y tragó con expresión de auténtico placer. Después le miró, advirtiéndole en silencio que no toleraría ninguna broma al respecto—. Me da igual que me diga que son sesos de mono o vísceras de caballo, Bransow. Está delicioso.

—Es *béégashii bitsj'*.

Lane le miró como si le importase un rábano y siguió masticando.

—Carne de ternera —insistió Clyde, recreándose inconscientemente en el hipnótico movimiento de los labios de la maestra.

Después de que hubieran dado buena cuenta de la comida, Clyde le habló al oído.

—Ese de ahí es *Oso Dormido*... —comenzó a identificar uno a uno a los presentes—. Todos le llaman Shash.

Lane seguía con su mirada la del hombre y no perdía detalle de las explicaciones que le daba. Se esforzó en recordar cada nombre, cada detalle. Aún no sabía por qué. Solo sabía que por primera vez desde que llegase a aquel pueblo, sentía que había algo, aparte de sus alumnos, que despertaba su interés. Trató de convencerse de que no tenía nada que ver con Clyde Bransow, ni con el brillo de sus ojos astutos y penetrantes, ni siquiera con aquel escalofrío que le había recorrido la espina dorsal al sentir sus dedos en la boca... Aunque reconoció que era mucho más atractivo cuando no afilaba su lengua contra ella.

—Y ella es *K'os Tigaii*, que quiere decir *Nube Blanca*. Su hija.

—Es muy bonita —murmuró.

—Lo es.

Lane estudió la expresión de Nube Blanca con disimulo. Por su parte, ella también la estudiaba desde el otro lado de la mesa. Silenciosa. Lane quedó fascinada por sus ojos del color de la noche y su cabello azabache que caía a ambos lados del rostro ovalado. Nube Blanca era más que bonita. Era realmente una belleza. Con aquellas facciones que parecían esculpidas en su piel olivácea y aquella figura que se movía grácilmente mientras atendía a sus invitados... Al mirarla, Lane no pudo evitar sentirse inexplicablemente pequeña. Nube Blanca era la materialización misma de la determinación y sus movimientos sutiles desprendían tal serenidad que ni siquiera el hecho de verla servir a los hombres, lograba restarle aplomo.

—Y ella es *Né'éshjaa'*, Lechuza, la mujer de Shash. Para los blancos, son Jeremiah Pearson y su familia.

Nuevamente, la atención de Lane se centró en la joven india y en la mujer que estaba sentada a su lado. De pronto, al nombrarlos con aquellos nombres convencionales, la magia se desvaneció de un plumazo.

—Encantada de conocerles. —Extendió la mano hacia ellos, que se limitaron a reír sin despegar siquiera los labios y Lane la retiró avergonzada, mirando a Clyde para que le dijera que había hecho mal—. Son un poco reservados, ¿no?

—Los indios no tienen por costumbre tocarse sin motivo, señorita McCrane —explicó él y como si de pronto se le ocurriera algo, rectificó imprimiendo a su tono un toque malicioso—. Quiero decir, algunos indios.

—Ya veo —Lane enrojeció visiblemente.

Vio que Nube Blanca giraba el rostro para ocultar su diversión. Con toda seguridad ya conocía aquella «virtud» de Bransow de ridiculizar a cualquiera que no fuese de su agrado. Esperó con paciencia a que alguien le dirigiese la palabra y cuando sucedió, se alegró al comprobar que aquellas personas hablaban su lengua perfectamente. Por un momento, había temido que Clyde Bransow la hubiera conducido al pasado y que quisiera canjearla a la tribu por unos cuantos caballos.

—Usted es la nueva maestra —sentenció el anciano Jeremiah, señalándola con su humeante pipa.

—Eso creo. —Lane sonrió.

—Clyde de nos ha contado que tiene bastante mal genio, ¿es cierto eso? —soltó el viejo con total naturalidad.

Lane fulminó a Clyde con la mirada. Se preguntó qué otras mentiras les habría contado el encantador señor Bransow sobre su persona.

—No lo tome en cuenta, señorita McCrane. —Lechuza dirigió a Bransow una mirada censuradora—. *K'aalógii* es a veces un hombre irritante.

—¿Solo a veces? —Arqueó las cejas con una sonrisa triunfal al ver como él apretaba los labios.

—¿Pienso quedarse mucho tiempo en Juanita? —Esta vez, la pregunta la hizo un hombre alto y fuerte al que Clyde había llamado *M'aiitsoh*, *Lobo que aúlla a la luna*.

Lane le contempló unos segundos. Parecía una versión masculina de la joven india, solo que con más músculos y una expresión mucho más dura en la mirada.

—Espero que sí. No tengo planes para los próximos veinte años —trató de bromear, pero ninguno de los presentes reaccionó como si hubieran captado la broma en su comentario, así que añadió—: Lo cierto es que me gusta este lugar. Creo que podría adaptarme y echar raíces por aquí. Aunque no depende solo de mí, claro. Mi contrato era por dos cursos inicialmente, así que la escuela tiene la última palabra.

—Así que la escuela... —*M'aiitsoh* lo repitió con acritud—. No tenga demasiada fe en el criterio de esa gente. Mi mujer y yo todavía esperamos que el Consejo Escolar atienda la petición que presentamos en nombre de la Comunidad India el invierno pasado.

—¿Una petición, sobre qué tema? —Lane estaba francamente interesada.

—Sabía que a nadie le importaría... —El hombre abandonó la mesa y Lane supo al instante que su visita allí no era una simple casualidad.

Miró a Bransow con expresión interrogante, pero él se limitó a desviar la mirada y clavarla en sus botas. Lobo que aúlla a la luna seguía afuera cuando el resto de los hombres terminaron sus bebidas y fueron abandonando también la mesa uno tras otro, apuntando sutilmente que la velada había terminado. Los demás les siguieron al exterior y Lane les imitó.

Era evidente que algo había sucedido y al parecer, Lane era la única que no entendía de qué iba todo aquello. Se sentía desconcertada, ¿tal vez había dicho algo malo sin darse cuenta? Ahora comenzaba a sentirse una intrusa y la mirada iracunda del hombre no aclaraba demasiado.

Intentó atar los cabos de la conversación. Tenía que ver con la escuela y con algo que debían hacer y no habían hecho, algo importante que hacía que el amigo de Bransow pareciera querer arrancarle la cabellera o algo peor.

Lobo que aúlla estaba realmente enojado y arrojó a los pies de Clyde su cigarrillo aún humeante. Clyde lo aplastó con la suela de la bota, la expresión inalterable y los labios apretados. Sin embargo, aunque quería aparentar impavidez, su expresión también reflejaba la decepción por aquello que había hecho enfadar a su amigo indio.

Lobo que aúlla dijo algo que Lane no entendió, pero que sonó tan contundente como si le hubiera asestado un hachazo en plena cara. Su mujer le retuvo del brazo y él se volvió, suavizando sus facciones justo cuando un pequeño que debía tener la misma edad de Ben, se abrazó a sus fuertes piernas.

—Por favor, dígame de qué se trata... —insistió Lane, preocupada—. Quizá pueda ayudar en algo, hablar con la señora Andrew...

—Amelia ha tenido suficiente tiempo para contestarnos, ¿no le parece? —rugió el hombre y miró a Clyde como si no comprendiera por qué la había traído—. Llévate a tu nueva amiga blanca, *K'aalógii*. Repítele a Amelia que no enviaré a Billy hasta que nos dé una respuesta. Este asunto no es negociable, mi hijo no volverá allí a menos que el Consejo dé la cara con nuestro pueblo... Y adviértele que si vuelve a enviarme a ese asistente social, haré que salga de aquí con el trasero lleno de plomo.

Milagrosamente, Clyde asintió sin discutir. Estrechó su mano antes de subir a la camioneta.

—Dejaré a Ben con vosotros. —Retó a que Lane dijera algo, pero ella no pestañeó. Aun así Clyde añadió—: Mañana es sábado. Y aunque algunas personas no tengan planes para esta noche, a Ben le encantará quedarse.

Lane no pronunció una sola palabra en todo el trayecto que conducía al rancho Bransow. Pero cuando detuvo el motor, se volvió hacia Clyde con expresión interrogante.

—No sabía que todavía quedase gente viviendo en reservas —comentó—. Al menos, no de esta manera. Creía que todos los indios se habían integrado en la comunidad de la Nación Navajo y que las verdaderas costumbres de sus antepasados se habían perdido con el paso del tiempo.

—Y no la hay. La reserva Juanita Fun es única en el Estado —explicó—. Al principio, creo que la intención de las autoridades era conservarla como lugar de interés histórico y turístico. Pero con el tiempo, los descendientes de las antiguas tribus comenzaron a establecerse y como la tierra no era en realidad propiedad de nadie, el Estado tuvo que acceder a que la ocuparan. Actualmente, resisten aún los que, como Lobo que aúlla, desprecian en lo que se ha convertido la Nación Navajo. Ya conoce la historia. Juego, alcohol, especulación... La mayoría de ellos son ya más blancos que usted, pero mantienen la esperanza de conservar un poco de la sangre india que hizo invencibles a sus antepasados.

—No tan invencibles —le corrigió, refiriéndose a los acontecimientos del pasado. Exterminio, masacres, vejaciones... Lo cierto es que en ese momento, no se sentía especialmente orgullosa de pertenecer al bando de esos blancos que habían tomado la tierra por la fuerza, expulsando de ella a sus verdaderos propietarios.

—Es cierto. No tanto. La historia está llena de acontecimientos marcados por la injusticia. Y por eso, para no olvidarlo, para no borrar de la memoria lo que hemos sido, lo que somos... tenemos el deber moral de recordarlo, de enseñarlo a nuestros niños, ¿no le parece?

—¿De eso se trata? ¿A eso es a lo que se refería Bill Pearson cuando mencionó aquella petición al Consejo Escolar? —Por el silencio de Clyde, Lane intuyó que había acertado.

—Bill y los demás presentaron el invierno pasado una propuesta a la escuela sobre el programa del curso próximo —comentó con voz aparentemente neutra—. Quieren que en la escuela se estudie la historia de los antepasados indios que colonizaron Juanita Fun.

—¿Y qué problema hay con eso? Todos los pueblos tienen su parte de folklore local y es completamente natural que este forme parte del contenido de la asignatura de Historia. Los tiempos en los que se llevaba a los indios a internados lejos de sus aldeas y se les lavaba la boca con agua y jabón cuando utilizaban su lengua, ya pasaron, ¿no es cierto?

—No es tan lista como creía. ¿Acaso no me ha oído? Bill llevó su propuesta el invierno pasado. Estamos en octubre. ¿Reconoce ahora el problema?

—Entiendo... Y por ese motivo, no solo me llama tonta, sino que además, ha servido mi cabeza en bandeja de plata en la reserva.

Lane dedujo que debía de existir cierta reticencia por parte del resto de los vecinos, lo cual era incomprensible porque dos tercios de la población tenían algo de sangre india. Era lógico que Pearson estuviera indignado porque le dieran largas. Pero aquello había sido una jugarreta clara con la que Clyde Bransow pretendía ponerla a prueba... La cuestión era ¿a prueba de qué?

¿Qué podía hacer alguien como ella, alguien que, como él mismo había recordado, ni siquiera formaba parte de su mundo? Le pareció paradójico que después de menospreciarla, la hubiera hecho presenciar el pequeño conflicto racial entre los habitantes de la reserva y el resto de Juanita.

—¿Para eso me llevó a la reserva, señor Bransow? ¿Para que librase las batallas que Lobo que aúlla a la luna y los demás no pueden librar?

Clyde ya había abandonado la camioneta. Caminó despacio hacia el lado del conductor y apoyó ambos codos en la ventanilla, observándola con fijeza. A pesar de su aparente calma, sus ojos brillaban con intensidad.

—¿Eso cree, señorita McCrane? —inquirió con un tono peligrosamente suave—. ¿Cree que confiaría en alguien como usted para librar esa o cualquiera otra batalla?

—No lo sé —Lane titubeó—. Dígamele usted, señor Bransow. ¿Lo haría?

Clyde no contestó. Solo balanceó su desgastado sombrero entre las manos, como si meditase su próximo movimiento.

—Ahora ya sabe por qué Ben no necesita un padre que vea con él los partidos de béisbol —dijo de repente, sacudiendo el sombrero con fuerza.

El polvo hizo toser a Lane ruidosamente. Clavó los ojos en él, furiosa, pero a Clyde no pareció importarle y continuó hablando, aunque parecía hacerlo para sí mismo, como si no recordase o le importase que ella estaba allí, escuchándole absorta.

—Ben es como yo, ¿comprende, señorita McCrane? ¿Vio el arpón que fabricó con sus propias manos? Shash y yo le enseñamos a hacerlo cuando solo tenía tres años. Siguiendo nuestra tradición, le regalamos un cordero al cumplir los cinco. Ben lo cuidará sin dudarlo, sabe que desde el momento en que le fue entregado, ese

animal es su responsabilidad y hará todo lo que esté en su mano para que viva y crezca sano y salvo. Es un buen chico, ¿sabe? Será un buen hombre. —No era una suposición, Clyde lo afirmaba con total certeza—. No temo que se convierta en uno de esos delincuentes de los que usted hablaba. No está en su naturaleza herir a los demás por el mero placer de hacerlo. Y se levantará tantas veces como caiga, no importa cuántas sean y no importa quién esté allí para tenderle la mano... Y lo hará incluso cuando yo no esté cerca.

Lane trató de asimilar lo que Bransow decía. ¿Qué intentaba decirle? ¿Que un crío de cinco años debía ser arrojado al mundo real, sin más ayuda que su magnífico arpon hecho a mano, solo para que su padre se sintiera orgulloso? Todo en su alegato resultaba muy poético, pero poco práctico. Era absurdo en realidad.

—Lo único que comprendo es que usted quiere convertir en héroe a un niño de cinco años —replicó, sin dejarse acobardar por la severa mirada del hombre—. Se comporta como Ben en ese sentido.

El mentón de Clyde se endureció.

—¿Me compadece, señorita McCrane?

—Quizá. ¿Le molesta? —continuaba sosteniéndole la mirada, aunque no sabía cuánto tiempo podría aguantar.

—Mucho. No lo haga —advirtió con sequedad y después añadió con inesperada socarronería—. ¿No ha oído hablar de las maestras que se comprometen con sus alumnos para evitar que se traumatizen? Eso suena bastante cercano a la compasión y creo que sabe algo del tema, ¿recuerda?

—Se equivoca. Fue usted quien lo dijo. —Lane fingió indiferencia, pero los pies le temblaban sobre el embrague y el acelerador de la camioneta—. Y en cualquier caso, usted no es alumno mío.

—¿De veras? Pero míreme bien, señorita McCrane, ¿no ve que estoy impaciente por aprender?

—Es imposible... No me busque más, ¿vale? Si quiere hablar de Ben, envíeme una nota en su bolsa de la merienda. —Lane apretó el pie sobre el acelerador, obligándole a apartarse de la camioneta.

Odió el eco de aquella risa arrogante que retumbaba en sus oídos más que el fuerte rugido del motor.

Estaba tan preocupada por poner tierra de por medio, que no vio cómo el semblante de Clyde se ensombrecía y borraba todo rastro de diversión en cuanto ella se hubo alejado.

\*\*\*\*\*

Lane no disimuló su desagrado cuando Patty le mostró el sugerente vestido de algodón, haciéndolo girar un par de veces en la percha como si estuviera orgullosa de su elección.

Lane negó con la cabeza y cogió otro vestido más acorde con sus intenciones. ¿Y cuáles eran? Lo sabía muy bien. Asistir al maldito baile para contentar a Patty y pasar desapercibida todo el tiempo que le fuera posible. Por suerte, los hombres que conocía en Juanita ya habían desistido de invitarla a salir. Al principio, la novedad y la curiosidad los hacía pulular como moscas a su alrededor. Pero con el tiempo y después de muchas respuestas del tipo «lo siento, no bailo... me duelen los pies... prefiero tomar un ponche», se habían rendido a la evidencia de que Lane McLane no capitularía.

Saber que no tendría que rechazar sus ofertas para bailar, la alegró. En realidad, le venía de perlas que los hombres del pueblo la considerasen una maestra solterona, frígida y poco sociable. Eso le evitaría tener que poner a ninguno en su sitio. No estaba interesada en coquetear ni en dejar que ningún bruto insensible le rompiera el corazón... otra vez. Ni siquiera porque Patty hiciera su buena obra de caridad tratando de encontrarle pareja.

—¿Bromeas? Ni hablar. No permitiré que vayas al baile disfrazada de abuela. —Patty le arrebató el vestido azul oscuro de las manos y puso en su lugar el que ella había escogido—. Será este. Tiene que ser este.

—Patty, no me pondré este vestido. Eres tú quien busca marido, ¿recuerdas?

Cogió nuevamente su discreto vestido azul y antes de que Patty pudiera hacer nada para impedirlo, se lo entregó a la dependienta, junto con unos cuantos billetes. Miró a la mujer, pensando que sería buena idea no dejar nada para la imaginación de Patty.

—¿Podría elegirme unos zapatos a juego, por favor?

La mujer le mostró un par con apenas un centímetro de tacón, sin adornos y del mismo tono del vestido. Lane se los calzó fugazmente, comprobó que eran de su número y los guardó también en la bolsa donde cargaba el vestido.

—Son perfectos. Gracias.

Patty la siguió al exterior de la tienda, protestando como cada vez que iban de compras desde que se conocían.

—Está bien, dilo de una vez y respira hondo —le aconsejó, deteniéndose en mitad de la calle frente a ella.

—Lo diré, no lo dudes un instante. —Patty también se detuvo—. ¿Qué demonios te pasa, Lane? ¿Acaso te has propuesto ser la única mujer de menos de sesenta años sin pareja en el baile? Porque te aseguro, querida amiga, que con tu «explosivo» vestido lo vas a conseguir.

—No te preocupes, Patty. Seguro que hay algún hombre lo bastante valiente o desesperado para sacarme a bailar —bromeó—. ¿Qué me dices de Zackary Clamb? Seguro que se vuelve loco en cuanto me vea.

—¿Zackary Clamb, el de la funeraria? ¡Me tomas el pelo! Y el reverendo Slam tampoco cuenta —advirtió con seriedad—. Hablo de hombres, Lane. De hombres de verdad. Ya sabes. Altos, fuertes, con las espaldas anchas y los traseros prietos, como los que salen en las portadas de las novelas románticas. Del tipo que le gusta a cualquier mujer, excepto a la que se disfraza de ama de llaves victoriana para evitar que la miren.

—No sé de qué me hablas... —Lane iba a zanjar la conversación, pero Patty la sujetó del brazo, obligándola a quedarse para escuchar el resto.

—Lo sabes muy bien —insistió—. Puede que no sea tan lista como tú, Lane. Y, de acuerdo, no te conozco desde la infancia y no sé qué tonterías te pasan por la cabeza cada vez que te compras uno de esos modelos horribles antilibido. Pero he sido testigo de cómo le dabas calabazas a cualquier hombre soltero que se te acercaba con intenciones de flirtear. A mí no me engañas. Tienes miedo de que alguien te guste de verdad, Lane, quieres evitarlo a toda costa. Pero te equivocas, créeme.

—Es posible. Pero piensa en todo el dinero que ahorro en cosméticos y vestuario —observó con sarcasmo—. Por no hablar del esfuerzo mental de dar conversación a un memo al que solo le interesa ver lo que hay bajo tus faldas.

—Lane... No todos los hombres son así. —Patty parpadeó, preocupada por la determinación que leía en los ojos de su amiga.

—¿De veras? Entonces, me alegraré cuando pesques un buen marido de esos que no entran en los clasificados como despreciables. —La abrazó y después, la empujó hacia la peluquería—. Vamos, no me sermonees más, ¿quieres? Para que veas que no soy tan insensible, te acompañaré. Y puede que incluso me deje convencer y hasta me tiña el pelo.

—¡Tramposa! Sabes que me encanta tu pelo. Es lo único hermoso de ti que no puedes ocultar aunque quieras.

—Patty...

—Bien, no te sermonearé. Pero tienes que saber que hay otras cosas en la vida además de cuidar de los críos de los demás —dijo, atravesando la puerta de vieja peluquería.

Lane echó una ojeada a su alrededor. Botes de laca y acondicionadores esparcidos sobre el mostrador, un espejo gigantesco con algunas fotografías en blanco y

negro de Sofia Loren pegadas en las esquinas. Peines y cepillos de todos los tamaños en el interior de un cesto de mimbre que una mujer acababa de levantar con brusquedad para rescatar del fondo una revista de cotilleos.

Lane suspiró. Aún no habían empezado a experimentar con su cabello y ya se estaba arrepintiéndolo. Como no estaba acostumbrada a los tintes y otros productos que solían usar las mujeres, las otras, a las que importaba que su aspecto quitara el aliento, la primera impresión al oler el amoníaco fue echar a correr.

Generación tras generación, cada mujer de la familia Hammer había continuado con la tradición de regentar el negocio familiar. Obviando el hecho de que no había otra peluquería en Juanita Fun, Lane pensó que el truco principal para retener a la clientela era el que su actual dueña utilizaba en ese mismo instante. Trudy Hammer las saludó efusivamente, mientras colocaba un nuevo rulo violeta en el cabello de una clienta y se movía con habilidad felina hasta prácticamente acorralar a Lane con el cable del secador.

—¿Qué cosas? —Lane esperó a que Trudy la liberase de las garras del secador y dejó las bolsas en el suelo, acomodándose junto a Patty—. Dime al menos una que sea igual de gratificante.

—Un hogar. Una bonita casa con ventanas blancas y un enorme jardín y un cobertizo donde tus hijos aprendan a tallar la madera. Una familia. Un compañero con el que compartir las penas y alegrías de la vida... —Patty divagaba, entornaba los ojos con expresión soñadora.

—... Y una hija ciega que recupera la vista milagrosamente —añadió de buen humor, sonriendo cuando su amiga contestó con un gruñido—. Patty, Patty... Tú quieres tu *Casa de la Pradera* y te comprendo, de verdad. Pero no, gracias, valoro otras cosas.

—Un momento, no he terminado. Déjame pensar... Sí, eso es. Un cuerpo caliente cada noche en tu cama. ¿No has pensado en lo maravilloso que sería despertar cada mañana y ver que hay alguien más que tú, en mitad de ese mullido colchón que se hunde siempre por el mismo lado?

—No. Me gusta dormir sola.

—¿Y qué hay del sexo, no lo echas de menos? Diantres, Lane, no puedes decirme en serio que no disfrutarías viendo cada noche en tu cuarto algo como... eso.

Lane siguió la mirada de Patty que, de pronto, se había detenido en el hombre que había plantado al otro lado de la cristalera del establecimiento.

Estaba de espaldas y sacudía con distracción el sombrero contra su cadera. Era comprensible que Patty se emocionara con la simple visión de su espalda musculosa bajo la sudorosa camiseta blanca de algodón. Era comprensible que incluso fantaseara por el modo casual en que él se cubría los ojos del sol con la palma de la mano y su brazo se extendía marcando un poderoso bíceps y le confería el aspecto de uno de esos modelos macizos que anunciaban vaqueros en *Cosmopolitan*. Pero a Lane no le importaba lo más mínimo.

Le había reconocido desde el primer instante, en el primer suspiro embobado de Patty. Y seguía sin importarle. Era atractivo, de acuerdo. Pero no estaba interesada. Solo le preocupaba que pudiera reconocerla y decidiera incomodarla otra vez con sus juegos.

Así que, como medida de precaución, tomó una de aquellas revistas de cotilleos que jamás leía y la abrió, ocultando el rostro tras ella y echando una breve ojeada por un lateral para comprobar que seguía a salvo.

Por desgracia, él ya había descubierto su vieja camioneta y caminaba con paso lento —para regocijo de Patty, que no perdía detalle del modo en que sus muslos perfectos se marcaban bajo la tela de los vaqueros— hasta ellas. Incluso las saludaba con su maldito polvoriento sombrero, el muy tunante.

Lane se cubrió de inmediato. Pero Patty le quitó la revista de un manotazo. Lane no se rindió.

—¿Crees que tendrás tiempo de darme un repaso, Trudy?

—Claro, querida. Por fin te animas. ¿Qué te apetece? ¿Cortar, peinar... un tinte, quizá?

—Lo pensaré mientras terminas. —Sin pensarlo, metió la cabeza bajo el enorme secador.

Patty se sentó en el secador contigo.

—No seas tonta, Lane. Ya te ha visto.

—Se marchará si no le hacemos caso, Patty. Conozco a los hombres como él. Disfrutan cuando las mujeres les van detrás, no al contrario —aseguró sin demasiada convicción.

—Pero, ¿quieres decirme por qué le odias tanto?

—No le odio, Patty. Simplemente, prefiero ignorar que existe.

—No te entiendo. Es atractivo, honrado...

—Arrogante, insensible, inmaduro... —continuó con una nota de acritud en el tono de voz—. Y cree que el mundo entero debe inclinarse ante él. Justo las «virtudes» que no soporto en un hombre. Y además, si tanto te gusta, ¿por qué no intentas algo con él?

—¿Bromeas? —Patty la miró alarmada—. No podría. Soy demasiado femenina para alguien como él. Me sigue gustando el tipo de hombre fuerte y tradicional que te protege, te cede la chaqueta cuando hace frío y te abre la puerta del coche para que entres.

—Ya veo. Del tipo de Ray Coleman, ¿acerté? —Supo que había dado en el clavo, porque Patty enrojeció hasta las pestañas al escucharla. Lane rio por lo bajo—. No te entiendo, Patty. Quieres empujarme al suicidio sentimental y sin embargo, tienes miedo de confesarle tus sentimientos al único hombre al que yo me arriesgaría a hacerlo.

—¿Estás enamorada de Ray? —inquirió, esta vez aterrorizada por su respuesta.

—¡Claro que no! —Rio, divertida por las conjeturas que hacían mientras esperaba que el hombre de la calle se volatilizara en el aire—. Pero deberías decidirte a pescarle de una vez. Si no lo haces, otra lo hará en tu lugar.

—¿Eso crees?

—Esta noche tienes una buena oportunidad. Si no te pasas la velada dándome conversación y sobornando a todos los hombres de la fiesta para que me inviten a bailar, es posible que se te declare.

—¿Me tomas el pelo?

Lane negó con un gesto. Sospechaba que Ray estaba enamorado de Patty prácticamente desde que la conocía. Aquello podía remontarse a la infancia, a juzgar por la expresión de Ray cada vez que miraba a Patty, como si la conociera de toda la vida o de una vida anterior, como si la amara en cualquier de ellas. En aquellas ocasiones en que sorprendía a Ray, embelesado por el modo en que la mujer de su vida se ataba un botón suelto de la camisa o pedía una limonada en la cafetería, Lane se convencía de que la adoraba. No le habría extrañado descubrir que el hombre guardase algún diente perdido por Patty en una riña de la escuela o un mechón de su pelo robado del cepillo del vestuario en el instituto. En realidad, era tan romántico que Lane tuvo que recordar que ella no era una mujer romántica para evitar lanzar un suspiro. El propio Ray le había confesado que se declararía a Patty aquella noche, así que tenía que mantener su palabra de no contarle nada a Patty. El pobre le había pedido consejo y Lane, que conocía bien los sentimientos de Patty, no había dudado en animarle.

—Sssshhh... Vaya, creo que no se ha ido, Lane.

Lane agachó la mirada y maldijo en silencio al ver las botas muy cerca de sus asientos.

—Qué sorpresa. Mira a quién tenemos aquí. —Su voz llegó con claridad a los oídos de Lane, que le miró furiosa cuando Clyde levantó con brusquedad el secador para descubrir su cabeza—. La señorita Pepinillo y nuestra encantadora Patty Sims.

—Si no le importa, Bransow, manteníamos una conversación privada. —Lane ignoró el comentario y volvió la cabeza hacia su amiga.

—Patty. —Clyde inclinó la cabeza y le dedicó una de aquellas sonrisas forzadas típicas de las personas que no acostumbran a sonreír.

—Hola, Clyde. ¿Qué tal es... es...tás? —Patty tartamudeaba siempre en presencia de Clyde.



En realidad, la impresionaba. Clyde de Bransow transmitía una extraña sensación de peligro que ella no apreciaba como cualidad en un hombre. Patty prefería la cálida y en ocasiones exasperante tranquilidad de Ray, aunque reconocía que sentirse acosada por Clyde Bransow era una experiencia excitante. Miró a Lane. Ella no lo consideraba tan excitante a juzgar por el modo en que le evitaba, rozando la grosería y haciendo girar su silla en sentido contrario.

—He tenido días mejores —fue la única respuesta de Clyde. Colocó una de sus botas en la base del asiento giratorio de Lane y detuvo bruscamente el movimiento. Como respuesta, Lane le lanzó una mirada furiosa que Clyde ignoró con absoluto desparpajo, añadiendo—: ¿Piensa asistir al baile, señorita McCrane?

—Sí, lo hará —Patty contestó en su lugar y Lane la miró como si quisiera que se hubiera tragado la lengua antes de decir aquello. Patty añadió, al parecer dispuesta a cavar la tumba de su amiga: Aunque todavía no tiene pareja.

—¿En serio? —Las cejas de Clyde se arquearon con fingida sorpresa.

Lane ya no pudo aguantar más y explotó.

—¡Oh, vamos!... No sea cínico. —Lane había enrojecido sin querer. Clyde tenía la habilidad de hacerla llegar a aquel estado con mucha facilidad—. Sabe muy bien que no tengo pareja. Y la respuesta es no.

—¿Respuesta? No le he preguntado nada, McCrane. —Se divertía enormemente viendo sus esfuerzos por librarse de él.

—Ni falta que hace. No iré con usted.

—No sea arisca, McCrane, todos esperan que vaya sola. ¿Imagina la cara que pondrán cuando la vean aparecer, agarradita de mi brazo?

—Eso solo pasará en sus sueños y en mis pesadillas, Bransow —le aguijoneó.

—McCrane... Aunque me tenga por un patán, también tengo mi corazoncito, ¿acaso no le importa destrozarlo, rechazándome así? Sea honesta, mujer, se aburría como una ostra hasta que me conoció.

—Lo que me faltaba. Encima tendré que darle las gracias por acosarme. —Lane apretó los labios, indignada.

Trudy Hammer colocó el último rulo a una charlatana clienta y palmeó de alegría al ver la visita que había alborotado a las féminas de su sala de espera.

—¡Clyde, grandísimo bribón!

—Estás tan guapa como siempre, Trudy —la piropeó y Trudy se ruborizó bajo su espesa capa de maquillaje.

—No me digas que vienes a que te repase las patillas.

—Me gustan así, Trudy. Ya me conoces. —Instintivamente, se rascó la incipiente barba y se atusó el cabello demasiado largo.

Lane no pudo evitar que sus ojos siguieran el movimiento de sus manos, pero los apartó de inmediato al ver que Clyde también la miraba.

—Hazme un favor, ¿quieres? Háblale bien de mí a la nueva maestra.

—¿Háblarle bien de ti? Pero si no hay nada bueno que contar —bromeó y Clyde se alejó en dirección a la puerta.

Por un momento, Lane pensó que los dioses navajos se habían apiadado de su pobre pellejo de rostro pálido y que Clyde se iría sin insistir y sin montar una escena humillante para ambos en la que se vería obligada a darle calabazas delante de todos.

—McCrane —la llamó desde allí, señalándola con su sombrero—. La recogeré a las siete.

—¿No tiene dignidad, Bransow? He dicho que no. —Pero él ya había salido, ignorándola por completo. Lane se volvió hacia Patty, enfadada—. ¿Qué le pasa a ese hombre? Se empeña en seguirme cuando es más que evidente que no nos soportamos.

—Creo que le gustas, Lane —concluyó una sonriente Patty.

—¿Estás loca? No soy su tipo. Y desde luego, él no es el mío. Y no sigas mirándome así, Patty. No iré con él.

—¿Y qué harás, inventar alguna excusa cuando todo el mundo sabe que estarás en casa viendo la televisión como cada noche?

—Precisamente, Patty. Nadie espera que sea diplomática. —Encogió los hombros—. Todo el mundo sabe que no soy precisamente una relaciones públicas. Por eso tendré mucho gusto en cerrarle la puerta en las narices si las asoma por mi casa.

—Pero no puedes, Lane... Dijiste que harías cualquier cosa porque Ben fuera más feliz —le recordó, protestando cuando Trudy tiró de su pelo para desenredarlo.

—Exacto. Dije cualquier cosa. No dije que me entregaría en sacrificio al mismísimo *K'aalógii* para que haga sogas con mi cabellera. —Aunque solo era una broma, Patty la regañó con la mirada—. Bueno, no me mires así. No iré con él y punto. Clyde Bransow no me gusta. Siente especial inclinación a convertirme en el blanco de sus burlas y para ser te sincera, odio que lo haga. Y odio que lo sepa. Por lo general, soy bastante reservada con mis reacciones y detesto que los demás las analicen. Así que no iré con él.

—Eso ya lo has dicho antes. —Sonrió Patty.

—Bien.

—Pues bien.

\*\*\*\*\*

Fiel a sus principios, preparó una ensalada y se dispuso a comérsela mientras veía un capítulo de la reposición de una vieja serie de televisión. Nada interesante, más de lo mismo: médicos con dotes detectivescas en casos extraordinarios que los convertían en héroes y enfermeras rubias, exuberantes y tontas que suspiraban por ellos.

¿Por qué nunca había mujeres de verdad en aquellas series? Mujeres con carácter que mandasen a paseo a los médicos caraduras que las engañaban con las enfermeras del turno siguiente, mientras ellas preparaban la cena en un apartamento clandestino, pequeño y decorado con un gusto horrible.

Lane sonrió. Sabía que no estaba siendo justa con aquella serie de gran audiencia unos años atrás. En realidad, el principal problema radicaba en que ella era absolutamente antiemocional. Despreciaba el falso romanticismo, las palabras vacías y las promesas hechas a la luz de la luna. Había tenido bastante de eso. De hecho, había llegado a convertirse en una cínica con respecto al amor. Al menos, eso era lo que había dicho Michael la última vez: «Frigida y sin emociones, sentimentalmente muerta», habían sido sus palabras exactas. Claro que Michael había contribuido activamente en que fuera así.

Lane no quería recordar el pasado. Detestaba vivir en el pasado. Ese había sido el principal motivo de que decidiera establecerse en Juanita Fun. Pero cada vez con más frecuencia, el pasado la despertaba de noche para recordarle que seguía allí, observando, quizá, si lograba superar aquella etapa triste de su vida para escribir nuevas páginas del libro aburrido en que se había convertido su existencia.

Se regañó mentalmente al probar aquel conocido sabor salado sobre sus labios. Otra vez estaba permitiendo que Michael tuviera poder sobre ella. Caminó por la habitación, furiosa consigo misma, tratando de relajarse y de ocupar su mente con algo que no fuera la imagen de Michael reproducida en un pequeño muñeco de trapo con algunas agujas clavadas en la cabeza.

Sonrió con desánimo y miró con distracción por la ventana. Casi se atragantó al verle justo delante de su puerta. ¿Cómo no había escuchado antes el motor del coche? Al parecer, pensar en su encantador pero embustero exprometido no solo le había arrebatado la capacidad de sentir, sino también la facultad de advertir un incordio cuando lo tenía cerca.

Porque eso era justamente el señor Bransow. Un auténtico fastidio que se deslizaba desde el coche hasta su puerta como una silenciosa serpiente y que pretendía estropearle su cena y su estupenda serie llena de personajes de los que no recordaba el nombre.

Dejó la bandeja sobre la mesa sin hacer el menor ruido, se inclinó sobre la ventana y corrió la cortina ligeramente para comprobar que no lo había soñado. Suspiró, contrariada. No era un sueño. Clyde Bransow la esperaba al otro lado, tocando con sus nudillos insistentemente.

Le espió durante unos segundos. Algunos hombres tenían el don de estar increíblemente atractivos se vistieran como se vistieran, lo mismo daba que fuera un esmoquin o unos sencillos vaqueros. Algunos tenían el poder de seducir solo con la promesa de arrancarles la ropa y ver lo que había debajo. Clyde tenía aquel don. Vestía informal. Vaqueros y jersey de cuello alto bajo la cazadora. Sí, muy atractivo. Excesivamente peligroso, aunque fuera de su físico —Lane reconoció contra su voluntad que era uno de los pocos hombres que conocía al que un saco de arpillera le quedaría como un traje de Armani—, no le atraería nada de él.

—¿Señorita McCrane? —le llamó y Lane percibió cierta diversión en su tono de voz—. Vamos, abra la puerta. Sé que está ahí.

—¿Nunca acepta un no por respuesta, señor Bransow? —preguntó con desaliento.

—No cuando quien lo dice, me mira como si quisiera decir todo lo contrario.

—Esto es increíble... —Lane agitó la cabeza, sorprendida por su arrogancia—. Oiga, Bransow. Sé que es un duro golpe para su amor propio. Pero no puedo ayudarle. No estoy interesada, de veras.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Clyde y al ver que ella no respondía, añadió—: ¿Cómo sabe a qué he venido y que no puede ayudarme?

Por primera vez, Lane temió haberse precipitado.

—Ha venido por lo del baile, ¿es así, no? —inquirió con cautela.

—¿Y usted me llama arrogante? Abra la puerta, Lane. Se trata de Ben.

Nada más escuchar el nombre del niño, Lane supo que tenía que ceder.

Tomó aire, consciente de que no se libraría de aquel hombre fácilmente. Abrió la puerta, resignada a recibir la primera de las burlas por su indumentaria. Clyde la miró de arriba abajo, reparando en cada detalle de su pijama de franela a cuadros y sus zapatillas a juego. Pero no fue aquello lo que atrajo su atención. Lane le vio fruncir el ceño al clavar la mirada interrogante en sus ojos, aún brillantes por las lágrimas que había derramado unos segundos antes.

—¿Y bien? ¿Qué le sucede a Ben? —Lane colocó los brazos en jarras, sin importarle la opinión que Bransow pudiera tener sobre las mujeres que preferían la comodidad al *sex-appeal*.

Sencillamente, hacía frío. Y por otro lado, no esperaba que él acudiera a la cita después de haber sido tan clara y decirle que no le acompañaría.

—Nada. —Clyde se apoyó en el quicio de la puerta, cruzando una pierna sobre la otra en una postura desenfadada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada? —Lane arqueó las cejas—. No estoy de humor para juegos, Bransow.

—No estoy jugando, Lane. Ben quería que le entregara esto. —Extendió su mano hacia ella y con un gesto le indicó que abriera la suya. Lane obedeció a regañadientes—. Al parecer, era muy importante para Ben que lo luciera esta noche, en el baile.

—¿Qué es? —preguntó y su expresión se suavizó sin querer al contemplar el collar que Clyde había depositado en la palma de su mano, hecho con piedras de río y pintado de llamativos colores.

—Un amuleto navajo —explicó Clyde—. Ben y Billy los hicieron en la reserva hace unos días, como parte de las actividades que se organizan para enseñar la cultura y artesanía tradicional. Le dijo a Rosita que era para su «guapa señorita Lane». ¿Esa es usted, no?

—Muy gracioso. —Estaba a punto de cerrarle la puerta en las narices, pero lo pensó mejor. Odiaba reconocerlo, pero el obsequio de Ben la había conmovido—. Dígame una cosa, Bransow. El collar... Quiero decir, el amuleto... ¿Tiene algún significado?

—Claro que sí. Pero solo le contaré la historia si se viste y me acompaña. —La miró fijamente, observando cómo maduraba ella su pretensión—. Vamos, Lane. Piense que la otra opción es mucho peor.

—¿La otra opción?

—No tengo pareja y todo el pueblo sabe que la he invitado. ¿Qué cree que dirán todos cuando me vean aparecer sin usted?

—¿Qué soy una chica inteligente? —Lane se mostró sarcástica y se alegró cuando la mandíbula de Clyde se endureció ante el comentario.

—La otra opción es que pienso quedarme aquí y quizá contarle la maldita historia del amuleto mientras cenamos en su casa —la amenazó y por su expresión, Lane supo que iba en serio—. Imagínelo, McCrane. Usted, con su sugerente y masculino pijama de dos piezas y yo con mi apasionante historia. Los dos. Solos. ¿Qué le da más miedo, Lane? ¿Mi compañía dentro o fuera de su casa?

Lane no necesitó pensarlo demasiado. De hecho, su presencia en la puerta ya la ponía lo bastante nerviosa. Así que le lanzó una mirada rabiosa que Clyde, muy astutamente, tradujo en «no toque nada mientras me visto».

Se colocó rápidamente el vestido que había comprado con Patty y se maquilló ligeramente, regresando al salón en el mismo instante en que Clyde abría la puerta.

—¿Cómo sabía que ya estaba preparada? ¿Me ha cronometrado? —le preguntó, sorprendida por los poderes adivinatorios de aquel hombre.

Clyde sonrió.

—Señorita McCrane. Solo existen dos tipos de mujeres. Las que pasan media vida tratando de arreglar los escasos encantos que les ha dado la naturaleza. Y las otras. —La miró con ojos entrecerrados, deteniéndose un instante en el sencillo vestido—. Usted es de las otras, no hay duda.

—Haré que no le he oído. —Pasó junto a él, estremeciéndose involuntariamente cuando Clyde se inclinó sobre ella para abrirla la puerta de su camioneta.

—Pero me ha oído, Lane —le susurró y ella le apartó con brusquedad de la ventanilla y se acomodó en su asiento.

Aunque pareciera increíble, ya se arrepentía de acompañarle a aquel estúpido baile.

## Capítulo Tres

El motivo por el cual una mujer con su coeficiente intelectual y un cuerpo como el suyo había escogido un lugar como Juanita Fun para echar raíces seguía siendo un misterio. Clyde trataba de no pensar en ello mientras los demás bailarines les observaban con cierto pasmo. A decir verdad, trataba de no pensar en nada. Eso incluía aquel insistente hormigueo que le recorría el estómago al percibir el cálido pero rígido cuerpo de Lane pegado al suyo.

La miró de soslayo. Casi arrastraba los pies de Lane con sus propios pies y ella estaba tan tiesa como una estaca, parecía contar mentalmente los segundos que faltaban para que terminase la canción. Así que concluyó que la señorita McCrane no estaba interesada en el plano sexual y sí muy desesperada porque Keith Urban pronunciase la última palabra de la canción que interpretaba, *Mi corazón está abierto*. Y siendo sincero, también para él estaba siendo un suplicio aquel sugerente contacto.

Desde Carrie, ninguna mujer había logrado interesarle lo bastante como para preocuparse. Por supuesto, Lane McCrane no sería una excepción, aunque su boca fascinante en la que nadie —«¿y cómo era posible?», pensó— había reparado, se abriera en un aburrido suspiro y atrajera su mirada diabólicamente.

Lane había bebido más ponche del que el sentido común aconsejaba y Clyde se sintió súbitamente inclinado a protegerla de los chismes. No era bueno para la reputación de una maestra seria y sin sentido del humor beber hasta perder la cabeza en la primera cita. No tuvo tiempo de escapar, ya había empezado a sonar la siguiente canción y era aún más lenta y traidora que la anterior. La letra en sí misma pondría los pelos de punta al más escéptico e intentó no prestar atención, pero se repetía sin cesar el estribillo que decía «sólo tú puedes amarme así». Diablos, había que ser de piedra para ignorar el fuego que comenzaba a invadirle. Sin querer, olvidó quien era ella y lo claro que le había dejado que no estaba interesada. Deslizó la palma de su mano por la espalda femenina, que se arqueó involuntariamente al principio y se tensó de inmediato al instante después.

—McCrane, contrólese... Me mira como si tuviera intención de violarla delante de todos —murmuró, molesto por la exagerada reacción de ella y por su propio entusiasmo al que apenas podía dominar—. No soy un salvaje.

—¿En serio? —Lane prefería mostrarse sarcástica.

Siempre funcionaba cuando se sentía atraída hacia algún peligroso ejemplar del sexo opuesto. Había funcionado con Michael... Hasta que un buen día, había bajado la guardia y entonces... El resto era historia. Su breve compromiso era agua pasada. Su decepción y todo el daño que Michael le había hecho pertenecían al pasado. Ningún hombre podía volver a herirla. Para ello había que sentir. Y para sentir se necesitaba un corazón. Por suerte, el de Lane había quedado hecho añicos el mismo día que había descubierto a Linda Young en la cama del apartamento que ella aún decoraba para que fuera su hogar y el de Michael.

—¿Lane... se encuentra bien? Se ha puesto pálida de repente.

Lane se detuvo en mitad de la pista, cansada de fingir que disfrutaba con aquella ridícula escena que solo contentaba a los curiosos. Clavó los ojos oscurecidos por los recuerdos en él.

—Mire, señor Bransow. En serio le agradezco que haya hecho su buena obra del mes invitándome a bailar —comentó con tono irónico—. Pero resulta que odio bailar. Nunca se me dio bien. Y nunca me importó en realidad. Y estos zapatos me están destrozando los pies.

Huyó de la pista, sin importarle que algunos padres de alumnos y otros vecinos la siguieran con la mirada. Tampoco se dio cuenta de que Clyde estaba junto a ella hasta que sintió que su mano se apoyaba en su hombro. Se volvió hacia él, furiosa porque no la dejara en paz.

—¿Seguro que está bien?

—No. No estoy bien. Ese maldito ponche... —Se tambaleó ligeramente y Clyde la sostuvo con rapidez antes de que cayera. Lane le miró con la expresión sombría y los labios torcidos en una mueca triste—. ¿Sabe una cosa, Bransow? Usted podría llegar a ser un auténtico incordio si se lo propusiera...

—No me diga. Creía que ya lo era. —La arrastró con disimulo hasta la camioneta y la obligó a sentarse mientras le abrochaba el cinturón de seguridad. No pudo evitar que sus dedos rozaran la cintura de ella. Lane se estremeció y Clyde de los apartó enseguida.

—Oh, no... Hablo en serio... Un tipo guapo y fuerte...

—Vaya, ¿ahora me piropea?

—... con ese halo misterioso de leyenda sobre la sangre de los navajos corriendo por sus venas...

—No hay ningún misterio, Lane. Todo el mundo que me conoce sabe que mis antepasados eran unos fieros indios navajos. No es un secreto. —Encendió el motor y condujo con lentitud para no provocar que los baches la mareasen todavía más.

—Uhhhh... —se burló Lane, preguntándose por qué de repente todo se movía a su alrededor—. Ahora es el momento en que la dama en apuros se muere de miedo, ¿a que sí?

Clyde sonrió levemente. Aquella Lane era bastante más divertida de lo que pensaba. Con unas cuantas copas más de ponche, la estirada maestra de Ben podía terminar cantando *La Donna e mobile* en ropa interior sobre el capó de su camioneta. La idea era tentadora. Pero aunque algunos le consideraban un salvaje, su lado más racional le dijo que no estaría bien. La dejó dormir hasta que llegaron a la casa.

Cuando detuvo el motor del coche y se giró en el asiento hacia ella dispuesto a despertarla, un insólito pensamiento le asaltó. No pudo o no quiso analizarlo. Solo quería recrearse en el modo en que Lane dormía ajena a todo, incluso al hecho de que Clyde Bransow, el hombre al que nada perturbaba, se sentía profundamente conmovido por ella. Esa McCrane ejercía algún extraño poder sobre él, sobre sus sentimientos o sobre la ausencia de estos, no lo sabía con exactitud. Esa Lane no tenía la menor idea de lo frágil que resultaba allí, lánguida y a merced del torrente de emociones que despertaba en el hombre que la contemplaba.

Habría sido fácil aprovecharse de la situación y después gastar un par de bromas pesadas al día siguiente, inventar alguna escena subida de tono solo para fastidiarla, para ver como ella le tiraba algo con la intención de darle donde más le doliera. Sin embargo, lo único que en realidad le apetecía era mirarla sin pensar en nada más, ni siquiera en que hacía mucho tiempo que no miraba a una mujer de aquella manera.

La oyó gemir en sueños. Era una pena que la imagen se desvaneciera de un momento a otro. La desamparada Lane volvería a ser la dura y cínica McCrane. Puede que le lanzara incluso un par de insultos por haberla dejado beber más de la cuenta o le culpaba de pretender emborracharla para sabe Dios qué fines diabólicos.

Definitivamente, ella estaría furiosa a la mañana siguiente. Pero ahora, la señorita Pepinillo no parecía tan fiera y solo era una mujer hermosa y algo triste que dormitaba en su camioneta. Sabía que, en cualquier caso, ninguna de las dos le convenía. Sin embargo, Lane le atraía como un energético imán y le producía una alarmante sensación que no estaba preparado para analizar aún.

La sacudió con suavidad por los hombros y al ver que ella se negaba a abrir los ojos, la tomó en brazos. Rebuscó como pudo en el bolso de ella y tras encontrar la llave e introducirla en la cerradura, empujó la puerta con el hombro.

Lane parpadeó, confusa por la situación. ¿Qué hacía allí, en sus brazos? ¿Qué era todo aquello? ¿Quién daba golpes en el interior de su cabeza? ¿Y por qué olía tan bien? Lane enterró la nariz en el hueco del cuello masculino y aspiró aquel aroma. Le hacía evocar el olor de la hierba fresca y los días en que aún esperaba escuchar palabras bonitas de labios de un buen hombre.

Suspiró, consciente de que aquello no era un sueño. Era real. Aquellos fuertes brazos que por alguna extraña razón le transmitían seguridad, eran los brazos de Clyde Bransow, el tipo maleducado que sacudía su sombrero como saludo y la perseguía por todo el pueblo para demostrarle su poder de persuasión.

No era un buen hombre o no lo sería para ella. No le diría palabras bonitas y aunque las dijera, ella nunca las creería. Había perdido la fe en labios como aquellos, mentirosos, tramposos... Pero su boca —y la palabra «sensual» le vino enseguida a la mente— no estaba hecha para decir palabras bonitas en el oído de una mujer corriente como ella.

Era la boca de *K'aalógi*, el cazador de cabelleras de maestras insolentes. Y estaba muy cerca de la suya, casi rozándola... Lane cerró los ojos y mandó a paseo a las

treinta y cinco versiones de ella misma que eran la materialización de su sensatez, que le hablaban desde algún lugar del cerebro y le decían que debía detener a aquel indio tremendamente atractivo antes de que fuera demasiado tarde.

Apenas duró unos segundos. Estaba a punto de dejarse llevar cuando una de las voces de su conciencia le recordó por qué Clyde Bransow estaba ahí. Ah, sí. Ahora empezaba a verlo todo más claro. Ahora lo recordaba... Para darle una lección... Para demostrarle quién mandaba, sobre su hijo, sobre Juanita, sobre el universo quizá.

Al instante, los temores de Clyde se hicieron realidad y Lane comenzó a patear y revolverse, exigiendo con sus habituales modales autoritarios que la dejara en el suelo. Clyde obedeció, sintiéndose un poco idiota al pensar que el espacio que ella había ocupado entre sus brazos, dejaría un hueco que no sabía cómo llenar. Aquello no estaba bien. Tenía el brazo entumecido, a pesar de que Lane no era especialmente gruesa. Y aunque le había encantado sostenerla y tenerla junto a su pecho, supo que si no accedía a liberarla ella empezaría a dar gritos como una loca. Dejó que el cuerpo de Lane se deslizara lentamente sobre el suyo, conteniendo el aliento durante el breve recorrido de aquellas caderas contra su pelvis, de aquellos senos firmes contra su pecho, soltando aire cuando los pies pequeños tocaron el suelo. Vaya... No esperaba que el contacto le aturdiere de aquel modo. Lo atribuyó a que hacía mucho tiempo que no sentía tan de cerca un cuerpo de mujer.

Lane colocó las manos entre ambos y Clyde se preparó para lo peor. Algunos reproches y puede que hasta un buen puñetazo. McCrane era la clase de mujer que defendería su honor hasta la muerte, por más que le jurase que no había pasado nada. Se lo consentiría todo, se dijo. Le parecía que Lane era el tipo de mujer que jamás se había permitido ser caprichosa o irracional. Sería una especie de experimento ver cómo ambos reaccionaban ante la novedad de comportarse de un modo en que no lo harían de no ser por el exceso de ponche.

Sin embargo, no sucedió nada de eso. Lane no gritó, ni dijo o hizo nada que revelase que seguía allí a pesar de su expresión ausente. Durante unos segundos, solo permaneció frente a él con las palmas apoyadas sobre el torso masculino, tan confusa como Clyde, quien solo lograba disimular su desconcierto porque había bebido menos y porque llevaba años entrenando su impasible gesto de vaquero.

Lane, por su parte, tenía aquella mirada franca que le trastornaba. Clyde no podía apartar la vista de aquella boca entreabierta, le provocaba el repentino deseo de tomarla y no pensar en nada más hasta quedar por completo saciado de lo que quiera que contuviera su interior.

Trató de convencerse de que solo se trataba de curiosidad. Se dijo que solo pensaba en el reto que era doblegar la voluntad de aquella maestra sabelotodo. Pero no tenía sentido engañarse. Con franqueza, tenía que besarla porque le apetecía hacerlo. Quería averiguar a qué sabían los besos de la única mujer que se atrevía a decirle las cosas por su nombre. Inclino la cabeza sobre ella, dispuesto a satisfacer su curiosidad. Por suerte para los dos, Lane retrocedió un paso antes de que se produjera el desastre. Clyde carraspeó, ordenando desaparecer de inmediato al tipo insensato que se había apoderado de él hacia un instante.

—¿Qué demonios hace en mi...? —No pudo terminar la frase.

Lane retrocedió un poco más y sus pantorrillas tropezaron con el brazo del sofá, desplomándose sobre el mueble.

¿Se rendía? Clyde estaba a punto de hacer un chiste sobre eso, pero al verla con aquel aspecto de cachorro recién sacado de la perrera, cambió inmediatamente de idea. Vaya... Qué complejo estaba resultando todo... Porque —y era un miserable por haberlo planeado, lo sabía— era la oportunidad perfecta para hacer y decir cosas que luego podría utilizar contra ella, para burlarse de la estirada maestra que se creía mejor que él, aunque no tenía la menor idea de los fantasmas que le atormentaban. Sin embargo, no se sintió capaz. Ella estaba desarmada y no habría sido honesto.

Por otro lado, Lane había dejado de pensar hacia unos minutos en lo avergonzada que se sentía y su timidez había dado paso a otro estado en el que su mente había dejado de funcionar para proteger su autoestima. Solo estaba cansada. Y ebria. Y triste. Sobre todo triste. Al parecer, Clyde también había visto su abatimiento y sorprendiéndola una vez más, no lo había utilizado para burlarse. Retuvo la mano del hombre sobre su mejilla cuando se acercó para cubrirla con una manta que acababa de traer del dormitorio.

Clyde se había prometido que se esfumaría en cuanto ella estuviera sana y salva en casa. Pero algo en la expresión de Lane le detuvo. Se sentó junto a ella y permitió que apoyara la cabeza en su regazo. Acarició su cabello, enmarañado y rebelde, cayendo sin obedecer a ninguna clase de moda conocida sobre su cara. Lo apartó para contemplar mejor sus facciones. Lane McCrane no parecía tan respondona en aquel estado. Más bien parecía vulnerable. Ella murmuró algo en sueños.

—No tienes que quedarte... Estoy bien.

Lo sabía muy bien. Sabía que podía marcharse en cualquier momento y ella no lo recordaría a la mañana siguiente. Pero no deseaba hacerlo. Se acomodó mejor en el sofá, estirando las piernas y acurrucando el cuerpo de ella junto al suyo. Aspiró el aroma de su piel, de su pelo... Lane olía a limón, a algo muy refrescante que le inundaba los sentidos.

—Sé que no tengo que quedarme. Pero quizá quiera hacerlo —dijo contra su cabello y Lane se movió para acoplarse mejor en su pecho.

—Michael decía que yo era rígida como una estatua.

—¿Michael? —Clyde arqueó las cejas con curiosidad.

Sabía que era una canallada hurgar en su intimidad mientras Lane permanecía semiinconsciente bajo los efectos del alcohol. Pero sus palabras no habían hecho más que inquietarle. Por alguna razón desconocida, necesitaba cerciorarse de que el tal Michael era solo un nombre sin importancia. Sin embargo, ella lo había pronunciado de un modo tan familiar... La idea le obsesionó.

—Mi ex novio. Decía que era una remilgada incapaz de excitar a ningún hombre.

—Ese Michael era un idiota. Y tal vez algo más —la interrumpió, mirándola extasiado y confundido a la vez—. Y tú eres una mujer tremendamente excitante, Lane McCrane. Tanto, que sospecho que si me quedo un segundo más, no podré mantener mis buenas intenciones contigo.

Lane entreabrió los ojos. Clyde Bransow estaba allí. En su sofá. Debía sentirse abochornada. Pero se había cansado de sentir tal y como establecían las reglas. Con Michael, siempre había sido así. Ella había sido su buena chica, aceptando todo porque eran sus reglas, las de Michael. ¿Y por qué lo había permitido? Ah, sí... Tal vez porque temía que si no lo hacía, volvería a quedarse sola. Primero había sido su padre, después su madre... Michael solo había sido el colofón de una carrera de fondo en la que ella siempre resultaba perdedora. Vaya, había sido una dura lección. Pero había aprendido que la soledad no era tan mala compañera. La soledad no hacía preguntas y no exigía sacrificios ni fe ciega, era una compañera silenciosa que podías llevar en la maleta a cualquiera parte, incluso a un lugar como Juanita Fun. No obstante, ahora no quería pensar en eso. Cerró los ojos y disfrutó del placer que era tener un cuerpo como aquel cerca del suyo. Ya pensaría una buena excusa a la mañana siguiente.

\*\*\*\*\*

Así que había estado comprometida... quizá «casada». La palabra le produjo resquemor. Con un tal Michael. Un idiota que la había convencido de que existía algún problema en su cuerpo y la había convertido en la señorita Pepinillo que todos conocían. Peor para Michael. Bien mirado, le convenía que fuera así.

Ordenó a su cerebro que dejara de pensar en ello. Pero era inútil. La noche antes, había descubierto que la señorita Lane era un enorme desafío para cualquier hombre. Del mismo modo, había descubierto que no deseaba que cualquier hombre se enfrentara al desafío. Después de todo, los dos eran personas adultas. Los dos estaban solos. Los dos desconfiaban del amor y de las promesas que se hacían entre suspiros de placer. Ambos eran duros y cínicos y a ninguno le interesaba perderse en los ojos del otro. «¿Y por qué no?», pensó.

Lane ya le había visto y trataba de fingir lo contrario con escaso éxito. Clyde llevaba un buen rato esperando en su camioneta aparcada frente a la escuela.

Había decidido entrar tras escuchar el ruidoso sonido del timbre que anunciaba el fin de la jornada escolar. Después de ser atropellado por una veintena de niños

ansiosos entre los que estaba su propio hijo, se había asegurado de que saliera el último alumno antes de abordar a la escurridiza maestra.

Le había pedido a Rosita que recogiera a Ben. Había tenido que soportar las miraditas socarronas de la buena mujer cuando intentaba explicarle que tenía que tratar unos asuntos sobre la educación de Ben con cierta maestra impertinente. En definitiva, le importaba muy poco si la señorita McCrane le consideraba un incordio o no, porque no tenía la menor intención de dar media vuelta sin hablar antes con ella.

Adivinaba por la expresión de Lane que no deseaba darle conversación. Pero eso no le intimidó y aunque sabía muy bien que ella esperaba que se esfumara, tocó al cristal de la puerta con los nudillos antes de empujarla. Sonrió al escuchar el profundo suspiro de fastidio. Lane le daba la espalda y borraba lo que había escrito en la pizarra con movimientos nerviosos.

Clyde irrumpió en el aula sin pedir permiso. Se quitó el sombrero y lo sacudió cuando ella se dio la vuelta, ignorando la desaprobación en su mirada.

—¿Existe alguna posibilidad de que no haga eso cada vez que nos encontramos, señor Bransow? —preguntó airada.

—¿Hacer qué? —Frunció el ceño con falsa inocencia.

—Sacudir su sombrero en mis narices como si fuera John Wayne regresando de una borrachera —le increpó.

—¿Es alérgica al polvo? —preguntó Clyde a su vez.

—No que yo sepa.

—Entonces, la respuesta es no.

—Entiendo. —Lane dejó caer el borrador, que golpeó bruscamente contra la superficie de la pizarra al balancearse de la cuerda que lo sostenía al extremo—.

Disfrutaba haciéndome enfadar, ¿no es cierto?

—Ya estaba enfadada cuando he entrado, McCrane —replicó él, divertido por el mal humor de la mujer—. ¿Tiene algo que ver el hecho de que no me quedase anoche para verla despertar?

Lane le dirigió una mirada asesina.

—Usted me crispa los nervios.

—Buena chica. El primer paso para afrontar un problema es reconocer que existe —se burló.

—Oh, Dios... No puedo creerlo. —Ella comenzó a recoger sus cosas y a meterlas sin ningún orden en el caos que llamaba bolso—. Es igual. No le escucho. No puedo verle... Solo existe en mi imaginación. ¿Lo ve, Bransow? Ya está. Se ha esfumado. No le veo. Sabía que no podía ser tan difícil librarse de usted.

Lane parecía hablar consigo misma. Ya emprendía la huida hacia la puerta, cuando Clyde se interpuso en su camino para demostrarle que era muy real y que no tenía la más mínima intención de convertirse en un holograma solo para contentarla.

—No tan rápido, McCrane. La invito a comer.

—¿Para que pueda emborracharme y jactarse delante de todos inventando obscenidades entre los dos? Gracias. Pero la respuesta es no.

—En realidad, para hablar de Michael.

Lane no lo esperaba. Su expresión se ensombreció al escucharle.

—No tengo nada que hablar con usted, Bransow —su tono era cortante, pero no logró intimidar a Clyde.

—Yo creo que sí, Lane. Por ejemplo, podríamos charlar sobre por qué una honrada y eficiente maestra como usted, necesita omitir un hecho tan relevante como que ha estado casada en su currículum —sugirió sin apartarse de la puerta y el fondo, deseando que ella lo negara.

—No estuve casada —rectificó con ojos chispeantes de rabia—. Estuve prometida. No funcionó y ahora ya no lo estoy. Fin de la historia. No considero que sea un delito que una mujer quiera recuperar su vida después de un compromiso fallido. ¿Usted sí, Bransow?

—No. Pero será la comidilla de nuestros vecinos solo por haberlo ocultado. Lo sabe muy bien, Lane. Esto es un pueblo pequeño... Todos especularán sobre la triste historia de amor que la convirtió en solterona.

—Lo sé, lo sé... —le interrumpió furiosa—. La gente habla, todo se sabe... ¿Cree que me importa que vaya contándolo por ahí? Ni siquiera sé por qué me molesto en darle explicaciones.

—Lane, Lane... ¿Por qué es siempre tan arisca conmigo? Solo intento que seamos amigos. De hecho, anoche estuvo usted de lo más parlanchina, compartiendo conmigo todas esas confidencias sobre su novio... —mintió. Y aunque ella le miró alarmada, Clyde reconoció la fuerte determinación en su mirada.

—No comeré con usted —le dijo con tono exasperado.

—¿Ni siquiera unos deliciosos emparedados de atún con queso? —insistió, apartándose de la puerta y ofreciéndole pasar delante para después seguirla y conducirla por el brazo hasta su propia camioneta.

—Ni siquiera unas aceitunas —replicó—. ¡Cielos! ¿Por qué insiste tanto? ¿Acaso no puede soportar que una mujer le dé calabazas?

Clyde sonrió enigmáticamente.

—No se engañe, McCrane. Los dos nos parecemos mucho —comentó.

—¡No me diga! Oiga, Bransow... Anoche bebí demasiado ponche, lo reconozco. Pero sea lo que sea lo que hice que le induce a pensar que estoy interesada en usted... ¡olvídelo!

—Lo discutiremos mientras nos tomamos esos bocadillos.

Lane no contestó. Se maldijo en silencio por haber cometido la torpeza de recordar a Michael justo en presencia de la última persona con la que esperaba compartir tales confidencias. Ni siquiera Patty sabía nada de aquella desagradable parte de su pasado. Ni de las razones tan poderosas que la habían llevado a escoger aquella vida. Se había prometido que ni Michael ni nadie volverían a herirla. Para ello, procuraba mantener la mayor distancia posible entre ella y cualquier ser humano, de más de cincuenta centímetros. Por supuesto, Clyde Bransow no sería una excepción. Tomaría los malditos emparedados y después, Bransow podía irse al diablo. Se detuvo en seco, soltándose del brazo del hombre.

—Está bien. Por Dios... ¿nunca le han dicho que es peor que un dolor de muelas?

—Usted me adora, McCrane. No finja lo contrario. —Clyde le señaló una cafetería a unos pasos de la escuela.

Lane titubeó un instante, valorando la posibilidad de meterse en el coche y huir mientras aún estaba a tiempo. Sospechaba que no había nada angelical ni inocente en aquella invitación, a pesar de que Clyde Bransow fingiera ser un vecino encantador y la mirase con su mejor expresión de no haber roto nunca un plato.

—De acuerdo. Haré que no he oído la última frase petulante y aceptaré comer con usted. Pero le prometo que como haga un solo chiste sobre lo de anoche...

No pudo terminar la frase. Clyde le arrastró literalmente al interior de la cafetería y la condujo hasta una mesa junto a la cristalera, ocupando un asiento frente a ella y haciendo un gesto a la camarera para que se acercase a tomar nota del pedido.

Lane le arrebató la carta de las manos antes de que, haciendo alarde de su fanfarronería, Clyde pidiera la comida por ella.

—Puedo elegir por mí misma —dijo, y contra su voluntad, su afirmación sonó como si estuviera decidiendo el acontecimiento más importante de su vida.

Se arrepintió enseguida al ver cómo Clyde encogía los hombros con indiferencia y pedía a la camarera su menú. La chica la miró con impaciencia y al ver que no se decidía, apoyó una mano en la cadera y sacudió el bloc de notas repetidamente. Lane se sintió estúpida e infantil y finalmente se tragó su orgullo y optó por pedir lo mismo que Clyde, ya que no podía pensar con claridad mientras la atenta y divertida mirada de Clyde seguía el nervioso movimiento de sus dedos sobre el mantel.

Después de que la camarera trajera sus pedidos, Lane comenzó a mordisquear sin demasiado interés una patata frita que previamente había mojado insistentemente en el ketchup.

—Cuénteme más sobre su novio —la invitó Clyde mientras devoraba su almuerzo.

La pregunta le cayó como una jarra de agua fría. Lane apartó su plato, incapaz de probar bocado.

—Por favor, Bransow... Es cierto que anoche hablé más de la cuenta, gracias al «suero de la verdad» que ustedes llaman ponche. —Se recostó en el asiento, cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero eso no le concede el derecho a entrometerse en mi vida privada, ¿no le parece?

—¿Cómo era? —inquirió él, ignorando por completo sus palabras.

—Está bien. —Se dio por vencida, apuró de un trago el resto de su refresco y le miró directamente a los ojos—. Es profesor, en una escuela pública en Filadelfia. Es guapo, inteligente e insuperable en todo lo que hace. Una monada, de veras. Ideal y perfecto en todos los sentidos.

—No en todos, McCrane. Dejó que usted se le escapara —le recordó y Lane no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Oh, perfecto —exclamó—. Lo que me faltaba. Un rostro pálido con reminiscencias navajo desplegando todas sus artes para seducirme. ¿Qué será lo próximo, Bransow? ¿Bailar la danza del amor alrededor de una hoguera y conjurar a los dioses?

—No sea ridícula. Reconozco que la idea de hacerle el amor alrededor de una hoguera ya se me había pasado por la cabeza. Pero, ¡diablos!, espero que ninguno de esos dioses nos estropee la fiesta apareciendo por allí.

Aquello fue demasiado incluso para alguien que como Lane había aprendido a ser inmune a los halagos. Se sonrojó de pies a cabeza, haciendo rechinar los dientes cuando escuchó la seductora risa de Clyde.

—No puede ser cierto. —Sacudió la cabeza—. No puedo estar aquí... Y usted no puede haber soltado semejante tontería.

—¿Cree que voy demasiado deprisa?

Lane lo miró como si hubiera perdido el juicio por completo.

—Creo que se ha vuelto loco —le corrigió, atónita por la naturalidad con la que él se lo tomaba semejante barbaridad—. ¿Pero... por qué yo?

—Porque dijo que yo no era su tipo. Quiero demostrarle que se equivoca, Lane. Y quiero que disfrute cada segundo mientras lo hago. —Apresó los dedos femeninos sobre la mesa. Lane los retiró de inmediato—. Digamos que es un reto para mí.

—¿Espera que lo acepte sin más? —Lane no salía de su asombro—. ¿Cree que recogeré mis plumas y me meteré en su tienda como una obediente mujer india?

—Esa es una costumbre bastante anticuada, McCrane —apuntó sin inmutarse por el sarcasmo de la mujer—. Pero acepto que sería excitante que hiciéramos el amor en una tienda de campaña. Aunque no la primera vez. Ya sabe lo incómodas que son a veces... Por no hablar de los mosquitos y las alimañas nocturnas. No se sentiría cómoda, créame.

—Oiga... —Lane se inclinó, asegurándose que nadie más escuchaba aquella conversación. Evitó mirarle directamente, ya que había descubierto en las últimas horas que los ojos de Clyde eran un poderoso anzuelo que la hacía picar como pez hambriento—. No es por rechazarle, de veras... Pero es que no tengo por costumbre ceder a las insinuaciones de todos los chiflados medio indios que se cruzan en mi camino.

—Lane... Solo porque ese Michael no supo amarla, no debe cerrarse a nuevas experiencias. —Encontró su mirada a pesar de los esfuerzos de Lane por evitarla.

—¡Esto es inaudito! ¿Cómo se atreve a opinar sobre... sobre nada? ¿Cómo se atreve a proponerme una aventura? ¡Soy la maestra de Ben, por todos los santos!

—No se escandalice, McCrane. —Se divertía a su costa, no cabía duda—. También las maestras tienen derecho a divertirse, ¿no le parece? Y después de todo, ¿qué podría perder? Usted es como yo, Lane. Una escéptica. No cree en los hombres, no cree en el amor... Es casi tan dura como yo.

Lejos de halagarla, su comentario la impactó. ¿Así era como la veían todos... como la veía Clyde Bransow? Era posible que hubiera sido su propósito encajar en la descripción que Clyde acababa de darle. Pero ahora que lo escuchaba de labios de Clyde, se gustaba menos.

—Yo tampoco creo en las mujeres y en el amor —continuó él—. No soy un romántico. No espero robar sus besos a la luz de la luna, ni arrancarle suspiros sentimentales en cada despedida. Seamos prácticos, McCrane. Usted tiene un cuerpo que, por cierto, me encanta. Yo no estoy mal. *Carpe diem*... es así como se dice, ¿no?

Lane le habría atizado con su jarra vacía en la cabeza. Pero se contuvo. ¿*Carpe diem*... vivir el momento? Su descaro no tenía límites.

Lane se levantó y sacó unos billetes con intención de pagar la cuenta. Clyde de los rechazó, ofendido por su gesto.

—No me acompañe, Bransow. Puede que sea la resaca, pero si le escucho decir una sola barbaridad más, la emprenderé a golpes con su cara.

—¿Huye, McCrane? No podrá hacerlo siempre —advirtió, reclinándose cómodamente en su asiento con aquella expresión arrogante que ella comenzaba a encontrar atractiva contra su voluntad.

—Póngame a prueba.

—La veré esta noche —insistió.

—Estaré lavándome el pelo —le gritó, caminando hacia la salida.

—Ya veremos... —Sonrió Clyde, entendiendo cada vez más que su hijo idolatraba a aquella misteriosa mujer de cabellos castaños.

\*\*\*\*\*

Lane arrugó la nariz al comprobar que Bransow siempre cumplía sus amenazas. Apenas había descornado la cortina, el rostro pequeño y sonriente de Ben le había saludado desde el otro lado de la ventana.

Lane supo que no tenía escapatoria. ¡Maldito Bransow! Era un tipo de la peor calaña... Valerse de su propio hijo para llevar a cabo su ridícula tentativa de seducirla.

Abrió la puerta, clavando la mirada furiosa en Clyde un instante para después dulcificar su expresión al mirar a Ben. Se inclinó sobre el niño y le revolvió el cabello, reprimiendo el impulso de abrazarle contra su pecho.

Era extraño. Todos los niños del mundo le parecían desvalidos y necesitados de su protección, tan pequeños, tan frágiles... En el caso de Ben Bransow aquel instinto se acentuaba. A Ben deseaba arrullarle y cuidarle y mantenerle a su lado hasta que alcanzara una edad en la que ya le avergonzase tenerla cerca. Se dijo que era porque Ben no tenía una madre que hiciera todo eso por él. Aunque en realidad, y no quería admitirlo, era porque Ben parecía una diminuta caricatura de su atractivo padre. Sus ojos oscuros, la línea de su nariz, el cabello algo largo y húmedo por la lluvia... ¿Lluvia? Le lanzó una mirada acusadora a Clyde y se apresuró a hacerles entrar.

—Eh, estás empapado... No pasa nada, vaquero. La señorita Lane te secará enseguida.

Corrió en busca de unas toallas y después de que el niño quedara acomodado, seco y distraído con unos dibujos que daban en la televisión, Lane se enfrentó a Clyde con los brazos en jarras. Clyde aún restregaba con fuerza la toalla contra su cabello y Lane se la arrebató con brusquedad para exigirle una explicación.

—¿Y bien? ¿Puede decirme en qué demonios estaba pensando, Bransow? —le espetó, entornando ligeramente la puerta de la cocina para que Ben no pudiera escucharles—. Ahí fuera llueve a raudales. ¿Le parece que era el momento para venir a incordiarme y hacer correr a Ben bajo la lluvia?

—Detecto cierta hostilidad en su tono, McCrane. ¿Significa que me he quedado sin chocolate y galletas para cenar?

Lane no pudo evitarlo. Le golpeó con la toalla mojada en el hombro, indignada por su irresponsabilidad.

—¿Acaso se presenta al concurso *Peor padre del año* y no quiere que nadie le arrebaté el título, Bransow? Porque si es así, déjeme decirle que se lo está poniendo bastante difícil a la competencia. —Al ver que él encogía los hombros, apretó los dientes.

—Solo han sido unas cuantas gotas, McCrane —replicó con tono controlado. Aunque el malhumor de ella comenzaba a ser contagioso.

Su idea inicial de pasar un rato agradable atormentándola y de paso, entretener a Ben, se esfumaba a medida que comprendía que McCrane rara vez daba su brazo a torcer.

—Para un crío de cinco años, unas cuantas gotas pueden ser el principio de una buena pulmonía, ¿lo sabía?

—¡Cielos! Piensa sermonearme hasta que le dé la razón, ¿no es así? ¿Ni siquiera siente curiosidad por saber qué hacemos aquí?

Lane arqueó las cejas.

—¿Ben está bien?

—Nunca ha estado mejor. —Sonrió él y el corazón de Lane dio un vuelco.

A menudo, se sorprendía descubriendo que la risa de Clyde tenía aquel efecto devastador sobre ella. Empezaba a reconocer, aunque antes se mordería la lengua que aceptarlo en su presencia, que era un hecho que aquel hombre era el único capaz de derretirla con una simple exhibición de su magnífica dentadura.

—De hecho, se emocionó al saber que su «señorita Lane» nos había invitado a cenar.

—¿Qué...? —Por suerte, el efecto de su sonrisa había quedado inmediatamente anulado y el ritmo cardíaco de Lane había recuperado la normalidad. Aquello reafirmaba su teoría de que Bransow no tenía escrúpulos—. Yo no le he invitado a cenar.

—Entonces, dígaselo a Ben.

Lane giró el rostro hacia el pequeño, quien, ajeno a la discusión de los adultos, aplaudía la aparición del *Sheriff Woody*<sup>2</sup> en la pantalla. Su pequeña carita se iluminó un instante al mirarla para después seguir aplaudiendo a uno de sus héroes favoritos. Lane supo que no tendría valor para echarlos de allí. Y por la expresión triunfante de Clyde, también comprendió que, aunque él no la conocía tanto, la conocía lo bastante para saber que nunca haría nada que hiriese al niño.

—Es lo más rastrero que ha hecho con diferencia, Bransow. ¿Cree que porque ha decidido utilizar a un niño inocente para persuadirme, voy a ablandarme?

—No lo sé, McCrane, ¿lo hará? Hable con Ben.

Clyde señaló la puerta entreabierta. Ben se había quitado los zapatos y se había recostado en los almohadones del sofá. Al escuchar su nombre, levantó una mano hacia ellos y la agitó entusiasmado. Era obvio que esperaba quedarse allí al menos hasta el postre. Lane no tuvo el valor de estropearle la noche.

—De acuerdo —aceptó—. Solo cenar. Después, usted y Ben se marcharán por donde han venido. Y me dará su palabra de honor, de vaquero o de lo que sea, de que no volverá a hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Clyde con fingida inocencia.

—Lo sabe muy bien, Bransow. Presentarse en mi casa como si pudiera estropear todos mis planes cada vez que le apeteciera.

—Lane... Usted no tenía planes. Sea sincera por una vez. Se alegra de que estemos aquí.

Ella desvió la mirada para que no pudiera ver cuánta verdad había en lo que decía. Realmente había sido entrañable encontrarles a ambos en su puerta. Pero sabía que no debía encariñarse... con ninguno de los dos. Sabía muy bien como acababan las historias en las que ella se encariñaba demasiado. Acababan con ella misma preparando el equipaje y abandonando una vez más alguna bonita casa que había decorado con los pocos recuerdos felices que guardaba de la infancia.

—Solo cenar —insistió y Clyde aceptó con un gesto, siguiéndola hasta la cocina.

—Veré qué tengo por aquí... —Lane echó una rápida ojeada al interior de la nevera y decidió que prepararía unos bistecs con ensalada de col. Sacó la carne y las hortalizas y las colocó junto al fregadero. Sin necesidad de que le diera ninguna instrucción, Clyde ya se había arremangado la camisa y cortaba unos tomates con la destreza de un experto cocinero.

—Veo que se maneja bien en mi cocina —observó.

—¿Creía que me portaría como un salvaje y fumaría mi pipa mientras usted hace todo el trabajo?

—Creía que se portaría como un salvaje —simplificó con una sonrisa espontánea mientras troceaba la col y la colocaba en una ensaladera—. Lo de fumar en mi cocina sería temerario incluso para alguien como usted.

Clyde la apuntó con el afilado cuchillo.

—Hagamos una tregua, McCrane. Le demostraré que puedo ser tan encantador como ese Michael, el tipo perfecto e ideal que no está aquí.

La espalda de Lane se tensó al escucharle.

Clyde se maldijo en voz baja. ¡Maldita sea! Había vuelto a estropearlo. ¿Por qué había dicho algo así? De pronto, el hombre invisible a quien al parecer Lane pretendía olvidar, se interpuso entre ellos como si acabara de cruzar la puerta en persona. A Clyde empezaba a indigestársele aquel tipo, pero estropearles la velada... Era inaceptable. Su propio comportamiento era inaceptable. A ese paso, no llegarían a mantener una conversación civilizada jamás. Quiso disculparse, pero la mirada de ella era tan imperturbable que lamentó de verdad haber sido un bocazas.

—McCrane...

—Déjelo. Cualquier cosa que diga solo conseguirá empeorarlo. —Ella descuartizó el resto de la col dentro del recipiente.

Clyde aferró sus manos para detener el escarnio de la pobre hortaliza. Las apretó entre las suyas.

—De verdad, Lane... Lo siento.

Lane le miró a los ojos. Supo que estaba siendo sincero. Pero se apartó, porque aquellas pupilas curiosas querían ver en su interior. Y Lane sabía que no había nada en su interior para Clyde. Solo vacío.

—Ayúdeme con la cena —murmuró.

Clyde presintió que era su forma de decirle que, por el momento, estaba perdonado. Le soltó las manos, notando que las había retenido más tiempo del necesario y que había sido agradable sentir su contacto.

—Bien —aceptó, aunque seguía sintiéndose un gusano por su estúpido comentario.

Como un niño obediente, acató cada instrucción sobre colocar los cubiertos, los platos y todo lo necesario para degustar el improvisado menú que ella estaba preparando. Y todo lo hizo como un autómatas, pues no dejaba de pensar que había herido inconscientemente los sentimientos de Lane. De hecho, no dejaba de pensar en cuánto le molestaba que un tipo llamado Michael tuviera el poder de provocar aquella mirada ausente en la maestra.

Algún tiempo después, mientras cenaban, Clyde seguía pensando en ello. Analizó la expresión de Lane mientras ella estaba distraída agasajando a Ben con helado de chocolate. En la intimidad de aquella cocina, la señorita McCrane no parecía ni la mitad de dura.

—Parece que nuestro hombre acaba de reunirse con Morfeo —comentó Lane de buen humor algún tiempo después.

Había quedado maravillada al averiguar la cantidad de comida que podía ingerir alguien del tamaño de Ben. Hasta había aceptado comerse la ensalada y en recompensa, Lane le había servido ración extra de helado y le había dejado ver la tele mientras ellos terminaban el postre.

Al acabar, ambos se acercaron con sigilo para comprobar que se había quedado dormido en el sofá. Era lógico. Había hablado por los codos durante toda la comida. Incluso había contado a Lane unas cuantas leyendas sobre sus tatarabuelos navajos y las guerras en las que habían participado y sobre los peligrosos animales a los que se habían enfrentado en los bosques. Hasta la había tranquilizado cuando ella había fingido asustarse por los cambios de voz que Ben utilizaba para interpretar a los

distintos personajes de sus historias.

Había sido delicioso ver cómo la protegía con sus manos pequeñas y decía «no tenga miedo, señorita Lane, no pueden hacerle daño...». En un momento de distracción, Lane había desviado su atención hacia Clyde. Le había sorprendido que su expresión fuera casi sombría, preocupada. Sin duda, Clyde Bransow descubría nuevas facetas en su hijo que desconocía. Tal vez la idea de que Ben algún día se haría mayor y no necesitaría de sus consejos, le inquietaba. Todos los padres se sentían así alguna vez, porque en el fondo, todos querían ser héroes para sus hijos. También los que fingían lo contrario.

Sirvió una copa de vino para ambos y se la entregó en silencio. Lane acarició la mejilla de Ben con delicadeza, conmovida por la ternura que despertaba en ella. Al girarse, su mirada tropezó con la de Clyde, que estaba a solo unos centímetros de ella.

—Nunca le había visto tan comunicativo —comentó en voz baja sin dejar de mirarla.

—Es un gran chico. Y se sentía muy orgulloso de que usted le escuchara con tanta atención —dijo en su favor.

Clyde negó con la cabeza.

—No ha sido eso. No tenía nada que ver conmigo. Era usted.

—¿Yo? —Lane rio quedamente, con nerviosismo.

—Usted —repitió, ceñudo.

Lane se preguntaba qué estaba pensando en aquellos instantes, en los que ella le veía mucho más vulnerable de lo que nunca le había visto. Podía mostrarse tan bruto e insensible como un toro, podía fingir que era un tipo duro que no se ablandaba con nada. Pero después de aquella noche, nunca más podría engañarla. Clyde Bransow quería a ese chico. Quería a Ben y por la expresión de su rostro, Lane comprendió que daría su vida por él si fuera necesario. Aunque egoísta y sorprendentemente, deseó que nunca tuviera que demostrarlo. Clyde la miraba ahora como si ella fuera algún asombroso fenómeno que debía estudiar para un experimento.

—Ben. Él confía en usted.

—Claro que confía en mí. Soy su maestra preferida, ¿recuerda? —Quiso bromear con el hecho de que Ben la adoraba. Pero Clyde permaneció tan serio como antes —. Vamos, Bransow. No irá a decirme que está celoso, ¿verdad?

Sí. Lo estaba. Terriblemente celoso. Y lo peor de todo es que su propio hijo era el responsable. Lane también era su maestra preferida. Se sintió estúpido e inmediato por pensar algo así. Aunque eso no era nada comparado con lo que había visto en la mirada de Ben mientras le relataba de manera infantil aquellas historias sobre sus antepasados. Aquel pensamiento hizo que una dolorosa punzada le oprimiera el pecho. ¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo había estado tan ciego para no verlo?

—Es más que todo eso, McCrane. Ben... Necesita una madre —concluyó con firmeza y añadió, logrando que Lane se atragantase con el sorbo de vino que acababa de tomar—: La necesita a usted.

Sin duda, uno de los dos estaba haciendo algo mal. Lane había escuchado mal o Clyde no había sabido expresarse. Lane sonrió, tranquilizándose al comprobar que Clyde parecía muy tranquilo. Era obvio que había utilizado las palabras erróneas.

—Comprendo. Quiere decir que a Ben le convendría que usted se casara, tener una madre... —Por suerte, había anochecido y la escasa luz del salón impedía que Bransow viera el efecto que sus conclusiones causaban en el semblante de Lane, quien con disimulo, ya había apurado el resto de su copa para calmar los nervios.

—No, McCrane —la interrumpió—. Lo que quiero decir es que quiero que usted sea su madre.

\*\*\*\*\*

Bien. Ya lo había dicho. No había sido tan difícil, pensó Clyde. Sobre todo teniendo en cuenta que acababa de ocurrírsele mientras contemplaba como Ben la idolatraba desde su corta estatura. Se aclaró la garganta a su vez y quiso pensar que la palidez que adivinaba en el rostro de Lane era a causa del frío. Se quitó la chaqueta y la colocó sobre los hombros de ella. Pero Lane, tan terca como siempre, la dejó caer a sus pies. Clyde la recogió e insistió, presionando esta vez sobre los hombros de ella para evitar que le rechazara.

—No tengo frío —protestó Lane, pero temblaba.

—Bien. Porque me gusta esa cazadora y espero que me la devuelva más tarde.

—Será mejor que se vaya, Bransow.

Al parecer, ella era la única a la que su comentario había puesto la piel de gallina. ¿Un malentendido? Seguro que se trataba de eso. Era absolutamente imposible que Clyde hubiera dicho lo que ella creía haber escuchado. De ningún modo. Era una locura. Por si acaso, no volvería a comprar aquel vino afrutado de Florida.

—Tenemos que hablar, McCrane. —La voz grave de Clyde hizo que Lane se estremeciera. Clyde le cerró la chaqueta con excesiva amabilidad.

—¿Hablar... sobre qué? —preguntó Lane, que seguía en una especie de trance hipnótico, culpa del vino, de la intimidación de la velada y de la carita de Ben protegiéndola de las fieras en una llanura imaginaria. ¿Qué demonios le había puesto a la ensalada? Se prometió omitir aquel ingrediente mortal en su próxima receta.

—Ya lo sabe, McCrane. Sobre Ben. Sobre usted... Sobre mí.

—No puedo creerlo. Bromea, ¿no es cierto? Me toma el pelo, le conozco.

—No lo hago, Lane. No me he vuelto loco, no estoy borracho... y usted tampoco, confíeselo. Y esto no es un sueño. —Sonrió nuevamente.

Oh, Dios, ¿no podía dejar de hacerlo? Lane apenas podía pensar en otra cosa que no fuera aquella boca seductora recorriendo su propia boca.

—Querrá decir una pesadilla —le corrigió Lane.

—Como quiera, McCrane. No discutiré con usted. Esta noche no.

No fue lo que dijo, sino cómo lo dijo, lo que hizo que Lane se estremeciera. Se humedeció los labios en un gesto involuntario, sintiendo como los ojos de Clyde seguían aquel movimiento en inquietante silencio.

—¿Qué tiene de especial esta noche, Bransow?

—¿De verdad quiere saberlo? —Se aproximó y Lane retrocedió, tropezando con una estantería y emitiendo un leve grito que él ahogó, colocando una mano tras su espalda y un dedo sobre sus palpitantes labios.

—Despertará a Ben. —La voz de Clyde era grave.

—Es que debe despertar... Es tarde y usted... Tiene que llevarle a casa.

—Antes, hablemos.

Lane negó con la cabeza.

—¿De qué?

—Ya se lo he dicho. Ben necesita una madre.

Clyde se empeñaba en perder el juicio justo aquella noche, en su casa. Lane quiso gritarle que ella ya tenía sus propios problemas. ¿Cómo se atrevía a inmiscuirse



en los suyos, por qué se empeñaba en volver del revés su apacible mundo con aquella conversación de locos? Por supuesto, imaginaba que no necesitaría llegar tan lejos, ya que Clyde solo estaba bromeando. Le demostraría que ella también podía llegar a ser muy graciosa.

—Ponga un anuncio, Bransow.

Clyde la observó con párpados entrecerrados, los labios curvados en aquella tortura de sonrisa que hacía que Lane se arrepintiera de haberle invitado a cenar.

—No será necesario. Usted es perfecta, McCrane.

—¿Soy perfecta para usted? —La idea hizo que Lane tuviera ganas de estallar en carcajadas.

—Es perfecta para Ben —rectificó, visiblemente molesto porque no lograba que ella se lo tomara en serio—. Diantres, es más terca de lo que esperaba.

—¿Y qué esperaba? Se presenta en mi casa, se sienta en mi mesa, se come mi cena... Me suelta semejante tontería, riéndose en mi cara, tomándose el pelo...

—No le tomo el pelo, Lane, hablo completamente en serio. Míreme, Lane. —Era cierto, no había rastro de burla en su expresión seria. Eso todavía la enfureció más.

—¿Cree que voy a caer rendida a sus pies solo porque Ben me importa? Piénselo bien. ¿Cree que adoptaría a todos los niños huérfanos del mundo? Solo soy la señorita Pepinillo, no lo olvide. No soy su hada madrina, Bransow. Tendrá que ocuparse personalmente de Ben si es que de verdad le quiere.

—¿Si le quiero? —La sacudió por los hombros con suavidad—. ¿Le parece que estaría proponiéndole algo así si no le quisiera?

Lane enmudeció. ¿Proponerle? Clyde no le había propuesto nada, que supiera. Al menos, no directamente. Es decir, ella... Supo por su mirada que Clyde Bransow esperaba que fuera algo más que la mejor amiga de Ben. Desde luego, Clyde había perdido el juicio y en serio esperaba que aceptara ser su madre. Lo cual la llevaba a otra pregunta que hacía que le bailaran mariposas en el estómago. ¿Clyde Bransow estaba proponiéndole matrimonio? Era tan surrealista que tuvo que reír para expulsar la tensión acumulada en su mandíbula.

—Un momento, Bransow. —Lane trató de ordenar sus ideas lo mejor que pudo—. Usted... Usted no quiere que yo... que usted... que usted y yo...

—¡Demonios, McCrane! —Exasperado, él se pasó la mano por el cabello—. Sí, eso pretendo. ¿Qué otro modo se le ocurre para convertirse en la madre de Ben?

—No es posible... —susurró, más para sí misma que para él.

—¿Por qué no?

—¿Lo dice en serio? —Le miró espantada—. Ni siquiera podemos mantener una conversación de más de tres minutos sin que uno de los dos quiera que el otro se trague la lengua... ¿Cómo se le ha ocurrido que yo...? Es absurdo, Bransow.

—No tan absurdo. Y se engaña si cree que no tenemos nada en común. —Clavó los ojos brillantes en ella, recordándole aquella conversación anterior.

—Ni se atreva a repetir esa sarta de estupideces... —le advirtió, bajando la voz al ver que Ben se movía inquieto en el sofá.

—¿Qué le ocurre, McCrane? Le estoy haciendo una oferta que cualquier mujer en su lugar se apresuraría a aceptar. Pero no, tiene que discutir siempre, ¿no es verdad? Incluso cuando no hay nada que discutir.

Lane no daba crédito. ¿Nada que discutir?

—Señor Bransow, ¿ha pensado siquiera en la posibilidad de que yo espere algo más de la vida, del matrimonio, que una disparatada y conveniente oferta? —inquirió, ofendida por la seguridad de él.

—¿Algo más? ¿Algo como qué?

La arrogancia de Clyde de la enfurecía a cada segundo que pasaba. Se tomaba muy a la ligera la institución del matrimonio y no es que ella fuera una puritana ni una romántica empedernida, pero... Definitivamente, era una locura.

—Como amistad, ternura... amor —pronunció la palabra en un murmullo, esperando que Clyde tuviera la decencia de no mofarse. La tenue risa masculina en sus oídos le recordó que la galantería no formaba parte de la «larga lista de virtudes» de aquel vaquero maleducado.

—¿Amor? Usted no cree en nada de eso, McCrane. Y yo tampoco, ya se lo dije —se jactó—. No soportaría a una mujercita tonta revoloteando alrededor y mareándome con sus exigencias... Oh, no, ya tuve bastante de eso, créame. Hace mucho tiempo me convencí de que el amor no era más que una fantasía inventada por algún idiota al que le rompieron el corazón. Pero comprendo que no debo condenar a Ben a crecer sin una madre solo porque yo no confíe en ninguna mujer. No me mire así, McCrane. Puede que sea un bruto. Y un vanidoso. Pero piense esto: no le mentiría nunca sobre mis sentimientos. Nunca le diría que la quiero. Usted sabría que soy incapaz de amar y yo tampoco esperaría que usted lo hiciera. ¿Conoce algún hombre que le ofrezca un nivel tal de camaradería y confianza? Sería perfecto para ambos. Y Ben no podría ser más feliz, estoy seguro.

—No es posible que esto esté sucediendo... Oiga, Bransow, yo... Me siento halagada, de veras, pero... —Lane no sabía cómo hacerle comprender que su trato le revolvió las tripas.

Ella, que siempre se había considerado una cínica, descubría que existía alguien todavía más escéptico. Más herido, quizá... ¿Carrie? La curiosidad era casi tan intensa como la humillación de que Clyde creyera que ella no podía aspirar a encontrar a alguien con quien compartir su vida, si quisiera hacerlo.

—No quiero halagarla, McCrane. Quiero que se case conmigo.

—Basta, Bransow. Le prometo que lo olvidaré todo. Pero ahora tiene que coger a Ben y marcharse. —Le dio la espalda, pero Clyde la obligó a volverse para mirarle.

—¿No me ha oído, Lane? —Rodeó su cintura con sus manos grandes y ásperas por el trabajo.

—Sí, maldita sea... Pero yo... ¿Qué le hace pensar que yo...?

—Ya veo que solo hay una manera de tratar con usted.

Sin decir una palabra más, apresó sus labios con fiereza. Lane se aferró a sus hombros, sorprendida por su ataque. Mantuvo los dientes apretados, imaginó que solo trataba de castigarla por rechazarle y por considerarle un loco, que pronto se cansaría de que ella ofreciera resistencia. Pero se equivocó. Clyde no la soltó. Por el contrario, sus labios aflojaron la presión y comenzaron a acariciar los de ella con delicadeza. Aquello fue su perdición. Lane no estaba preparada para aquel cambio de táctica.

La boca de Lane se abrió y entonces, Clyde pudo saborear libremente lo que ella le había negado al principio. Lo hizo, bebió hasta la última gota de aliento, explorando con precaución primero y con determinación después, aquel territorio inhóspito que era la boca femenina. Lane sabía a chocolate y vino... también a miedo. Sabía a cientos de protestas que morían en sus labios y al mismo tiempo, sabía a pasión contenida, a ruego silencioso que él podría atender si fuera un poco más canalla. Se dijo que solo trataba de convencerla, de doblegarla, pero aquella sensación era tan fuerte... El corazón le latía desbocado en el pecho y rezó porque Lane no fuera consciente de lo que le hacía. La apartó un poco para mirarla con extrañeza. Lane McCrane era una caja de sorpresas. Bajo aquella dura armadura, existía una mujer hermosa y excitante que vibraba entre sus manos. No era bueno. No lo necesitaba. No lo repetiría. Solo necesitaba que ella aceptara su proposición. Por Ben. Solo por Ben.

—¿Papá...? ¿Qué le estás haciendo a la señorita Lane?

Ambos miraron a Ben, que había despertado y se restregaba los ojos, somnoliento y confuso. «Gracias, gracias, Ben», Lane pensó que se habría hecho la misma pregunta si no hubiera estado ocupada tratando de recuperar el aliento y analizando la deliciosa pero ambigua emoción que acababa de sentir.

—No pasa nada, cariño. —Lane aprovechó para huir.

Alzó a Ben y le dejó en los brazos seguros de su padre, justo donde ella había estado un minuto antes sintiéndose una adolescente fascinada y excitada. Fue consciente de que Clyde tardó más de la cuenta en afianzar el peso de Ben contra su cuerpo, el suficiente para rozar los dedos de ella unos interminables segundos. Lane se mordió los labios. Besó a Ben en la frente y les acompañó hasta la puerta.

—La veré mañana, McCrane. —El tono de Clyde no admitía réplica y Lane se limitó a fingir que lo ignoraba. Allá él si se había vuelto completamente loco.

—¿Estás enfadada?

La expresión de Lane se suavizó al escuchar la pregunta de Ben. Por supuesto que lo estaba, con Clyde y consigo misma.

—Claro que no, cariño. Pero es muy tarde. Papá te llevará a casa y tendrás sueños muy dulces.

—Ya los tenía... —murmuró Ben, asiendo la mano de ella para apretarla contra su mejilla—. He soñado que eras mi mamá, señorita Lane.

Lane contuvo el aliento mientras se despedía de Ben con un beso. Nunca antes se había sentido tan atrapada como ahora. Acorralada, así es como se sentía. Un torbellino de sensaciones se alojaba en su pecho y lo oprimía sin remedio. Y todo por su culpa, se lamentó. Vio cómo Clyde instalaba a Ben en el asiento trasero de su camioneta y le cubría con una manta. Después, la saludó con un gesto enigmático antes de que el movimiento de los neumáticos cubriera de polvo el camino.

---

<sup>2</sup> Uno de los personajes principales de la película de animación de Disney Pixar *Toy Story*.

## Capítulo Cuatro

—¿Clyde Bransow ha hecho qué...?

Lane habría tenido un ataque de histeria si hubiera sido del tipo de mujer que se permitía tenerlos. En lugar de eso, paseó por el aula como un animal inquieto, maldijo entre dientes y rompió unos cuantos folios en blanco para relajarse, si es que eso era posible.

—Te lo advertí. —Patty no sabía si permanecer a su lado y aguantar el mal humor de su amiga o regresar a su clase. Finalmente, viendo que Lane caía con abatimiento sobre su asiento, decidió quedarse con ella. Le palmeó el hombro afectuosamente e insistió—. Te dije que todo el mundo hacía apuestas sobre cuánto tardaría Clyde en obligarte a marcharte. ¿Acaso creías que me lo había inventado? Ahí lo tienes. Ha encontrado la manera. Y no le conoces, es terco como una mula. Tendrás que aceptarlo o desaparecer del mapa. No tienes alternativa, Lane.

—¿Bromeas? ¿Esperas que salga corriendo solo porque ese loco de Bransow me tiene en su punto de mira?

—Vaya, Lane... Tal como lo dices, parece que el pobre Clyde quisiera disparar contra ti —observó Patty, intentando ocultar su diversión sin éxito.

—¿Y no es así?

—Quiere casarse contigo, Lane. Reconoce que es bastante distinto.

—¿En serio? —Lane le lanzó una mirada de reproche y Patty se sintió un poco culpable porque la situación le parecía muy graciosa.

La señorita Pepinillo y el temible Clyde Bransow. Si Clyde llegaba a convencer a Lane algún día, cosa que era poco probable, serían la pareja más insólita que había conocido.

—Vamos, confiesa que en el fondo te halaga. No todos los días se despierta una y descubre que un hombre como Clyde ha pensado en ti como esposa y madre de su encantador retoño.

—¡Esto es increíble! ¿Estás diciéndome que tengo que sentirme agradecida? ¿Después de que ha tenido el descaro de dejar correr el rumor por ahí y que todos me miren como si me hubiera tocado el premio gordo de la lotería y se alegrasen de no ser los afortunados?

—Oh, Lane, es tan romántico en realidad... A mí me haría feliz, no con Clyde, claro... —reconoció Patty, entornando los párpados con nostalgia.

—Oh, claro que sí. —Rio con sarcasmo—. Me siento muy, muy feliz... ¡Tanto que le mataría ahora mismo si tuviera oportunidad!

Patty desvió la mirada hacia la puerta y ahogó un grito de sorpresa.

Lane siguió su mirada y sin pensarlo, arrojó contra la figura que se recortaba lo primero que tuvo a mano. Aquel maldito vaquero tenía la facultad de aparecer repentinamente como si fuera un espíritu invocado en un ritual.

Clyde esquivó la manzana con un movimiento felino y la apresó con una mano como si de una pelota de béisbol se tratara. Clavó sus ojos burlones en ella y mordió la manzana en un claro gesto de provocación.

Patty pasó junto a Clyde con la cabeza gacha y le saludó fugazmente antes de desaparecer de escena, temiendo que algunos objetos comenzaran a volar y pudieran acertarla a ella por error.

—Salga de mi clase. —Lane le apuntó con el borrador de tiza y Clyde levantó ambas manos con gesto cómico, como si se protegiera de un nuevo ataque—. Hablo en serio, Bransow. ¡Fuera!

—¿Le parece que son maneras de tratar a su futuro maridito, McCrane? —Su tono estaba cargado de satisfacción—. ¿Qué pensará la gente, Lane?

—¿Está sordo? He dicho que... —Lane suspiró y trató de controlarse—. He dicho que salga de mi clase.

—Cielos, qué carácter tiene usted, McCrane... —Se acercó a ella y le arrebató el borrador antes de que ella decidiera probar su puntería de nuevo contra su cabeza.

Dejó la manzana sobre la mesa y la miró fijamente desde su altura, haciendo que Lane se sintiera pequeña e indefensa.

—Dígame la verdad. Está furiosa porque me he adelantado y no ha podido anunciar el compromiso en persona.

—¿Usted qué cree? ¿Cómo ha podido? Usted... mentiroso... arrogante... presuntuoso...

—Un momento, McCrane —la interrumpió antes de que la boca de ella comenzara a escupir serpientes—. Creo que deberíamos aclarar una cosa.

—¿Aclarar, dice? —Lane se contuvo. Deseaba abofetearle y borrar de su cara aquella expresión victoriosa. Pero algunos de los chicos, incluido Ben, les espían por el resquicio de la puerta. Corrió hacia ella y la cerró con brusquedad, enfrentándose después a Clyde con las mejillas encendidas de rabia—. Señor Bransow... Solo conteste sí o no. ¿Se ha propuesto en realidad volverme loca de remate?

—Lane, trate de ser razonable... —Intentó tocar su brazo, pero Lane se apartó como si los dedos del hombre le quemaran—. Piense en todas las ventajas de mi oferta. Una familia, un hogar propio... Usted no será más la señorita Pepinillo, la maestra solterona que persigue el ramo en todas las bodas. Incluso podríamos llegar a ser buenos amigos. Nunca volverá a estar sola, Lane.

—¡Oh! —exclamó Lane, incapaz de comprender por qué Clyde Bransow estaba convencido de que le hacía un gran favor—. ¿Qué le hace suponer que me siento sola? ¡Maldito presumido!

—Lane, Lane...

—Por favor, deje de repetir mi nombre como una cantinela, ¿quiere? —Apretó los labios al ver cómo una espléndida sonrisa se dibujaba en su rostro—. No tiene gracia, señor Bransow. Tendrá que deshacer este enredo cuanto antes.

—¿Y si no quiero hacerlo?

—Bransow... Le advierto que estoy empezando a perder la paciencia.

—Lo sé. Y se pone preciosa cuando lo hace. —La detuvo, tomándola por sorpresa y desatando la cinta que sujetaba su cabello a la nuca.

Clyde enterró los dedos en su pelo y lo alborotó alrededor de las mejillas, complacido por la imagen que tenía ante sí. Lane McCrane se veía mucho mejor cuando no se ocultaba tras aquel disfraz de institutriz.

—Bransow...

—Sshhh... No diga nada, Lane. Ben nos mira desde la ventana.

Lane miró de reojo. Tenía razón. Unos cuantos niños trataban de ocultarse sin éxito al otro lado de la ventana y les espían con expresión traviesa. Ben estaba con ellos y parecía tan feliz y orgulloso de que su papá estuviera... ¡seduciendo a su maestra! Lanzó a Clyde una mirada acusadora. En respuesta, Clyde la besó brevemente, ofreciendo al pequeño grupo de pícaros la función que esperaban. Sonrió encantado al percibir el estremecimiento en ella.

—Tiene que dejar de perseguirme por todas partes, Bransow... —murmuró Lane cuando la boca de él se apartó unos centímetros, controlando a duras penas el equilibrio—. Tiene que dejar de hacer esto...

—Usted también me desea —apuntó—. Puede que no seamos almas gemelas, McCrane. Pero los dos sabemos que saltan chispas entre nosotros cada vez que la toco.

—Oiga, yo...

—No, óigame usted, McCrane. —La sujetó por la cintura para evitar que huyera y la apretó contra su musculoso pecho—. Dejémonos de juegos, ¿entendido? Tenga el valor de reconocer que formo parte de sus fantasías sexuales. Yo lo reconozco.

—¡Es increíble! —Se agitó, intentando liberarse, aunque los brazos musculosos de Clyde no se movieron un milímetro. Al final, se dio por vencida y elevando los

ojos al cielo, habló consigo misma—. Está peor de lo que pensaba si cree que voy a tolerar... ¡Y yo que creía que Michael era un idiota!

—Se casará conmigo, McCrane. —La cortó con repentina dureza en la mirada.

Clyde estaba descubriendo con desagrado que cada vez que ella pronunciaba el nombre de aquel tipo, la sangre le hervía en las venas.

—Lo hará por Ben. Y por usted misma. Porque me desea. Y porque es demasiado inteligente para convertirse en una mujer solitaria solo porque ese Michael no quiso poner un anillo en su dedo.

Lane sintió la dureza de sus palabras como si la hubiera golpeado. Era cierto que no tenía una buena opinión de él. Pero hasta ese momento, no había creído que pudiera llegar a ser tan hiriente.

—Usted no sabe nada de mí... ni de Michael —le espetó con voz vibrante de emoción—. No tiene derecho a especular sobre mi pasado ni sobre los motivos que hicieron que...

—Tiene razón. Ese Michael, su pasado... me importan un bledo —admitió con repentina ferocidad—. Pero sepa una cosa, McCrane. Me he propuesto seriamente que antes de que acabe el año Ben tenga una madre. Y en mi lista de candidatas, usted ocupa el puesto número uno. Así que deme una buena razón para que me rinda y la dejaré en paz.

Lane parpadeó ante el desafío que leía en su fría mirada.

—Clyde Bransow... Le aseguro que es el último hombre en la tierra a quien escogería para pasar el resto de mi vida —respondió, aunque no tan rápido como para que su argumento fuera creíble—. ¿Le parece una buena razón?

—Me parece que es usted una cobarde, McCrane. —Le robó otro beso, esta vez brusco y desprovisto de la delicadeza anterior—. Y como no me ha convencido, prepárese. Tiene cuatro horas para mejorar su interpretación.

—¿Cuatro horas? —preguntó, aferrándose al borde de la mesa cuando Clyde la soltó repentinamente.

Era humillante que él tuviera aquel efecto en sus sentidos, aún cuando Lane ordenase a su cerebro que dejara de imaginar escenas eróticas en las que cierto vaquero aparecía continuamente. No estaba bien, no saldría bien, ¿acaso era la única que se daba cuenta del desastre que se avecinaba?

—Eso he dicho. Es el tiempo del que dispone antes de que la recoja en su casa para cenar.

—¡No cenaré con usted! —exclamó, resentida por el modo en que creía manejarla a su antojo.

—¿Apostamos algo a que sí? —Las cejas de él se arquearon con descaro.

—No puede hacer esto... —protestó, pero Clyde ya salía por la puerta, ignorándola.

Lane vio cómo obligaba a los niños a salir de su escondite y revolvió el cabello de Ben con bastante buen humor. Sorprendentemente, los críos le obedecieron cuando él les hizo prometer que se portarían bien con la señorita Lane. «Pequeños traidores», pensó sin poder evitar que se le escapara una sonrisa, aunque dedicó a Clyde una mirada asesina cuando la miró nuevamente.

—¡A las ocho, McCrane!

Lane respondió con un gruñido y por su parte, Clyde sacudió el sombrero como despedida.

\*\*\*\*\*

—Quiero que sepa que esto no es una concesión —le advirtió justo antes de subir a su camioneta.

Al final, había comprendido que solo había un modo de convencer a aquel hombre de que estaba en un error. De nada servía huir y encerrarse en casa mientras él ideaba toda clase de chiquilladas para mortificarla. Lo mejor era dejar pasar la tormenta. Eso era. Tenía cierta costumbre en dejar que las tempestades de su vida pasaran frente a su puerta causándole el menor daño posible. Lane había aprendido a ser precavida. Se protegía siempre de aquellos contratiempos que podían herir su corazón. Aunque al mirar a Clyde de soslayo, temió que este fuera el peor de todos con diferencia.

—¿Qué es entonces? —Clyde había conducido en silencio hasta la reserva, ignorándola deliberadamente, pero cuando estaban a punto de llegar, la sorprendió con aquella pregunta.

—Tenía previsto cenar de todas maneras. —No contestó de inmediato. Lo hizo mientras caminaban juntos hacia uno de los *hogan*. Y aunque lo dijo con cierta indiferencia, añadió después con sarcasmo—. Y por supuesto, ni siquiera su «agradable» compañía me privaría de hacerlo con estas buenas personas.

—Tal vez le sorprenda, McCrane. Pero algunas de estas buenas personas hasta me consideran un buen tipo.

—¿De veras? —Lane arqueó las cejas en un gesto que arrancó una sonrisa a Clyde.

Ella se engañaba fingiendo que no se había dado cuenta de lo a menudo que aquel hombre sonreía cuando estaban juntos. Sí, sin duda Clyde Bransow se lo estaba pasando en grande a su costa, sacrificando su propia reputación de tipo duro para ello. Pero no dejaría que aquel pequeño detalle estropeará la cena. Además, desde la ocasión anterior, Lane había realizado sus averiguaciones sobre la petición de *Lobo que aulla* al Consejo, y estaba deseando darle novedades al respecto.

—Vamos. Nos están esperando. —Tiró de su mano y por un instante, Lane tuvo la sensación de que en el momento en que cruzara la puerta de aquel *hogan*, su destino quedaría sellado para siempre. Era una ridiculez, pero no podía evitar pensarlo y por ese motivo, se quedó muy quieta en la puerta, luchando contra la fuerza que tiraba de ella hacia el otro lado.

—¿Lane? —Clyde la miró con fijeza.

—Prométame que solo es una cena. Que no me hará ninguna jugarreta de la que podamos arrepentirnos. —Le sostuvo la mirada y Clyde pensó con cierto fastidio que nunca nadie antes había logrado dejarle sin palabras. Lane McCrane comenzaba a inquietarle. Tal vez no había sido una buena idea después de todo.

—Lane, ¿acaso no confía en mí? —Imprimió un toque de humor a sus palabras, pero seguía sintiéndose alarmado por el modo en que Lane se mantenía firme e inaccesible mientras que él había comenzado a esperar con algo parecido a la ansiedad cada uno de sus encuentros. Por supuesto, todo lo hacía por Ben, se dijo.

—Es evidente que no. Y no entraré ahí dentro sin obtener de usted esa promesa. —Lane no apartó su mano esta vez. Quería demostrarle que su mero contacto no conseguiría hacerla correr tras él como una colegiala, a pesar de que así era exactamente como se sentía cada vez que la tocaba.

—Solo cenar. Lo prometo.

Lane asintió y dejó que empujase la puerta y la atravesó junto a él, sintiendo que un extraño y confortable sentimiento la embargaba enseguida. Aquellas personas... Era una tontería que se sintiera tan ajena y a la vez tan cercana a ellas.

La forma en que se movían en respetuoso silencio alrededor de la mesa, colocando los cubiertos y los utensilios y distribuyendo generosas hogazas de pan recién horneado mientras compartían miradas afectuosas. Supo que añoraba todo lo que ellos representaban: responsabilidad, seguridad, honor, tradición, sacrificio.

A medida que pasaron las horas, Lane comprendía lo fácil que sería llegar a quererles a todos ellos. Shash le hablaba en un tono paternal que la hipnotizaba. Era un anciano de manos grandes y rostro amable surcado de arrugas. Lane escuchó con atención cada relato, cada frase que expresaba toda la sabiduría que albergaba su cuerpo nonagenario y cansado.

El medio hermano de Clyde, *Mq'uitsoh*, la miraba con cierta desconfianza que Lane comprendía. Ella no se había ganado su respeto, lo entendía. Era uno de los

motivos por los cuales había aceptado la invitación de Clyde. Quería darle la buena noticia personalmente, aunque a juzgar por su expresión severa, no estaba segura de encontrar el momento para hacerlo.

Patty le había contado que *Mq'itsoh* y Clyde se habían criado casi como si fueran hermanos de verdad. Al parecer, el padre de Clyde le había abandonado cuando apenas era un niño y la familia de *Mq'itsoh* le había acogido como un hijo más cuando la madre de Clyde había enfermado muy joven. Estaba claro que *Mq'itsoh* sentía un profundo afecto y admiración por Bransow y Lane podía percibir la curiosidad en su mirada. Era obvio que había escuchado los chismes que circulaban sobre ellos y que el propio Clyde había difundido.

También era obvio que no consideraba que alguien como ella estuviera a la altura de su hermano de sangre. Se preguntaba qué podía ver un hombre como Clyde en ella, la mujer de ciudad que no comprendía sus costumbres y que no podía luchar contra la marea en una escuela que no aceptaba sus peticiones. Quizá por eso la había recibido con frialdad al principio. Se preparó para una velada en la que nadie le dirigiría la palabra y la tratarían como si llevara escrito en la frente «soy una rostro pálido, perdonadme por no tener la menor idea de vuestros problemas».

Pero bien entrada la noche, mientras todos permanecían sentados alrededor de la hoguera y compartían historias, Lane observó cómo *Mq'itsoh* pasaba tras ella y colocaba una manta sobre sus hombros con disimulo. Ladeó levemente la cabeza y le sonrió en señal de agradecimiento.

—Clyde me lo ha contado. Diga a Amelia que mi pueblo le da las gracias... Y también a usted. —*Mq'itsoh* no era hombre de muchas palabras, pero Lane captó el mensaje enseguida y no quiso insistir ni incomodarlo con más detalles. Estaba bien así.

—Mi hermano debió advertirla del frío nocturno en la reserva —criticó *Mq'itsoh* y aunque lo hizo en voz baja, los ojos de Lane se encontraron con los de Clyde, que se hallaba sentado a pocos metros—. Por suerte, mi esposa es una excelente costurera y desea que acepte este obsequio como regalo de bodas.

—Oh, no... Ustedes se equivocan... —Quiso enfadarse porque Clyde hubiera hecho creer a sus amigos que estaban juntos. Sin embargo, todo lo que hizo fue sonreír e inclinar la cabeza en dirección a la esposa de Bill.

No merecía la pena discutir el tema ahora. El propio Clyde tendría que explicarles a aquellas personas que solo se trataba de una broma que les gustaba con un pésimo sentido del humor.

—Gracias. Será un honor aceptarlo.

Le lanzó a Clyde una mirada desafiante y cuando Shash sugirió que era hora de retirarse, suspiró.

A pesar de la presencia de Bransow, había pasado una noche inolvidable. Se propuso repetirlo incluso si no volvía a ver a Clyde. De repente, le pareció que unas pocas horas en compañía de Shash y los demás, le habían proporcionado mayor paz que todas sus clases de relajación cuando vivía en la gran ciudad y huía del acoso de Michael.

Por primera vez, descubrió que estaba rodeada de personas y que al contrario de lo que solía pasar, no se sentía sola. Se despidió de todos y se dirigió con paso lento hacia la camioneta mientras esperaba que Clyde hiciera lo mismo.

Estaba todavía meditando sobre la grata sorpresa que había sido conocerles mejor, cuando escuchó que alguien pronunciaba su nombre. Se volvió dando un ligero respingo y sonrió al reconocer a la hermosa mujer que Clyde le había presentado la primera vez como Nube Blanca.

—No quería asustarte. Solo quería comprobarlo por mí misma. —La joven rozó con sus dedos el cabello de Lane y esta frunció el ceño con curiosidad. La joven añadió—: Tu cabello. Es tal y como *K'aalógii* lo describió.

Deslizó los dedos por sus mejillas y Lane retrocedió un paso, sin comprender por qué hacía aquello. Parecía enfadada y confusa y... celosa. ¿Celosa de ella? ¿Alguien que era tan hermosa que cualquier artista querría inmortalizarla en un lienzo?

—Tu rostro está frío y tu boca teme los besos. Pero tu mirada es honesta. No eres como Carrie —sentenció, logrando que Lane se estremeciera involuntariamente—. Tal vez *K'aalógii* nunca llegue a amarte, pero serás una buena madre para Ben.

—No sé de qué...

—Sé que no. —La silenció con uno de sus dedos finos y le dirigió una mirada lánguida—. Habría dado mis ojos porque me hubiera escogido. Pero al mismo tiempo, me alegra que no haya sido así. *K'aalógii* ya no cree en el amor y me rompería el corazón, porque yo lo amo desde que tengo uso de razón.

—Tú... ¿estás enamorada de Clyde?

Ella sonrió a medias.

—Antes de que Carrie le enredara en su tela de araña, solía creer que tarde o temprano *K'aalógii* se daría cuenta de que yo era la única mujer que le haría feliz —confesó con un deje de tristeza en la voz—. Pero después de que ella le arrebató la capacidad de amar, supe que *K'aalógii* nunca podría sentir por mí la mitad de lo que siento por él. Y no soy tan valiente para servirle sin recibir nada a cambio. Ni siquiera por todo el amor que le tengo a Ben. De hecho, aunque tuviera el coraje suficiente, *K'aalógii* jamás me miraría más que como a una hermana pequeña. Por eso creo que hace lo correcto al escoger a una mujer como tú.

—¿Una mujer como yo? —En labios de otra persona, aquello habría sonado a insulto. Pero en los de aquella chica india no era más que una realidad. La realidad de que Lane se había convertido en la señorita Pepinillo que no aspiraba al amor de las novelas románticas.

—Alguien tan herida como él. Los dos pueden completarse sin amarse. Ben será un niño dichoso. —Su afirmación fue tan rotunda que Lane sintió realmente el dolor del que ella hablaba y que ya creía olvidado.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —inquirió, molesta porque al parecer, todo el mundo tenía algo que opinar sobre un matrimonio que nunca se celebraría.

—Porque serás la mujer de *K'aalógii*. Los dioses ya lo han decidido.

—Oh, no. Te equivocas... Esos dioses aún no me conocen. Eso no va a suceder —negó con terquedad, pero la joven asintió.

—Ya ha sucedido. Desde ahora, vuestros destinos serán un solo destino.

—No. No tengo la menor intención de casarme con él. Así que te aseguro que no me enfadaré si prefieres insistir en conquistarlo. —Por el modo en que Nube Blanca la miraba, supo que no la creía. ¿Acaso resultaba tan evidente que en el fondo, la idea la halagaba?—. En serio, es todo tuyo. No me interesa. A por él, de verdad.

Para imprimir autenticidad a sus palabras, la empujó suavemente con ambas manos, pero la joven negó con un gesto.

—Nadie puede luchar contra su propio destino. El viento llevó a la mariposa hasta tu puerta y debes abrirla, debes dejarla entrar. *K'aalógii* es tu destino.

Nube Blanca se retiró inmediatamente al escuchar los pasos que se acercaban.

—¡Espera! —Lane la llamó, pero solo Clyde acudió. Le miró furiosa—. Supongo que estará contento.

—¿Tengo motivos para estarlo? —Clyde la acompañó hasta la camioneta y le ofreció su mano para ayudarla a entrar. Por supuesto Lane la miró con desdén, ignorándola para demostrarle que no era una damisela sureña a punto de entrar en su carruaje—. ¿Ha considerado por fin mi propuesta y ha decidido aceptar?

—He considerado la idea de enviarle al diablo y no volver a dirigirla la palabra el resto de mis días —contestó, rechinando los dientes y acurrucándose en su asiento—. Y le advierto que si dice una sola palabra o hace un solo chiste sobre lo que sea, regresaré a casa a pie, ¿lo ha entendido?

—Alto y claro. —Él se inclinó teatralmente y se acomodó en su propio asiento, conduciendo como si no tuviera ninguna prisa y desviándose de la ruta que les llevaba hasta su casa.

—Disculpe. Creo que ha tomado el camino equivocado —observó apretando los labios cuando escuchó la risa suave de él—. Ya veo. ¿Más sorpresas, señor Bransow?

—Solo una más, McCrane —confesó, colocando la mano sobre su rodilla en un gesto aparentemente distraído—. Pero si la estropea saltando del coche en marcha, haré que el tormento de mi compañía se prolongue hasta el amanecer.

Lane permaneció tan callada como una tumba, segura de que Clyde estaría encantado de cumplir con su amenaza si le daba motivos para ello. Prefirió disfrutar del

silencio y de la fresca noche iluminada por una luna redonda y resplandeciente. Obedeció cuando él detuvo el motor y le indicó con un gesto que le siguiera al exterior de la camioneta. Le vio abrir el maletero y cargar un par de cervezas hasta ella.

De un salto, se recostó sobre el capó y flexionó una de las rodillas para elevar una de sus largas piernas. Palmeó junto a él con expresión indescifrable y ella se encontró obedeciendo de nuevo sin rechistar.

Lane no quiso pensar en el efecto que le causaba ver su fuerte musculatura marcándose bajo la tela de sus vaqueros o el modo en que su camiseta se adhería a su pecho cada vez que se estiraba hacia atrás para ofrecerle una cerveza. Atrapó una y le dio las gracias, preguntándose por qué la había llevado a aquel lugar. Lane parpadeó y suspiró inconscientemente, lo que atrajo la atención del hombre.

Nunca en su vida había contemplado algo así. Clyde había detenido la camioneta justo al pie de un acantilado, cuya orilla parecía confundirse y perderse en el azul oscuro del cielo salpicado por docenas de puntitos brillantes. Una vasta y extraña formación rocosa que dibujaba gigantescas figuras contra la oscuridad e invitaba a imaginar historias sobre poderosos y valientes guerreros ancestrales, se erigía frente a ellos.

El propio Clyde podría haber sido uno de aquellos guerreros, pensó Lane. Le observó a hurtadillas, admirando su complexión, sus facciones atractivas que revelaban sus orígenes, sus ojos oscuros en los que se adivinaba una gran fuerza interior. Trató de no fantasear con el hecho de que el señor Bransow le permitiera descubrir la belleza de aquel lugar. Aunque era de verdad hermoso y por un momento, se sintió una parte muy pequeña de todo aquello que admiraba. La perfecta comunión. Ella y la madre naturaleza. Y un tipo extraño que pretendía convencerla de que era buena idea que compartieran su *hogan*. La idea la hizo sonreír.

—Me gusta que haga eso.

La voz de Clyde interrumpió sus pensamientos. Lane le miró, dejando que la deliciosa cerveza hiciera su efecto y la relajara por una vez.

—La forma en que curva los labios con cierto descuido, como si hubiera algo rondando su cabeza —añadió sin apartar la vista del paisaje que se extendía frente a ellos—. Quizá un maravilloso secreto o un pensamiento muy valioso.

—¿También es un poeta, Bransow? —Lane se arrepintió enseguida de haber sido tan sarcástica—. Lo siento. Soy grosera incluso cuando no me lo propongo.

—¿Y dice que no tenemos nada en común? —Clyde ladeó el rostro para analizar la expresión de ella.

—¿Por qué me ha traído aquí? —Lane respondió con la única pregunta que se le ocurría desde hacía unos minutos.

Clyde no contestó enseguida. Elevó la mano que sostenía la cerveza y señaló algo con ella.

—Fíjese bien, McCrane. Está a punto de descubrir por qué Juanita es un lugar tan especial.

Lane buscó con la mirada el punto que él señalaba. Y de repente, lo vio. Algo que cruzaba el cielo como una exhalación, dejando una reluciente estela de plata a su paso. Su cuerpo se paralizó ante la diversidad de sensaciones que aquel simple fenómeno estaba provocando. Su experiencia como maestra y sus conocimientos sobre los cuerpos celestes no la habían preparado para sufrir aquel estallido emocional.

Sus libros no decían nada sobre cómo reaccionar ante la verdadera explosión que se estaba produciendo en su interior. No decían nada sobre cómo sobrevivir al efecto de una estrella fugaz en una noche como aquella, con un hombre como Clyde. Sabía que si le miraba, encontraría sus ojos oscuros de halcón fijos en ella. Apenas se atrevía a hacerlo por temor a no poder dominar el inquietante cosquilleo en su estómago.

—¿Lane? ¿Sigue ahí? —Él le quitó la cerveza de las manos y se quedó mirándola con expresión impenetrable.

—Vaya... Ha sido realmente... —Lane no pudo acabar la frase.

—Lo sé. Siempre lo es. *Romeo* suele causar ese efecto en las chicas —se burló, aunque algo en el tono de su voz, le decía que solo trataba de restar importancia a las intensas emociones que Lane comenzaba a sentir. Quizá a las que él mismo sentía contra su voluntad.

—¿*Romeo*?

—La estrella fugaz que ha visto —explicó, complacido porque había logrado sorprender a aquella maestra sabelotodo—. La descubrí cuando tenía quince años, lo mismo que este sitio. Ya sabe... Los chicos de esa edad siempre andan buscando escondrijos para besar a las chicas.

—Qué precoz —comentó irónica.

En un primer momento, se sintió tentada. Le habría gustado ver qué cara se le ponía a Bransow cuando le dijera que su famosa estrella fugaz no era más que una pequeña piedra venida del espacio golpeando la atmósfera terrestre. Sabía que era jugar con ventaja, porque ella era la señorita Pepinillo y Clyde solo un vaquero, tremendamente atractivo y en la misma medida peligroso.

Lo dejó estar, a sabiendas de que el riesgo acechaba a la vuelta de la esquina, en cualquier roce casual, en cualquier mirada furtiva. Tal vez en una de aquellas estrellas que Clyde fingía, de manera encantadora, haber contratado para ella.

El señor Bransow se estaba comportando justo del modo en que ella jamás habría esperado. Lane había bajado un instante la guardia y era todo lo que Clyde necesitaba para tenerla a su merced. Y aunque sabía que debía detenerle, quiso saborear un poco más aquella magia que le ofrecía.

—Así que *Romeo*... ¿cómo sabe que es la misma cada ocasión?

—No lo sé. Pero imagino que es así. Me gusta pensar que *Romeo* siempre acude en tu ayuda cuando le necesitas. Como ahora.

—No sabía que estaba en un aprieto —se burló, envalentonada por el efecto de la cerveza y por la cercanía del hombre.

—No se equivoque, McCrane. Es usted la que está en apuros.

Ella titubeó, evaluando las posibilidades de resistencia si se adentraba en la boca del lobo que eran los ojos de Clyde sobre los suyos.

—¿Trae aquí a todas sus conquistas, Bransow? —preguntó, maravillada porque sus cuerdas vocales aún fueran capaces de articular palabra.

—Solo a las que pretendo arrancar el «sí» a una proposición de matrimonio —puntualizó muy serio.

Comprendió por la forma en que ella le rehuía la mirada, que bromearía o le dejaría allí plantado o le estrellaría la lata vacía en plena cara. Supo que ella haría cualquier cosa excepto aceptar que unir sus vidas era una práctica idea para ambos. Consciente de que solo había un modo de luchar contra la sensatez de la señorita McCrane, giró el torso completamente e inclinó la cabeza sobre ella.

Tomó aquella boca que de continuo emitía discursos y se prodigaba en sermones sobre sus modales. Le pareció que se adentraba en misteriosos abismos que podían no resultar prácticos para sus planes. Pero a pesar de ello, hurgó con su lengua en el interior, despacio, rompiendo la resistencia inicial con una incursión tan educada que le hizo sentir como un adolescente en su primera cita. Por supuesto no significaba nada. Solo estaba haciendo lo necesario para convencerla. Aunque tampoco tenía que ser desagradable. De hecho, no lo estaba siendo. Nada de nada. Sus bocas se acoplaban a la perfección y se aventuró a deslizar los dedos por el contorno del rostro femenino, dibujándolo con lentitud. Lane tenía los ojos cerrados y se dejaba hacer y aquella repentina sumisión, lo desarmó por completo. Clyde entrecerró los párpados para observarla mejor, confuso por sus propias emociones, por el ligero temblor de sus dedos que ocultó enseguida por temor a delatarse.

Al apartarse, las mejillas de Lane habían adquirido un ligero tono rosado y sus labios seguían aún entreabiertos y palpitantes por la caricia. Clyde apartó la mirada y se convenció de que la conmoción que sentía se debía al influjo de *Romeo* y tal vez a que llevaba unos cuantos meses de celibato autoimpuesto. No es que se hubiera convertido en un monje desde la muerte de Carrie. Pero no podía decirse que sus ligues ocasionales se parecieran lo más mínimo a una cita. Y aquello tampoco era una cita. McCrane era su objetivo, no era su cita. Era importante para ambos que lo recordase, porque no podía hacer promesas sobre cosas que no podía ofrecer.

—¿En serio no sabe por qué estamos aquí, Lane?

—¿Cree que me seducirá solo porque ha compartido conmigo su escondite de adolescente y su estrella fugaz de los besos? —Tiritaba pese a la agradable temperatura.

Lane mantuvo las piernas flexionadas contra el estómago, se abrazó a ellas con los brazos y apoyó la barbilla sobre las rodillas para disimular su turbación.

—Sí. Supongo que esperaba algo así. —Y añadió, sorprendiéndose a sí mismo con la confesión—: Soy el tipo de hombre que espera esa clase de reacción en una

mujer cuando hace algo especial por ella.

Lane dio un respingo. No esperaba aquella sinceridad aplastante.

—Señor Bransow...

—Clyde.

—Clyde. —Ella casi había deletreado aquel nombre que comenzaba a meterse bajo su piel desobedeciendo las órdenes de su cerebro—. ¿Me promete que si hablo con usted y le hago entrar en razón esta noche, dejará de perseguirme y buscará alguna buena chica desesperada por convertirse en su esposa?

—Eso no es posible, Lane. Ninguna buena chica querría casarse conmigo —replicó de buen humor—. Piense en mí como en el chocolate. Las mujeres lo odian y lo desean al mismo tiempo. Ninguna tendría el valor suficiente de ingerirme el resto de su vida.

—No sea estúpido, Bransow. Seguro que debe de haber... al menos una, alguien desesperada... Una que no haya oído hablar de usted, claro está, porque si no... tal vez en otro estado... —Clyde la miraba divertido—. Pero, ¿qué estoy diciendo?

Lane agitó las manos con impaciencia y bajó del coche de un salto. Clyde la imitó y quedaron uno frente al otro, desafiándose.

—Oiga, no es asunto mío cómo se las ingenia para encontrar esposa. No soy una agencia matrimonial. ¡Diablos!, conseguiré convencerme de que realmente está loco.

—Lane, no quiero a otra. Ya se lo dije. La quiero a usted.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque el día que la conocí, supe que haría cualquier cosa para proteger a Ben. Le protegería incluso de mí mismo si fuera necesario. Lo supe en cuanto le vi, Lane. Supe que jamás le haría daño ni permitiría que nadie lo hiciera. Supe que usted jamás nos rompería el corazón.

Lane se estremeció por la intensidad de sus palabras y porque, en el fondo, todo cuanto había dicho era verdad. Había dicho «nos». ¿Acaso Clyde temía que le hicieran daño? ¿Era su forma de decirle que no la consideraba un peligro para su estabilidad emocional? Estaba claro que Clyde no tenía la menor idea del duro golpe que su confesión estaba asestando en el orgullo de Lane.

—¿Eso es todo? —insistió, una parte de sí deseando que hubiera algo más mientras el resto de ella daba gracias porque no fuera así.

—Confío en usted, McCrane. Y no confío en mucha gente, créame. —Lo decía como si ella tuviera que sentirse afortunada de que la hubiera elegido para depositar su maldita confianza—. Parece una mujer honesta.

—¿Cómo lo sabe? Apenas me conoce...

—La conozco muy bien —la cortó ásperamente, pero después su expresión se suavizó—. Sé que es una buena mujer con un genio de mil demonios. Sé que es noble y trabajadora, amiga de sus amigos, aunque no tenga muchos. Sé que defiende a muerte cualquier causa justa que se le presente. Aunque ello suponga tener que enfrentarse a hombres como yo que no tienen tiempo para ver los dibujos de un niño. Y sé que un tipo que, con toda certeza no la merecía, la hizo creer que la soledad era la mejor opción. Pero no lo es. Yo también lo creía. Por puro egoísmo, había decidido que Ben no necesitaba una madre ni yo una compañera. Estaba equivocado. Puede que ni usted ni yo necesitemos dibujar corazones con un nombre en nuestros diarios. Pero tenemos la obligación inexcusable de seguir vivos, Lane, con todo lo que ello supone.

Durante unos segundos Lane no dijo nada. Después, suspiró, restregando con nerviosismo los dedos a su espalda.

—Es demasiado... estar escuchando todo esto de alguien que sacude su sombrero polvoriento en mis narices cada vez que me ve... —murmuró, más para sí misma que para él.

Clyde la escuchó de todos modos y sonrió.

—Ahora no llevo sombrero, McCrane —destacó—. No finja que no lo había notado.

—Me doy perfecta cuenta de que se comporta usted de una manera bastante rara, sí —aceptó, viendo cómo Clyde se aproximaba demasiado. La pilló desprevenida al sujetarla por los hombros y clavar su mirada oscura en ella.

—Vamos, McCrane. Diga que sí. Le prometo que seré un marido respetable y fiel —dijo con un toque divertido en el tono de voz—. No se arrepentirá de tomar la decisión correcta.

—¿Cómo puede saber que es la decisión correcta? ¿Cómo puede saber qué es lo mejor para mí? —le espetó, mareada por el aroma de su loción de afeitar, tan salvaje y perturbadora como él mismo.

—Lane... Aún no estamos casados y ya está cuestionando mi criterio —la reprendió con suavidad, acariciando su frente con los labios para después deslizarlos por su mejilla hasta la comisura de la boca femenina—. Déjese llevar por una vez. ¿Qué le dice su instinto?

—Mi instinto quiere que salga corriendo cuanto antes —mintió.

—Entonces tendré que sujetarla bien fuerte, McCrane. No quiero que se me escape. —Y la besó con intensidad, tanto que Lane tuvo que aferrarse a sus brazos para recuperar el equilibrio.

Clyde sostenía su cara entre las manos, enterrando los dedos en su cabello y besándola de un modo muy erótico, tomando y liberando su boca una y otra vez, torturándola, apretando toda su virilidad contra el cuerpo de ella. Obligándola a desear más, reclamando que acoplara sus propias caderas para sentir aquella calidez que ya no recordaba, aquel anhelo íntimo y primitivo que ambos dominaban con dificultad.

Lane se atrevió a mirarle y descubrió que la expresión de Clyde ya no era de diversión. La situación era bastante extraña. Parecía frustrado, contrariado porque ninguno de los dos expresaba repulsión o rechazo. ¿Qué esperaba? La tomaba por sorpresa, a traición, la rodeaba con sus brazos musculosos y la estrechaba como si realmente ella significara algo para él. Lane ya casi no podía recordar cuándo había significado algo importante para alguien. Debido a sus temores y a su resentimiento, no solía tener oportunidad de intimar tanto con nadie.

¿Acaso Clyde esperaba que se mostrase indiferente cuando cada centímetro de su piel vibraba al menor roce suyo? Muy bien. Si eso era lo que quería, ya podía dejar aquella actitud reprobadora. Lane sabía bien cuándo había llegado el momento de colocarse de nuevo su disfraz de solterona amargada. Desde luego, si Clyde prefería la compañía de la señorita Pepinillo, Lane estaría encantada de regresar a su representación. Pero ya podía olvidarse de aquella locura del matrimonio, porque por nada del mundo aceptaría casarse con él.

—¿Me lleva a casa o prefiere que regrese a pie? —le preguntó con aspereza.

Clyde la soltó, algo confuso porque ella estaba entera y de una pieza y él más nervioso que el día que aquel doctor había puesto al pequeño Ben en sus manos por primera vez.

¡Condenada McCrane! ¿Es que sencillamente no podía decir «sí» y dejar que acordaran las cláusulas de su trato? No, ella tenía que despreciarle y negarle como si hubiera un séquito de admiradores solicitándole la mano en la puerta de su casa. ¿Qué parte de su oferta no entendía? Los dos se gustaban, al menos físicamente. Claro que Lane tenía un genio que necesitaba algunos retoques. Pero él estaba convencido de que podría domarla en cuanto tuviera ocasión de llevarla a su terreno. Solo pensarlo hizo que se excitara. Su terreno... Imaginó cómo sería la remilgada señorita Lane al despertar. La imaginó bostezando y estirándose con pereza sobre la cama, con el cabello alborotado esparcido por la almohada y una chispa de picardía brillando en sus ojos azules. La imaginó agotada después de que le hiciera el amor toda la noche, coqueta y traviesa. Quizá deseosa de repetir la lujuria de la noche anterior mientras él postergaba unos minutos el momento de complacerla, de complacerse a sí mismo.

—La llevaré a casa, Lane. Pero no me he rendido —advirtió, tratando de ocultar su propio deseo y subiendo a la camioneta para encender el motor. Ella se acomodó a su lado.

—Supongo que Patty tenía razón —dijo Lane, malhumorada. Al ver que Clyde arqueaba las cejas, añadió—: Dijo que todos hacían apuestas en el pueblo. Dijo que usted no pararía hasta que aceptara su oferta o decidiera marcharme del pueblo.

—McCrane, no soy el enemigo. Intente ver el lado positivo de todo esto —le recomendó, sonriendo cuando ella apretó los labios. Puso el motor en marcha y condujo en silencio unos segundos antes de añadir—: Piense que muchas mujeres la envidian en este momento.

—Soy alérgica al chocolate, Bransow —le contradujo, aludiendo al símil que él había utilizado con anterioridad—. Y le aseguro que yo tampoco pienso rendirme. No tengo por costumbre hacerlo.

—¿En serio? —Su tono irónico indicaba claramente que no la creía. A Lane le enfureció que fuera así.

—En serio —repitió con voz firme.

—¿Y qué me dice de Michael? —lo preguntó sin desviar la mirada de la carretera. Lane no contestó, aunque estaba deseando hacerlo. Deseaba darle un buen puñetazo y decirle que podía haberse ahorrado aquella escena de seducción si después tenía intención de comportarse como el idiota insensible que ahora demostraba. Prefirió morderse la lengua y pensar que solo había una manera de librarse del tormento que era Clyde Bransow.

Por suerte, ya habían llegado a su casa y Lane salió de la camioneta, dando un sonoro portazo al cerrar la puerta.

—No me ha contestado —gritó él.

—No es asunto suyo, Bransow —le dijo con voz aguda por la rabia.

—Creo que sí. De hecho, usted es asunto mío. Y le advierto, McCrane, que no me parezco en nada a ese Michael. Porque, ¿sabe qué, Lane? Yo no pienso dejarla escapar. Buenas noches. —Inclinó la cabeza como despedida.

No tuvo tiempo de decirle que podía irse al infierno y que no volviera a aparecer por allí. Clyde sabía retirarse a tiempo y en cuanto le vio alejarse en su camioneta, Lane decidió que era hora de cambiar de aires otra vez.

\*\*\*\*\*

Lo habría hecho en realidad. Cambiar de aires. Solo que algo la detuvo en el último momento.

Había superado la fase inicial de su retirada, llorando durante toda la noche e imaginando qué le diría Amelia a sus pequeños cuando preguntasen por ella. Tal vez, «lo siento, niños; la señorita Lane ha tenido que poner pies en polvorosa antes de que Clyde Bransow le hiciera perder la cabeza».

Había sido más que duro, porque quería a aquellos niños, en especial a uno cuya carita llevaría en su corazón hasta que se hiciera vieja. Suspiró. La decisión estaba tomada. Ya tenía redactada la carta de renuncia que pensaba dejar en el despacho de Amelia Andrew antes de que la directora empezara la jornada. No quería tropezar con Amelia y arriesgarse a que ella o Patty la convencieran de que debía quedarse. Lane sabía muy bien que no podía hacerlo.

Bransow era un peligro mucho más real de lo que creía. No había podido quitarse de la cabeza aquella maldita estrella fugaz ni el modo en que la había mirado mientras estaban en la reserva, como si estuviera encantado en que todos dieran por sentado que ambos eran algo del otro, como si realmente fuera así.

Apenas le llevaría un par de horas hacer el resto del equipaje y tomar el autobús de las seis sin que nadie se percatara de su ausencia. Pero entonces, sucedió. El amable empleado de la oficina de correos, el señor Pringle, que llevaba más de media vida sirviendo a la comunidad, estaba en su puerta y le dedicaba su mejor sonrisa.

Lane mantuvo la puerta entrecerrada para evitar que el señor Pringle viera el par de paquetes que había envuelto con sus objetos más frágiles. Un par de marcos con viejas fotografías en las que su madre aún no había tirado la toalla, unas figuras de barro que sus pequeños alumnos habían hecho para ella durante las clases de plástica... En realidad, cosas que para el resto del mundo podían resultar insignificantes, pero que constituían su entrañable universo particular. Miró al señor Pringle en actitud interrogante y él rio como si no recordara para qué había ido.

—Oh, sí... Perdone, señorita McCrane. Esto ha llegado hoy para usted. Pone «urgente», ¿lo ve? —Le mostró un sobre acolchado donde efectivamente, la oficina de correos emisora había estampado un enorme sello rojo con la palabra «urgente». Pringle hinchó con orgullo su pecho escuchimizado—. Un funcionario de correos siempre vela por el cumplimiento del deber. Y si es tan urgente...

—Gracias, señor Pringle. —Lane lo cogió, consciente de que hombre no apartaba los ojos del sobre.

Sospechó que había leído el matasellos y el nombre del remitente y que en breve, todo el pueblo sabría que la reservada maestra también recibía cartas del mundo que se alzaba más allá de Juanita Fun. Empujó la puerta con lentitud, pero el cartero introdujo un pie en la abertura, con tan cómico disimulo que casi la hizo reír.

—¿Quiere que me quede hasta que lo abra, señorita McCrane? Tal vez sean malas noticias —se ofreció con amabilidad. Lane negó con la cabeza, regañándole con la mirada y él encogió los hombros entonces—. Está bien, si está segura de que no me necesita... Seguiré con el reparto. Ya sabe lo duro que es este trabajo.

A Lane le divirtió el modo en que el señor Pringle lo había dicho. Cualquiera diría que entregar diez cartas y un par de telegramas en el día era como trabajar en las galeras. Claro que el señor Pringle estaba próximo a la jubilación y la gente de Juanita Fun lo respetaba lo bastante para fingir que aguardaban cada carta suya con desesperado anhelo.

Cuando se marchó, Lane suspiró al comprobar que la breve ojeada que había echado al sobre no le jugaba una mala pasada. No había duda. El sobre era de Michael. Todavía le hacía perder los estribos su letra elegante y de trazo firme y la forma en que escribía su nombre completo a pesar de que ella siempre le había dicho que odiaba que la llamaran así: Penny Lane McCrane.

¡Maldito Michael! Tenía que hacer su santa voluntad incluso estando a miles de kilómetros. Rasgó el sobre con brusquedad, sin importarle dañar el contenido. Leyó atentamente las breves líneas que acompañaban el resto de la documentación tan bien organizada.

*Querida Lane:*

*Como te niegas a hablar conmigo por teléfono y que tratemos este asunto como personas adultas, he tenido que recurrir a tu antigua escuela para que me facilitaran tus nuevas señas. Espero que no te importe que les haya mentido para obtener tu dirección. He tenido que decirles que tras nuestra pequeña pelea, estaba muy preocupado porque no sabía nada de ti y que esperaba que si te encontraba todo se arreglaría finalmente. He de decirte que ha sido una suerte que tus viejas compañeras de trabajo sean unas románticas sin remedio. Enseguida me han facilitado tus señas. Lane... sin rencores, ¿de acuerdo? Te envío la escritura de compraventa de nuestro antiguo piso. Tenemos un comprador y es urgente que firmes cuanto antes si no queremos perder la oportunidad de sacar una buena suma. En cuanto reciba el dinero, tendrás tu parte. Mi queridísima Lane, sé que aún estás resentida conmigo por lo que sucedió. Pero no dejemos que una tontería estropee lo que teníamos, ¿vale? Espero que esos papeles estén firmados llegado el momento. Ah... No te lo he dicho, pero me he tomado unos días libres y es posible que pase a recogerlos personalmente. Podría ser la ocasión perfecta para arreglar nuestras diferencias, ¿no lo crees, Lane? Será maravilloso volver a verte.*

*Tuyo,*

*Michael.*

Lane arrugó la nota, aunque no fue suficiente para calmar su rabia.

En un arrebato, la arrojó contra el suelo y la pisoteó un par de veces. No contenta e imaginando que era Michael quien yacía maltrecho en el suelo, la recogió nuevamente y la hizo pedazos con los dedos. ¡Cerdo ambicioso! ¡No tendría el valor de presentarse allí!



Tuvo ganas de correr a telefonarle para decirle lo que pensaba de su maldito apartamento. Pero se contuvo. El retorcido pensamiento de que Michael la necesitaba, hizo que una idea perversa comenzara a rondarle la cabeza. ¿Y si pudiera vengarse de Michael, oponiéndose a la venta del apartamento? A Michael no le haría ninguna gracia que su novia despechada estropeará sus planes de una luna de miel inolvidable con su nueva amante.

Lo pensó un instante, pero enseguida reconoció que aquel no era su estilo. Y en realidad, Michael Stevenson no era alguien tan importante como para convertirla en una arpía sin conciencia. No. Definitivamente, ella no era esa clase de mujer. Ni siquiera le importaba lo que Michael hiciera con su parte del dinero. No quería nada de él. Ya no.

Lo que siempre había deseado era lo único que Michael nunca había podido darle: amor verdadero. Como en aquella película deliciosa sobre doncellas, piratas, héroes y villanos. Solo que ella no era la bella *Buttercup*<sup>3</sup>. Por descontado, Michael era lo menos parecido a un héroe. Como mucho, Michael podría ser el perfecto villano.

La idea la hizo reír. Menos mal que no había roto el contrato que se adjuntaba a la nota vomitiva de Michael. Firmaría los malditos papeles y los enviaría por correo aquella misma mañana, antes de tomar el autobús. No le apetecía nada tropezar con Michael si este tenía la desfachatez de presentarse en Juanita.

En ese momento, sonó el timbre de la puerta otra vez. Temiendo que el señor Pringle hubiera muerto de curiosidad allí afuera, abrió con la intención de dejar bien claro que no esperaba compartir sus noticias con él. Pero se quedó de piedra al descubrir que no se trataba del cartero. Clyde la miraba con expresión desenfadada, apoyando su mano en la hoja de madera para evitar que ella le cerrase la puerta en las narices.

—Estoy ocupada, Bransow —dijo sin disimular su mal humor.

—Lo sé. Pero hoy hace un día precioso. He pensado que podíamos desayunar juntos y después llevarla a la escuela.

Lane suspiró. Sin duda, debía de haber hecho algo horrible en otra vida para merecer que Clyde Bransow la hubiera escogido como víctima. Ahora pretendía que se comportaran como una pareja de novios bien avenida, cuanto todo lo que ella deseaba era huir de hombres como él.

—Ahora no, Bransow —insistió cortante.

Clyde no dijo nada. Lane comprendió que podían discutir en la puerta toda la mañana y no le convencería de que se marchara. Así que pensó con rapidez. Escondería las maletas en algún lugar mientras le invitaba a pasar y tomar un café. Le daría conversación trivial durante unos minutos y le sacaría de casa como fuera. Después, enviaría los documentos a Michael y tomaría su autobús. Y esperaba no volver a ver ni a Michael ni a Bransow el resto de su vida.

—Espere un momento. —Cerró la puerta, dando gracias porque él apartara la mano a tiempo de no ser atrapada por el fuerte golpe. Arrastró el equipaje y lo ocultó detrás de su sofá preferido. Abrió de nuevo la puerta, se alisó el cabello desordenado y le sonrió con fingida cortesía. Clyde seguía en la misma postura y frunció el ceño al percibir la respiración levemente agitada de la mujer—. Ya puede pasar.

—¿Todo va bien, Lane? —preguntó con desconfianza.

—Claro...

—Parece nerviosa —observó él y Lane no le dio oportunidad de recorrer visualmente cada centímetro de su casa. Le hizo una seña para que tomara asiento en el mismo sofá, de modo que quedaba de espaldas y no podía adivinar que sus maletas se encontraban tras él.

—¿Té, café...? —ofreció, contabilizando mentalmente el tiempo que Clyde tardaría en descubrir que algo estaba sucediendo.

Clyde podía ser muchas cosas. Pero no era estúpido. Enseguida se daría cuenta de que faltaban algunos objetos personales de la estantería que estaba sobre la televisión. Era un tipo observador por naturaleza.

—Café.

—Lo prepararé en un santiamén. —Corrió a la cocina, puso la cafetera y regresó de inmediato al salón.

Se anunció con tanta alegría que Clyde no pudo evitar que la actitud de ella le provocara seria preocupación. Algo no marchaba bien. Estaba claro que Lane ocultaba algo, de lo contrario no estaría haciéndole de perfecta anfitriona como si quisiera que se tomara el maldito café y se largase cuanto antes.

—Ya estoy aquí. Aunque no puedo entretenerme demasiado, Bransow. Aún tengo que preparar mi clase de hoy. Tendrá que marcharse en cuanto se tome ese café.

¿Preparar su clase? ¿Con críos de cinco años? ¿Cuánto tiempo necesitaba para organizar unas cuantas cartulinas con la foto de la rana Gustavo en diferentes posturas? La señorita Lane mentía descaradamente y aprovechó que la cafetera estaba silbando en la cocina para registrar la habitación.

Cuando Lane volvió, los ojos del hombre parecían dos piedras incrustadas en su cara bronceada. Clyde había llevado las maletas hasta la mitad del salón y leía con evidente disgusto algunos fragmentos de la carta de Michael que había logrado rescatar de la papelera. «...esperaba que si te encontraba todo se arreglaría finalmente... no dejemos que una tontería estropee lo que teníamos... Será maravilloso volver a verte... Tuyo, Michael». La miró con las facciones contraídas por la furia.

—¿Pensaba marcharse sin despedirse, McCrane? —preguntó con tono acusador.

—Ya le dije que no se hiciera ilusiones conmigo, Bransow... Oh, no sé por qué me mira como si le hubiera traicionado. Le dejé bien claro que...

—¿Ese Michael chasquea los dedos y usted corre en su busca?

—¡No! ¡Se equivoca!

—¿De veras? —Clyde leyó en voz alta los pedazos de papel que había reunido y que parecían quemarle los dedos—. ¿Acaso no tiene dignidad, McCrane?

—No es lo que cree —se defendió.

—Seguro que no. Pero, ¿sabe qué? ¡Al diablo con usted! —La apuntó con su sombrero y lo sacudió inconscientemente contra la pernera de sus tejanos—. Por mí puede dejar que todos los Michael del mundo pisoteen su corazón.

Se dirigió hacia la puerta, decidido a olvidarse de aquella mujer, si es que era tan tonta para no ver lo que le ofrecía. Allí ella si prefería que un idiota hiciera picadillo su orgullo. Podía hacer las maletas y correr tras el hombre ideal que la haría pedazos otra vez. No era asunto suyo. Sin embargo, se detuvo al escuchar como ella se desplomaba ruidosamente sobre el sofá y ocultaba el rostro entre las manos.

Estrujó el sombrero entre los dedos, imaginando que era el cuello del tal Michael. Cómo odiaba a ese tipo, el fantasma de las navidades pasadas de Lane, el que aún tenía el poder de hacerla llorar... Por supuesto que podía darse media vuelta e ignorar que ella estaba deshecha en llanto. No tenía que quedarse para ver como recomponía pedacitos de sí misma mientras su exnovio la esperaba en algún lugar lejos de allí. Lejos de allí... No le gustaba imaginarlo. La miró desde la puerta, sorprendido por el efecto demoledor que la imagen de ella le causaba. Comprendió que no podía marcharse sin más.

—¿Lane?

Ella le miró con expresión grave.

—¿Qué quiere? ¡Váyase de una vez, estúpido insensible!

Clyde titubeó unos segundos y acortó la distancia entre ambos. Flexionó las rodillas hasta quedar en cuclillas frente a ella. La obligó a retirar las manos de la cara y la contempló en silencio durante un breve instante. Pensó en lo fácil que sería besarla y convencerla de que todos sus problemas se esfumarían si le aceptaba; incluido el tal Michael, que se interponía entre ellos como una pared invisible que tenía ganas de derribar a puñetazos. «¿Y si estaba equivocado? —pensó Clyde—. ¿Y si ella era realmente alguien tan especial como parecía?».

—He metido la pata otra vez, ¿no es cierto? —dijo, y ella asintió con resentimiento—. No pensaba huir, ¿verdad?

—Sí que lo pensaba —admitió en un murmullo—. Aunque no con Michael.

—Pero esa carta... —Él enmudeció cuando Lane le entregó los documentos de la venta del apartamento. No entendía una sola palabra.

—Michael y yo compramos el apartamento cuando decidimos casarnos —le explicó ella, cansada de pensar—. Ahora quiere venderlo y necesita mi

consentimiento.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. —Lane sacudió la cabeza—. No quiero ese dinero. No quiero nada de él. Pero sobre todo, no quiero tener que verle de nuevo, ni siquiera por estos malditos papeles.

—¿Por eso huía?

—Oh, no. Eso se lo debo a usted. Lo consiguió, Bransow. Soy incapaz de soportar tanta tensión. Se salió con la suya, *K'aalógii*.

Clyde se sintió despreciable. Lane parecía acorralada, desesperada... Y todo era culpa suya y de ese Michael al que le habría partido la cara de haber tenido la menor oportunidad.

—Lane... Yo no lo consideraría un triunfo. En realidad, esperaba que aceptase mi oferta y que fuéramos amigos —confesó y al ver como ella finalmente sonreía a pesar de las circunstancias, una emoción cálida y desconocida se instaló en su pecho—. ¿Lo ve? Al menos, soy un tipo gracioso.

«Y alto, fuerte e increíblemente atractivo», pensó Lane. Todo lo que hacía que ella tuviera pensamientos obscenos cada vez que le veía. Pero no podía ser buena idea que un hombre así ejerciera tanto control sobre sus sentidos.

—Le voy a contar una historia. —Su rostro estaba muy cerca y su tono de voz era el de un experto y enigmático contador de cuentos—. Es una vieja leyenda india que mi madre me contaba cuando era niño. Habla de una joven y hermosa doncella que había tenido como maestro a un lobo guerrero. Los indios creen en una vida externa, una especie de alma real que se puede tocar; como una persona pequeña que vive fuera de tu cuerpo, a la altura del pecho. Este alma puede ser guardada en un jarrón, puede ser palpada y herida. Por ese motivo, hay que mantenerla bien a salvo de los enemigos. Si alguien destruye esa otra vida, mueres en tu vida terrenal y te quedas para siempre en este mundo.

Lane no podía apartar la mirada de los negros ojos de Clyde mientras le relataba su cuento. ¿Cómo es que nunca se había fijado en la pequeña cicatriz de su ceja o en el modo en que esta se arqueaba ligeramente cuando hablaba? Bransow la envolvía peligrosamente con su voz grave y con el roce, imaginaba que casual, de aquellos dedos sobre su mejilla.

—Eso es lo que el gran lobo había enseñado a la doncella guerrera —continuó con la paciencia que alguien utilizaría con un niño que acaba de perder su juguete preferido—. Además, para protegerla de sus enemigos, le había dado el don de transformarse en osa. Cuando lo hacía durante la guerra, se desprendía de todos sus órganos vitales y los guardaba en un frasco que mantenía oculto y seguro de sus enemigos. De esta manera, los adversarios nunca podían herirla de verdad. Y así fue como la doncella india se convirtió en invencible.

Lane cerró los ojos. Imaginó que era la mujer de su historia, invulnerable al dolor...

—Tiene que decidir, McCrane. Usted puede ser la doncella india. Lo sabe —continuó Clyde.

—¿Quiere que saque mi corazón y lo meta en un cuenco de barro para mantenerlo a salvo de todo? —preguntó, hechizada en cierta medida por su historia.

—No de todo, Lane. Solo a salvo de ese Michael que pretende destrórzelo —puntualizó. Y en un arrebato sentimental, habría añadido que merecía que un buen hombre, alguien que no era Michael y seguramente no era él mismo, cuidara de su corazón. Pero no lo hizo.

—Piénselo, Lane. Imagine que ese desgraciado apareciese por aquí y usted ya no estuviera disponible. Imagine la cara que pondría al ver que no le esperó eternamente. Sería un jaque mate a su orgullo en toda regla, ¿no cree?

—Sería una locura...

—Sería bueno para ambos. En todos los sentidos. Somos compatibles, Lane... Muy compatibles. —Y para demostrárselo, la besó largamente, recorriendo con sus manos la tensa espalda y arrancando un suspiro de placer de los labios femeninos—. Atrévase, Lane. Sea una chica mala para Michael y una aliada para mí y para Ben. Acepte mi oferta y deje que el tiempo lo ponga todo en su sitio. Sea mi mujer, mi guerrera india, orgullosa y valiente.

—Yo no... no podría... —Se ruborizó al escuchar la suave risa de Clyde.

—¿Ser mi mujer? —completó la frase por ella con cierta diversión—. Podría, Lane. Se lo prometo. Pero no espero que todo suceda el primer día. Seamos una especie de camaradas, sea mi socia en esto y después, ya veremos... ¿Qué me dice, Lane?

—Pero no estamos enamorados... No saldría bien —replicó, extasiada por el modo en que los dedos de Clyde dibujaban la línea de su mentón con aparente distracción.

—¿Por qué no? En ocasiones, el amor es un estorbo. Es lo que nos hace desear ser los dueños de cada minuto de la vida del otro. Nosotros no tendríamos ese problema, Lane.

Lane le miró con ojos entrecerrados y nublados por la vorágine de emociones que la inundaban. Clyde Bransow era el mayor escéptico que había conocido. Pero tenía que ser sincera y reconocer que antes de él, ningún hombre había logrado despertar aquella pasión en ella. Ni siquiera Michael. De hecho, Michael jamás la había besado de aquella manera, tan íntima... tan... como si conociera exactamente sus deseos más secretos.

Y además, estaba cansada de no tener un hogar propio, una familia... Alguien con quien charlar por las mañanas, alguien que la necesitara y con quien pudiera compartir una cerveza mientras contemplaban el atardecer. Clyde Bransow no era un dechado de virtudes. Pero sabía que era un buen hombre. Y podía ser un buen padre para Ben si se lo proponía. Y en realidad, deseaba ayudarle a ser mejor persona. No había nada malo en desear todas aquellas cosas. Ella podía ser la guerrera india, podía mantener su corazón y su alma a salvo, en una perfecta caja fuerte que ni siquiera Clyde podría abrir.

—Acepto, Bransow. —Escuchó su voz como si perteneciera a otra persona. Pero era suya, ella había dicho aquello y ya no podía arrepentirse. Clyde no lo permitiría.

—¿Acepta? —Él parpadeó y fingió que sus palabras no le inquietaban. Era despreciable que se aprovechara de la situación, cuando estaba claro que Lane apenas podía pensar con claridad por culpa del tal Michael.

—Con dos condiciones. —Lane lo pensó muy bien—. Seremos amigos. Nada de escenas de seducción por el momento. No estoy preparada para compartir a ese nivel. Y si en cualquier momento, uno de los dos quiere anular el matrimonio, el otro no pondrá ningún impedimento para ello. ¿Está de acuerdo?

—¿Solo amigos? —Clyde se enfadó consigo mismo, porque ya sentía deseos de hacerle el amor mientras Lane le pedía que se convirtiera en un casto marido—. De acuerdo. Será como usted diga. Pero también tengo mis condiciones.

Lane se mostró sorprendida cuando Clyde se irguió y la arrastró con él. Le vio apartarse unos centímetros para poner algo de distancia entre ambos y extender su mano hacia ella.

—Soy Clyde. Y tú eres...

Ella sonrió.

—Lane. En realidad, y como haga uno de sus chistes... Penny Lane McCrane.

La confesión de ella le hizo reír. Pensó que era un nombre perfecto para ella.

—¿Penny Lane? —inquirió y borró cualquier rastro de burla. No quería comenzar aquella nueva relación haciéndola enfadar.

Penny Lane... Penny Lane... Tarareó mentalmente una canción con su nombre y se dijo que estaba perdiendo el horizonte estúpidamente. Sonrió.

—Bien, Penny Lane. Te prometo que no te arrepentirás.

Pero al mirarle, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza y sintió exactamente lo contrario. Como si acabara de firmar su sentencia de muerte y Bransow fuera el verdugo que la esperaba en el patíbulo, con su afilada hacha de navajo en mano, para asestarle el golpe de gracia. Tragó saliva con dificultad.

---

3 Era el personaje encarnado por la actriz Robin Wright en la película dirigida por Rob Reiner en 1987 *La Princesa Prometida*.

## Capítulo Cinco

—¡Un momento! —Patty la miró con ojos muy abiertos por la sorpresa—. ¿Dices que has aceptado? ¡Pero si no puedes ni verle!

—Tal vez haya cambiado de opinión.

—¡No es posible! Tú y Clyde, el terror de Juanita Fun... Será mejor que prepare café. —Patty se paseó con nerviosismo por la cocina de su amiga y recordó con una sonrisa que ya tenía su café en la mano.

—Patty, necesito que me ayudes.

—Lo sé. Tienes que escapar como sea, lo comprendo. ¡Cielos, nunca imaginé que todo se precipitaría de esta forma! Pero, tranquila, estoy aquí. Aún estamos a tiempo de impedir el desastre, déjame pensar... Quizá si hablara con él... Pero, vaya, es que Clyde es testarudo... —Patty se movía pensativa, como si evaluara la posibilidad real de hacer cambiar de opinión a un hombre como Clyde.

—No me has entendido, Patty. Necesito que me ayudes a preparar lo más parecido a un ajuar de novia en una semana.

Al escucharla, los ojos de Patty se abrieron como platos. La miró como si hubiera perdido el juicio.

—¿Ajuar? ¿No estarás pensando seriamente en...?

—Exactamente. Voy a casarme con Clyde, Patty. No es ninguna broma. Y no cambiaré de opinión. Al menos, eso espero.

Su amiga la abrazó repentinamente y Lane no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—No puedo evitar sentirme culpable, Lane. Pero te juro que no creía que Clyde llevaría esto tan lejos.

—Ni yo. Pero ¿sabes qué? Tengo la firme convicción de que todo está sucediendo por algo. Algo en mi interior me dice que esta es la verdadera razón que me trajo a Juanita Fun.

—¿Clyde Bransow es tu razón?

Lane negó con expresión enigmática.

—No, Patty, es por Ben. Por eso estoy aquí. Y no pienso huir, me necesita.

—Vaya... A veces pienso que no sé nada de ti en realidad. Mírate bien... —Patty la apartó un momento para observar aquel nuevo rubor en sus mejillas—. Tú y Clyde... ¡Quién iba a decirlo!

—¿Me ayudarás?

—¿Bromeas? Serás la novia más radiante de toda Juanita —aseguró, abrazándola de nuevo.

—Sin excesos, Patty. Clyde no espera que lo sea. —Quiso confesarle que, secretamente, la idea la desmoralizaba en cierto modo.

Radiante no era el adjetivo que la describía mejor. Sensata, culta, sensible y quizá buena persona. Pero no radiante. Se preguntó si el recuerdo de Carrie, la primera mujer de Clyde la haría palidecer aún más el día de su boda.

—Lo serás de todos modos.

\*\*\*\*\*

Lane ayudó a Rosita a pelar algunas patatas y siguiendo sus instrucciones, las fue echando en la cacerola metálica que la mujer le había señalado. Clyde había recogido a Ben en la escuela y le había pedido que les acompañase durante la cena.

Ben había aplaudido todo el camino, coreando una canción que había aprendido esa misma mañana y a la que Lane añadía el estribillo distorsionando la voz de manera divertida. De soslayo, había visto cómo Clyde sonreía. Se le hacía extraño ser la causante de la felicidad de nadie, incluida ella misma. Puede que aquel no fuera un compromiso convencional, pero resultaba agradable estar con ellos y sentirse parte de algo para variar.

Nada más llegar al rancho, Clyde se disculpó para asearse antes un poco, aunque en realidad, Lane sospechaba que su intención no era otra que dejarla a solas con aquella mujer de aspecto maternal y rostro curtido por el sol.

Sin duda, Clyde esperaba que ambas se pusieran de acuerdo sobre como llevarían la gestión de los asuntos de la casa, ahora que pronto habría dos mujeres en ella. A decir verdad, Lane no tenía ningún inconveniente en cederle todo protagonismo a Rosita. Le parecía una buena mujer y sentía cierta nostalgia cuando la miraba, preparando con tanto cariño la cena y organizando los cubiertos sobre la mesa, contando mentalmente varias veces las cabezas para no olvidar a nadie y probando de cuando en cuando el estofado para asegurarse de que tenía el punto exacto de sabor.

Lane no recordaba la última ocasión en la que había vivido un momento como aquel. Suspiró risueña, mientras untaba con un pincel impregnado de mermelada en manzana, el bizcocho que Rosita acababa de sacar del horno.

—*K'aalógii* no es tan duro como parece —comentó de pronto la mujer, entregándole unas cerezas para que decorase con ellas la superficie del bizcocho. Añadió, al ver que ella no decía nada—: Su nombre significa mariposa, ¿lo sabías? Seguro que no. ¿Clyde no te ha explicado por qué su madre le puso ese nombre indio?

Lane negó con la cabeza.

—Era una mujer muy bella. Y orgullosa. *Atsáhqq*<sup>4</sup>. Una auténtica princesa india que heredó de sus antepasados esta tierra. Sus abuelos habían sido verdaderos guerreros navajos, hombres de honor que creían en el proceso de paz entre el hermano blanco y el hombre indio y todas esas cosas. Cuando el padre de Clyde les abandonó, el muy desgraciado se había bebido todos sus ahorros y solo tenían un pequeño *hogan* sobre esta tierra en la que Clyde levantaría después su rancho.

A pesar de todo, sin un centavo y con la ayuda de Shash y los demás, *Atsáhqq* luchó por sacar adelante a su hijo. Clyde había nacido prematuro y hasta los cinco años, el pobre era tan débil y quebradizo como un junco... *Atsáhqq* le cuidó cada día hasta que enfermó y el cáncer la debilitó tanto que apenas podía moverse. Para entonces, Clyde había cumplido ya diez años, había forjado su carácter y en sus ojos se adivinaba el hombre que llegaría a ser. *Atsáhqq* solía decir que su pequeña larva se había convertido en una mariposa, fuerte, libre y preparada para remontar su propio vuelo. Y así fue.

A Lane le resultaba difícil asimilar que alguien como Clyde encajara en aquella descripción. Aunque por otro lado, le conmovía profundamente su historia. Así que no siempre había sido el tipo duro que fingía ser. Interesante. Inquietante. Se mordió los labios en un gesto involuntario.

—No debes preocuparte. Clyde no culpa a nadie por su pasado. No es un hombre amargado. Si le conocieras, sabrías que es incapaz de herir una mosca. —Rosita rio calladamente.

—No estoy preocupada —mintió.

Lo estaba. Y mucho. No solo se trataba de estar a la altura de un hombre como Clyde. Es que además, Clyde debía estar a su altura o toda aquella locura de la boda no tendría sentido. Gracias a su pasado solitario, a Michael y a cientos de noches añorando un hogar, Lane se había vuelto exigente y desconfiada. Por más que quisiera fingir lo contrario, sabía que no se conformaría con una relación en la no se sintiera al menos querida.

—Has tomado la decisión correcta —señaló Rosita, limpiando su mano contra el delantal y palmeando la de Lane con afecto. Se sirvió un vaso de limonada fresca y

le ofreció otro a Lane, invitándola a sentarse a su lado. La miró con súbita seriedad—. Nadie conoce a Clyde como yo, ¿sabes? Estoy con él desde que levantó este rancho, imagínate, hace ya más de quince años. Ese muchacho tenía apenas veinte años entonces. Pero tenías que haberle visto trabajar, nunca he conocido a nadie que pusiera más empeño, que fuera más testarudo. Aunque por aquella época, tenía el empuje de los chicos de esa edad. Y le animaba pensar que cuando tuviera una bonita casa y unos cuantos animales, la preciosa Carrie aceptaría casarse con él.

Lane bebió la limonada con distracción. Era inevitable que el fantasma de Carrie siguiera deambulando por aquella casa y estaba dispuesta a aceptarlo. Pero no podía fingir que le alegraba que en el futuro ella sería siempre la segunda. La mujer no tan hermosa y no tan perfecta que vivía la vida que pertenecía a otra y que, por lo que sabía, la propia Carrie había decidido echar por la borda.

—Quiero que sepa que no espero sustituir a Carrie —lo soltó sin madurarlo, quizá porque necesitaba exteriorizarlo antes de que aquel pensamiento la obsesionara.

Rosita la miró con expresión de desconcierto y ternura a la vez.

—¿Sustituirla? Oh... Nadie espera que lo hagas, querida mía.

—¿Ni siquiera Clyde? —preguntó, temiendo y a la vez anhelando la respuesta.

—Especialmente Clyde. —Tomó las manos de repente heladas de Lane entre las suyas—. Niña... ¿En serio crees que *K'aalógi* te escogió para que te convirtieras en la suplente de su esposa muerta? No sabes nada en realidad, ¿no es cierto?

—Sé que Clyde no puede amar. Sé que eso se lo debe a Carrie —murmuró, sintiéndose de pronto triste por él y por las noches en las que seguramente habría llorado la ausencia de la mujer a la que adoraba.

—Mi buena amiga... —Rosita la contempló durante unos segundos, preguntándose si aquellos dos serían capaces de comprender el reto al que se enfrentaban en realidad. Eran dos animales heridos de gravedad, lamiendo sus magulladuras sin percatarse del mundo que seguía existiendo a su alrededor. Sonrió—. Nunca subestimes el poder de una mariposa. ¿No conoces la leyenda india de los deseos?

Lane no estaba segura de que fuera conveniente escuchar más leyendas indias de las que solían rematarse con una moraleja en la que sus vísceras terminaban en algún frasco de cristal. No estaba segura de poder desempeñar el papel de valerosa guerrera india luchando contra los enemigos de la tribu. Aunque le gustó pensar que en unos días, aquella sería su propia *dine'e*<sup>5</sup>. Le asaltó la agradable idea de que por Ben, alguien como ella podría ser algo más que la señorita Pepinillo. Como no decía nada, Rosita lo consideró una invitación a continuar, así que lo hizo.

—Si susurras un deseo al oído de una mariposa y la liberas, ella no lo contará a nadie. Se irá, silenciosa y diligente, lo llevará hasta Dios y te será concedido.

—¿*K'aalógi* es mi mariposa de los deseos? —Lane no sabía si la idea la hacía reír o la preocupaba.

—Debes pedir tu deseo —insistió Rosita, presionando sus manos en un claro gesto que sellaba una nueva amistad—. Quizá eso devuelva a Clyde su corazón y te ayude a curar el tuyo de sus heridas.

Lane torció los labios en una sonrisa. ¿Era tan evidente que las mentiras de Michael la habían convertido en una mujer sin esperanzas en el terreno amoroso? Cada minuto que pasaba le parecía que la sombra de Michael se desdibujaba con extraordinaria rapidez. Sin embargo, su huella seguía allí, tal vez en aquella cocina donde Rosita era capaz de presentirla y le pedía que confiara su destino al atractivo *K'aalógi*.

—Sé que solo es un cuento para niños. Pero gracias por contármelo. —Lane la abrazó sin poder contenerse, sintiéndose de pronto compensada por todos los abrazos ausentes de su niñez.

Rosita se dejó abrazar, un poco avergonzada, pero encantada en el fondo porque había reconocido algo de verdad hermoso en la mirada de la maestra. Había visto su fuerza y su coraje y aunque Lane aún no lo sabía, esas eran las únicas armas que necesitaba para crear su propio hogar.

—¿Es el día mundial de los abrazos y nadie me ha avisado?

Se separaron ruborizadas al escuchar la voz de Clyde a sus espaldas. Él apoyaba su hombro en el quicio de la puerta y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Se había afeitado y duchado y su expresión era divertida mientras analizaba la reacción de las dos mujeres.

Ben estaba pintando en el salón y al escucharle, corrió hacia ellas y se abrazó a las piernas de Lane como si temiera que alguien pudiera robársela. Clyde le revolvió el cabello.

—Has hecho trampa, hijo. Yo estaba primero.

Lane sabía que no era más que otra de sus bromas. Aun así, la idea de que reclamara su derecho a los abrazos, la trastornó visiblemente. De hecho, ya se sentía trastornada antes de que dijera nada, solo con su seductora silueta recortada contra la puerta.

Enrojeció hasta las orejas y dándole la espalda, trató de ocupar su mente con la labor de terminar de decorar la tarta. Clyde mojó un dedo en la salsa que Rosita había preparado en un cuenco y en respuesta, la buena mujer le atizó con la cuchara de palo en la mano.

—Fuera de mi cocina.

—No es justo —se quejó—. Te traigo a mi maestra para que le enseñes los modales de una buena mujer india y en lugar de eso, os encuentro a las dos conspirando contra mí.

Lane se preguntó cuánto de la conversación había llegado a escuchar y cuánto utilizaría después para mofarse de ella. Para su sorpresa, descubrió al mirarle que no había rastro de burla en su expresión.

—Ve a por una buena botella de vino. Y no vuelvas a meter las manos en mi salsa —ordenó Rosita.

Clyde encogió los hombros con indiferencia. Pero al pasar junto a Lane, inclinó ligeramente la cabeza para que la otra mujer no pudiera escuchar cómo le susurraba algo al oído.

—Estoy dispuesto a escuchar ese deseo, McCrane —dijo, antes de robarle una cereza y masticarla con lentitud.

Con un movimiento felino y a traición, colocó otra en la boca de ella para evitar que pudiera protestar. Lane tragó saliva con dificultad y le vio dirigirse tan campante hacia el comedor. Qué tramposo... Una vez más se salía con la suya y la dejaba allí plantada, desconcertada, con el recuerdo del tacto de sus dedos brujos sobre los labios.

\*\*\*\*\*

El sueño era recurrente últimamente. Empezaba siempre igual, con él mismo en mitad de la nada, levantando con el índice el ala de su sombrero, casi cegado por el sol...

*A lo lejos, una vasta llanura árida y una yegua pura sangre color azabache emprendiendo una loca y fatal carrera. Con su risa estridente, Carrie, voluminosa, incontrolable, saludándolo con expresión petulante a lomos de la que era su yegua favorita, Candance. El pobre animal mirándole como si le pidiera perdón por lo que iba a suceder, por no poder detenerse, porque era espueleada sin piedad por la amazona que la estaba montando, exigiendo, más rápido, más rápido...*

*En un instante, se ve a sí mismo agitando al aire el maldito sombrero y corriendo como si le persiguiera una manada de lobos hambrientos. Quiere*

*alcanzarla, quiere sujetar las riendas de la yegua y obligar a Carrie a desmontar, pero es imposible. Ella se aleja y se pierde en la llanura y se desvanece lentamente, lo mismo que su recuerdo.*

*Ahora la manada de lobos es real. Los chacales han rodeado algo y los aparta a golpe de sombrero, malditos... Y allí está. Tan pequeño e indefenso, tan poca cosa, con la cara roja e hinchada y los pulmones a punto de reventar por el llanto.*

*Lo agarra con fuerza, lo aprieta contra el pecho, lo protege del sol y de aquellas fieras que querían convertirlo en su cena. Cae de rodillas sin soltar el pequeño bulto que no deja de llorar. Se siente exhausto, triste, aliviado, culpable...*

*—Dámelo, Clyde.*

*La mira, confuso. ¿De dónde ha salido aquel ángel? Ella extiende los brazos y sonríe con expresión serena. No teme a los lobos, no teme a nada ni a nadie. Sí, parece un ángel... pero es real. Y sin saber muy bien por qué, le entrega al niño. Siente que puede confiar en ella...*

Clyde despertó sobresaltado, lo mismo que cada noche. Se secó el sudor de la frente con la palma de la mano y aspiró hondamente. No era más que un sueño, lo sabía. Pero aún le dolían los dientes y la mandíbula por la tensión acumulada. Miró a través de la ventana y escuchó el aullido de un lobo, muy lejos de allí.

—Maldita sea.

\*\*\*\*\*

Y después de una ceremonia en la que ambos hacían las convenidas promesas, Clyde y ella se convertían en marido y mujer.

Los votos pronunciados ante el sacerdote católico le sonaron lejanos, como si los hiciera otra persona que no fuera ella misma. Mientras se deslizaba por la pista de baile, improvisada bajo la carpa instalada apenas a unos metros de la casa, Lane se preguntaba si los pies sorprendentemente gráciles que se movían al ritmo de la música le pertenecían.

Era una mujer. Una mujer madura y sensata. Conocía con exactitud las condiciones de aquel matrimonio. Sin embargo, era obvio que todos sus argumentos razonables no refutaban el hecho de que Clyde bailaba muy bien. La hacía girar al compás de aquella balada inolvidable interpretada por Dolly Parton, *You got me over a heartache tonight*<sup>6</sup>.

Lane pensó que debía sentirse afortunada porque, al contrario que la protagonista de la historia de la canción, nadie le rompería el corazón aquella noche. Por suerte, Clyde y ella estaban por encima de todas aquellas chiquilladas románticas que solo conducían al desastre y la autocompasión. Por supuesto, su relación de amistad y camaradería no implicaba renunciar a ser envuelta por aquellos brazos fuertes que la conducían sobre la pista de arena.

No era preciso, se dijo, que se mostrara esquiva. Solo porque las manos de Clyde descansaran en su cintura o sus labios descendieran hasta su frente y reposaran allí unos segundos... Solo porque la temperatura hubiera subido unos cuantos grados desde que él la rescatara de la mesa de ponche, no significaba que fuera una mujer blanda que se emocionaba en las bodas, concretamente en la suya.

«¡Al Diablo!», gritó su cerebro. Tenía que reconocer que era una auténtica agonía sentir cómo el calor de las manos de su marido le quemaba la piel a través de la tela del vestido. Después de todo, era humana. Y ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había bailado en actitud tan íntima con un hombre. Y por otro lado, él parecía realmente satisfecho con la situación. Su expresión, relajada y feliz, parecía real. Su respiración acompañada, muy cerca ahora de su cuello, era tan real que Lane tuvo que aferrarse a los hombros de Clyde y fingir que el ponche la hacía trastabillar.

—Deberíamos decir a toda esta gente que se ha terminado la comida —comentó Clyde en voz baja, rozando apenas con los labios el lóbulo de la oreja de su mujer.

Lane rió. Le gustaba el sentido del humor de Clyde. En ocasiones, aunque solo en las que no se burlaba de ella abiertamente, había descubierto que se parecía bastante al suyo. La idea de compartir algo, por pequeño o absurdo que fuera, la alegró.

—No podemos hacer eso. Son nuestros invitados —le regañó en broma y añadió, desviando la mirada hacia Patty—. Y Patty no me lo perdonaría nunca.

Su buena amiga y Ray Coleman bailaban muy cerca de ellos y no parecía que tuvieran la menor intención de interrumpir aquel momento por nada del mundo. Ciertamente Ray había bebido más de la cuenta y Patty le arrastraba literalmente con la punta de sus zapatos. Resultaba encantador que Ray hubiera tenido que vaciar una buena ensaladera de ponche para llegar a aquel estado y poder estar en brazos de su amada.

Lane suspiró de manera inconsciente. En un gesto involuntario, Clyde la apretó más contra su cuerpo. No quería pensar en lo mucho que le disgustaba que su recién estrenada mujer sintiera celos sanos de Patty. Resultaba evidente que detrás de su disfraz de circunspecta maestra, Lane añoraba, aunque fuera un solo segundo, aquella pizca de romanticismo.

No era tan dura como fingía ser. En el fondo de su corazón de señorita Pepinillo, helado para el amor por culpa de aquel tipo llamado Michael, latía algo extraño e inquietante que Clyde temía descubrir, quizá si acercaba un poco más su boca a la de ella...

Lo sabía. Era un pensamiento suicida, un sentimiento que anhelaba y rechazaba a la vez. Pero Lane estaba preciosa y su boca demasiado expuesta a que alguien como él, hambriento de besos honestos, robase un pequeño adelanto.

—Si fuéramos dos locos enamorados, huiríamos de la fiesta sin que nadie nos viera —murmuró, notando cómo la excitación se apoderaba de él al percibir el leve estremecimiento de la mujer.

Trató de calmarse. Seguro que Lane no lo hacía a propósito... Estar hermosa y seductora, con aquella mirada limpia que se enfrentaba a la suya sin tapujos. Seguro que ella no era consciente del efecto catastrófico que causaba, obligando a Clyde a mirar de cuando en cuando hacia otro lado para comprobar que nadie más era testigo de su desconcierto. Le mortificaba que alguien descubriera el poder que ejercía sobre sus sentidos. En especial le mortificaba que ella lo supiera.

No entraba en sus planes que Lane se acomodara a la perfección en el hueco creado entre sus brazos y su pecho, que quedara tan bien allí, como si el espacio hubiera sido diseñado en exclusiva para ella. Vaya... No tomaría una copa más de aquel brebaje de Shash. «Viejo condenado», pensó, sonriendo al ver cómo el indio se confabulaba con Rosita y le hacía un guiño con picardía. Nervioso, sorprendió a Lane, haciéndola girar un par de vueltas y al recogerla de nuevo en sus brazos, la atrapó aún más cerca. El corazón le latía a mil revoluciones por minuto y no sabía cómo detenerlo u ocultarlo. Se quedó inmóvil durante unos segundos, meciendo el cuerpo de la mujer contra el suyo sin levantar los pies del suelo.

Dejó que sus labios se deslizaran de manera casual por su mejilla... Era una tortura sentirla tan cercana. Un hombre tenía que ser de piedra para no sucumbir a la tentación del olor a limón que desprendían sus cabellos. Utilizó su mejor recurso para mantenerse a salvo de ella.

—Es una suerte que tengamos nuestro pequeño secreto, McCrane. Este negocio llamado matrimonio será un éxito, te lo prometo.

Lane no contestó. Pero su reacción fue inmediata. Clyde percibió cómo los músculos de la espalda se tensaban bajo su mano. Apartó unos centímetros su boca de aquella boca carnosa que ahora se apretaba con cierta irritación.

—¿Lane? ¿He dicho algo malo? —preguntó como si no supiera que eso era justamente lo que había hecho.

—No, Clyde. Todo es perfecto. —A ella las palabras le salían con un deje de rabia. Para demostrarle que le consideraba un bruto insensible, le propinó un buen pisotón que hizo que el hombre contuviera un quejido—. No tienes que preocuparte, nadie romperá tu pobre corazón medio indio.

—¿Y qué me dices de tu «pobre corazón medio propiedad de Michael»? —Como todas las frases en las que aparecía el nombre de aquel tipo, esta le brotó atropellada y un poco cruel. Se arrepintió enseguida—. Lane...

—Es cierto. Tienes razón. —Ella se relajó al comprobar que la mirada de arrepentimiento de Clyde era sincera.

Iba conociendo al hombre que acababa de convertirse en su marido. Era orgulloso y jugaba a interpretar su papel de vaquero sin cerebro. Pero el silencioso mensaje de sus ojos le decía que, realmente, pretendía que tuvieran una relación en la ninguno de los dos saliera herido. Y eso era bueno.

—Ambos somos afortunados. Nos merecemos el uno al otro, ¿no crees?

Clyde no dijo que él prefería pensar que ahora se «tenían» el uno al otro. Era un matiz un poco absurdo, lo sabía. Pero mientras contemplaba hipnotizado aquella boca carnosa, incluso un pequeño matiz podía ser el principio del fin. Como ahora. Por la expresión triste de Lane, supo que la magia se había desvanecido. Era obvio que la sensata señorita Pepinillo había regresado. Bien, había funcionado. El hechizo se había roto. Entonces, ¿por qué se sentía desilusionado?

—Bailemos, señora Bransow. No podemos pelear en nuestra boda. —Y le susurró al oído—: Rosita me desollaría vivo.

—Y yo la ayudaría encantada, ya lo sabes —respondió Lane, colocando las manos sobre sus hombros y marcando el paso para demostrarle quién estaba al mando de la situación.

—Qué sanguinaria. —La arrastró con él por la pista, luchando por recuperar el control—. Recuérdame que mantenga mi desdichado pellejo indio lejos de ti.

—Y tú... recuérdame por qué acepté casarme contigo cuando digas cosas como la de antes. —Vio cómo Clyde titubeaba antes de apresarla de nuevo entre los brazos.

—¿Porque soy terriblemente sexy y no puedes resistirte a mi sonrisa de anuncio? —bromeó.

Lane se soltó por sorpresa y le dejó plantado para coger a Ben de la mano. El niño acababa de comerse el segundo pedazo de tarta y reclamaba su momento de protagonismo antes de irse a la cama. Hizo unas cuantas piruetas con él, provocando sin ser consciente de ello, que el corazón de Clyde volviera a acelerarse.

—Porque adoro a este hombrecito, Clyde —replicó, aunque la chispa divertida de sus pupilas indicaba que la sonrisa del hombre también tenía algo que ver con su euforia.

Las personas que trabajaban en el rancho Bransow habían dado el toque de fiesta a aquella extraña ceremonia en la que los novios parecían cualquier cosa excepto dos locos enamorados. Por suerte, sus ruidosos vecinos habían comido y bebido hasta la saciedad y no se marcharon hasta bien entrada la noche.

Ben se había acostado después de que Clyde le regañase por intentar comer más tarta escondido bajo la mesa. Lane había intervenido y le había prometido que le llevaría a comer un helado al día siguiente si aceptaba dormirse de inmediato y sin rechistar. Después de un pequeño duelo de voluntades en el que Lane había logrado la victoria gracias a su habilidad con los niños, Ben había caído casi inconsciente en la cama.

Al final, Lane decidió enfrentarse a su nueva vida. Era una mujer valiente. Siempre lo había sido. Aquello no era distinto. Solo tenía que olvidarse de lo agradable que había sido bailar y flirtear con su marido y se acabarían sus problemas. Solo tenía que abrir la puerta de su nueva habitación e instalarse en ella, acostumbrarse al cambio, a la nueva decoración, al color de la pintura, a los muebles...

Dio un respingo al ver que Clyde estaba sentado sobre la cama y se descalzaba las botas con expresión de alivio. Por un momento, creyó que se había equivocado de habitación y retrocedió hasta el pasillo, entrando nuevamente al comprobar que no era así. Aquel era el cuarto que Clyde le había indicado que ocuparía en adelante. Y sus cosas estaban allí. Podía ver su escaso equipaje apoyado a un lado del armario, esperando a que alguien lo deshiciera. Ella se mantenía oculta en un ángulo donde la tenue luz de la lámpara no llegaba, pero Clyde distinguió su figura en la penumbra y sonrió. Sus ojos brillaban como piedras oscuras y Lane pensó que era debido a aquel brebaje que Rosita y los de su familia habían hecho correr durante la noche.

—¿Pasa algo malo, Lane? ¿La habitación no es de tu gusto?

Ella se quedó helada ante la indiferencia de la pregunta.

¡Por supuesto que no era de su gusto! Es decir, el cuarto era muy bonito. Limpio y lleno de... Echó una rápida ojeada a su alrededor. Lleno de objetos masculinos que no debían estar ahí.

—Creo que antes te he entendido mal, Clyde... Perdona, no te molesto más mientras te desvistes. —Estaba a punto de marcharse, cuando sintió la mano de él, grande y fuerte, presionando su hombro con suavidad.

Lane apretó las manos contra el estómago. Seguramente, el bonito vestido que había comprado para la ocasión, amanecería hecho unos zorros. Pero no le importó. Lo mantendría sobre su cuerpo tanto tiempo como fuera necesario. Al menos, el tiempo suficiente para aclarar aquel malentendido.

—Es que yo... Bueno, debo haberme equivocado de habitación. Quiero decir, que yo... Este no... Buscaré mi cuarto, ¿de acuerdo?

Esta vez, la mano de Clyde se deslizó por su brazo y apresó la suya, obligándola a liberar el pedazo de tela del vestido que casi había destrozado con los nervios.

—No te has equivocado de habitación —susurró, riendo con suavidad al escuchar el suspiro de fastidio de Lane.

—Pero tú... Dijiste... Dijiste que seríamos amigos, camaradas, socios y todo eso y... Vaya, no puedo creer que estemos hablando de esto. —Se sentía ridícula.

Al fin y al cabo, acababan de unir sus vidas. Era absurdo que discutieran por quién ocupaba aquel cuarto, siempre y cuando no fuera juntos. Esperaba que Clyde olvidase por un instante que tenía una calabaza sobre los hombros y fuera consciente de lo violenta que resultaba aquella situación.

—Y voy a cumplir mi promesa, McCrane. —Tal vez fuera solo una ilusión, pero a Lane le pareció que la mandíbula de Clyde se tensaba al hablar, como si le molestara que ella no quisiera llegar más lejos.

Solo duró un segundo, Clyde regresó a la cama, palmeó el lado contrario y siguió desvestiéndose como si ella no existiera.

Lane vio de reojo cómo lanzaba la última prenda sobre la silla que estaba junto a la cama. Contuvo la respiración, atormentada por la visión de aquel cuerpo desnudo en el espejo. Estaba haciendo lo posible por no mirar, pero Clyde no se lo ponía fácil, quitándose la ropa sin ningún pudor y arrojándola como un experto *stripper* para martirio de todos sus sentidos.

—¿Esperas que me acueste ahí? —preguntó, ignorando la imagen del espejo y tratando de controlar el tono de voz. Lo último que quería era despertar a Ben y Rosita para que presenciaran su primera riña de casados—. ¿Clyde?

—¡Demonios, McCrane! No pensé que fuera tan importante para ti.

—¿No lo pensaste? —Lane comprendió que era inútil. Podían discutir toda la noche y Clyde no daría su brazo a torcer. Se tumbó sobre la colcha, vestida y malhumorada y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿No vas a desvestirme? —la increpó, y al ver que ella no se movía, apagó la luz—. ¿Mejor así?

Lane siguió sin moverse.

—Estropearás tu vestido de novia —insistió Clyde y Lane percibió el ligero toque de humor en sus palabras—. Venga, mujer. No es tan terrible. Piénsalo bien. No podía decirle a Rosita que preparase un cuarto de invitados para ti en nuestra noche de bodas. Diantres... Eres mi mujer.

—Solo de nombre, no lo olvides —dijo entre dientes.

—De acuerdo. Pero nunca dije que quisiera convertirme en un monje y mantener el celibato el resto de mis días de vaquero —ironizó, apoyándose en un codo para contemplar el perfil que la luz de la luna dibujaba en el rostro de Lane.

—¡Menudo tramposo! Solo han pasado dos horas desde que nos casamos y ya empiezas a incumplir tus promesas. —Lane vibraba de rabia, pero al mismo tiempo, sentía que su proximidad podía llegar a traspasar todas las barreras que ella había construido cuidadosamente para protegerse.

—¿Serviría de algo si dijera que no tengo intención de tocar un solo pelo de tu cabeza, McCrane?

Lane se estremeció al escucharle. Supuestamente, debía sentirse segura y tranquila. Pero aquella confesión había sido como si le asestaran un mazazo en la sien. Era obvio que no la deseaba. No ardía en deseos de consumir aquella ventajosa unión. La idea la enfureció aún más, pero lo disimuló como pudo.

—Por esta noche, servirá.

Clyde no dijo nada. Hasta unos segundos más tarde.

—Si le explicas a Rosita los motivos para no querer compartir la habitación con tu hombre, te prometo trasladar mis cosas —ofreció de pronto.

El modo en que había dicho «tu hombre» ya era motivo para desequilibrar emocionalmente a cualquiera. Si además, él estaba desnudo, Lane podía considerarse perdida. No era la expresión en sí. Era lo que significaba en labios de Clyde, quien había sido educado en una cultura en la que la tierra no era propiedad de nadie más que de la propia Madre Naturaleza.

Para los navajos, no existía el concepto de posesión del hombre blanco. No cercaban su ganado ni los terrenos donde instalaban su hogar. Solían decir que todo estaba al alcance de todos y que nadie podía ser dueño de las cosas que solo pertenecían a Dios, pues, ¿acaso podía ser alguien dueño del aire o de las estrellas?

Lane ya sabía que para Clyde, como para muchos que aún conservaban las viejas tradiciones, los pronombres «tuyo» y «mío» no implicaban tenencia en el sentido egoísta. Sencillamente, era algo natural que Clyde fuera su hombre, como lo era que ella fuera su mujer.

—¿Qué...?

—Ya me has oído. Le dices que el nuestro es solo un matrimonio de nombre, pero que los dos estamos bien así. Si lo haces, la habitación será toda tuya.

Lane sintió cómo el colchón se hundía por el otro lado bajo su cuerpo.

—Sabes que no puedo hacer una cosa así, Clyde. No estaría bien —replicó.

—Eso mismo he pensado. Buenas noches, querida.

—Eso es juego sucio, Bransow.

—Claro, querida. Pero ahora eres mi socia, ¿recuerdas? Puedes jugar según mis reglas.

Lane no contestó. Soltó un gruñido y se dio la vuelta, ocupando todo el espacio posible sobre la cama solo para incordiarle. Habría peleado hasta que uno de los dos sacara las mantas al pasillo. Pero estaba cansada. Había bebido más de lo habitual, tantos brindis por aquí y por allá... Había sido un día largo. Y extraño. Y antes de que pudiera darse cuenta, estaba dormida.

\*\*\*\*\*

Clyde la observó un buen rato mientras dormía. Había amanecido hacía una media hora y sabía que debía levantarse como cada mañana. Hasta ese día, había sido su rutina. Sin embargo, no podía ignorar que aquella mañana era distinta, por más que su cerebro le ordenaba que lo hiciera.

Se maldijo en silencio. Aquello no entraba en el trato. Lane McCrane no tenía que estar preciosa al amanecer, con su cabello ligeramente revuelto sobre la almohada y el vestido arrugado y enredado por todo su cuerpo. Por culpa de su cabezonería, había quedado hecho una pena. Con lo hermosa que se veía con él... Sin querer, recordó el día anterior.

El tremendo impacto al verla vestida de novia era algo para lo que no estaba preparado. Había creído que Lane seguiría siendo la maestra respondona y punzante incluso el día de su boda. Pero no. Ella parecía una aparición celestial. Avanzaba despacio por la pequeña iglesia, el paso firme y la barbilla erguida.

Seguro que era valiente, por eso la había elegido. Pero no tanto. No tanto como quería hacerles creer. Clyde era muy consciente de eso, lo había sido cada día desde que ella le diera el sí. Los comentarios no la hacían justicia. Todos se preguntaban por qué el chico malo de Juanita la había escogido a ella, la maestra sosa de quien nadie sabía nada.

Estaba claro que ellos no se habían fijado bien ese día. Era imposible que hubieran prestado atención. Si lo hubieran hecho, habrían apreciado el leve rubor de sus mejillas, su mirada limpia y honesta que era toda una declaración de principios, sus labios entreabiertos preparados para besar... Habrían apreciado lo bien que le sentaba aquel sencillo vestido en el que su cuerpo menudo parecía encajar a la perfección.

Sacudió la cabeza. Sí, Lane era una mujer valiente. A ella no le importaban los comentarios que pudieran hacer sobre ellos ni sobre aquella boda repentina. Lane había aceptado aquel trato. Y lo había hecho por Ben. Y quizá también un poco por él. Se dijo que la compensaría por ello. Pero sobre todo, se ordenó apartar la mirada de aquella boca que se abría lentamente para tomar el primer soplo de aire consciente de la mañana. Sonrió al verla bostezar. Lane abrió los ojos y bizqueó al verle allí. Se incorporó de un salto.

—¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí.

Ella miró a su alrededor, confusa. Levantó los brazos y contempló con expresión horrorizada el vestido que todavía llevaba puesto. Clyde recogió el gesto con más decepción de la que esperaba, pero no dijo nada.

—¿Nos hemos casado? —preguntó bromeando y fingiendo que había perdido la memoria. Una parte de ella, deseaba que la respuesta fuera un sí rotundo y feliz.

Clyde solo asintió y encogió los hombros.

—Vaya...

—He decidido que tienes razón.

Lane le miró sin comprender.

—Anoche parecías incómoda porque compartiéramos la habitación —aclaró mientras se vestía de espaldas a ella—. Lo he estado pensando. Si lo prefieres, puedo pedir a Rosita que prepare un cuarto para mí. Durante un tiempo al menos. Si es lo que quieres.

Lane no podía verle la cara. Pero supo que estaba siendo sincero al preocuparse por ella. Nunca antes nadie había demostrado interés por no herir con deliberación sus sentimientos. El fugaz recuerdo de Michael ensombreció su mirada.

—¿Harías eso por mí? —inquirió Lane, y en respuesta, Clyde se sentó en la orilla de la cama, tomó sus manos heladas y las giró hacia arriba para besar las palmas con delicadeza.

Lane tuvo que dominarse para no lanzarse en sus brazos como una adolescente tonta. Solo era una caricia de camaradas. Él lo había dejado bien claro. Ninguno de los dos creía en el amor y aquello solo era un trato. No era un matrimonio de verdad. Entonces, ¿por qué sentía que su estómago se encogía ante la posibilidad de que Clyde pudiera besarla?

—Haría cualquier cosa con tal de que esto funcione, McCrane.

Sus palabras hicieron que la habitación comenzase a girar a su alrededor. Desde luego, Clyde Bransow todavía podía sorprenderla.

—No soy un tipo al que se le den bien los discursos, Lane.

«¿Qué tontería», pensó ella, porque ahora mismo le parecía un orador de primera. Sobre todo, mientras sostenía sus manos temblorosas entre las grandes manos suyas que le transmitían todo su calor.

—Puede que sea un bruto y que no entienda más que de ganado. Pero te diré algo, McCrane: tengo el firme propósito de lograrlo. Quiero que Ben tenga una madre. Quiero que crezca sano en un hogar estable donde se sienta estimado y libre. Y deseo de veras que mientras trabajamos juntos en este proyecto, los dos logremos



también un poco de felicidad para nosotros mismos. ¿Qué me dices, socia?

¿Que qué decía? Lane se mordió los labios, avergonzada cuando las primeras lágrimas rodaron por sus mejillas. Las apartó con un rápido pestañeo. ¡Maldito Clyde! Si continuaba comportándose de modo tan encantador, aquello podía ponerse realmente difícil. ¿Acaso no podía seguir siendo el vaquero duro que sacudía el sombrero en sus narices? Aquella sensiblería nueva en Clyde la haría pedazos. Lo sospechaba.

—Bueno, te dejaré sola para que lo pienses. No tienes más que llamarme y me llevaré mis cosas. —Se calzó las botas y se dirigió a la puerta con paso vacilante.

—Clyde... —le llamó y él se volvió enseguida—. Mejor, deja tus cosas por aquí.

Clyde clavó sus ojos negros en ella y por un instante, Lane creyó ver algo nuevo en su mirada. Admiración, confusión... Prefería no ahondar más en el tema. Estaba en juego su propia seguridad emocional y no la sacrificaría solo porque Clyde Bransow demostrase que su corazón vegetal latía de cuando en cuando.

—Supongo que podría acostumbrarme a eso —añadió, imprimiendo a su voz un ligero toque de humor para romper la tensión del ambiente.

—Bien.

Solo bien. Vaya. Clyde había sido sincero cuando había dicho que no se le daban bien los discursos. Lane sonrió para sus adentros y después de que él cerrase la puerta, se preparó para afrontar el primero de sus días de mujer casada.

\*\*\*\*\*

—¡No puedo creerlo! —Patty casi se atragantó con su bocadillo de pollo al escuchar la pequeña confesión de su amiga.

Estaba sentada sobre la mesa, con los pies colgando en el aire, mientras Lane fingía que sus palabras no tenían importancia y continuaba limpiando la pizarra para prepararla para la clase del día siguiente.

Patty bajó de la mesa de un salto y corrió hacia la puerta, cerrándola después de cerciorarse de que no había nadie dentro o fuera del aula. Acto seguido, se enfrentó a Lane, apuntándola con el resto de su bocadillo como si fuera un revólver y estuviera dispuesta a vaciarle el cargador encima.

—Repíteme eso de que aún no... De que Clyde y tú no... Ay, madre mía... Me tomas el pelo, ¿verdad?

—Déjalo ya, Patty. Tampoco es el fin del mundo —atajó, lamentándose por haberse sincerado con respecto a aquel tema.

No lo habría hecho de no ser porque a ella misma le inquietaba no despertar en Clyde el más mínimo interés. Estaba empezando a creer que padecía alguna horrible deformidad que ponía a su marido los pelos de punta y le enviaba derecho a los brazos de Morfeo según se tumbaba en la cama junto a ella.

Solo para cerciorarse de que no era así —y porque sentía la necesidad de compartir su desasosiego con alguien más—, le había contado a Patty su secreto. Pero al ver la expresión espantada de la mujer, se arrepintió.

—Llevas algo más de dos meses casada y aún no has tenido sexo con tu marido. ¿Y dices que no es el fin del mundo? —Abrió la boca y Lane le metió un buen pedazo de su propio bocadillo para evitar que continuara.

Patty se sacó el amasijo de pan y carne con los dedos y lo tiró a la papelera, sin importarle la mirada de repugnancia de Lane.

—Un momento. No puedes contarme algo así y pretender que sigamos hablando de otra cosa como si nada.

—Patty... No te lo he contado porque pretendiera que resolvieras ningún enigma.

—¿Ah, no? Y entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Puede que para que dejes de hostigarme cada mañana. —Como Patty arqueó las cejas simulando no entenderla, Lane añadió—: No te hagas la inocente. Niega que me hayas preguntado al menos veinte veces qué puntuación le daría a Clyde en la cama.

Aparentando estar ofendida, Patty se limpió los labios con su servilleta y cruzó los brazos sobre el pecho, esperando aún una explicación.

Lane imitó su gesto severo. Adoraba a aquella mujer. Pero odiaba que quisiera convertir en una novela romántica cualquier evento de la vida cotidiana. Aunque esta vez, reconocía que Patty tenía motivos para mostrarse sorprendida. Así que aceptó que tenía que seguir escuchando su sermón.

—Sabes muy bien por qué lo has hecho, Lane. Confiesa que, hasta para alguien que como tú se jacta de no creer en el amor, esta situación es completamente anormal.

—No es anormal. Solo es diferente —puntualizó—. Muchas parejas comparten su vida sin que sientan la necesidad de revolcarse dos o tres veces por semana para demostrar lo felices que son.

—¿Muchas parejas? Oh... Por supuesto, Lane. El señor y la señora Dawson, sin ir más lejos. Pero entre los dos suman más de ciento cincuenta años —le recordó con sarcasmo—. No, no, espera un momento... Ya casi me olvidaba de ellos. La viuda Lorna Grant y el señor Miller. Deja que lo piense... Él es un sacerdote católico y ella es su hermana. Tampoco cuentan.

—Está bien. Me rindo. —Levantó las manos en señal de sumisión—. Sé que no pararás hasta que te lo cuente todo, ¿no es cierto?

—Lane... Es que no puedo creerlo. Los dos sois jóvenes. Clyde es bastante atractivo y tú no estás nada mal.

—Gracias, Patty. —Su amiga sonrió a modo de disculpa.

—No me malinterpretes. Quiero decir que no hay ninguna razón por la que no podáis pasarlo bien... Ya me entiendes. —Patty bajó el tono de voz y se ruborizó contra su voluntad—. Porque no la hay, ¿no? Una razón.

—Clyde y yo hicimos un trato. Somos algo así como unos buenos camaradas que comparten un hogar. No necesitamos tener citas románticas a la luz de las velas. Preferimos ser sensatos y no dejarnos llevar por sentimientos estúpidos que acaban en un ochenta por ciento de los casos en que una de las dos partes tiene que contratar a un abogado... Los dos estuvimos de acuerdo en que sería lo mejor para ambos.

Lane soltó todo de manera atropellada para evitar que Patty la interrumpiera o hiciera alguna observación.

—¿Te has vuelto loca? —Ese tipo de comentario era el que Lane pretendía y, desde luego, no pudo evitar—. Clyde se ha vuelto loco —convino Patty, mordiendo el labio superior con preocupación—. Tanto tiempo solo... Pobre. Ha sido demasiado para él. Criar a un niño tan pequeño y ocuparse del rancho... Tiene que haber sido eso. El infeliz ha perdido el juicio. Y tú con él, de eso no hay duda. Dime una cosa, Lane, ¿cómo es posible que duermas cada noche junto a un hombre como Clyde y no sientas deseos de arrancarle el pijama con los dientes?

Lane dio un respingo. Vaya. Patty nunca se había mostrado tan gráfica en temas tan íntimos. Supuso que el que llevase puesta la misma blusa del día anterior después de su cita con Ray tenía algo que ver. Qué pilluela... Y afortunada. Lane se regañó por el último pensamiento.

—Clyde no usa pijama —informó sin querer, provocando que Patty tosiera ruidosamente y escupiera unas gotas de zumo sobre la camisa de su amiga. Lane trató de arreglarlo, mintiendo mal, pues no tenía por costumbre hacerlo—. Quiero decir... No sé si lo usa, nunca me he fijado tanto. En cualquier caso, no es mi estilo arrancarle la ropa a los hombres, Patty. Y el tuyo tampoco. Por Dios, ¿quieres decirme qué demonios te pasa? Hace un par de meses eras una maestra tímida y recatada y ahora... Cielos, parece que te haya poseído el espíritu de Kim Bassinger en *Nueve semanas y media*.

—Te diré lo que me pasa. —Vaciló un segundo antes de apartarse el cuello de la camisa y mostrarle una pequeña marca que hizo que Lane contuviera la risa.

¿Un morado? ¿Patty Sims, la tímida señorita Sims tenía un morado? Después de aquello Lane podía esperar cualquier cosa de la vida. Incluso que Clyde aprendiera

a valorarla como algo más que la perfecta compañera. Su amiga se cubrió de inmediato.

—Y a ti también debería pasarte. Con Clyde, por supuesto... Y no me mires así, ya me siento bastante avergonzada.

—No tienes por qué. Sabes que está loco por ti. —La abrazó y la otra mujer se separó enseguida, ruborizada.

—Sí. Pero soy tradicional, no puedo evitarlo. Tú tendrías que estar en mi lugar.

—Patty... Nosotros somos dos personas adultas. Sabemos tomar nuestras propias decisiones y afrontar las consecuencias. —La mirada de Lane se desviaba hacia la ventana mientras arqueaba la espalda hasta casi doblarse completamente hacia atrás.

Clyde acababa de llegar. Aquella mañana la había dejado en la escuela porque quería que le acompañase a comprar algunas cosas para la casa.

Lane podía fingir que la cita le producía un terrible aburrimiento. Pero lo cierto es que no podía frenar los latidos de su corazón mientras contaba mentalmente los pasos que separaban la puerta de la escuela de la de su aula. Era una tontería que se emocionara porque Clyde le propusiera que eligieran juntos unas cuantas sábanas o un juego de platos. Pero así era.

Le distinguió a través de la cristalera, indicándole con su gesto característico de sacudir el sombrero, que la esperaba. En un tic inconsciente, Lane se alisó el cabello y clavó los ojos en su amiga. No tenía ni idea de la expresión de su rostro, aunque para Patty, fue más que suficiente para convencerse de que Lane solo inventaba excusas sobre aquella relación y sobre los motivos que la habían conducido a ella.

—Ya lo veo. —Patty sonrió a medias, preguntándose si aquel tipo bruto sería capaz de comprender lo maravillosa y especial que era su mujer. Le arrebató el borrador de las manos—. Vamos, vete... Yo terminaré con esto.

—Gracias. —Lane la besó fugazmente y al abrir la puerta, casi chocó contra el pecho de su marido, quien aguardaba con aparente indiferencia su llegada.

Las fuertes manos de Clyde se cerraron un instante sobre su cintura. Lane contuvo el aliento hasta que la soltó.

—Vaya. No esperaba que mi mujercita se arrojase en mis brazos. ¿Eso significa que me has echado de menos? —bromeó y Lane le golpeó el hombro como respuesta, colocándose enseguida su careta de mujer racional.

—Solo significa que siempre estás en el lugar menos apropiado. Curiosamente coincide con mi camino a menudo. Y me cripa los nervios —replicó, acompañándole hasta la camioneta y ocupando el asiento junto al conductor.

Clyde se inclinó sobre ella para abrochar su cinturón de seguridad y al hacerlo, rozó accidentalmente su pecho. Se apartó de inmediato, aunque no lo bastante rápido para que Lane no percibiera la inseguridad en sus torpes movimientos.

Le miró fijamente, atrapada en aquella mirada oscura durante unos segundos.

—Gracias.

—De nada. Hagamos un trato, McCrane. —Le dedicó una amplia sonrisa para romper la tensión entre ellos—. Prometo no tropezar contigo... digamos, durante las próximas dos horas. ¿Qué opinas? ¿Crees que podrás soportar mi compañía y los comentarios de nuestros vecinos sobre lo buena pareja que hacemos?

—Lo pensaré mientras me invitas a un helado. Estoy hambrienta —aceptó, añadiendo de buen humor—. Y hasta puede que visite a Trudy si nos sobra tiempo. Creo que le he cogido el gusto a eso de teñirme el pelo.

Clyde no se lo dijo, pero no pensaba permitir que Trudy tocara un solo pelo de su cabello. Se había acostumbrado a aspirar su aroma cada noche, mientras ella le creía dormido. Incluso en alguna ocasión en la que la respiración acompasada de Lane le decía que estaba profundamente dormida, se había atrevido a enredar sus dedos en su pelo, acariciándolos como un relicario que proporcionaba una inexplicable paz a su alma. Ni en un millón de años consentiría que Trudy Hammer le pusiera las manos encima, se juró mentalmente.

—Cambiarás de idea cuando Trudy pretenda repasar mis patillas. ¿Acaso quieres tener al doble de *Elvis* por marido? —advirtió, provocando la risa de Lane y pensando cuánto le gustaba escucharla.

Encendió el motor y condujo un par de minutos hasta la carretera principal, apartándose a unos metros del establecimiento al que iban.

—Teníamos que haber dejado la camioneta junto a la escuela —pensó Lane en voz alta mientras agradecía con un gesto que le abriera la puerta y la ayudase a bajar de la camioneta—. Me gusta caminar.

—Hace demasiado calor. Pero si quieres, puedes seguirme andando de regreso a casa —se burló—. Le diré a Rosita que te prepare un buen ungüento para las ampollas de los pies.

—Muy gracioso. —Le siguió hasta el interior de la tienda.

Clyde saludó a la propietaria, una anciana medio india cuyos ojos grises casi transparentes habían impresionado a Lane al llegar a Juanita.

—¿Cómo se encuentra hoy, *Gidi*?

—*Gidi* está feliz. *K'aalógii* trae a su mujer blanca y eso significa que gastará su dinero en mi tienda.

La anciana comenzó a sacar objetos de menaje realizados artesanalmente y ambos fueron seleccionando algunos. Emplearon algo más de una hora en decidirse por el color de unas cortinas. Lane cambió de opinión ocho veces al menos, algo inaceptable para alguien como ella.

Suponía que el hecho de que Clyde se burlase por su indecisión tenía algo que ver con eso, y a que le enervaba reconocer que se estaba comportando justo como él esperaba que lo hiciera y no como la mujer sensata y práctica que era.

Le habría gustado hacerle tragar su expresión de «lo sabía» mientras la observaba debatirse entre los tonos tierra y los verdes oliva. Pero aun así, era divertido, pensó Lane. No le importaba soportar las bromas de Clyde con tal de pasar por aquella nueva experiencia.

Cuando llevaban un buen rato —y una buena suma gastada— la anciana les interrumpió para mostrarles unos cuadros pintados en arena. Clyde ladeó la cabeza hacia ella, esperando su aprobación. Lane los examinó detenidamente. Había oído hablar de la pintura en arena, típica de los indios de la región y hasta había ayudado a Ben a realizar algunos dibujos en sus ratos libres.

Pero aquellos eran realmente preciosos. Se trataba de una serie de tres, de pequeñas dimensiones, que narraban mediante símbolos de la naturaleza el milagro de la vida y concluían en una reproducción bellísima de una madre con su hijo en brazos. Habían sido pintados por el abuelo de la anciana, un legendario guerrero *hopi*<sup>8</sup> muerto a manos de un oso a los noventa y cinco años.

Dejándose llevar por la emoción, no dudó un instante en asentir. Aunque al momento, se arrepintió y arrastró a Clyde lejos del mostrador para que la anciana no escuchara sus negociaciones.

—Tal vez nos estamos excediendo. ¿Podemos permitirnos comprar todas esas cosas? —preguntó con preocupación y añadió—. En realidad, no las necesitamos todas. Podríamos apañarnos bien con... Bueno, ya me entiendes.

Clyde la entendía. Lane quería decir que podía conformarse con los objetos con los que Carrie había decorado su hogar. Una vez más, Clyde sintió aquel extraño hormigueo en el estómago. McCrane no lo sabía, pero cuando hacía o decía cosas como aquella, Clyde deseaba poner el universo a sus pies. Era inevitable que su gesto prudente invitase a las comparaciones y aunque Clyde las odiaba, no podía dejar de pensar en ello. Su generosidad la convertía en alguien muy especial. Pero dejó que ella tomara la decisión y Lane apenas dudó un momento antes de señalarle a su marido las cosas que al final quería llevarse.

Clyde pagó la mercancía y la fue trasladando hasta la camioneta. Platos, tazas, sábanas, mantas... Todo excepto los cuadros de arena. Sin embargo, Lane parecía satisfecha con las compras y se despedía de la anciana india con un efusivo abrazo. Cruzó los brazos sobre el pecho y la contempló en silencio mientras la esperaba en el coche.

Era inevitable recordar un día muy parecido a aquel. Ben aún no había nacido y era Carrie quien se despedía de la anciana, cargada de paquetes y de cachivaches

para la casa que nunca utilizaría porque odiaba limpiar, cocinar y en general, cualquier cosa que no fuera dedicarse a ella misma. Entonces, apenas tenía ahorrado lo suficiente para comprar unas cabezas de ganado. Pero Carrie había gastado alegremente su dinero, sin importarle otra cosa que no fuera contar los montoncitos de billetes sobre el mostrador con una sonrisa desenfadada.

Qué extraño era todo, pensó. Carrie, que decía amarle hasta la locura, justo hasta donde casi le había llevado... Regresó al presente y observó cómo Lane se acercaba a él, enseñándole con orgullo una baratija que *Gidi* le había regalado y que se había puesto en el cuello sin dudarlo. Allí estaba ella. La señorita Pepinillo, exultante de felicidad a causa de unos cuantos platos de barro y un abalorio de juguete.

—Mira lo que ha conseguido tu hábil mujer rostro pálido. Y gratis —dijo con alegría. La risa se heló en sus labios al ver la expresión sombría de Clyde—. ¿Clyde?

Clyde reaccionó antes de que Lane descubriera en el fondo de su mirada los confusos sentimientos que le asaltaban.

—Será mejor que nos vayamos. No quiero que *Gidi* se arrepienta y ponga en mi cuenta tu collar de diamantes —se burló y ella le sacó la lengua en un gesto travieso y espontáneo que hizo que Clyde clavara sus ojos en la boca femenina. Tragó ruidosamente y al subir en la camioneta, encendió la radio. Un poco de música calmaría aquella rara sensación.

\*\*\*\*\*

Lane revolvió el cabello de Ben y estrechó el cuerpo pequeño contra su regazo. Se impulsó un poco con los pies para que la mecedora continuara su relajante movimiento y suspiró. La noche era tan agradable que no le importó quedarse así un rato más. Al día siguiente era sábado y no tenía que madrugar. Y había descubierto que la compañía de Ben no le agotaba nunca, a pesar de lo activo que era en la escuela y la lluvia de preguntas que la esperaban al llegar a casa. Era como si su jornada de trabajo se hubiera multiplicado por diez y estuviera encantada con ello. Había un poco de masoquismo en eso y lo aceptaba, porque después de dos meses en el rancho Bransow, sentía que, de verdad, aquel había sido siempre su hogar.

—¿Podemos ver más fotos?

La voz de Ben la devolvió a la realidad. Pasó otra hoja del álbum que Rosita había rescatado de las pertenencias de Carrie y se la mostró a Ben, que la contempló extasiado.

—¿Verdad que mi mamá era muy bonita, Lane?

—Ya lo creo. Fíjate qué pelo... Sí que era guapa, Ben. Y además, tú te pareces mucho a ella.

—¿De verdad? —preguntó el niño con orgullo.

—Te lo prometo.

—¿Te parece que tengo sus ojos, Lane?

—Oh, no... Esos son como los de tu papá. —Ella le acarició la nariz con suavidad—. Pero mira esta naricilla... Y esta boquita preguntona. Son idénticas a las de tu mamá.

—¿Y las manos y los pies, Lane? —Los agitó un poco en el aire para que pudiera observarlos.

—Hum... Sí, podría ser. Se parecen mucho, aunque tu mamá no tenía esa enorme oruga peluda subiéndole por el brazo. —Y como de costumbre, Ben se partía de risa cuando ella le hacía cosquillas con un mechón de su propio cabello. Le sujetó más fuerte para que no cayera de su regazo y de pronto, Ben se abrazó con fuerza a ella.

—Lane... ¿por qué se fue mi mamá?

La pregunta la cogió por sorpresa e intentó pensar con rapidez. La muerte era difícil de entender para todos, pero tratándose de un niño tan pequeño, ninguna explicación le parecía adecuada.

—Verás, Ben... —Se dijo que, en ocasiones como aquella, las mentiras estaban permitidas. Le acunó con ternura—. Tú sabes que Dios es un tipo muy ocupado, ¿no es así? Ya sabes que vive con todos esos angelitos que hacen de las suyas todo el tiempo, ¿no? Bueno, no es que tu mamá no te quisiera, Ben. Pero a Dios le pareció que ella sería de gran ayuda en el Cielo. Creo que pensó: «Vaya, esa mamá tan guapa es perfecta para cuidar de mis angelitos». Y entonces, le envió un billete de tren muy especial para que viajara hasta el Cielo y estuviera una temporada con ellos. Como Dios es muy listo, ya sabía que serías un niño muy bueno y lo entenderías, y que estarías bien cuidado con todas las personas que te quieren en Juanita.

—Pero no es justo. Todos los niños de Juanita tienen a su mamá, aunque a veces son un rollo y no paran de regañarles.

—Pero no todos los niños de Juanita tienen al papá más valiente y guapo, ni a un montón de amigos con los que hacer arpones y amuletos mágicos para su maestra favorita —le recordó con dulzura.

—Eso es verdad. Y los demás niños tampoco te tienen todo el día para ellos solos, como yo. —Le dedicó una sonrisa traviesa que conquistó a Lane como siempre.

—Ajá... ¿ves qué suerte tienes?

—Ya, pero... ¿y en el Cielo pueden comer helado de vainilla, Lane?

—Y de chocolate con nueces —contestó, imprimiendo a su tono gran solemnidad y provocando unos segundos de meditación en el pequeño.

—Creo que algún día le pediré a papá que me compre un billete de tren para ese sitio —anunció por fin, como si acabase de tener una brillante idea.

Lane se lo estrechó con fuerza, sintiendo pánico de pronto ante la remota posibilidad de que Ben no estuviera; se apresuró a quitarle semejante idea de la cabeza.

—Ni se te ocurra, cariño. Eso haría que tu papá y yo nos pusiéramos muy tristes. Y además, ¿quién sería entonces mi valiente guerrero cuando tuviera que enfrentarme a alguna de esas serpientes que se cuelan en el establo?

Ben se rascó la barbilla, pensativo.

—Está bien —concedió, adoptando una expresión madura que había copiado de su padre. La miró abiertamente, con aquella ingenuidad adorable que era imposible no amar desde el minuto uno—. Lane... Como mi mamá está en el cielo, ¿querrás ser tú mi mamá?

Lane reprimió el impulso de abrazarle más fuerte por temor a romper sus frágiles huesos.

—Lo seré si tú quieres —susurró.

—¿Y le dirás a Dios, si te llama, que no puedes ir porque tienes que cuidar de mí?

—Te lo prometo. —Lo besó en la frente y dejó que se recostara sobre su pecho para conciliar el sueño.

No supo cuánto tiempo había pasado ni cuándo se había quedado dormida. Despertó cuando el álbum de fotos resbaló de sus dedos y abrió los ojos. Clyde estaba allí y sostenía el viejo álbum entre sus manos curtidas por el trabajo.

—No te oí llegar —murmuró Lane, pero Clyde le hizo un gesto para que no hablara.

Parecía cansado. No era de extrañar. Llevaba todo el día fuera por culpa de aquel extraño virus que afectaba a las vacas y que el veterinario local aún no había logrado controlar.

—Siento no haber acostado aún a Ben —volvió a decir—. Estábamos tan bien aquí...

—No tienes que disculparte por no hacer lo que yo debería hacer cada noche.

Lane creyó percibir cierta aspereza en su tono de voz, pero no dijo nada. Le entregó a Ben con mucho cuidado para no despertarle y le siguió hasta el interior de la casa. Decidió prepararse un vaso de leche caliente mientras Clyde de subía y terminaba de acostar a Ben.

De hecho, pasó un buen rato hasta que Clyde regresó. Lane estaba en la cocina y se volvió al verle entrar. A juzgar por su expresión, no había tenido un buen día. Y además juraría, por el ligero olor a *whisky*, que Clyde y los otros ganaderos habían acabado su reunión en la taberna. De todas formas, le acercó un vaso y le sirvió leche acompañada de un emparedado de guiso de carne que había dejado preparado por si regresaba con hambre.

—Tienes mala cara. Come algo. Rosita preparó el guiso para cenar y no quise que te lo perdieras —trató de animarle—. Vamos, pruébalo al menos. La especialidad de la casa: estofado de carne con manzanas verdes y tomates maduros. Está delicioso.

El negó con un gesto y apartó el plato.

—Has bebido. Deberías comer algo —observó ella con cautela.

—No me sermonees, ¿quieres? No eres mi madre.

Se sentó frente a ella y Lane frunció el ceño con preocupación.

Por supuesto que no eran un matrimonio convencional ni se juraban amor eterno cada noche. Pero Clyde nunca había sido tan brusco desde que se casaron. Normalmente se comportaba con amabilidad o la ignoraba cuando estaba de un humor de perros.

Pero aquella noche era distinta. Ni siquiera se había quitado el sombrero y al ver que la mirada de ella se desviaba hacia él con desaprobación, Clyde se lo quitó y lo lanzó sobre otra silla con la misma brusquedad.

—Lo siento. Estoy demasiado cansado para tener los modales de un señorito —se excusó. Pero su tono estaba cargado de sarcasmo y a Lane le molestó que fuera así.

—Comprendo.

—¿En serio? —Clyde arqueó las cejas sin ocultar su malhumor.

—Claro, señor Bransow. No soy tan tonta. Sabía muy bien en lo que me metía cuando me casaba con el vaquero más duro de la región —se burló intencionadamente, consciente de que al menos, eso distraería su atención de otros problemas.

—¿Alguna queja, McCrane?

—¿De verdad quieres saberlo? —imitó su tono irónico—. ¿Y por dónde empiezo, Clyde? ¿Por tus modales, porque has bebido más de la cuenta...?

—Tal vez, si tu Michael no hubiera huido de ti y te hubieras casado con él en lugar de conmigo, no tendrías que soportar mis modales.

Lane apretó los labios con rabia. Había sido un golpe bajo y su paciencia tenía un límite. Le importaba un rábano que Clyde hubiera tenido que enfrentarse al peor día de su vida. Eso no le daba derecho a pagarlo con ella de aquel modo.

—Tu ausencia de modales, querrás decir —puntualizó, dispuesta a no dejar que Clyde tuviera la última palabra—. Y por cierto, ya que lo mencionas, te recuerdo que una de las condiciones que puse para acceder a este matrimonio, es que cualquiera de los dos podría romperlo en cualquier momento.

Clyde la miró con fiereza.

—¿Vas a dejarme?

Lo preguntó directamente y por un instante, a Lane le pareció ver cierto atisbo de pánico en el fondo de sus pupilas. Quiso creer que sentía por ella algo más que agradecimiento por el amor que entregaba cada día a su hijo.

—Dijiste que seríamos amigos. Los amigos no se hieren solo porque uno haya perdido unas cuantas cabezas de ganado —le reprochó.

Clyde bajó la mirada.

—Tienes razón. Siento lo que he dicho... Lo de Michael.

Lane encogió los hombros. Hacía mucho tiempo que Michael había perdido la capacidad de afectarla. Sin embargo, Clyde había sido cruel gratuitamente. La disculpa era más que merecida.

—Cincuenta.

Lane parpadeó al escuchar su voz grave de nuevo.

—Hemos perdido cincuenta cabezas, Lane —informó, pasándose la mano por el cabello con gesto de profundo cansancio.

—¿Cómo es posible? —preguntó alarmada—. ¿Tan grave es?

—Aún no estamos arruinados. —Clyde esbozó algo parecido a una sonrisa y como recompensa a su esfuerzo, Lane le acercó de nuevo el plato y él comió un bocado obediente—. Pero podría serlo. Al paso que vamos, se calcula que podríamos perder una media de cien al mes. Eso sin contar con las reses que no nacerán de las vacas enfermas.

—Dios... ¿Qué dice Abe?

Abe era el veterinario local. Era un buen hombre y un gran médico. Si alguien podía solucionar aquello, era Abe. Todos, incluso un escéptico arrogante como Clyde, confiaban en él.

—Se ha puesto en contacto con las autoridades estatales. Temen que se trate de algún virus a gran escala.

—¿Como el de las vacas locas o algo por el estilo?

—No lo sabemos. Mañana, Abe y unos cuantos hombres llevarán unas muestras al laboratorio de Utah. No tendremos los resultados hasta pasados unos días.

—Bien. Abe sabe lo que hace —le quietó, convencida de que todo iría bien—. Estoy segura de que encontrarán una solución. Pero hasta que eso suceda debes tener fe, Clyde. Pasaremos juntos por esto, ¿de acuerdo?

Lane había cubierto su mano sobre la mesa en un gesto espontáneo. Clyde la miró a los ojos. Se dijo que solo se debía a que su estado de ánimo estaba por los suelos, pero le asaltaba un loco pensamiento desde el instante en que la había descubierto, sentada en la mecedora con Ben sobre el regazo.

Últimamente, tenía aquel tipo de pensamientos que le conducían al pasado contra su voluntad y le obligaban a enfrentarse al recuerdo de Carrie. Pequeños fragmentos de la vida cotidiana que Lane lograba convertir en grandes acontecimientos llenos de ternura. Como una vieja película en blanco y negro, solía encontrarse cerrando los ojos y disfrutando de aquellos pedacitos del día a día que Lane le regalaba y en los que, aunque se esforzaba en mentirse a sí mismo por ser fiel a la memoria de Carrie, ella jamás habría encajado. Sencillamente, y se sentía miserable por aquella certeza, no podía imaginar a Carrie haciendo aquello. Queriendo a Ben, protegiéndole del mundo y contándole hermosas historias sobre Carrie, alguien a quien no había conocido y que había sido incapaz de amar a nada ni nadie que no fuera a sí misma.

La idea comenzaba a obsesionarle. Cada día que pasaba junto a Lane, descubría que deseaba con desesperación que ella estuviera en su vida a la mañana siguiente y cada mañana después de esa. La necesitaba. Necesitaba sentirla en su lado de la cama, aunque solo fuera para reír en silencio cuando ella guardaba las distancias y le recordaba que estaba invadiendo su parte del colchón.

Sostuvo la mirada de Lane y descubrió con agrado que ella no la había apartado. Era muy extraño... No se había fijado hasta ahora en el color de sus ojos, que pasaba del azul al gris según la luz incidiera en ellos. Y aquellos labios... Seguro que había bebido más de la cuenta. Porque le parecía que se abrían para él. No para recibir el casto beso de amigo que le daba en las escasas ocasiones que así lo requerían o cuando Ben lo reclamaba con entusiasmo. Era otra cosa. Más... Suspiró, notando que empezaba a hacer demasiado calor. Soltó su mano con un rápido movimiento.

—Gracias —dijo, sintiéndose un poco avergonzado por mostrarse débil en su presencia.

Era algo nuevo que Clyde Bransow necesitara de la fortaleza de otra persona para superar un día difícil. Pero allí estaba Lane. Callada y quieta como una estatua, dejando que desahogara sus penas sin decir una sola palabra. Buena chica. Se le ocurrió que nunca le había preguntado por sus propias penas. ¿Sería Lane el tipo de mujer que sufría en silencio sus frustraciones? Contra su voluntad, la idea de que siguiera añorando a aquel estúpido llamado Michael le provocó un repentino malestar. Lo achacó al exceso de alcohol.

—Clyde... No pensaré que eres un tipo sensible si lloras sobre mi hombro. —Le tranquilizó con una sonrisa. Y añadió—: Y lo más importante, no se lo contaré a nadie. Te doy mi palabra de señorita Pepinillo.

Clyde se contuvo. La habría besado de inmediato. Peor aún. La habría subido sobre la mesa de la cocina y allí, entre su plato con el emparedado y su vaso de leche, la habría hecho suya también. Claro que no podía hacer algo así. Era una locura. Lane no había dado muestras durante aquellos dos meses de que quisiera dar un paso más en aquella relación de amistad que tenían. Por el momento, ella se conformaba con cuidar de Ben y, para qué negarlo, también de él.

Iba a la escuela en la camioneta nueva que Clyde había insistido en comprarle, daba sus clases y repartía unas migas de ella entre aquellos pequeños diablitos. Y al terminar su jornada, regresaba y entonces, toda ella, plena, generosa, era suya. A su manera, a la manera que los dos habían decidido, por el bien de Ben, por lo que fuera.

Al diablo con la docena de argumentos que a nadie le importaban, más que a ellos mismos. Lane siempre estaba allí cuando abría la puerta de casa. «Todo perfecto, todo controlado», solía decir Lane. Era como una señal, un mensaje en clave entre ellos. Quería decir que podía seguir con su vida con el convencimiento de que ella estaría allí, aunque fuera casi invisible para él. Sin embargo, no lo era. No era invisible en absoluto.

Clyde había descubierto que en ocasiones, se daba más prisa de lo normal por acabar la labor que tuviera entre manos. Había descubierto que le gustaba escuchar cómo Lane le contaba un cuento a Ben mientras se dormía o cómo le relataba divertidas anécdotas con sus alumnos y se quejaba porque él fingía que le aburría con su parloteo. Tomó aire, notando que la sangre se agolpaba en su sien. No, tenía que estar loco para estropearlo todo.

—Lo... recordaré. —Su voz era ronca y Lane colocó una mano en su hombro, con expresión inquieta.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Claro... Solo necesito darme una ducha. Buenas noches, Lane.

Ella le dejó marchar. Lane pudo escuchar el sonido del agua corriendo abundantemente en el cuarto de baño del piso superior. Apagó la luz. Estaba a punto de llevarse su vaso de leche a los labios, cuando tropezó con algo duro en la puerta de la cocina. Aunque estaba oscuro, reconoció enseguida de qué se trataba. Podría reconocer aquel olor en cualquier lugar del mundo. Fresco, varonil...

Le imaginó con el cabello húmedo y el mentón áspero porque llevaba varios días que el cansancio o las prisas no le permitían afeitarse adecuadamente. A ella no le importaba. En realidad, no le importaba si Clyde decidía meterse cada noche en la cama lleno de barro hasta las cejas. Con tal de que estuviera allí cada noche, Lane le aceptaría incluso siendo portador de una legión de pulgas.

Claro que no se lo diría. En lugar de eso, ella siempre le recordaba con tono agrio que sacara las botas sucias de la habitación. Lo hacía solo para mantener las distancias. Para recordarse y recordarle que su matrimonio seguía siendo un pacto entre camaradas. Claro que en ocasiones como aquellas, sus hormonas tenían vida propia y por supuesto, no eran inmunes al efecto que causaba tenerle tan cerca y cubierto solo con una... ¿toalla? Pensarlo hizo que su adrenalina se disparase.

—¿Clyde...? —Lane le llamó con timidez. Podía escuchar su respiración, sentirla muy cerca de su rostro, una ligera mezcla de alcohol y menta que comenzaba a marearla.

—Quiero hacerlo.

Lane casi se atragantó al escucharle. En aquel momento, le habría gustado tener algo más de experiencia. Así podría haber soltado algún comentario gracioso que le quitara hierro al asunto y no la hiciera enrojecer de vergüenza. «El asunto», repitió mentalmente. ¿Y cuál era exactamente?

Una chica con más mundo habría dicho algo seductor, provocativo, sugerente. Lane se limitó a tragar de golpe el resto de la leche y depositar el vaso sobre la mesa ruidosamente. Se sintió como si acabara de vaciar un barril de cerveza en mitad de un rodeo.

—¿Quieres... hacerlo...? ¿Ahora...? —la pregunta murió en sus labios cuando los dedos de Clyde recorrieron con delicadeza su mejilla. Enseguida comprendió que Clyde tenía intención de utilizar su hombro y el resto de su cuerpo y no precisamente para llorar. Y si era sincera consigo misma, solo pensarlo hacía que sintiera deseos de llorar, pero de felicidad—. ¿Estás seguro?

—Claro. Dijiste que podía llorar sobre tu hombro, ¿no?

—¿Yo dije eso? —Lane rio con nerviosismo—. Quizá me has interpretado mal, Clyde. Porque yo solo...

—Sshhh... No lo estropees. —Clyde deslizó los dedos por la suave curva de la garganta femenina. De pronto, los mismos dedos rodearon posesivamente el cuello de Lane en un gesto tan primitivo que ella sofocó un estremecimiento—. Somos amigos, ¿no? Y estamos casados. Hoy he tenido un día horrible. Muy malo, Lane. En serio. Pero llego a casa, ¿y qué me encuentro? A ti. Con Ben. ¿Y adivinas qué, McCrane? He sentido celos de mi propio hijo. Por un momento, he querido estar en su lugar, en tu regazo... Estoy cansado. Desesperado. Y furioso. Y, sí, necesito ese hombro, maldita sea. ¿Tu ofrecimiento sigue en pie o era solo otra faceta de tu campaña «esposa y madre del año»?

Dos meses atrás, Lane le habría enviado al diablo. Pero no ahora. No cuando le conocía tan bien. Sabía que bajo su aparente máscara de dureza, aquel vaquero le enviaba un SOS que ella no podía ignorar. Por supuesto, Clyde no la amaba. No había dicho: «te amo, McCrane», y siendo sincera, aquello la decepcionaba profundamente. En su subconsciente, Lane había esperado escuchar aquellas palabras algún día. Pero no era el estilo de su marido. La mirada de Clyde decía: «Eh, McCrane, hagámoslo de una vez», y alguien que no le conociera como ella podría pensar que era un asno sin sentimientos.

Sin embargo, Lane había aprendido con el tiempo a interpretar sus miradas. En esta ocasión, era clara e inequívoca. Clyde la necesitaba. Era mucho más de lo que nunca habría soñado. Y ella le necesitaba a él. ¿Acaso no era bastante para sentirse afortunados? Qué más daba que el suyo no fuera un matrimonio por amor. Por amor...

Se le ocurrió que los días en los que creía amar a Michael, no había deseado hacer el amor con él con tanta intensidad como deseaba a Clyde. ¿Era una revelación? ¿Se estaba enamorando de Clyde? La señal de alerta se disparó en su cabeza. Se convenció de que no estaba sucediendo. Eso solo podía complicar las cosas entre ellos. Sobre todo, después de descubrir el modo en que Clyde la había observado cuando acunaba a Ben. El modo en que había desviado después la mirada hacia las fotografías de Carrie y había torcido el gesto en una mueca de disgusto.

Lane intentaba disimular el dolor que le causaba aquel descubrimiento sobre Carrie, la maravillosa pero egoísta mujer cuyo fantasma todavía rondaba aquella casa: Clyde seguía amándola. Quizá la amaría hasta el último aliento. No obstante, ahora él le proponía que llevaran más lejos su acuerdo. Quería pensarlo bien... Aunque era difícil mientras las manos de Clyde se cerraban en su nuca para atraerla hacia él.

La besó con determinación, obligándola a separar los labios para él. Como todo en Clyde Bransow, sus besos eran diferentes. Eran apasionados y a la vez tiernos. Lane se dejó llevar por aquella sofocante sensación que impedía que se moviera un milímetro para apartarse de él. Cuando por fin la boca de Clyde se separó de la suya para tomar aire, Lane parpadeó.

—¿Sí, Lane? Di que sí, McCrane o me volveré loco —pidió con voz ronca por el deseo.

Lane titubeó. Las imágenes a las que se resistía desde hacía algún tiempo, se agolparon en su cerebro. Clyde y Carrie enamorados... ¿Alguna vez Clyde había sido un tipo romántico? Envidió la época en la que la madre de Ben había conseguido arrancar un cumplido de labios de su cabezota marido. Envidió cada palabra de amor que seguramente le había dedicado, mientras que a ella solo le daría las gracias por ser su colaboradora en aquel «proyecto».

¿Qué diablitos! ¿Qué le importaba? «Tómalo, coge lo que te ofrece, hazlo, maldita sea», se gritó a sí misma. Clyde le estaba dando mucho más de lo que Michael o

cualquier otro hombre le habían dado jamás. Un hogar, una familia, su lealtad... Una docena de noches estrelladas en las que compartían sus vivencias cotidianas entre taza y taza de café... Definitivamente quería. Toda ella quería que ocurriera. De pies a cabeza, cada fibra de su ser le deseaba, le amaba... Quiso borrar lo último para no cometer el error de creer que aquello sería un acto de amor. Sería sexo. También dos camaradas que se apreciaban podían tener sexo sin tener que adornarlo con palabras vacías.

—Sí, Clyde —susurró.

Y como si fuera la orden que esperaba, Clyde le alzó en sus brazos con toda facilidad y subió con ella las escaleras que conducían al dormitorio. Empujó la puerta con el hombro y se dirigió hacia la cama en la penumbra, tropezando contra la cómoda y maldiciendo entre dientes.

—Ya puedes bajarme, Clyde —murmuró Lane, riendo por lo bajo—. Has superado la prueba.

Clyde obedeció y dejó que el cuerpo de la mujer se deslizara contra el suyo lentamente. Rodeó el rostro de Lane con las manos y acercó el suyo para hablarle muy bajo.

—¿Una prueba? —inquirió con voz ronca, sorprendido porque su esposa conservara cierta compostura y ganas de bromear. Él apenas podía concentrarse en otra cosa que no fuera la incipiente erección que crecía bajo la toalla que le cubría.

—La prueba del fuerte guerrero indio que conduce a la mujer hasta su *hogan* —se burló, conteniendo un gemido ahogado cuando Clyde le sacó la camiseta por la cabeza y comenzó a desabrochar los botones de sus vaqueros.

—McCrane... No sé de qué demonios estás hablando... No puedo pensar en nada mientras peleo con estos malditos botones... —Sus dedos estaban agarrotados a causa de la excitación—. Por Dios... ¿Se puede saber quién fabrica estas cosas? ¿Les ponen cierres de seguridad para volvernos locos?

Lane colocó sus dedos sobre los de Clyde, presionándolos con suavidad. Le guió sobre la tela para ayudarlo a encontrar cada ojal. Sintió como cada botón se deslizaba hacia el exterior, saltando finalmente para liberar poco a poco su vientre.

Las palmas de Clyde encontraron un hueco por el que colarse resbalaron sobre su piel en un recorrido de infarto hasta descubrir complemente sus caderas y descansar sobre sus nalgas. Le invadió una leve sensación de mareo al notar bajo sus dedos el contacto de aquella carne llena. Se aferró a ella con fuerza, obligándola a pegarse a su cuerpo para que advirtiera la intensidad de aquella rigidez que se erguía entre sus ingles.

—Dios... Un día más de celibato y habría explotado... —confesó, arrancando un suspiro de placer de los labios femeninos.

La dejó caer con cuidado sobre la cama y se recostó junto a ella, apoyándose en un codo para contemplarla. Se recreó en cada centímetro de su cuerpo, acariciándola sin prisas al tiempo que la despojaba del resto de los pantalones, tirando de ellos al llegar a los pies para lanzarlos al suelo con un movimiento ansioso.

Lane se alegró de que estuvieran a oscuras. Era más fácil competir con el recuerdo de la hermosa Carrie cuando Clyde no podía apreciar lo diferente que era de ella. Ladeó el rostro con un deje de tristeza en la mirada. Odiaba sentirse insegura e inferior, pero no podía evitarlo. De pronto, descubría que le importaba que Clyde la considerase una mujer sensual. Puede que no la hubiera elegido por ese motivo, pero eso era antes. Antes de que la lengua de Clyde se deslizara con exquisita habilidad sobre la línea de su garganta y llegara hasta su boca, dibujándola y apesándola con avidez al escuchar un leve jadeo en la penumbra de la habitación.

Clyde trataba de mostrarse paciente a pesar de la urgencia que sentía. Quería que ella estuviera segura, que lo deseara tanto como él. Solo por eso, se apartó un segundo para dejarla musitar algo en voz baja. Se acercó a los labios femeninos, esperando escuchar las palabras mágicas que le liberarían y le conducirían hasta el cálido interior de su mujer. Sin embargo, fue un error permitir que la razón interviniera un fatídico instante, pues fue suficiente para que ella reconsiderase la opción de dar un paso más en aquella relación. Clyde pasó las yemas de los dedos por las mejillas de Lane y la miró confuso al descubrir la humedad en ellas.

—¿Lane?

Ella negó con la cabeza.

—Está bien, no pasa nada... Es solo que... —no sabía cómo explicarlo, pero la tristeza se había apoderado de ella de repente al comprender que nunca tendría suficiente de Clyde.

Le quería entero, completo. Quería su corazón libre y dispuesto a amar, como lo estaba el suyo. Sabía que era algo imposible, pero ser realista no dejaba de producirle tristeza.

—Entiendo... —Clyde se apartó bruscamente—. No puedes hacerlo sin amor, ¿no es así? Tenía que haber recordado que mi maestra preferida es una chica con principios.

A Lane le dolió su comentario como si la hubiera abofeteado. Parecía como si Clyde quisiera castigarla porque él era incapaz de amarla. Apretó los labios con rabia y se dio la vuelta en el colchón, tapándose con la manta para evitar entrar en contacto con el cuerpo desnudo de Clyde.

—Buenas noches —dijo con tono digno.

—¿Buenas noches? —repitió él con una mezcla de incredulidad y decepción—. ¿Ya está? McCrane... Hay partes de mí sobre las que podrías cocinar un filete ahora mismo, ¿es que no tienes compasión? ¿Esperas que dé media vuelta y me eche a dormir como si nada?

—Por mí puedes hacer lo que te venga en gana, Clyde Bransow. Siempre que eso no incluya poner tus sucias pezuñas sobre mí —puntualizó, furiosa.

—¿Y qué hay de ese hombro perfecto para derramar mis lágrimas? —lo preguntó con sarcasmo.

En respuesta, Lane le empujó sobre el colchón, dejando bien claro que aquella noche no tendría ni su hombro ni ninguna otra parte de su cuerpo. Escuchó su risa suave en la oscuridad. Al parecer, su humor había mejorado. Ojalá Lane pudiera decir lo mismo.

—Soy un tipo paciente, Lane —advirtió peligrosamente—. Tarde o temprano, tú y yo tendremos que bailar una pieza, ¿no crees?

—Duérmete, Clyde. Has bebido. Y has dejado de caerme bien por esta noche.

—Reconoce que me deseabas hace un momento —exigió, intentando un acercamiento que Lane repelió con un chasquido de lengua—. Aunque no lo digas, Lane, yo sé que es así.

—Sigue soñando, Bransow. Tal vez un día despiertes y tu sueño se haga realidad —se burló, apretando los ojos con fuerza para hacer que la imagen de Clyde, cubierto tan solo con aquella minúscula toalla, desapareciera.

Por supuesto, Lane no podía saber que para Clyde, su sueño ya se hacía realidad cada mañana cuando despertaba junto a ella. Y por supuesto, Clyde no dijo nada. Su reputación de tipo duro era lo único que le mantenía a salvo de su hermosa mujer.

---

<sup>4</sup> Águila Real, en la lengua de los navajos.

<sup>5</sup> *Tribu*, en la lengua de los navajos.

<sup>6</sup> La traducción del título al castellano es «Me partirás el corazón esta noche»

<sup>7</sup> Gato en la lengua de los navajos.

<sup>8</sup> Grupo de antiguos habitantes de la Meseta Central de Estados Unidos que viven principalmente en la Reserva federal Pueblo Navajo del estado de Arizona.

—Yo pondría un seis, chaval.

Joel Storm dejó caer la tiza lentamente y se volvió hacia la puerta para ver quién se atrevía a meterse en su problema de matemáticas. Sus tupidas cejas rubias se fruncieron sobre su ceño, acentuando aún más el aspecto travieso de su rostro pecoso. Apenas levantaba medio metro del suelo y no tenía más de cinco años. Pero el chico Storm era con diferencia el más conflictivo de la escuela.

Durante una fracción de segundo, Lane deseó que Joel hiciera honor a su horrible reputación y lanzara la tiza contra la cabeza del hombre que acababa de irrumpir en el aula. Se arrepintió enseguida por sus malos pensamientos. Era inadmisibile que lo hubiera pensado siquiera. Como siempre, aquel tipo lograba sacar a relucir lo peor de ella. Era una de sus muchas «virtudes».

Se giró hacia la puerta también, con el rostro congestionado. Habría reconocido aquella voz en cualquier lugar. Corrió a su encuentro y le sacó casi a rastras hasta el pasillo, todo ello ante la atenta mirada de sus quince niños. El hombre sonrió y trató de abrazarla, pero Lane le detuvo colocándole ambas manos en el pecho. Las retiró de inmediato al ver cómo Patty asomaba la nariz por la puerta de su aula y arrugaba el ceño en un gesto interrogante que se traducía en un «¿necesitas ayuda?».

Con una señal la tranquilizó para que regresara con sus alumnos y enfrentó la mirada burlona de Michael. Por desgracia para él mismo y para el resto del planeta, no había cambiado nada. Seguía teniendo la misma expresión altiva de los triunfadores. El cabello castaño claro perfectamente cortado a la nuca. Los ojos verdes salpicados de puntitos de color ámbar que él sabía utilizar a su antojo para seducir a mujeres confiadas como ella. Solía surtir efecto en el pasado y quizá por ese motivo, Michael pretendía explotar su encanto como si hubieran compartido la cena la noche anterior.

La miraba con fijeza, con su gesto ensayado delante del espejo de «nena, ya estoy aquí», tras el cual se suponía que ella tenía que desmayarse o algo por el estilo. Pero en Lane solo provocaba un agudo deseo de abofetearle y después ignorarle. Puede que tal vez solo de ignorarle. Sonrió al comprender qué poco le importaba ya en realidad si Michael hacía pucheritos con su boquita elegante de dios de la mitología griega. Aunque borró la sonrisa con rapidez, comprendiendo que él podía interpretarlo como una concesión.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó furiosa—. Y, por favor, no me vengas con el viejo cuento de «pasaba por aquí».

—Lane, Lane... ¿Percibo cierto rencor en tus palabras? —intentó acariciar sus labios con los dedos, pero los apartó rápidamente al ver que ella los miraba como si estuviera más que dispuesta a arrancárselos de un mordisco.

—Percibes oleadas de rencor, lo sabes muy bien —puntualizó con sarcasmo—. No tengo por costumbre recibir a mis exprometidos infieles y traidores con una voltereta de alegría.

—Querida Lane...

—No vuelvas a llamarme así —advirtió.

—Claro. Lo olvidaba. —Torció los labios en una especie de sonrisa que Lane conocía muy bien y que recientemente había descubierto que detestaba—. Ahora eres la señora Bransow. Dime una cosa, Lane, ¿cómo es posible que hayas acabado en un lugar como este, casada con un tipo como Clyde Bransow? Perdona, no quiero ser grosero, de verdad, pero... Bueno, he sabido que tu flamante marido es un criador de vacas y, ya me entiendes, no puedo evitar hacerme la misma pregunta desde entonces... ¿Qué pueden tener en común una mujer hermosa, sensible y culta y un vaquero que huele a estiércol?

—¿Y a ti qué puede importarte?

—Me importa por dos motivos, Lane. El primero es que te quiero. Y el segundo, es que odiaría ser el culpable de que termines tus días con un tipo así.

—No has cambiado nada, Michael. Sigues siendo un arrogante. —Sintió una punzada de compasión que desapareció en el mismo instante en que Michael le obsequió con otra de sus sonrisas forzadas—. Pero ¿sabes qué? A pesar de que seas una sabandija y no merezcas una respuesta, te voy a contestar. Lo que Clyde y yo tenemos, no creo que alguien como tú pueda comprenderlo.

—¿En serio? —se burlaba de manera intencionada.

—Completamente. Para empezar, ninguno traicionaría al otro. Nunca —enfaticó.

—Oh. Me partes el corazón. —Fingió que lo tocaba con su mano.

—No lo creo. Ese es otro de los motivos por los que tú me pareces despreciable y Clyde un gran hombre. Porque él, a diferencia de ti, sí que tiene corazón. —Se cansó de justificar algo que no era asunto de Michael. Le miró a los ojos, descubriendo con una interna sensación de alivio, que las atractivas facciones de Michael ya no causaban ningún efecto devastador en ella—. ¿Y bien? ¿A qué debo el honor de tu visita? Te advierto que esto es Primaria. Si tienes intención de seducir a alguna jovencita, te has equivocado de lugar.

—Muy aguda. —Michael encogió los hombros y puso ojos de cordero como si Lane hubiera inventado toda aquella historia sobre sus infidelidades durante su noviazgo—. Lane, una mujer adulta y razonable habría superado una tontería así.

—Una mujer adulta y razonable vomitaría al verte, Michael. No trates de hacerte el inocente conmigo. Dime qué quieres y lárgate.

—Fuiste muy rápida al enviarme esos papeles, Lane. Demasiado. Olvidaste poner una nota para desearme suerte —observó con resquemor.

—No lo olvidé. No quería desearte buena suerte. A decir verdad, me importa un rábano lo que hagas, Michael, siempre que lo hagas lejos de aquí. —Le dirigió una sonrisa falsa.

—Quizá es porque aún me quieres —sugirió con un brillo malicioso en la mirada.

¿Quererte? La idea hizo que Lane casi riera de manera histérica. Al pensar en Clyde, en sus manos ásperas por el trabajo, en su risa ronca y en todas las veces que últimamente le descubría observándola con aquella expresión extraña, le pareció que Michael empequeñecía hasta casi desaparecer de su vista.

—¿No dices nada? Yo te sigo queriendo, Lane —repitió con ardor.

Ella parpadeó.

—Michael... ¿Tu última conquista te ha dado calabazas y el golpe te ha afectado al cerebro?

—Por favor, no te burlas. Nunca antes fuiste cruel conmigo.

Lane no podía creer que le dijera eso. Precisamente él, que había pisoteado su corazón y su dignidad sin importarle lo que sintiera.

—Michael, no sé por qué has venido. Pero estoy casada. —Le mostró orgullosa su alianza, pero Michael sujetó sus dedos con rapidez para besarlos.

Lane se apartó, enfadada.

—¿Y eso qué importa? Lane, todos podemos equivocarnos, ¿no es así? Aún podemos arreglarlo. Tú no quieres a ese tipo. Ven conmigo. Empecemos de nuevo. Con el dinero del apartamento podríamos viajar, ver mundo... Siempre dijiste que querías conocer París.

—Eso era antes. Cuando creía que eras el hombre de mi vida. —Quiso añadir que tenía que haber estado loca para pensar algo así. Pero lo cierto es que su exprometido infiel no merecía siquiera malgastar unas pocas palabras en aquella aclaración.

—Lane... No puedes estar enamorada de él. Un vaquero apestoso. ¿Cuánto tiempo crees que durará?

—Toda la vida, espero. Porque hice una promesa que considero muy seria el día de mi boda. Y ya sabes que no tengo por costumbre romper mis promesas. Lo que me recuerda que juré no volver a dirigirte la palabra, así que se acabó la cháchara.

Se volvió con intención de plantarle, pero Michael la sujetó por los hombros y la hizo girar sobre los talones. Antes de que ella pudiera evitarlo, la besó de forma

apasionada.

Fue un beso que la violentaba de muchas maneras. La agredía físicamente porque no lo deseaba y espiritualmente, porque pretendía demostrar que aún tenía poder sobre ella. De cualquier modo, le repugnó sentir el contacto de aquella boca húmeda que presionaba la suya con brusquedad para robar algo que no le pertenecía.

Lane no se apartó enseguida. En absoluto estaba disfrutando de aquel contacto frío y desprovisto de ternura. Mentalmente evaluaba la sensación de vacío, rabia y soledad que le transmitía la boca de Michael. Sin querer, comparaba aquella emoción con otra más familiar, cercana, muy dulce... En definitiva, Michael había perdido todo su encanto en el mismo instante en que un vaquero rudo pero inmensamente honesto la había llevado a conocer su estrella de los besos. Finalizado el experimento, era hora de expulsar el recuerdo borroso de Michael para siempre.

Contuvo la respiración y mantuvo los labios apretados mientras le empujaba con todas sus fuerzas. Por fin y después de forcejear un poco, la soltó. Lane estaba a punto de abofetearle, pero algo impidió que lo hiciera. Vio como lo arrastraban hasta la puerta de salida de la escuela.

Alcanzó a ver la silueta del recién llegado recortada contra la luz del sol y aunque no necesitaba mirarle a la cara para conocer su identidad, se arriesgó. Alzó la mirada y cuando sus ojos se encontraron con los de Clyde, sintió pánico por lo que vio en ellos. Les siguió hasta la calle, convencida de que Clyde sería muy capaz de matarle si ella no le detenía.

—¡Basta! —gritó, interponiéndose entre ambos en el momento en que el puño de Clyde estaba a punto de caer sobre Michael.

Por suerte para ella, Clyde lo detuvo en el aire y lo apretó hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—Apártate, Lane. —Clavó sus ojos negros en ella.

Lane no pudo evitar pensar en la historia que Rosita le había contado acerca de la infancia de su marido. Solo que en esta ocasión, la mariposa no obedecería sus deseos. Clyde parecía más que decidido a terminar el día dejando un hermoso tatuaje con forma de puño en la cara de Michael. Aun así, tenía que intentar persuadirle antes de que la exquisita nariz aguileña de Michael fuera historia.

—¡Clyde! ¿Te has vuelto loco?

—Apártate, Lane —repitió con tono brusco.

¿Loco? Se quedaba corta. Clyde desvió la mirada hacia el tipo que se arreglaba con nerviosismo el cuello arrugado de la elegante camisa con los puños bordados con sus iniciales. Tenía ganas de machacar a aquel hombre, de romperle todos los huesos y borrarle de la cara su expresión de guapito sabelotodo.

Aún lo tenía lo bastante cerca para aplastarlo a golpes. Y no era solo por la escena que acababa de presenciar, que en sí ya era suficiente para querer arrancarle los hígados. Era por el modo en que la miraba, como si Lane fuera un objeto que podía usar o desechar a su antojo. Por aquellas lágrimas que ella había derramado aquel día, mientras ocultaba las maletas y se preparaba para huir del lugar donde tenía su hogar. Por las noches que no había sabido amarla como merecía y que la habían convertido en una mujer que dudaba de su atractivo y de su capacidad para encender la pasión de cualquier hombre que no fuera un idiota incapaz de ver lo especial que era ella.

Bien. No podía negarlo y mentirse a sí mismo. Básicamente quería desollar al tal Michael por haberla hecho infeliz en el pasado y por atreverse a codiciarla en el presente. La idea le encendió de nuevo. Con el rostro rojo de furia se enfrentó a Lane, que temblaba de pies a cabeza y miraba a su alrededor para comprobar que nadie presenciaba la vergonzosa escena.

—¿Vas a defenderle? —la increpó, sin poder pensar en otra cosa que no fuera el beso que había visto hacía unos segundos en el pasillo.

Temió que aquella imagen le persiguiera hasta la otra vida y que el único modo de impedirlo fuera arrancarle el pellejo a aquel... Iba a agarrarle otra vez cuando la mano de Lane se posó con firmeza en su antebrazo.

—Clyde... Por favor.

—Lane, ya te dije que no podías estar con un hombre así...

Los ojos de Clyde se clavaron peligrosamente sobre Michael, quien cerró la boca con brusquedad. Clyde apartó con lentitud la mano de ella de su brazo y apuntó a Michael con su sombrero.

—Tú... Payaso... —Por momentos, las palabras se le enredaban en la lengua—. Si vuelves a tocarle un solo pelo a mi mujer, considérate hombre muerto, ¿me has entendido?

—Lane, ¿puedes decirle a tu marido que estamos en el siglo veintiuno, que no eres de su propiedad y que no puede matarme impunemente? —La ironía en su tono hizo que Clyde no pudiera contenerse más.

Se había esforzado de veras por comportarse como el hombre civilizado y conversador que ella esperaba y merecía. Pero aquel muñequito de ciudad, acicalado y perfumado como si estuviera a punto de irse a navegar en su yate rumbo a la Riviera, no merecía el sacrificio de ignorar su presunción. Contó hasta cinco, esperando que la técnica funcionara. Lamentablemente no fue así. O quizá sí. Porque se contentó con estrellarle el puño en la nariz y ver cómo la sangre corría por aquella boca arrogante que se atrevía a besar la de su esposa. Fue un movimiento rápido y escuchó cómo Lane emitía un gemido ahogado por la sorpresa y el disgusto.

—Y no vuelvas a llamarla Lane, gusano. Ella es la señora Bransow —advirtió, y después fijó su vista en ella—. Y en cuanto a ti... Nos vamos a casa. Ahora.

Lane le sostuvo la mirada, desafiante. Por supuesto que no deseaba quedarse allí, pero no podía dejar a Michael tirado en mitad de la calle con la nariz rota. Era una cuestión de humanidad y la decepción comprender que Clyde Bransow desconocía o ignoraba aquella palabra. Además, se había comportado justamente como Michael esperaba que lo hiciera y eso la había humillado.

—¿Vienes? —insistió y Lane adivinó por el brillo de sus pupilas que Clyde no estaba dispuesto a escuchar un no como respuesta.

Clyde era demasiado orgulloso para entender que aunque detestaba a Michael, no le abandonaría en aquel estado. Negó con la barbilla y vio cómo él endurecía el mentón.

—Clyde... No me mires así. No puedo dejarle, creo que tiene fracturado el tabique. —Siguió a su marido hasta el coche y examinó el estado del otro hombre a lo lejos con discreción. Rebuscó en la guantera del coche de Clyde unos pañuelos de papel con los que contener la hemorragia. Cuando los encontró, forcejeó con él para que se los entregara—. Por favor... No seas crío. Sabes muy bien que no puedo abandonarle en este estado.

—No tienes que hacer nada por él —replicó, reprimiendo el impulso de actuar como sus antepasados salvajes y cargarla sobre su hombro para dar por finalizada la discusión—. Solo tienes que demostrarle que no puede venir aquí y pavonearse como un gallito, agitando sus plumas para atraerte otra vez hacia él. Solo eso, McCrane.

—No se trata de eso. —Le rogó con la mirada que fuera menos cabezota y más racional, algo impensable a juzgar por el modo en que aún observaba a Michael, como si quisiera correr hasta él y terminar el trabajo de aniquilación que había comenzado rompiendo su bonita nariz—. Clyde... Tienes que entenderlo. No puedes ser tan bruto en realidad.

—¿Entender qué? —Su tono de voz se volvió peligrosamente suave—. Perdona, querida. Pero me vuelvo un poco lento cuando trato de pensar... mientras imagino a tu Michael metiéndote la maldita lengua hasta el esófago.

—Estúpido cabeza de chorlito... Ya veo que es imposible dialogar contigo —masculló, rogando porque Michael tuviera la delicadeza de colocarse en un lugar menos visible para sus vecinos.

—Entonces, quizá prefieras hacerlo con ese querubín amigo tuyo. Y sería buena idea que lo hicieras mientras aún conserva los dientes, McCrane. Porque tengo ganas de tirárselos todos, mira por dónde. —Hizo el ademán de dar media vuelta, pero Lane sujetó sus muñecas con fuerza. Clyde titubeó.

—Clyde... No hagas otra escena... Por favor.

Clyde le mantuvo la mirada durante un momento. Después, maldijo en voz baja, se metió en la camioneta y se alejó de allí a toda velocidad.

Al regresar junto a Michael, Lane vio cómo se sacudía la camisa con una mano mientras con la otra trataba de detener la hemorragia de la nariz.



—Lane...

—Ni una palabra, Michael —le interrumpió con sequedad—. No hagas que me arrepienta de haber evitado que Clyde te matara.

\*\*\*\*\*

Mientras abría la puerta de la habitación que Michael había alquilado en el motel, Lane aún se sentía culpable por no haber acompañado a Clyde a casa. No había dejado de sentir remordimientos mientras el doctor administraba un calmante al maltrecho Michael, quien se empeñaba en exagerar teatralmente su estado para despertar su piedad. Era cierto que Clyde se había comportado como un hombre de Neanderthal y que merecía una buena reprimenda por sus actos. Lane odiaba la violencia en cualquiera de sus manifestaciones y no podía disculpar bajo ningún concepto la manera de actuar de su marido.

Sin embargo, al mirar a Michael, que no había perdido un ápice de insolencia en la mirada y aún se jactaba con ella de ser el hombre ideal, podía llegar a comprender que Clyde hubiera sentido el impulso de ponerle en su sitio.

Durante mucho tiempo, había idolatrado a Michael. Había sido por mucho tiempo en sus fantasías, el hijo perfecto. El profesor perfecto. El amigo perfecto. El novio perfecto. Por supuesto solo había sido una ilusión. Lane había llegado a comprender que no existía tal perfección. Y en caso de existir, era más que probable que no la hiciera feliz.

Ahora, por el contrario, a menudo descubría que su felicidad se encontraba intimamente ligada a ciertos momentos amables en los que intervenía Clyde. Eran situaciones cotidianas que formaban parte de su día a día, de una rutina que no tenía nada de perfecta porque estaba llena de regañinas a Ben o de desánimo cuando Clyde no lograba que las cuentas cuadraran ese mes. Pero la hacía feliz.

Tal vez no era justo que arrojase sobre Michael todo el peso de la responsabilidad de su decepción. Tal vez Michael no había estado a la altura porque ella no la esperaba ni necesitaba que lo estuviera.

—¿Por qué has venido, Michael? —se lo preguntó sin rodeos.

—Por los papeles, ya te lo dije en la nota.

—No es cierto.

Michael suspiró, evitando mirarla a los ojos.

—Ya me conoces. Soy un cerdo. Quería comprobar por mí mismo si eras capaz de vivir sin mí —ironizó.

Lane no pudo evitar recordar todas las veces que había tenido aquella misma opinión de él después de descubrir que su lealtad no valía nada.

—Estoy pensando seriamente en demandar a tu vaquero, Lane. —La voz timbrada de Michael la sacó de sus cavilaciones. Le miró con una mueca de disgusto.

—No harás nada de eso —advirtió.

—¿Cómo lo sabes? —la retó, dejándose caer sobre el sofá y tirando de su mano en un truco sucio para arrastrarla sobre él. Lane se mantuvo firme. Le soltó la mano mientras le observaba con expresión triste.

—No eres tan despreciable, Michael. No he podido amar a alguien tan mezquino —lo dijo con total convencimiento.

Puede que no fuera su príncipe azul y que ni siquiera se le pareciera un poquito, pero se negaba a creer que había desperdiciado aquellos años por completo. Tenía que existir algo en Michael, por pequeño que fuese, que valiera la pena. Algo que haría que ella no sintiera que toda su vida anterior y lo poco o mucho que habían compartido, había sido un fracaso absoluto.

—No finjas que has dejado de amarme. O finge lo contrario si es cierto. Odio que hagas eso... —Michael apretó los labios, contrariado porque descubría que ella era una mujer renovada que ya no le necesitaba.

—¿Hacer qué?

—Ser más fuerte que yo —respondió y por primera vez desde que le conocía, a Lane le pareció que hablaba con total sinceridad—. Mírate bien... Has roto con todo, has logrado una vida nueva. Como el Ave Fénix, has renacido de tus cenizas. Has hecho que todos mis amigos me compadezcan por haber sido tan estúpido de perderte.

Lane arqueó las cejas. ¿Amigos? No se lo dijo para no herirle, pero el concepto que Michael tenía de la amistad era bastante infantil. Su grupo de amigos se reducía a unos cuantos profesores de su círculo que pasaban por la crisis de los cuarenta, abandonando a sus esposas, buenas mujeres y mejores personas, para redescubrir el amor de manera fugaz en brazos de alguna aspirante a actriz. Michael no era diferente. Solo que él había decidido probar suerte con las de menos de veinte antes de que Lane se convirtiera en otra exesposa rencorosa. Pobre Michael. En aquel pensamiento, había compasión y regocijo a partes iguales, lo reconocía.

—¿Y qué me dices de aquella chica... cómo se llamaba? —A Lane ya no le importaba. Solo era un nombre. Siempre había sido solo eso. Un nombre que un día había tenido una cara asociada y que Lane había descubierto durmiendo en su cama. Había sido «traición» y «desengaño». Y también «comienzo». Una oportunidad de ser una mujer nueva en un lugar fantástico y especial al que Michael, insustancial y frío, jamás podría aspirar.

—No significó nada para mí —manifestó, abatido porque comprendía que a pesar de su confesión, Lane continuaba mirándole como se mira a alguien por quien ya no se siente nada.

—No lo hagas. No me vendas esa patética historia aún cuando sabes que no la voy a comprar —advirtió.

—¿Qué? Es cierto... ¿Por qué crees que sucede siempre así? —Al ver que Lane no contestaba, añadió—: Ya lo sabes. Es como una maldición. Los hombres como yo siempre terminan por estropear sus relaciones con mujeres fantásticas. Estamos abocados al fracaso emocional, Lane. ¿Y sabes por qué?

—He dejado de hacerme esa pregunta, Michael —Era toda una revelación que pudiera hablarle sin sentir que debía odiarle.

—Pues te la contestaré de todas formas, querida Lane. —Michael apretó el pañuelo contra la nariz, algo más animado porque parecía que la hemorragia había remitido milagrosamente—. Porque las mujeres fantásticas como tú, Lane, son lo bastante listas para huir de tipos como yo.

—¿Es un piropo?

—Es un hecho. Y debe ser el efecto del calmante que me dio ese matasanos de pueblo. Pero si sigo hablando, creo que podría acabar arrodillándome y suplicándote que vuelvas conmigo. —Aceptó con una media sonrisa el pañuelo limpio que ella le ofrecía para sustituir al anterior—. Aunque... no serviría de nada, ¿no es cierto? No me contestes. Sé la respuesta.

Lane no dijo nada. Se inclinó para besarle en la frente, por los viejos tiempos en los que Michael aún era un buen chico que la hacía reír. Ahora le había recordado fugazmente y había sido una visión reconfortante. Sintió que enfrentarse sin rencor a los errores del pasado era una buena forma de afrontar el futuro, cualquiera que fuera este.

—Estaremos en contacto. Te llamaré y firmaremos esos papeles, ¿de acuerdo? —Lane abrió la puerta y la cerró a su espalda.

Había sido más fácil de lo que esperaba cerrar el capítulo de Michael. Puede que influyera algo el hecho de que Michael no le importaba ni una décima parte de lo que le importaban las personas que le esperaban en casa. Se apresuró a llegar antes de que Clyde se subiera por las paredes imaginando cómo arrancarles la cabellera a su esposa infiel y su amante.

Había anochecido cuando Lane atravesó en la penumbra el salón. Después de asegurarse de que Michael era atendido en el hospital, de convencerle de que no denunciara a Clyde en la oficina del sheriff y tras mantener con él aquella conversación constructiva, había decidido tomarse un par de horas para reflexionar.

Incluso había tenido una reconfortante conversación con Nuble Blanca en la reserva. Por fortuna, ella era una mujer sabia para su edad y había sabido perdonar a Lane que Clyde la hubiera escogido como esposa en su lugar. Aún recordaba sus palabras antes de despedirla: «Clyde es un hombre reservado, Lane. Nunca te hablará de sus sentimientos. Pero mataría a cualquiera que quisiera romper su hogar». En eso, Lane estaba de acuerdo con ella. Clyde habría matado a Michael de no ser porque ella se había interpuesto entre los dos.

Pero no era eso lo que le preocupaba. Lo que no podía olvidar era el modo en que Clyde la había mirado antes de marcharse. Como si ella fuera su enemiga, como si le hubiera traicionado o hubiera hecho algo terrible.

Odió a Michael por provocar aquella situación. No tenía ningún derecho a estropear lo que había entre Clyde y ella. Lo que había entre ellos. ¿Qué era exactamente? Todavía se lo preguntaba cuando escuchó un ruido y desvió la mirada hacia la mecedora. La figura de Clyde se recortó en la oscuridad. Estaba tumbado con los pies en alto apoyados sobre la mesa y el sombrero inclinado sobre el rostro. Lo levantó despacio para mirarla a la débil luz de la luna que se filtraba por la ventana.

—Has vuelto. Solo... cinco horas tarde —comentó con tono controlado—. ¿A qué debo el honor, McCrane? Dime una cosa. ¿Has ayudado personalmente al cirujano a reconstruir la cara de ese idiota? ¿O acaso te has dado un buen revolcón con tu Michael? Por los viejos tiempos, ya me entiendes...

Lane aceptó el insulto como parte del castigo por haberle desafiado. Se había prometido que no discutiría con él aquella noche. En caliente, ambos podían decir cosas de las que después se arrepentirían. Al parecer, Clyde ya había empezado.

—¿No dices nada? —la hostigó sin mover un solo músculo.

En realidad, quería gritar para que ella supiera lo furioso que estaba. Pero hacía mucho tiempo que había comprendido que Lane no era mujer de escenas. Al menos, no de ese tipo, porque las escenas de seducción, se le daban de maravilla. Sacudió la cabeza para apartar la imagen de Michael y ella, besándose apasionadamente en mitad del pasillo.

—Ahora no, Clyde. Ha sido un día bastante extraño, ¿no te parece? Los dos necesitamos descansar. —Pasó junto a él, suponiendo que la dejaría marchar.

Craso error. Clyde dejó caer con rapidez sus pies sobre el suelo y se levantó para bloquearle el paso hacia el dormitorio.

—Yo ya he descansado, McCrane. Durante cinco largas horas —repitió con dureza—. ¿Eres capaz de imaginar la cantidad de cosas que se me han pasado por la cabeza todo ese tiempo?

—Clyde... Soy maestra, ¿recuerdas? Mi imaginación no tiene límites. —Había intentado hacer un chiste, pero su sonrisa se borró al ver cómo las facciones de él se contraían—. Está bien, ¿qué querías que hiciera, si puede saberse?

—Regresar a casa, con tu familia, conmigo. Ben ha preguntado una docena de veces por ti. Ben, ¿te suena, Lane, o estabas demasiado ocupada para acordarte de él?

Clyde apenas podía controlar ya el impulso de estrecharla entre sus brazos, de besarla, quizá de decirle algunas barbaridades algo anticuadas que se le habían ocurrido cuando aquel idiota había dicho que ella no era de su propiedad.

Se dijo que solo pensaba todas aquellas tonterías por puro machismo, porque ella había herido su orgullo al quedarse con Michael y cuidarle como un bebé, mientras él se retorció de rabia esperándola. Sin embargo, a la luz de la luna y con los ojos brillantes a causa del enfado, Lane era un bocado demasiado apetecible para mentirse a sí mismo con falsas excusas.

Sencillamente, ella era su mujer. Y quería tenerla. En todos los sentidos. Y al diablo con sus buenas y castas intenciones que mantendrían su corazón a salvo. Si ella no decía algo enseguida, tendría que besarla.

—No me hagas sentir culpable, ¿quieres, Clyde? Por como lo dices, parece que Ben haya estado abandonado en un foso de serpientes en mi ausencia.

—Eso cuéntaselo a él. Te ha esperado hasta el cansancio para enseñarte su nueva colección de piedras —dijo con tono cortante—. Como no es más que un niño, no he podido explicarle que su mamá estaba pasando la tarde con su amante y no tenía tiempo para sus estúpidas piedras indias.

—No tienes ningún derecho a insinuar nada, Clyde —le advirtió con una seguridad que no sentía. Los dedos de Clyde seguían sobre sus hombros y se clavaban con fuerza en su piel. Desvió la mirada hacia ellos y él aflojó de inmediato la presión, sin soltarla—. Por favor, no lo estropees haciendo una escena.

—¿Estropear qué, querida? ¿Nuestro fabuloso matrimonio de papel? —preguntó con ironía y Lane apretó los labios.

Había sido un golpe bajo. Incluso viniendo de un bruto sin sentimientos como Clyde Bransow. Claro que él no podía saber que para ella, aquel matrimonio significaba mucho más de lo que, al parecer, él nunca podría comprender.

—Me refería a nuestra amistad, Clyde —replicó—. Pero ya veo que he sido una tonta al pensar que la tenías en tanta consideración.

—Oh, pero si la tengo en muy buena consideración, McCrane —se burló, aunque su buen humor solo duró un segundo, lo justo para que acercara su boca a la de ella y la apresara con inesperada rudeza.

La soltó con idéntica brusquedad y Lane permaneció inmóvil, sorprendida y furiosa porque aquel beso solo había sido una forma de decirle que la discusión había terminado con resultado favorable en su marcador.

Clyde no quería discutir más, estaba claro. Solo quería que ella se disculpara o que dijera algo que lo arreglara o... ¿qué era exactamente lo que él quería? La miraba como si la viera por primera vez, como si hubiera algo en ella que no había descubierto hasta entonces. Lane suspiró con cansancio.

Clyde tomó aire, más enfadado que al principio porque ella no había protestado. Torció los labios en una mueca sarcástica.

—¿Lo ves, McCrane? ¡Adoro nuestra amistad!

Lane no dijo una palabra y subió las escaleras despacio, consciente de que la seguía. Se detuvo en la puerta del dormitorio, la abrió y se volvió hacia él, que la observaba en sepulcral silencio, la espalda apoyada en la pared y los brazos cruzados sobre el musculoso pecho. Lane estaba tan furiosa que apenas podía hablar, pero se esforzó por controlar el volumen de su voz para no molestar a los demás en la casa.

—Supongo, Clyde, que en toda relación hay un antes y un después. Incluso en las que solo se basan en un pedazo de papel como la nuestra —y añadió, esperando que él no percibiera la tristeza en su tono—: Al parecer, este es el «después».

—¿Se puede saber qué significa eso? Perdóname si soy un poco lento de comprensión, McCrane. Pero resulta que solo soy un pobre paleta que disfruta rompiendo las narices del primer imbécil que pretende levantarle la espina.

Lane iba a abrir la boca para contradecirle, pero pensó que él no escucharía nada que sonara civilizado y razonable. Nunca le había visto comportarse de aquella manera y eso que creía conocer ya casi todas las facetas de su carácter. Lo atribuyó a que Michael podía llegar a impresionar cuando no se le conocía personalmente.

—Ya sabes lo que significa, Clyde. ¿Prefieres la cama o el sofá?

Sin esperar respuesta, sacó del armario un par de mantas y cogió una de las almohadas. Se quedó de pie frente a él en la puerta, temiendo que escogiera el sofá. En el fondo y a pesar de que odiase reconocerlo, él no la ofendía tanto como para no cederle la cómoda cama. Sabía muy bien que Clyde llevaba muchas noches sin dormir más que un par de horas. Aquel asunto de las reses enfermas le había hecho perder mucho dinero y la idea de hipotecar el rancho le obsesionaba. Era una estúpida por quererle. Pero no podría pegar ojo sabiendo que el cuerpo agotado de casi dos metros de Clyde descansaba con los músculos agarrados en el sofá.

—Prefiero el sofá, gracias. Y Lane... Date una ducha antes de acostarte, ¿vale? No quiero que mi cama huelga a ese desgraciado el resto de la semana.

El rostro de Lane se desencajó al escucharle. ¡Maldito cabezota! Le lanzó las mantas sin ninguna delicadeza y cerró la puerta con un sonoro portazo.

Solo habían pasado un par de minutos cuando escuchó el golpe en la puerta. La abrió con expresión victoriosa, preparándose para escuchar una disculpa. Sin embargo, su expresión se congeló al ver cómo el pequeño Ben se restregaba los ojos con somnolencia. Tenía el cabello revuelto y una pernera del pijama subido hasta la rodilla. Lane sintió que su corazón se henchía de amor al verle, mirándole con su carita risueña y un ligero puchero en los labios. Lo levantó en sus brazos y lo estrechó contra su pecho con fuerza.

—Mami...

Cada vez que Ben la llamaba así, Lane decidía que valía la pena cada minuto de soledad hasta conocerle.

—Me tomé toda la cena con Rosita y tú no estabas... Y papá estaba muy enfadado y me gritó y dijo que me quedaría sin postre si volvía a preguntarle.

—Sssshhh... No pasa nada, cariño. Papá no está enfadado contigo. Solo está cansado.

—¿Quieres ver mis piedras? *Shash* pintó tres para mí, una de cada color. Dijo que si las guardaba para siempre, me darían suerte, ¿quieres verlas, mami?

—Mejor mañana. Es muy tarde. —Lo besó en la frente, pero el niño se revolvió inquieto en sus brazos.

—Pero mañana es sábado y no hay cole.

—Pero ahora es tarde, Ben.

—Bueno... ¿pero puedo dormir contigo? A lo mejor papá todavía está trabajando y tarda mucho... Así no tendrás miedo.

A Lane ya no le sorprendía que Ben fuera un chico tan inteligente y observador.

—Trato hecho. Pero prométeme que si te cuento un cuento, te dormirás enseguida.

El niño cruzó los dedos y los pasó con rapidez sobre sus hombros, en un gesto que él y los otros niños de la reserva habían inventado como símbolo de juramentos secretos.

—Buen chico.

\*\*\*\*\*

Clyde la observó con disimulo mientras ella le enseñaba a Ben cómo untar las galletas con chocolate para después meterlas en el horno.

No se había quitado el sombrero y al ver cómo ella le dirigía una mirada de desaprobación, se lo quitó con desgana y se lo colocó a Ben en la cabeza. El niño aplaudió con alegría y Lane le dio permiso para salir a jugar fuera mientras ella terminaba de preparar las galletas.

Clyde sintió que su estómago crujía de hambre. Por orgullo y algo de vergüenza, había evitado encontrarse con ella durante el desayuno y el almuerzo. Se había levantado al amanecer y se había colado en el dormitorio para darse una ducha y cambiarse de ropa.

No estaba preparado para la imagen que había encontrado al abrir la puerta del dormitorio. Lane, con su hermoso cabello esparcido sobre la almohada, la mitad del cuerpo destapado y el camisón enredado en sus piernas y muslos... Y Ben abrazado a ella, con la cabeza contra sus senos y Lane abrazándole a su vez en una inconsciente actitud protectora. Había sido demasiado. No podría sentirse más despreciable aunque se lo propusiera, y eso que se lo había propuesto bastante.

Aunque a juzgar por la expresión furiosa de ella, sospechaba que no pensaba lo mismo. De hecho, temía que hasta después de cenar le esperaban unas cuantas miradas asesinas de esas que helarían el infierno. Se arriesgó a romper la tensión, robando una galleta de la bandeja. Lane se la arrebató con brusquedad y tras dejar la bandeja en el horno, le miró directamente. Después, sin decir nada, le abofeteó con fuerza.

Clyde no se movió. Se frotó distraídamente la mejilla, pensando que merecía con creces aquella bofetada y que a ella le sentaba de maravilla aquel viejo delantal de Rosita.

¡Diantres! ¿Es que no podía pensar con claridad desde que ella entrara en su vida?

—Nunca, ¿me oyes bien, Clyde Bransow?, nunca vuelvas a gritarle a Ben cuando estés enfadado conmigo. Si tienes algo que decirme, habla conmigo. Pero no vuelvas a gritarle, ¿me has entendido?

Clyde quiso reír por lo cómico de la situación. ¿Acaso ella no sabía que se tragaría la lengua antes de decir nada que hiriera a Ben? Aun así, no le importó que ella le estuviera fulminando con la mirada. Le embargó una deliciosa sensación de felicidad al comprobar que por más que le odiara, Lane nunca abandonaría a Ben. Sobre todo, porque eso significaba que aunque él se comportara como un imbécil, Lane seguiría allí para recordárselo.

—En ese caso, tengo algo que decirte —anunció, sin dejarse impresionar por el hecho de que ella adorase a Ben.

Lo del día anterior, el encuentro de Lane con su antiguo amor, había sido más que real. De hecho, durante toda la noche había sufrido pesadillas más que reales. En ellas, aquel tipo cursi le hacía el amor a su mujer mientras él contemplaba la escena paralizado sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Definitivamente, debía hacer algo para recuperar la confianza de Lane, su aprecio, su amistad o lo que fuera que ella quisiera ofrecerle.

La miró con fijeza, apartando un mechón rebelde que se había escapado de su improvisado moño para cocinar. Lo colocó con suavidad tras la pequeña oreja, sintiendo que todo su cuerpo se tensaba al rozar aquella piel blanca y tersa... Apartó los dedos con rapidez y ella apretó los labios.

Clyde lo achacó a que estaba furiosa con él, pero lo cierto es que Lane estaba más furiosa consigo misma por desearle a pesar de que Clyde, no solo no la amaba, sino que además, no podía confiar en ella. Arqueó las cejas, invitándole a que dijera lo que tuviera que decir y la dejara en paz con su malhumor.

Clyde carraspeó y maldijo en voz baja. ¿Dónde estaba su sombrero? Miró por la ventana y vio cómo Ben lo sacudía una y otra vez contra el lomo de su poni de madera. ¡Perfecto! Su mejor aliado para estos casos estaba siendo utilizado como juguete por su hijo. Tendría que hacerse el duro sin su ayuda. Confió en su ausencia de delicadeza habitual para convencerla de que era un hombre peligroso, muy capaz de liquidar al amante de la esposa si era necesario. Quizá, el tal Michael tuviera un poco de sentido común y huyera despavorido cuando conociera la fama de tipo duro que le precedía. Pura pantalla, lo reconoció. Su corazón se derritió contra su voluntad al ver cómo Lane le ignoraba para asomar la cabeza por la ventana y vigilar a Ben mientras jugaba.

—¿Y bien?

Clyde sacudió la cabeza al escuchar la pregunta.

—Dijiste que tenías algo que decirme —le recordó ella, con el típico tono seguro de la maestra sabihonda que todos los niños adoran y odian en la infancia.

Clyde se sintió justamente así. Como un niño al que ella reprendía con la mirada. La idea le dio rabia. ¡Ella había sido la que se besuqueaba en los pasillos de la escuela con aquel mamarracho! ¿Y todavía tenía el descaro de darse esos aires de ofendida? Deseó acallar los reproches de su mirada con su boca, pero se detuvo antes de que aquel irracional impulso empeorara las cosas entre ellos.

—¿Y bien? Clyde Bransow, ¿tienes algo que decir, sí o no?

Clyde la observó con los párpados entrecerrados.

Ella tenía restos de harina en la punta de la nariz y la tentación de retirarla con su lengua era más que tentadora. Contuvo el aliento, preguntándose cómo sería descubrir nuevos sabores en la piel de Lane. En ese momento, no sabía si era más fuerte su necesidad de ahogarla o de besarla o... ahogarla sencillamente con sus labios.

—No quiero que vuelvas a ver a ese... a ese... como se llame —dijo al fin, provocando la tenue risa de ella—. En realidad, no te lo estoy ordenando. No me malinterpretes. Te lo pido amablemente.

—Vaya. Eso sí que es una novedad. Clyde Bransow pidiendo las cosas amablemente. —Hizo la observación sin levantar la mirada de su tarea.

La vio fregar los cacharros con tanta calma como si no hubiera escuchado una sola palabra. Los dientes de Clyde rechinaron de rabia y añadió con tanto control como le permitió su furia:

—Ya sé que piensas que no tengo derecho a exigirte nada, McCrane. Sé que crees que nuestro acuerdo no incluía este tipo de peticiones y lamento interferir en tus planes de reconciliación, pero... Bueno, ya tuvo su oportunidad, ¿no es así? Puede que ese tipo tenga razón y yo no sea más que un pobre granjero. Pero puse un anillo en tu dedo y te di un hogar. Y he tratado de ser un buen marido para ti y un buen padre para Ben. Me he esforzado cada minuto por ser mejor hombre, porque fueras feliz aquí y eso... Eso es mucho más de lo que puedes decir de él, ¿no crees? Y, bueno, y o... Si has pensado por un momento que voy a permitir que ese... ese idiota con traje y manicura perfecta, te aparte de nosotros... Entonces, la que está realmente loca eres tú. Hablo en serio, McCrane. No te irás con él para que vuelva a destrozarte el corazón. Antes, tu Michael acabará en el hospital del condado y yo cumpliendo condena en prisión. ¿Es lo que quieres, Lane? ¿Quieres que Ben pase sus próximos veinte años visitando a su padre en alguna cárcel polvorienta?

El dramatismo en las palabras de Clyde la hizo reír de nuevo.

La emoción la haría llorar de un momento a otro y esquivó la mirada para evitar que él descubriera la incipiente humedad en sus ojos.

La idea de que Clyde temiera perderla, por los motivos que fueran, era tan deliciosa... La llenaba de absurda felicidad comprender que era lo más cerca que había estado jamás de escuchar una declaración de amor. Tal vez Clyde no la amara. Pero la quería a su manera en su vida, en la vida de Ben. Valía la pena quedarse solo por aquel sentimiento cálido que la había embargado al oír sus vehementes palabras. Siendo sincera, nunca se le había pasado por la cabeza dejarle y le divirtió que Clyde hubiera imaginado lo contrario.

—No tenía intención de ir a ninguna parte, Clyde —dijo, mirándole a los ojos y provocando que él enrojeciera de vergüenza—. Pero me alegra saber que valoras tanto mi presencia. Excepto en lo que has dicho de acabar en prisión por liquidar a Michael, estoy de acuerdo en casi todo lo demás.

Clyde tomó aire y fingió que su respuesta no le afectaba.

En su fuero interno, cantaba de alegría.

—Así que... No te irás con él —repitió con lentitud.

Lane no respondió. Comenzó a rellenar el pastel de carne con las verduras troceadas, aparentemente concentrada en aquella tarea.

—Eso he dicho, Clyde.

—Te quedas con nosotros. —Él parecía hablar consigo mismo, pero Lane percibía la mezcla de gratitud y sorpresa en su tono.

—Eso parece —dijo, untando con vigor la miel en la parte superior del pastel.

—Por Ben. —La voz de él sonó ronca al hablar.

Lane encogió los hombros. Se inclinó a recoger la paleta de madera que se había deslizado entre sus dedos a causa de la turbación que pretendía disimular.

Clyde se inclinó al mismo tiempo y sus manos tropezaron al tratar de recoger al mismo tiempo la cuchara. La tomó por los hombros para ayudarla a erguirse y mantuvo sus manos allí, a pesar de que ella ya estaba de pie y erguida. Las miradas de ambos se encontraron y fue como si cientos de chispas prendieran entre ellos.

Los ojos de Clyde recorrieron aquellas facciones amables, aquellos labios rellenos y palpitantes, siempre dispuestos a la ternura con su hijo. Quiso un poco de aquello para él... Los devoró con avidez, con rudeza al principio y con suavidad en el instante en que ella los abrió para dejarle entrar en su interior. Durante algún tiempo, se deleitó en dibujar con su lengua los recovecos de aquella cueva cálida a la que siempre había deseado entrar con invitación expresa. Después, la necesidad de dibujar también cada centímetro de su piel, se apoderó de su voluntad hasta casi enloquecerlo.

Quería más. Más de aquel matrimonio que cada día era su paraíso y su infierno. Más de ella. Más de todo. Deslizó su boca por aquella garganta tibia, por aquella carne trémula que conducía al lugar donde tantas veces ansiaba recostar su cabeza. Reconoció que, egoístamente, había querido apartar de allí a Ben aquella mañana. También ahora la necesitaba. Sin saber cómo, la había acorralado contra la mesa. Ella estaba encima y sus piernas le rodeaban las fuertes caderas. Clyde enterró el rostro en el pecho de ella, arrancando con desesperación los inoportunos botones de su camisa, descubriendo con mágico aturdimiento que ella era tan hermosa como la mejor de sus fantasías. Dios... Si solo pudiera decirle cuánto la había soñado. Y Lane parecía tan dispuesta, tan...

Se apartó con brusquedad al comprender lo que había estado a punto de hacer. La miró confundido, mientras ella le observaba con idéntica confusión. Ninguno de los dos se atrevió a decir nada. Ella se cerraba con dedos temblorosos la camisa y ambos clavaron la mirada en la puerta al escuchar los pasos que se acercaban a la cocina. La ayudó a mantener el equilibrio cuando bajó de la mesa.

—Lane, yo...

—Papá, ¿por qué has roto la ropa de mamá?

Ella se ruborizó al escuchar la inocente observación.

—No pasa nada, hijo... Mamá y yo solo estábamos jugando. —La miró en busca de ayuda y ella asintió—. Ven, acompáñame a ver cómo está Tracy mientras mamá termina de preparar la cena.

Al quedarse sola, una sensación de enorme tristeza la inundó. «Sólo estábamos jugando...», repitió mentalmente las palabras de Clyde.

Puede que para él no fuera más que eso. Pero a esas alturas de aquel extraño matrimonio, Lane ya amaba más a aquellas dos personas de lo que podía recordar haber amado a alguien en su vida.

De repente, el temor de que algún día, Clyde ya no la necesitara, hizo que su corazón se encogiera. Ellos eran su única familia. ¿Cómo podría vivir si alguna vez Clyde le decía que amaba a otra mujer, si algún día, cuando Ben hubiera crecido, él decidía que quería ser libre para amar, para sentir, para...?

Se ordenó no pensar en ello. Aprovecharía cada segundo a su lado. Por fortuna, Lane era lo bastante fuerte para asumir que, en ocasiones, las personas que uno ama podían desaparecer de tu vida sin avisar. Y por suerte, siempre le quedaría el amor de Ben. Le gustara o no a Clyde, ella era ahora su madre. Quizá no fuera tan hermosa o popular como Carrie. Pero era la única madre que Ben había conocido y lo quería con todo su corazón. Y en cuanto a Clyde... Mientras él lo deseara, Lane sabía que no podría negarle ni su hombro ni cualquier parte de su cuerpo que reclamara.

Deseó en silencio que aquella noche Clyde lo deseara tanto como ella. Con el convencimiento de que eso sería suficiente y a pesar de que una voz interior le repetía que solo se engañaba, dedicó su atención a preparar la mejor cena de su vida de casada.

\*\*\*\*\*

Lane contuvo el aliento al escuchar el sonido de la puerta al cerrarse tras él.

No necesitaba verle para saber que estaba allí. Podía sentir su presencia incluso en el aire que respiraba.

Agudizó el oído mientras él se despojaba despacio de cada prenda y aspiró el aroma que provenía del otro lado de la cama cuando el colchón se hundió para recibir su peso. Clyde se había duchado antes de bajar a cenar y ella aún recordaba el modo en que la había observado mientras le pedía con amabilidad que le pasara la

mantequilla, el pan, la jarra de agua... Curiosamente, aquella cena había sido como una comunión entre ellos. A pesar de los comentarios infantiles de Ben hasta que el agotamiento le había hecho dormirse en el sofá, nada había podido romper la tensión sexual del ambiente.

Clyde había tomado en brazos a Ben y le había llevado a su cuarto y había regresado para ayudarla a secar los platos de la cena. Sin dejar de mirarla un solo segundo, había colocado cada pieza en su sitio. Con pasmosa tranquilidad, había rescatado incluso los cubiertos que ella dejaba caer presa del nerviosismo. Al hacerlo, sus dedos se habían rozado y Clyde los había retenido un instante junto a su boca.

Lane aún podía sentir su aliento cálido... O tal vez no era solo un recuerdo. Abrió la boca para decir algo, pero la boca de él la cubrió antes de que pudiera emitir la más débil protesta. Su lengua era una cálida invasora que pretendía arrancar de ella hasta el último aliento, hasta la última gota de cordura que impidiera que aquello culminara en lo que ambos ansiaban desde hacía horas.

Cuando la apartó, Lane le miró con ojos nublados por la pasión. La luz recortaba sus anchos hombros en la oscuridad y Lane los acarició con inseguridad. Al ver cómo él se estremecía al contacto, suspiró de placer. Sin embargo, Clyde no la tocó más allá de los besos que comenzaban a poner en peligro su cordura. Besos tiernos, delicados, cubriendo cada una de sus facciones en un lento y dulce recorrido. Clyde no apartaba la mirada de ella mientras hacía que cada fibra de su ser respondiera con vida propia a sus caricias. Le gustó que todo sucediera de aquel modo... Sin prisas, sin brusquedad...

Ella quería que él descubriera cada secreto de su cuerpo con sus manos expertas encallecidas por el trabajo. Las guió sobre su pecho y se mordió los labios cuando la boca de Clyde se deslizó sobre la piel para comenzar un agónico recorrido que arrancó un hondo gemido de su garganta.

Clyde se detuvo, temeroso de que ella se arrepintiera y le enviara al mismo infierno de soledad en el que vivía desde que descubriera cuanto la deseaba.

—Esto no es por Ben, Lane... ¿Lo entiendes, verdad? —preguntó, con el temor de que confundiera aquello con el agradecimiento que sentía hacia ella. Quería que supiese que su hijo no tenía nada que ver en ello, aunque la adorase por ser como era con Ben. Necesitaba que ella lo supiera antes de hacerla suya—. Tampoco por Michael. No es para retenerte, Lane... Sé que no es lo mismo que si hubiera amor entre nosotros y sé... Entiendo que sea importante para ti. Tú eres importante para mí, eso te lo juro. Pero has de estar segura, porque yo... Porque yo te deseo, Lane. Y te necesito. Pero odiaría que te sintieras engañada, que pensaras que yo...

—Lo sé —musitó Lane, con la voz quebrada por la pasión y por la tristeza.

Le amó más por su sinceridad. Clyde era el hombre más honesto que había conocido. Pensaba que aquello era un gesto muy bonito por su parte. Clyde deseaba que hicieran el amor, dedujo. Pero no la engañaría con falsas palabras. No le haría falsas promesas de amor. Clyde había dicho «si hubiera amor entre nosotros...», la frase se clavó en su alma. No la amaba. Pero la deseaba. La necesitaba. Y ella tenía suficiente amor para los dos, para recibirle entre sus brazos, aunque Clyde hubiera agotado todo el suyo con el esfuerzo de amar el recuerdo de Carrie.

A Lane no le importó que fuera así. Estaba allí, con ella y quería que fuera suya, la reclamaba con tanta ansiedad que parecía que siempre la hubiera esperado. Al diablo con todo. Con el tiempo, Clyde aprendería a amarla siquiera un poco, tal vez como a su camarada perfecta, su amante, su amiga... Y ese sería su tesoro, su pequeño secreto.

—¿Lane...? —Clyde tenía el cuerpo ladeado, apoyado sobre el codo y con la cabeza inclinada sostenida por su mano libre, mientras con la otra acariciaba el mentón de ella.

—No soy una niña, Clyde —susurró, tragando con dificultad cuando los ojos de él escudriñaron su expresión bajo la tenue luz. Lane trató de ocultar el manantial de amor que quería escapar de sus pupilas, rezando porque Clyde no fuera tan astuto como atractivo. Añadió con tono mimoso—: No tienes que inventar excusas para algo que los dos queremos que suceda.

—Tienes razón. No eres una niña —admitió con la voz ronca de deseo. Su mano grande se cerró sobre el pecho de ella y sonrió al ver que la respiración de Lane se agitaba al contacto—. Eres una mujer. Mi mujer. Mi hermosa señorita Pepinillo... Y que me maten si alguna vez permito que te aparten de mi lado.

Lane cerró los ojos. Se contentó con escuchar aquello. «De mi lado...». Clyde la consideraba algo suyo, no solo de Ben. Lo que fuera, provocaba en ella un placer indescriptible, una sensación de pertenecer a algún lugar que iba más allá del acuerdo que ambos tenían.

—Clyde, Michael...

Lane percibió como la mandíbula de él se endurecía al escuchar el nombre. Sus ojos brillaron con intensidad.

Se odió por ser tan estúpida y temió haberlo estropeado. Retuvo su mano sobre su pecho para evitar que Clyde se apartara.

—Él no es nada para mí —dijo con sinceridad y al instante, la boca hambrienta de Clyde cayó sobre su boca para silenciarla. Cuando pudo respirar, él no se retiró del todo, sino que dejó que sus labios permanecieran apretados contra sus labios, como si quisieran retenerla para siempre entre aquellas sábanas. Lane quiso insistir para que él no tuviera la menor duda—. Él no...

—Sshhh... No me importa lo que haya sido en el pasado, Lane. Pero sé que te hizo daño y si vuelve a acercarse a ti en el futuro... —Sus palabras sonaron a juramento, a advertencia.

Lane habría protestado de no ser porque estaba demasiado ocupada tratando de no perder el conocimiento con sus caricias. De hecho, le habría confesado que Michael nunca la había hecho sentir las cosas que él lograba con apenas un roce de sus pulgares, que nunca le había amado como a él. Pero decidió que tantas palabras y confesiones solo retrasarían el placer que adivinaba en cada toque mágico que provenía de los dedos de Clyde. Así que se dejó llevar por aquel torrente de sensaciones y se abandonó a ellas.

A medida que Clyde le encendía la piel con la llama candente de sus caricias, Lane comprendía que las veces en que Michael y ella habían tenido sexo se convertían en un mero entrenamiento de aquella fascinante experiencia que era descubrir a Clyde y descubrirse a sí misma entre sus manos.

Entre suspiros, fue consciente de cuánto había anhelado que alguien la tocara de aquel modo, como si fuera un valioso instrumento guardado durante años en su estuche de terciopelo rojo, a la espera de que algún buen músico como Clyde, arrancara una hermosa melodía. De hecho, era justo lo que él hacía, bajando y subiendo sobre su cuerpo, deslizándose su magnífica musculatura sobre sus caderas, contra sus senos, aplastándola con su peso y asfixiándola con su abrazo tierno pero decidido.

Su terco y en ocasiones exasperante marido resultaba ser un hábil compositor, un amante tierno y apasionado al mismo tiempo. Lane apretó los párpados con fuerza, presa de la excitación que la hacía morderse los labios para no aullar, literalmente, de felicidad. Cuando Clyde la cubrió con su cuerpo y entró en ella con inusitada delicadeza, no pudo evitar que unas lágrimas de pura dicha escaparan de sus ojos. Clyde besó sus párpados hasta lograr que aflojara la presión en ellos y los abriera para mirarle.

Lane obedeció. Le miró mientras Clyde la penetraba con movimientos rítmicos, controlados, buscando el placer y dominando el suyo propio para prolongar el encuentro. Supo que él había descubierto lo que tanto la avergonzaba. Supo que Clyde era demasiado astuto, demasiado hombre para ignorar que su reacción era la de una mujer que jamás antes había sido amada de aquel modo. Del modo en que cualquier mujer desearía ser seducida, plenamente, sin secretos, sin miedos... Sintió como todos los músculos del cuerpo de Clyde se tensaban sobre ella y le escuchó musitar algo inaudible.

Esperó con desencanto que Clyde se retirase para analizar su propia decepción, quizá para preguntarse por qué había estado tanto tiempo dormida y por qué había despertado entre los dedos de un hombre que ni siquiera le había jurado amor. Pero en lugar de eso, Clyde le cubrió el rostro de pequeños besos suaves y llenos de ternura.

Se movió contra él, feliz porque además de estallar de placer, Michael había estado equivocado todo el tiempo. Ella era algo más que un cuerpo frío incapaz de sentir o despertar emociones. Podía sentir... Y vibrar bajo las manos de Clyde. Y puede que él fuera un bruto con la sensibilidad de una calabaza el resto de las veces, pero ahora... Ahora Clyde la moldeaba entre sus dedos como si fuera arcilla y Lane gritaba su nombre en la oscuridad. Y si hubiera estado más atenta, habría escuchado que Clyde también gritaba su nombre al alcanzar el paraíso.

Le miró con disimulo mientras Clyde masticaba con lentitud una tostada que ella había quemado por descuido.

Le vio tragar con dificultad y ayudarse con un buen trago de zumo de naranja. Sus ojos se encontraron y ambos desviaron la mirada avergonzados.

Rosita les observaba a su vez, preguntándose por qué motivo, aquellos dos se comportaban de manera tan diplomática aquella mañana. Tanta educación y buenos modales entre aquellos dos cabezas duras no auguraban nada bueno o presagiaba lo mejor. Río para sus adentros. Y anunció que cogería la camioneta para llevar a Ben al colegio.

Supo que había acertado cuando Lane ni siquiera pestañeó. Al parecer, había olvidado que era lunes y que una de las obligaciones de su trabajo como maestra era acudir a la escuela los lunes. Por más que sus ojos brillasen como los de una colegiala enamorada, ella debía recordarlo por el bien de sus alumnos.

—Gracias, Rosita. Yo llevaré a Lane más tarde.

—Claro. —No se les escapó el tono malicioso de la mujer.

—Ella... Aún tiene que arreglarse el pelo... —La miró esperando que lo confirmase. Lo cual era bastante absurdo teniendo en cuenta que Lane jamás renunciaba a la puntualidad, mucho menos por una mera cuestión de coquetería. Al recordarlo, Clyde tosió—. Quiero decir que aún tenemos que terminar con el desayuno y...

—Claro, no hay problema. —Rosita apenas podía disimular la chispa de diversión en sus ojos sagaces—. Ni por todos los dioses quería yo que perecieran de inanición por no tomar un buen desayuno.

—Y además, Lane y yo tenemos que resolver unos asuntos de camino a la cama... —Las miró a ambas, espantado al pronunciar la palabra por error—. La escuela. Quería decir de camino a la escuela.

Por suerte, Rosita había captado la indirecta y arrastró a Ben con ella para dejarles un poco de intimidad. Clyde apenas podía pensar con claridad.

Todo lo que le pasaba por la cabeza tenía que ver con ella sobre las sábanas, desnuda, o vestida y él quitándole lentamente la ropa... Después de lo que había sucedido durante la noche, había sido incapaz de permanecer en la cama sin sentir deseos de hacerle el amor cada media hora.

Se había obligado a levantarse y marcharse a trabajar cuando todo lo que quería era permanecer con ella en la cama los próximos treinta años. Y al regresar y encontrarla en la cocina, vestida y ruborizada hasta la raíz del cabello a cada mirada suya...

Demonios, que le ahorcasen si tenía intención de dejarla marchar al trabajo sin besarla hasta saciarse.

Esperó una eternidad mientras Ben se quejaba y se negaba a marcharse con Rosita en la camioneta. Quería que su mamá le llevara como cada mañana. Lástima por Ben. Pero aquella mañana su mamá estaba tan bonita que daban ganas de olvidarse del desayuno y comérsela allí mismo. De hecho, aún no se había alejado la camioneta por el camino, cuando Clyde empujó a Lane con suavidad y la obligó a recostar la espalda contra la pared para apoderarse de su boca.

—Clyde, yo...

—¿Por qué no me lo dijiste? —la interrumpió, devorándola con la mirada.

Lane no contestó. Sabía a lo que se refería. Seguramente, Clyde Bransow era del tipo de hombres incapaces de creer en las relaciones puramente cortes. De hecho, ella misma había dejado de creer en ellas desde que descubriera el placer en brazos de su rudo pero encantador esposo.

Lo cierto es que a menudo, se sorprendía ruborizándose porque no era tan fría ni tan cínica como pretendía. Las observaciones de Clyde sobre su escasa experiencia en el sexo la turbaban y hacían que sus pensamientos volaran a la noche anterior.

Clyde había sido todo cuanto ella había soñado que sería, tanto que le resultaba difícil imaginar que pudiera ser mejor. Se preguntó cómo sería que Clyde le hiciera el amor si la amara realmente. La respuesta que no llegaba a su mente, la entristeció por un momento, pero se contentó con saber que él se sentía tan confuso como ella.

—Tenía que haber sido algo especial para ti —dijo él, ocultando la mirada—. Yo quería que lo fuera... Merecías que fuera algo especial.

Lane deslizó los dedos por el áspero mentón y después, dejó caer la mano a un lado con un largo y hondo suspiro. Si pudiera decirle lo especial que había sido... Pero debía recordar que ellos habían hecho un pacto. Un trato entre camaradas. No podía estropearlo con sentimientos que solo conducirían al desastre.

Clyde seguía amando a Carrie, aunque a veces pareciera que odiaba y evitaba su recuerdo. Nunca la olvidaría. Ella había sido su Reina del Festival de Otoño, la madre de su hijo, la mujer de indómito carácter que desobedecía sus órdenes para cabalgar con el cabello al viento. ¿Qué podía ofrecerle ella? Solo era una maestra de escuela aburrida y sin gracia. Solo la señorita Pepinillo.

Sacudió la cabeza. No quería pensar más en ello. No quería pensar en lo maravillosa que había sido Carrie ni en lo estúpida que había sido al estropear tontamente su futuro y el de su familia, ni siquiera en lo duro que era competir con su fantasma. Y sobre todo, no quería odiar a la mujer a la que debía el inmenso regalo que era tener a Ben en su vida.

—¿Lane?

Clavó los azules ojos en él.

Clyde pensó en lo extraño que era todo. Despertar junto a ella había sido como volver a respirar después de haber estado muerto durante años. Estuvo tentado a decirse. Le volvía loco la idea de arrancar una sonrisa de aquellos labios que se fruncían en un gesto de disgusto. ¿Acaso se arrepentía de lo sucedido?

Se apartó, preocupado por la idea de que las cosas cambiaran entre ellos a partir de ese día. Ella le gustaba como era. Directa y sincera. Cabezota. Un poco tímida a veces. No cambiaría un gramo de la esencia de aquella mujer. Sin embargo, Lane no parecía feliz. Nunca se lo perdonaría si había echado por la borda lo que tenían por una sola noche de placer. Ni siquiera si era la mejor noche que recordaba en su vida.

—No pasa nada, Clyde. —Por primera vez desde que aquel fuera su hogar, Lane se sintió incómoda. Sonrió para romper el hielo.

—No me has contestado. —Él mantuvo sus ojos sobre ella, esperando que sucediera algo que devolviera las cosas a la normalidad.

Lane miró su reloj y le dedicó otra sonrisa fingida que hizo que Clyde se sintiera decepcionado y confuso.

—¿Lane?

—Vaya, Bransow... Tienes la maldita costumbre de hacer de todo una tragedia —se atusó el cabello, consciente de que Clyde vigilaba cada uno de sus movimientos.

Se colgó al hombro su cartera repleta de las tareas que no había podido corregir la noche antes. Se estremeció al recordar por qué.

—¿Lo de llevarme a la escuela iba en serio? Te recuerdo que es lunes y mi clase me espera.

Clyde se frotó el cuello, desorientado por su comportamiento. Lane actuaba como si nada hubiera ocurrido.

—Espera un momento... ¿Ni siquiera vamos a hablar sobre lo que pasó anoche?

La pregunta la descolocó. Ya se sentía bastante avergonzada por ello, ¿era necesario que él pretendiera revivir los detalles? ¿Qué esperaba, una disculpa, la promesa de que no le seduciría o se dejaría seducir en el futuro? Lane apretó los labios, furiosa.

—Oye, Clyde... Ambos sabíamos que esto podía suceder. Y ambos estábamos de acuerdo en que nuestro matrimonio era una gran idea. Supongo que no esperarás que uno de los dos obligue al otro a sentir algo solo porque hemos sido compatibles en la cama, ¿no? —lo dijo con una nota de sarcasmo que no pasó desapercibida para él.

Clyde la miró con ojos entrecerrados mientras caminaban juntos hacia la camioneta. Le abrió la puerta y la cerró con cuidado cuando Lane ocupó el asiento del acompañante. Después, subió y condujo con insoportable lentitud hasta la escuela.

Su rostro era una máscara tallada en granito y Lane supo que estaba furioso con ella. ¿Qué más quería? Diablos, no podía ser más comprensiva, teniendo en cuenta que se había enamorado de él.

Lane tragó saliva al comprender el alcance de sus sentimientos. Le amaba. Pero Clyde no. Aunque la necesitaba en su vida. Y la deseaba. Pero no la amaba. Dios, su mente era un caos. Clyde detuvo la camioneta en la puerta y de lejos, Lane vio cómo Patty Sims la saludaba efusivamente. Patty sí era un caos.

Pero le ayudaría desahogarse con ella, a pesar de que tendría que escuchar cientos de veces su «te lo advertí» o «ese bruto de Clyde». Se resignó, en parte porque las dos afirmaciones se correspondían bastante con la realidad. Excepto en que Clyde había sido tierno y amable durante la noche y... No. Basta. No podía seguir torturándose de ese modo, imaginándose mil maneras de mendigar sus caricias cada noche aunque fuera solo sexo sin amor.

—¿Compatibles en la cama?

Lane dio un respingo al escuchar la pregunta. Le miró sin comprender. Clyde mantenía los puños apretados sobre el volante y clavaba en ella sus oscuros ojos.

—¿Eso es lo que ha sido para ti... una cuestión de compatibilidad sexual?

—¿Y qué otra cosa si no?

—Es lo que te pregunto, McCrane.

Ahora sí estaba realmente furioso. Lane temió que su feliz mañana después de una noche inolvidable se convertiría en una pesadilla. Solo que más real. Porque la ira de Clyde era innegable. Y fue muy real cuando lanzó un gruñido a Patty y la obligó a desaparecer para quedarse a solas con ella.

Lane iba a bajar de la camioneta, pero con un gesto rápido, Clyde echó los seguros y sostuvo su mano contra la cerradura de la puerta.

—Aún espero una respuesta —insistió con tono imperativo. Lane desvió la mirada hacia su mano y él la retiró enseguida.

—Seamos francos, Bransow. —Trató de mostrarse serena y sensata—. Los dos sabemos que la nuestra no ha sido la boda del siglo. Es cierto que hay cierta conexión entre ambos, que disfrutamos con cosas comunes, que existe afinidad en algunos aspectos de nuestra vida cotidiana... ¿Qué hay de malo en que basemos el sexo en esa misma afinidad? De verdad, Clyde, a mí no me importa que sea así.

«Aunque me muera por dentro porque no me amas», quiso añadir. Pero eso desentonaría con su papel de frívola mujer cerebral. Lo que quería es que Clyde no volviera a mirarla con aquella expresión de culpabilidad. Que le hiciera el amor cuantas veces fuera posible. Con... sin amor... Le quería junto a ella cada noche, no importaba en qué condiciones mientras estuviera allí. Por su parte, Clyde parecía dispuesto a arrancar de cuajo el volante con sus manos.

—Así que compatibles.

Lane soltó una exclamación, exasperada.

—Demonios, Bransow... ¿Piensas repetir lo mismo una docena de veces? Lo dices como si me culparas por respetar los términos de nuestro acuerdo. Tal vez estás cansado de ese acuerdo o tal vez... —Lane no se atrevía a pronunciar las palabras, pero se armó de valor—. Tal vez lo que ocurre es que te arrepientes de haberte unido a una mujer que no brilla en todas las fiestas.

—¿Qué quieres decir?

Los ojos de Clyde centelleaban de furia.

—Lo sabes muy bien. —Como él arqueara las cejas con expresión interrogante, Lane continuó—: Clyde Bransow, no creas que soy tan tonta. Me escogiste porque era la única mujer en Juanita, y tal vez en el mundo, a la que no le importaría que la comparasen con Carrie. Estabas muy seguro de que alguien como yo se sentiría agradecida solo porque me hicieras el honor de casarte conmigo. Y sabías también que alguien como yo no esperaría nunca grandes promesas ni románticos paseos a la luz de la luna.

—¿En serio? —Clyde esbozó una sonrisa cargada de sarcasmo—. Y yo que creía que te había escogido porque eras la maestra preferida de Ben.

—Y porque nadie más te aguanta, Clyde. No lo olvides. —Lane no quería seguir discutiendo, aunque deseaba en el fondo de su corazón que negase que todo cuanto ella había dicho era cierto.

Y no comprendía que Clyde estuviera furioso, cuando sus argumentos eran más que convincentes y les convenían a ambos. Él quería un matrimonio en el que no tuviera que recordar cada aniversario para evitar una escena. Este era perfecto.

¿Qué le pasaba, entonces? Sintió la necesidad de ser su amiga de nuevo. Deseaba comenzar el día pensando que al regresar a casa, compartirían una buena cena y unas cuantas anécdotas, acostarían a Ben y todo sería cordial y hogareño. Así que añadió.

—Y porque reconozco que me encanta que mi marido sea el tipo más sexy del pueblo.

Como por arte de magia, la furia de Clyde se disipó.

¿Ella creía eso? Le bastaba de momento, aunque sabía que pronto tendría que tratar con ella aquel otro asunto. Deseaba conquistarla. Atraparla para que se quedara siempre a su lado. Para que ningún tipo despreciable pudiera volver a pronunciar su nombre como si tuviera algún derecho sobre ella.

Para que se sintiera especial. Y hermosa. Y para cuidarla y respetarla y cumplir todas las promesas que le había hecho en el altar cuando ella solo creía que se trataba de un negocio en el que los sentimientos no importaban. Y para amarla... Sí, para amarla. Porque había descubierto que amarla era tan fácil que no recordaba ya cuando había comenzado. Y si ella creía que se conformaría con menos, es que no le conocía. La quería. Quería su cuerpo, su mente, su alma y su corazón. La quería al cien por cien.

Y al Diablo con aquella ridícula idea del matrimonio de nombre. Ya sabía que ella era suya. Pero no en un papel, ni en un registro. Lo era en su corazón. Ahora solo quedaba la parte más difícil. Convencerla de que era así y ganar su confianza de nuevo. Ese sería el primer paso para ganar su amor. Y más le valía que funcionara, porque desde que el tal Michael merodeaba por allí, la idea de perderla empezaba a volverle loco.

—Te veré durante la cena. Ah... Otra cosa, Clyde. Ya es hora de que Ben y tú charléis sobre Carrie. Sube algunas de sus cosas del desván y habla con Ben sobre su madre, ¿quieres? Él lo necesita para no olvidarla.

Lane se despidió sin más y él se quedó inmóvil, observando como un tonto hipnotizado cómo ella se reunía con Patty Sims, quien le miraba como si fuera el mismísimo demonio.

La saludó con el sombrero antes de encender el motor.

## Capítulo Siete

Lane le siguió hasta los establos. Ben le había contado que había pasado toda la tarde con su papá, viendo fotografías de Carrie y separando objetos y vestidos que ella ya no volvería a necesitar. Clyde había dejado que Ben decidiera qué cosas podían entregar para la beneficencia y cuáles prefería guardar como recuerdo de su madre. Había sido un gesto muy noble por su parte. Seguir su consejo, enfrentarse a su dolor para permitir que la imagen de Carrie no se desdibujara por completo en el pequeño universo de Ben.

Le amó aún más por ello, pese al desasosiego que le producía el saber que remover el pasado la colocaba de nuevo en una situación de desventaja. La expresión de Clyde era ahora sombría mientras apoyaba los codos en la puerta de uno de los compartimentos. Estaba pensativo, con la mirada fija en la yegua azabache que también le observaba como si ambos se midieran las voluntades a ver quien estallaba primero.

Lane sabía muy bien por qué estaba ahí. Le había sorprendido allí en otras ocasiones y jamás había dicho una palabra, por respeto a su dolor. Pero en aquella ocasión sentía que debía decir algo, porque Clyde parecía furioso, aunque también derrotado y perdido. Y eran emociones que su marido no sabía ni debía afrontar en solitario.

—Clyde.

El ladeó el rostro un poco, lo justo para encontrar su mirada. Había algo en sus ojos que Lane no pudo descifrar. Rabia, culpa, alivio... Lane supo que Clyde aún guardaba secretos que tal vez nunca compartiría con ella. Pero la súplica de su mirada le decía que al menos quería intentarlo, así que se aproximó despacio y apoyó los codos juntos a los del hombre, apenas rozándole para transmitirle su confianza.

—¿Puedo contarte algo?

Lane asintió enseguida al escuchar la pregunta. Se preparó para lo peor. Le pareció que a lo mejor había llegado el momento en el que Clyde le confesaría que seguía hechizado por el recuerdo de Carrie. Y aunque había ensayado un millón de frases para consolarlo, de pronto sintió que seguía sin estar preparada para eso. De todas formas, tomó aire y esperó con resignación.

—Esta yegua tiene mucha suerte, ¿sabes? Desde que murió Carrie, he querido matarla al menos unas cien veces. —La sorprendió con sus palabras, sonriendo con tristeza al pronunciarlas—. Suelo venirme aquí cuando todos duermen, con la escopeta cargada con un único cartucho y la firme decisión de quitarla de en medio. La miro y ella me mira... así como ahora. Pero en el último momento, Candance siempre consigue ganarse el indulto. Y es ridículo, porque, ¿sabes qué?, yo ni siquiera quería comprarla. Nunca me gustó, tenía los ojos de bicho al que no le gusta recibir órdenes. Se lo dije a Carrie, muchas veces... Pero aquí sigue, mirándome con esos ojos, retándome... *Shash* dice que su espíritu me perseguirá hasta la otra vida si le hago daño, ¿tú qué dices, Lane?

Lane se mordió los labios, profundamente apenada por el tormento que leía en sus ojos.

—Digo que deberías venderla o domarla. Pero hagas lo que hagas, dará igual. Carrie no volverá, Clyde. —Se lo soltó con serenidad, consciente de la reacción que podría provocar en su marido. Sin embargo, Clyde no se inmutó.

—Sospechaba que dirías algo así. Por eso, esta vez vine en son de paz.

Le entregó a Lane su escopeta y ella comprobó que el cargador estaba vacío.

—Aunque seas la esposa de *K'aalogii* sigues siendo una rostro pálido, Lane. He visto cómo me seguías cuando creías que no me daba cuenta.

—Lo siento... no quería molestarte. Solo estaba preocupada por ti.

Clyde se giró sobre los talones y le acarició el mentón, apartando un mechón de pelo para colocárselo tras la oreja. El contacto de sus dedos fue tan turbador que Lane apretó aún más las manos sobre el portón de madera, controlando a duras penas su agitación.

—Sé que lo estabas. Siempre lo haces.

—¿Hacer qué, Clyde, seguirte a escondidas para que no hagas algo de lo que te vas a arrepentir?

—Preocuparte por los demás —la interrumpió, depositando un beso suave sobre sus labios—. Estoy convencido de que te habrías encadenado a esta puerta si hubiera apuntado a Candance con mi escopeta. Mi señorita Pepinillo... fiel a sus principios, incapaz de herir una mosca.

—Ya me conoces, Clyde. —Lane sonrió para restar importancia al hecho de que él parecía elogiar sus virtudes, cosa que todavía la ponía más nerviosa.

—Sí, te conozco...

Lo dijo como si acabara de descifrar algún enigma oculto en las catacumbas de una vieja civilización perdida. Y tal vez fuera así. Tal vez el corazón de Lane fuera un misterio para él, pero estaba deseoso de llegar hasta el fondo, hasta la verdad última donde ambos sabrían qué lugar ocupaban en el alma del otro.

—Pero tú no me conoces tan bien, McCrane. Esto ya no tiene nada que ver con Carrie. Tiene que ver contigo y conmigo... con esta locura de trato que creí que podía funcionar y ahora no sé cómo demonios mantener a flote sin que salgas herida.

Lane no sabía cómo interpretar aquello. ¿Clyde se arrepentía de su matrimonio? Una súbita sensación de pánico la asaltó. Quería gritarle que no tenía que pensar por ella, que se despojara de todas sus preocupaciones y dejara que el tiempo pusiera cada cosa en su sitio. En lugar de eso, guardó silencio.

—Y aquí estás... Callada y quieta como una estatua. Mirándome como si yo tuviera todas las respuestas... y no tengo ni una sola, maldita sea...

Lane no entendía nada. Algo estaba sucediendo en el interior de Clyde. Lo veía en su mirada, en el modo extraño en que le tomaba la mano para ayudarla a franquear la puerta del establo y la guiaba hasta la casa.

Clyde no dijo una palabra en los minutos que siguieron. Todo era muy extraño y Lane no sabía cómo interpretar aquello. Clyde se detuvo frente a la puerta del dormitorio que ambos compartían, la miró fijamente durante un instante y después dio media vuelta para regresar a la escalera que conducía al piso inferior.

Lane lo llamó con voz débil.

—Clyde... ¿no vas a entrar?

—Esta noche no, Lane. Tengo que pensar... los dos tenemos que hacerlo.

Su respuesta la descolocó por completo. La conducta de Clyde la desconcertaba. ¿Qué ocurría? Temió que al final, hubieran dado el paso equivocado en su relación, porque no hallaba explicación a la distancia que de pronto se había interpuesto entre ambos.

Por su parte, Clyde estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para no sucumbir a la tentación. ¿Si quería entrar, hacerle el amor hasta el amanecer y no pensar en nada más? Lane ni siquiera podía imaginar cuánto lo deseaba. Pero habían cruzado la línea y tenía consecuencias devastadoras en sus emociones. No podía negar la evidencia por más tiempo y necesitaba reunir el valor suficiente para plantarle cara a aquella nueva realidad. Que la amaba y deseaba desesperadamente que ella le correspondiera. Que quería enterrar a Carrie de una vez por todas y no sentirse una mala persona por ello. Que había descubierto que su corazón seguía latiendo y quería entregárselo sin reservas y al mismo tiempo, pedirle que le entregara el suyo y que, nunca, nunca más, tuviera que guardarlo en un frasco para mantenerlo a salvo como la joven de la leyenda india.

—Buenas noches, Lane.

Ella le dejó marchar sin recriminarle nada. Pero al cerrar la puerta, se dejó caer, frustrada, sobre las sábanas. Le deseaba con tanta intensidad que había estado a punto de suplicarle que olvidase todo y se metiera en la cama con ella. Había sido todo un descubrimiento que su marido tuviera aquel arrebato de honestidad, justo cuando ella estaba dispuesta a arrinconar la suya para tomar lo poco o mucho que pudiera darle.



Lane abrió mucho los ojos cuando Patty pronunció la última palabra.

Durante el almuerzo, enumeró las veces que las palabras «embargo» o «hipoteca» habían sido pronunciadas por su amiga. Suspiró para asimilar todo cuanto Patty le había contado, no sin antes hacerle jurar por su honor que no le diría a Clyde que ella había sido su informadora secreta. Después la miró, soltando con desgana su sándwich sobre el plato.

—Patty, ¿cómo has podido ocultarme algo así? —La primera reacción de Lane había sido levantarse y abofetear a su amiga. Pero después de comprender que ella solo trataba de protegerla, su expresión se suavizó.

La de Patty, a su vez, se relajó al ver que ella no la mataría, al menos por el momento.

—Lane, lo siento de verdad... Te juro que no sabía cómo contártelo. Pero Ray no pudo evitar escuchar aquella conversación, ya sabes, entre el señor Becker y Alistair Hook. Ray esperaba que el señor Becker le comentara las ventajas de invertir en ese nuevo plan de pensiones. Que digo yo, ¿para qué quiere un hombre joven como Ray que ni siquiera está casado formalizar un plan de pensiones en su modalidad familiar?

Lane la fulminó con la mirada y Patty hizo un gesto, asintiendo con la cabeza.

—Está bien... La cuestión es que el pobre Ray estaba allí y escuchó como el señor Becker se lamentaba con el señor Hook: que si Clyde había tenido mala suerte con el ganado, que si era una pena que pudiera perderlo todo si no pagaba al banco la maldita hipoteca... Caracoles, Lane, me parece que las cosas van bastante mal en el rancho. Y me sorprende que Clyde no te hablara de ello.

—¿En serio te sorprende? —Lane estaba tan furiosa con Clyde que deseaba romper todo el mobiliario del aula y correr en su busca—. ¡Maldito cabezota! Antes se moriría que pedirme ayuda. ¿Cómo se atreve a mantenerme al margen de sus asuntos? Como si yo... como si yo...

No terminó la frase «como si yo no significara nada para él».

Recordó con disgusto que después de la noche que habían compartido, hacía ya algo más de una semana, él había sido tan correcto que daban ganas de golpearle.

Al parecer, había reflexionado bien sobre su breve encuentro sexual y sobre el consejo que Lane le había dado. El resultado de su reflexión no podía ser más desolador para Lane. Ben y él habían reunido las pertenencias de Carrie y habían conservado solo unas pocas, donando el resto a la parroquia. En cuanto a ellos... Clyde no la había tocado más que para evitar que fuera arrollada por un camión en una ocasión y para ayudarla a colocar unas cortinas nuevas el día anterior. Y encima, Lane había tenido que soportar su indiferencia al hacerlo.

Por lo visto, Clyde Bransow había decidido que podía prescindir de los favores sexuales de su aburrida esposa y pasaba las noches en los establos, esperando que ella fingiera estar dormida para acudir a su cuarto y meterse como un ladrón entre las sábanas. ¡Muy bien, si es lo que quería...! Los dos podían jugar a los esposos corteses. Pero bajo ningún concepto permitiría que el orgullo de Clyde arruinase el hogar de Ben.

Miró a Patty con serenidad.

—¿A qué hora cierra el banco? Patty arqueó las cejas.

—¿Qué vas a hacer? No me gusta esa mirada, Lane... Clyde se pondrá furioso si se entera que has ido a mendigar en su nombre. Ya le conoces.

—No voy a mendigar, Patty. Pero Harold Becker y su banco tendrán que esperar si quieren poner sus manazas en el rancho Bransow.

—¿Y cómo piensas evitarlo?

—Sé una manera. Pero prométeme que no le dirás nada a Clyde, Patty. Es muy importante.

Patty asintió.

Y después de que Patty le dijera que se haría cargo de su clase, Lane se apresuró a encontrarse con el director del banco, el señor Becker.

Si algo había aprendido a lo largo de su vida, era que lo único de verdad valioso era la familia. Por fin y por los motivos que fueran y que no importaban ahora, tenía una. Clyde y Ben eran su familia. Y si el único modo de protegerles se reducía a una mera cuestión de dinero, es que el problema no existía en realidad. Porque gracias a Michael y a su oportuna idea de vender el piso, ella disponía de una buena suma con la que podría comprar un poquito de felicidad para Ben... y para Clyde. Y si él era tan tonto como para no recurrir a ella, peor para él. De todos modos, haría lo que tuviera que hacer, le gustara a Clyde o no.

Como sabía que no le gustaría, se marchó a casa, informó a Rosita de sus planes y le dio instrucciones para el cuidado de Ben el tiempo que ella estuviera fuera. Sin discutir, Rosita le dirigió una sonrisa de ánimo y prometió guardar su secreto.

—Clyde se pondrá hecho una furia —comentó sin dejar de sonreír—. Pero admiro tu valor, mi niña. Ese muchacho tendría que ser más listo y ganarse tu respeto.

Lane le devolvió la sonrisa, mientras metía una muda de ropa en una desgastada bolsa de viaje.

—Porque tu corazón ya lo tiene, ¿no es así?

Lane se detuvo en seco y clavó sus ojos en ella. Sabía Rosita, que había interpretado las señales que Clyde nunca sería capaz de ver. Mejor así. Le convenía que Clyde siguiera viéndola como una socia. Mejor eso, que él se sintiera responsable o culpable y la sacara de su vida.

—Eso no tiene importancia ahora —murmuró, metiendo su pequeña neceser en uno de los compartimentos de la bolsa.

—¿De verdad? —Rosita le rodeó las manos con las suyas, obligándola a soltar la bolsa un segundo—. Dime una cosa, Lane. ¿Aún no le has pedido a *K'aalógi* tu deseo?

Lane no contestó.

—Eres tan terca como él, ¿no es así? No piensas contarle que te has enamorado de él porque crees que tu amor le apartará de ti —observó con cierta dureza.

—No sé de qué me hablas —mintió.

—Lo sabes muy bien. No creas que porque soy vieja he dejado de ver y escuchar. Os he calado a los dos desde el principio. Toda esa pantomima de la boda por conveniencia, de los buenos camaradas... ¿Crees que nací ayer?

—Rosita...

—Le amas, no lo niegues. Eso es bueno, Lane. Es muy bueno —aceptó, aunque añadió con un deje de reproche—. Pero te dije que confiaras en tu mariposa de los deseos, ¿no es cierto? Debes confiar para que lo que anhelas te sea concedido.

—No soy yo quien ha de demostrar más confianza —replicó—. Y no puedo entregarle mi corazón en bandeja a alguien que ni siquiera es capaz de entender que este es también mi hogar.

—Un hogar no se construye a base de mentiras, Lane. Deberías saberlo —le recordó con cariño.

—Tampoco dejando que unos usureros se queden con tu propiedad. Y no tengo intención de permitirlo —la besó fugazmente—. Confía en mí. Primero, solucionaremos este asunto de la hipoteca. Después, si logro que se me pase el enfado con Clyde por ocultarme todo, puede que le diga cuánto le quiero.

—Te prepararé unos bocadillos para el viaje —aceptó la buena mujer, segura de que con el tiempo, Lane reflexionaría y encontraría el modo de llegar hasta Clyde.

Lane se lo agradeció y se concentró en recordar dónde había dejado su cepillo para el cabello, aquel con el que Ben solía torturarla dándole tirones cuando se empeñaba en cepillarle el pelo. Quería llevarse algún objeto personal que la mantuviera cerca de ellos. Suspiró cuando escuchó los pasos y una mano le acercó el cepillo. Bendita Rosita.

—¿Qué haríamos sin ti? Ah, se me olvidaba... No pongas chili en mi bocadillo, que después mi estómago...

—¿Es que no pensabas despedirte, McCrane?

Casi se atragantó con sus propias palabras al elevar la mirada y encontrar los fríos ojos de Clyde taladrándola.

Quiso recuperar su cepillo, pero los dedos de Clyde no lo soltaban, hasta que al final, ella tiró con más fuerza y lo arrojó en el interior de la bolsa.

—Gracias.

—¿Necesitas ayuda?

El tono de él era peligrosamente suave. Tanto, que Lane supo que a la menor oportunidad, Clyde perdería la compostura y comenzaría a chillar como un loco.

—No. Creo que ya está todo. —Cerró la cremallera y dejó la bolsa en el suelo, avanzando un par de pasos antes de que Clyde se interpusiera entre ella y la puerta.

Lane no se dejó impresionar. También ella estaba furiosa. También se sentía engañada. Clyde debía aprender a confiar en ella si esperaba que ella confiara en él.

Observó cómo Clyde cruzaba los brazos sobre el musculoso pecho.

Sudaba a causa del calor y la excitación. Lane se preguntó por qué, precisamente hoy, había tenido que interrumpir sus faenas diarias para pillarla justo cuando se marchaba.

Por su parte, Clyde se alegraba de que le hubiera asaltado aquel extraño presentimiento mientras reparaba las maderas raídas del establo. Qué estúpido había sido al creer que ella se conformaría con su simple compañía. Se odió por ser tan ingenuo. Estaba muy claro que a pesar de sus esfuerzos por mantenerse alejado de ella, Lane no podía soportar que vivieran juntos. Ella no valoraba en absoluto que la respetara, que durmiera cada noche a su lado asfixiándose por la dolorosa necesidad de tenerla de nuevo entre sus brazos. No, claro que no. Ni siquiera le daría la oportunidad de demostrarle cuánto podía amarla, cuánto podía darle y cuánta paciencia podía tener para esperar que ella le correspondiera.

No, por supuesto. Lane McCrane no era tan distinta a Carrie en el fondo. Solo que esta vez era mucho peor. Porque nunca había amado a Carrie como amaba a su testaruda maestra. Y sospechaba que el dolor de perderla nunca desaparecería por más que él fuera un tipo duro que jamás lloraba.

—¿Te vas y ya está? —preguntó con la voz vibrante por la ira contenida.

—Dijiste que teníamos que pensar, ¿no? Además, necesito resolver unos asuntos, Clyde. —Evitó mirarle a los ojos.

Su necesidad de ser sincera con él podía poner en peligro sus planes y no quería que Clyde lo estropeará todo por su maldito orgullo.

—¿Y para eso tienes que huir como una delincuente?

—No me he ido en mitad de la noche, Clyde. No me hagas sentir como si te traicionara —le advirtió con las mejillas encendidas.

—¿Y no se trata de eso? —Su pregunta la hirió en lo más profundo.

«¡Idiota! —quiso gritarle Lane—. ¿Es que no ves que todo esto es por ti, por Ben...?». En lugar de eso, respondió con otro comentario hiriente, solo para salir ilesa del escarmio que era la mirada de él.

—Clyde, si eso es todo lo que tienes que decir, vuelve con tus vacas.

Él apretó los puños, sintiéndose menospreciado, golpeado, abandonado... Abandonado. Abandonado por ella. McCrane. Su otra mitad. La mujer en cuyo regazo podía apoyar su cabeza y descansar en calma, entre cuyos pechos podía navegar y sentirse libre. La mujer en cuya mirada podría perderse, la que respiraba a su lado al otro lado de la cama y solo escucharla le hacía sentir que podría dormir junto a ella hasta la vejez. La única mujer que lograba que muchas partes de él se reconciliaran en su interior para convertirle en el hombre que era, en el que siempre había deseado ser por Ben, y ahora por ella.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que me alegro de regresar a casa y sorprender a mi esposa preparando el equipaje? —preguntó con un sarcasmo que evidenciaba su enfado—. Lo lamento, Lane. No soy tan diplomático. Solo tengo ganas de tirar esa maldita bolsa por la ventana y quizá a ti detrás.

—Entonces, hazlo, Clyde. Si te hace sentir mejor que yo...

—¡Oh, por amor de Dios, cállate! ¿Qué demonios ocurre contigo? ¿Es que ya no recuerdas nada de lo que prometiste? «Respeto, lealtad, sinceridad...» ¿Te suena todo eso de algo, McCrane?

Clyde se atusó el cabello alborotado y Lane no pudo evitar que sus ojos recorrieran con adoración los movimientos de él. Ya era horrible separarse de ellos, aunque solo fuera unas horas. Pero ver como Clyde desplegaba inconscientemente todo su encanto cerca de ella, era demasiado incluso para una mujer inteligente y sensata que se había criado en un barrio pobre.

Contuvo la respiración, creyendo que él la arrojaría sobre la cama para hacerle el amor y obligarla a quitarse aquella idea de marcharse de la cabeza. Pero en lugar de eso, Clyde permaneció de pie, como un coloso de piedra que no se movería un milímetro para dejarla pasar.

—¿Y bien? Ahora eres tú la que deberías decir algo, ¿no crees?

A Lane le sorprendió que Clyde tuviera el descaro de acusarla de no ser sincera, cuando él había demostrado ser un experto en la materia. Hasta el último instante, había esperado que Clyde se sentaría junto a ella y de manera razonable y sensata, le confiaría los problemas económicos que atravesaba. Pero no. Allí estaba. Furioso como un toro porque ella decidía que alguien más tendría que ayudarla a llevar aquella carga que pesaba demasiado sobre sus fuertes hombros. Furioso e irracional. En lugar de hablar y confiar en ella, la acusaba con la mirada, cuando todo lo que ella había hecho hasta el momento era amarle y entregarle su alma.

¡Al diablo con él! La rabia y a no permitía que Lane quisiera mostrarse conversadora.

—Déjame pasar, Clyde. Con suerte, estaré de vuelta mañana por la mañana.

—¿De vuelta de qué? ¿Es que no piensas decirme siquiera a dónde vas? —la increpó, incapaz de creer que ella se marchara en serio.

¿Por cuánto tiempo? ¿Unos días, unas horas? La idea hizo que la cabeza le diera vueltas. ¿Qué podía ser tan importante para ella? Peor aún, ¿qué era tan urgente como para que Lane no quisiera revelarle nada? No quería pensar en ello, pero no podía evitarlo. Ella había sido suya una noche. Pero después... ¿Era posible que Lane hubiera llegado a la conclusión de que había sido un error? ¿Era posible que ella necesitara regresar a su antiguo hogar, tal vez para compararlo con Michael, para comprobar que no se había equivocado al aceptarle en su vida? El vello de todo el cuerpo se le erizó al imaginarla en brazos de aquel payaso. Le habría despellejado vivo solo por mirarla en aquella ocasión, de no ser porque ella le habría despreciado por ello. Pero imaginarla en la cama, con él... Era más de lo que ningún hombre podía soportar sin perder el juicio. Apretó el mentón con tanta fuerza que le dolieron las sienes.

—¿Serviría de algo? —preguntó Lane con expresión de hastío.

—Solo si me dices que no vas a verle —sentenció con dureza.

Al ver que ella no lo negaba, quiso tener el poder de volar hacia donde quiera que estuviera el tal Michael y desintegrarle entre sus puños como si fuera plastilina.

—¿Y tú, Clyde? ¿Tienes algo que contarme? —insistió Lane, resuelta a darle una última oportunidad a pesar de que todo lo que deseaba era atizarle en su dura mollera.

—¿Qué es esto, un juego? Quieres volverme loco, ¿no es cierto? Es un castigo, ya lo veo. Por no ser el hombre de tu vida, tu príncipe azul, ¿no? Está bien, juguemos a las adivinanzas. —La miró con fiereza—. Prueba con esta, McCrane. Adivina qué puerta estará cerrada para ti si decides cruzarla hoy.

Lane parpadeó, creyendo que había escuchado mal. Pero a juzgar por la expresión de Clyde iba muy en serio.

Estuvo tentada a confesarle la verdad, solo para ver cómo se tragaba aquella estúpida expresión de señor feudal que la consideraba su propiedad. Pero pudo más su propio orgullo y se mordió los labios, furiosa con él y consigo misma por amarle incluso cuando se comportaba como un niño caprichoso.

—Sé que no hablas en serio, Clyde. Y solo por eso, te perdono. —Al menos, eso esperaba.

Le apartó con un ligero empujón y él retrocedió, sujetándola por el brazo cuando Lane agarró la bolsa de viaje para salir. Parecía que Clyde quisiera asesinarla con la mirada, pero eso no la hizo cambiar de opinión. Si Clyde Bransow quería una mujercita obediente a la que no le importara ver cómo su marido perdía todo por lo que había luchado, nunca debió casarse con ella. No sabía qué habría hecho Carrie en su lugar. Y sinceramente, no le importaba. Pero Lane McCrane no era del tipo de mujeres que permitía que una pandilla de banqueros codiciosos se saliera con la suya. Le gustara a Clyde o no.

—Lo digo de verdad, Lane. Si te vas... —Sus dedos se cerraron como garfios sobre el antebrazo de Lane y ella no pudo evitar sonreír.

Qué bruto era ese hombre... Se tragaría la lengua antes de suplicarle que se quedara de buenas maneras. Y era una pena, porque ella le quería tanto que casi le hubiera contado la verdad llegados a ese punto.

Lane colocó un dedo sobre la boca masculina, para evitar que él dijera más cosas de las que luego se arrepentiría. «Tal vez no me ames, Clyde Bransow. Pero hay algo muy especial entre los dos. Y merece la pena que regrese solo por ver en qué acaba», pensó Lane.

Clyde apartó los dedos de ella con cierta desgana, luchando contra el deseo de besarlos, de retenerla contra su pecho.

—Dile a Ben que volveré antes de que se dé cuenta de que me he ido. Y dale un beso de mi parte, ¿lo harás?

El negó con rebeldía, como si le advirtiera que en verdad, su puerta ya no se abriría para ella mañana. La mirada masculina se nublaba por una emoción que ella no podía descifrar.

—Dáselo tú misma —replicó. Y entonces, ella se puso de puntillas para depositar un suave beso en la mejilla de su terco esposo.

—Este es para Ben —susurró Lane y acercó el rostro al de Clyde para rozarle los labios con ternura—. Y este para ti.

Como si fuera la señal que esperaba para apoderarse de su boca, Clyde no lo pensó un segundo. La besó apasionadamente, con dureza, con fiereza, para castigarla, para confundirla, para tentarla... Se volvía loco solo de pensar que su querida maestra prefiriera quedarse en su antigua vida, no volver a Ben, al rancho, a él... Imaginó mil maneras de chantajearla, de obligarla a quedarse. Quizá si se inventaba alguna enfermedad de Ben... Era despreciable que lo pensara siquiera. Se apartó de ella, tragándose la sensación de pérdida que le invadía y fingiendo que la odiaba por irse. Sacudió su sombrero con rudeza frente a ella, sin importarle que ella le mirase con desaprobación por llenar toda la habitación de polvo. La señaló con él antes de salir.

—Espero que sepas lo que haces, McCrane —dijo con voz grave y añadió—: Tu encantador profesor no sabe nada de ti, ¿comprendes? No te conoce como yo. Ese gusano sería incapaz de amarte como mereces aunque le dieran un manual de instrucciones. Pero si eres tan estúpida para preferirle, entonces es que no eres mejor que él. Y en ese caso... ¡puedes irte al infierno!

Lane no contestó. Le dejó maldecir y digerir su mal humor. Aquello había sido una despedida muy propia de Clyde Bransow. A Lane casi le resultaba divertido que Clyde creyera que le abandonaba. Solo temía que Ben creyera lo mismo.

Por suerte, si todo iba como esperaba, Michael ya tendría su cheque preparado y podría regresar al día siguiente para ingresarlo en el banco. Entonces, sería cuando Clyde Bransow tendría que arrodillarse ante ella para disculparse por su rudeza. Lane sonrió al pasar junto a él para subir a la camioneta. Por supuesto Clyde no se ofrecería a llevarla, aunque le comieran los celos por dentro. Ni siquiera le dijo adiós cuando ella agitó la mano por la ventanilla.

Clyde miró al cielo, pensando que todavía faltaba una eternidad para que anoheciera. No había pasado un segundo y ya la echaba de menos.

\*\*\*\*\*

No pasó un día, sino dos. Dos largos días con sus noches en los que Clyde había agotado su repertorio de mentiras para explicar a Ben por qué su nueva mamá también le había abandonado.

Por fin, Lane había regresado aquella tarde. Con la misma bolsa de viaje que se había llevado y unas cuantas chucherías para Ben y Rosita.

La había encontrado de rodillas en el salón, enseñando a Ben cómo se armaba un cubo de Rubik, sin demasiado éxito. Lane le había mirado y le había dirigido una sonrisa radiante, de esas que hacían que el sol pareciera un simple aficionado.

Clyde había llegado para entonces a un punto muy cercano a la locura. Dos días imaginando cómo ella y Michael hacían el amor para recuperar el tiempo perdido, habían terminado con el poco juicio que le quedaba. Se había limitado a mirarla con extrema dureza, casi con odio. Lane había intentado tocarle, decirle que todo estaba bien... Pero Clyde era terco y orgulloso por naturaleza. Y esos dos rasgos le convertían en un tipo bastante inaccesible cuando se lo proponía.

Su comportamiento posterior, sí que había sido brillante. La había arrastrado hacia la puerta, sin importarle los lloriqueos de Ben y las protestas de Rosita. Y allí, le había dicho sin contemplaciones la frase que recordaría el resto de su miserable vida. «La puerta está cerrada, Lane. Te lo advertí».

Y ella, le había mirado con aquellos ojos enormes que hacían que su corazón se acelerase. Le soltó el brazo y Lane se lo frotó con expresión de cansancio. Había conducido durante horas para estar allí antes de la cena. Ardía en deseos de contarle a Clyde los motivos de su viaje, de hacerle unos cuantos reproches y soportar a su vez otros tantos. Pero sobre todas las cosas, quería que supiera que no le había traicionado, que no había traicionado la amistad que más allá de un simple compromiso les unía.

Quería que supiera que no era como Carrie, que jamás le abandonaría mientras le entregara cada noche aquella pequeña parte de él que era, al mismo tiempo, todo cuanto él mismo era.

—No lo hagas, Clyde. —Lane se mantenía firme a pesar de que solo deseaba lanzarse en sus brazos y perderse en la alcoba hasta el siguiente amanecer—. Deja que te explique...

—Tus explicaciones llegan con dos días de retraso —la interrumpió con tono gélido.

—Tú no sabes...

—Sé todo lo que necesito saber —Clyde la cortó de nuevo, impenetrable—. Ayer agoté mi paciencia esperándote. Esta mañana, he despertado y al mirar hacia tu lado de la cama... No estabas, McCrane. No me interesa saber dónde has dormido. Sencillamente no estabas para Ben... ni para mí. Eso lo dice todo. Fin de la historia.

—¿Fin de la historia? —Lane quiso gritarle, golpearle...

¿Quién se había creído que era aquel vaquero presuntuoso? ¿Acaso esperaba que ella huyera de su lado solo porque tenía una pataleta de celos y era incapaz de reconocer lo mucho que la necesitaba? Dejó caer la bolsa en el suelo de la entrada y se enfrentó a él sin dejarse impresionar por su expresión fiera y su enorme estatura.

—Tú ya no decides solo los finales de esta historia, Clyde. Y no te atrevas a fingir que no deseas que me quede.

—No lo deseo —repitió con orgullo, ignorando la deliciosa visión que era su mujer, con los pómulos encendidos de rabia, el ceño fruncido y los labios torcidos en una mueca de disgusto. La odió por parecer tan segura de sí misma y quiso castigarla por ello—. ¿No me crees?

Clyde sacó algo de su bolsillo y la obligó a abrir la palma de la mano para depositarlo el objeto en ella. Lane contempló con sorpresa el collar que la anciana india le había regalado el día que habían ido juntos a su tienda.

—Vete, McCrane. Aquí ya no hay nada para ti.

Lane abrió la boca para protestar, pero las palabras murieron en sus labios al comprender que Clyde estaba demasiado furioso. Demasiado herido para escuchar cualquier cosa que no fuera su propio cerebro trabajando a mil por hora e imaginando cosas terribles que, con toda seguridad, tenían a Michael como protagonista

estelar.

Colocó su mano sobre el pecho de Clyde, empujándole ligeramente contra la puerta cerrada. La dejó allí durante un instante, percibiendo bajo su palma aquel rítmico y apenas perceptible movimiento que indicaba que Clyde solo interpretaba su papel.

—Ya no puedes engañarme, Clyde Bransow —le dijo sin apartar la mirada de sus ojos, tan negros como la noche que caía despacio sobre ellos en el exterior de la casa—. Sé que tienes un corazón. Puedo escucharlo, ahí adentro... tal vez donde Carrie lo sepultó un buen día. Pero no me conoces en absoluto si piensas que voy a rendirme con facilidad. Hicimos un trato, ¿recuerdas? Yo era muy feliz con mi aburrida vida sin sobresaltos y sin emoción. Pero apareciste tú. Me arrasaste por completo. Compartiste conmigo tu estrella de los besos y tu familia y dijiste que convertiríamos esta casa en un verdadero hogar. Como amigos, como amantes... No dejaré que tu orgullo lo estropee. Uno de los dos tiene que ser razonable y ya veo que no estás en tu mejor momento, Clyde.

—¿Te atreves a darme lecciones dadas las circunstancias? —Él controlaba con dificultad su ira. Apresó la mano femenina y la dejó caer a un lado con brusquedad. En su interior, lo que de verdad deseaba era tragarse su vanidad y bendecirla por haber vuelto. Pero temía que si demostraba cuánto la necesitaba, estaría perdido para siempre—. Adiós, Lane.

Ella se puso de puntillas para depositar un beso lleno de ternura en los labios de su marido.

Por su parte, Clyde mantuvo los labios apretados, luchando contra el loco deseo de enredar su lengua en la de ella y beberla entera hasta agotarla.

Cuando Lane se apartó, dándose al final por vencida ante el hecho evidente de que su marido tenía una hermosa pero dura cabeza, vio que la frente de Clyde estaba cubierta de un leve sudor. Sonrió y acercó sus labios al oído del hombre, susurrando una frase que hizo que él se estremeciera de placer y agonía.

Le había dicho que quería que su mariposa le concediera de una maldita vez su maldito deseo. Era propio de McCrane aquel optimismo a pesar de su irritación. Clyde la vio marchar y apretó los puños para reprimir el impulso de seguirla.

\*\*\*\*\*

Y sin decir una palabra, Lane había sostenido su bolsa de viaje y con actitud muy digna, había subido a la camioneta.

Eso había sido hacía solo unas horas. Era imposible que se sintiera más ruin de lo que ya se sentía. Los sentimientos hacia ella eran tan contradictorios y hacían tanto daño que había decidido tomarse un respiro para contemplar la noche sentado en su mecedora favorita.

La noche caía lentamente sobre él y no se inmutó cuando su viejo amigo *Lobo que aulla a la luna*, decidió acompañarle. Perfecto. Las noticias corrían en Juanita, algo no había cambiado aunque él nunca sería el mismo. Le lanzó una lata de cerveza que alcanzó en el aire. *Lobo* la bebió en silencio. Mal asunto. Eso solo significaba que alguien más creía que era una rata despreciable por el modo en que había tratado a Lane.

—He oído que tu esposa ha vuelto.

—Qué bien. Parece que era un secreto a voces que me había abandonado —comentó con una ironía que solo ocultaba su vergüenza—. Supongo que se hacían apuestas sobre si regresaba o no, ¿me equivoco?

—¿Por qué piensas eso, hermano? ¿Acaso has hecho algo para que tu mujer no quiera volver? —La pregunta estaba hecha con suspicacia y Clyde levantó el ala de su sombrero para mirar al hombre que la hacía.

—Ella fue a reunirse con su antiguo novio, Bill —replicó—. Me parece que si alguien ha hecho algo malo, ese no soy yo.

—Claro. Mi pobre hermano inocente —se burló *Lobo*, para después colocar una expresión muy seria en su rostro. Dejó la lata vacía en el suelo y le miró—. Siempre te he respetado, Clyde. Pero hoy, tengo que decir que me avergüenzo de ser tu hermano de sangre.

—Estupendo. —Clyde lanzó una carcajada amarga—. Mi mujer se larga a pasar unos días con su ex amante y mi medio hermano, que solo es medio indio, reniega de nuestro pacto de sangre. Gracias, amigo. Era lo que necesitaba, una buena dosis de comprensión.

—Solo trato de ayudarte, hermano.

—Gracias. Muchas gracias, de veras. ¿Por qué no pruebas a trillarme los testículos con la puerta? —Señaló la puerta con sarcasmo y añadió—: El efecto sería el mismo, créeme. Y además... Pensaba que Lane no te caía bien. Recuerda cómo te pusiste con ella por aquel asunto de la escuela.

—Deberías prestar más atención a las señales y no juzgar las apariencias —le recriminó, apurando con lentitud su trago—. Te sorprenderá saber que Amelia ha incluido unas clases sobre cultura popular india en el proyecto escolar del próximo curso. Y todo gracias a Lane, tu perversa, egoísta y adúltera mujer blanca.

Estaba claro que su amigo se burlaba deliberadamente.

—Es suficiente por hoy.

Clyde estaba a punto de levantarse y emborracharse en la casa, pero Bill le retuvo, colocando una mano enorme en su hombro.

—¿Te marchas porque no puedes soportar que tu hermano te diga lo que no quieres oír? —le preguntó Bill sin apartar la mirada de él.

—No, Bill. Me marcho porque no puedo soportar la idea de que ella haya preferido estar un solo minuto junto a ese... ese... —Hasta el nombre de aquel tipo se le atragantaba en la garganta—. ¡Al Diablo! Me marcho porque aún tengo tres botellas de *whisky* en la despensa. Con suerte, estaré borracho antes de que amanezca.

—¿Y crees que eso lo solucionará todo? ¿Crees que una borrachera lo solucionará todo y hará que ella vuelva a ti?

Clyde tomó aire con pesadez. No lo sabía. Ya no sabía nada, excepto que una mañana de esa misma semana, había despertado y Lane no estaba allí. La sensación de vacío le había ahogado enseguida y había necesitado refrescarse la cara un par de veces para comprender que no se trataba de una pesadilla.

Y si eso era solo cuando desaparecía un par de días, ¿qué sucedería cuando Lane decidiera que ya no estaba interesada en aquel matrimonio de conveniencia? No podía pensar en ello sin que le recorriera un escalofrío. Debía alejarse de ella si es que Lane no podía amarle. Que se fuera con su profesor, a otro lugar, lejos de allí, de Juanita, de Ben, de él... Aunque se llevara con ella su corazón y su alma. Prefería ser un hombre sin corazón y sin alma antes que retenerla sabiendo que nunca lograría su amor.

—Al Diablo, Bill. Lo que tenga que ser, será —dijo, pero su voz no sonaba demasiado convincente.

—Bien. Entonces, deberías saber que hay algunas cosas que ya no «serán» gracias a Lane.

Clyde dio media vuelta al escucharle. Bill ocultaba una expresión de satisfacción que no le gustaba un pelo a Clyde.

—¿Qué quieres decir?

—Que, por ejemplo, ya no será posible que el banco embargue tu casa. Aunque si quieres más detalles, tendrás que pedirselos al señor Becker. Ahora tengo que irme, hermano. Tengo una mujer y un hijo que me esperan —le recordó, metiendo aún más el dedo en la llaga sangrante del pecho de Clyde.

—¿Qué tiene que ver Harold Becker con mi mujer? —¿Qué pasaba con Bill? ¿No se suponía que era su mejor amigo, su hermano de sangre? ¿Por qué se empeñaba en sembrar más dudas en su mente? ¿No se daba cuenta de que Clyde ya estaba lo bastante confuso?

—No está interesada en él, si es lo que temes. —Bill caminó hacia su viejo coche—. Hazte un favor, Clyde. Dile a tu hermosa mujer blanca cuánto la quieres.

—¿Que le diga que la quiero? —inquirió Clyde, sin entender una sola palabra—. Debes de estar bromeando. Acabo de echarla de casa.

—No le hagas preguntas, solo confía en ella, Clyde... Y dile que la quieres. Ella ya es tuya, solo tienes que ir a buscarla.

Clyde no dijo nada.

En ocasiones, su hermano *Lobo* era más sabio que muchos filósofos. Pero se veía que no entendía nada de mujeres. En especial, no entendía nada de las mujeres como Lane. Ella no era ninguna jovencita alocada, sino una verdadera mujer. De las que uno solo tiene oportunidad de conocer una vez en la vida. De las que te rompen el corazón cuando se van.

—No conoces a Lane. Me matará si solo intento acercarme a medio metro —insistió Clyde.

—No lo hará. Te ama. Desconozco las razones, porque eres un auténtico idiota, hermano. Pero es así.

Clyde aceptó de buen grado el piropo. Era bueno que cuando uno se sentía como una rata despreciable, alguien tuviera el detalle de machacarte moralmente. Para eso estaban los amigos.

\*\*\*\*\*

No había sido fácil arrancar una confesión al banquero Becker. Sobre todo después de que se presentara en su enorme casa de enorme jardín y amenazara con soltar sus caballos si no salía de inmediato.

Sorpresa número uno. El pobre hombre no comprendía por qué Clyde Bransow estaba fuera de sí cuando su bonita mujercita había sido tan amable de saldar su deuda con el banco y liberar el rancho de la hipoteca.

Clyde había tenido que tragarse la lengua antes de maldecir y gritarle a aquel viejo avaro dónde podía meterse su ofrecimiento de «cuando vuelvas a necesitarlo, Clyde, ya sabes dónde estamos». La rabia le comía por dentro en la misma proporción que le aplastaba el peso de la conciencia. Así que de eso se trataba. Lane había visto a Michael para cobrar su parte del dinero del apartamento. Solo eso.

Ahora lo veía todo claro. El modo en que ella se había despedido, como si fuera a dar un inocente paseo. Y es que era eso. Un inocente paseo para salvar el cuello de su insensible, estúpido, miserable y abyecto marido. De pronto, le pareció que se quedaba corto si buscaba adjetivos que le descalificaran.

Pero como bien había dicho Bill, ella era suya, por más que Lane no quisiera verle en los restos. Lobo había dicho que Lane le amaba. ¿Y si era cierto? ¿Y si era posible que ella pudiera amarle, a pesar de su mal carácter, de su tozudez, de su ceguera y de todos sus innumerables defectos? No la merecía, estaba muy claro. Pero debía intentar arreglar las cosas. Por Ben... Qué bien se le daba mentir y fingir que era un tipo duro, pensó.

Las rodillas le temblaban de nervios. Siguiendo los consejos de su hermano y guiado por el valor que le había infundido ingerir la primera botella de *whisky*, Clyde se encontraba a las dos de la madrugada aporreando la puerta de Patty Sims. Como su reputación siempre había sido peor que mala, no le importó que algunos de sus vecinos se asomasen a sus bonitas ventanas blancas para contemplar cómo la buena de Patty le cerraba la puerta en las narices.

Insistió varias veces, golpeando con más fuerza al escuchar los pasos nerviosos de Patty al otro lado. Para su sorpresa, la educada Patty no sonrió ni le saludó con su habitual amabilidad después de abrir y descubrirle en la puerta.

Clyde sintió que los tímpanos le retumbaban al recibir la sonora bofetada. Patty sacudió la mano en el aire, como si le hubiera dolido más a ella, pero le miró con expresión satisfecha.

—He querido hacer esto desde que metiste aquel ratón en mi maletín en cuarto curso, Clyde Bransow —le dijo, apuntándole con el dedo—. Y ahora, lárgate de mi vista. Aquí no hay nada para ti, ¿comprendes?

Clyde se acarió el mentón enrojecido. Vaya con Patty... Aún no se había recuperado de la sorpresa, cuando otros cinco dedos, esta vez más grandes, se estrellaron de nuevo contra su mejilla.

Sacudió la cabeza, aturdido, clavando los ojos muy abiertos en la mujer que le había vapuleado.

—¿Rosita...? —preguntó, sin dar crédito a lo que había hecho la mujer que era como su madre—. Pero... ¿qué estás haciendo aquí? ¿Ben...?

—Está muy bien. Nube Blanca cuida de él. Pero tú, pedazo de alcornoque... ¿Cómo pudiste tratar a nuestra Lane de esa manera? Mereces que te dé una buena tunda solo por hacerla llorar.

—Está bien, ¿alguien más quiere vapulearme antes de dejarme hablar?

Clyde se dijo que había sido un error preguntar. Como llovida del cielo, la tercera bofetada le cayó en pleno rostro sin piedad. Patty y Rosita se apartaron de la puerta para dejar que Lane se despachara a gusto. Ella se frotó la palma de la mano contra los pantalones y le dio otra bofetada de propina, más fuerte que la anterior.

—Ahora puedes hablar —murmuró con voz neutra. Clyde deslizó la mirada hacia las otras mujeres.

—¿Podría ser en privado?

—Podría, de no ser porque te has comportado como un patán miserable sin sentimientos. Por lo tanto, la respuesta es no —zanjó Lane, y añadió con saña—. Si vas a disculparte, prefiero que lo hagas con público, que sea humillante para ti y que te muestres muy, muy arrepentido.

—Ya veo que no has cambiado nada —observó con sarcasmo—. Mi dulce y sensible mujercita.

Lane se estremeció al sentir la mirada de Clyde recorriéndola. Se cerró el camisón que Patty le había prestado hasta el cuello. Pero aun así, sintió como si estuviera desnuda frente a él.

—Está bien. Lo siento —soltó sin parecer demasiado convincente.

—No te equivoques, Clyde. Esto no es un «arrástrate y te perdono».

—¿Ah, no? ¿Y qué es, entonces?

—Solo «arrástrate». Ya veremos qué pasa luego.

Clyde se aproximó a ella lo que pudo, que no era mucho, y a que aquellos dos feroces perros guardianes disfrazados de inofensivas mujeres se habían colocado una a cada lado de Lane.

—Solos. Tú y yo. Sin violencia. —Y le susurró al oído en tono cómico—: Y, por favor, que alguien me lea mis derechos antes de ejecutarme, querida.

Lane creyó percibir cierto toque de diversión en las palabras de Clyde.

A pesar del resentimiento y la decepción que le habían causado sus palabras anteriores, sintió deseos de abrazarle y de acabar con aquello cuanto antes. ¿A quién pretendía engañar? Llevaba tres horas llorando sin parar, rezando porque Clyde recapacitara y descubriera cuánto amor verdadero podía ofrecerle alguien como ella. Sí, amor verdadero. Tal vez no era la reina de nada, ni brillaría en los desfiles que no presidiría jamás. Tal vez nunca pudiera ocupar el lugar de Carrie en el corazón de Clyde. Pero le amaba más de lo que era posible amar a otra persona.

Hizo un gesto a las dos mujeres y a regañadientes, estas se metieron en la cocina. Lane empujó a Clyde al porche y cerró la puerta a sus espaldas. Clavó los ojos en su hombre. Su hombre. Qué bien sonaba. Porque así es como lo sentía. Al infierno con la hermosa Carrie de quien ya solo podían tener recuerdos. Ella era real y le amaba. Y adoraba a Ben. Ellos eran su familia. Trató de contener las lágrimas al comprender que un tipo como Clyde solo podía ir en su busca por un motivo. También la quería, aunque fuera su manera. Los hombres como él no hacían el ridículo a las dos de la madrugada por una mujer. Los hombres como Clyde solo tomaban a la mujer y la devolvían a su sitio, es decir, junto a él.

—Lo siento.

Lane parpadeó al escuchar su disculpa. ¿Eran imaginaciones tuyas o la voz de Clyde sonaba nerviosa e insegura esta vez?

—¿Sientes haber cerrado tu puerta para mí? —inquirió, fingiendo que sus disculpas la dejaban impasible.

—Siento haberme portado como un idiota.

—¿En qué ocasión, Clyde?

El exhaló un hondo suspiro y Lane percibió el ligero aroma del *whisky* mezclado con su colonia. ¡Ojalá no le resultara tan difícil odiarle! En realidad, deseaba perdonarle cuanto antes. No soportaba ver como el mundo de Clyde se tambaleaba por su culpa. No le hacía bien.

Ella había descubierto que su vida estaba llena, desde que Clyde la invitara a formar parte de su hogar, de multitud de pequeñas cosas que la hacían feliz. Quería que todo continuara así. Por una vez, quería que nada lo estropeará. Por una vez, quería quedarse y saber lo que se sentía al estar rodeada de personas que te aman y te necesitan. Pestañeó repetidamente al notar que las malditas lágrimas no querían marcharse.

—Tratándose de ti, en todas. No sé por qué, siempre acabo fastidiando las cosas, ¿no te parece? —También él parecía triste y por un momento, Lane supo que Clyde no estaba allí a pesar de su poderosa presencia física.

Supo que había llegado el momento de poner algunas cartas sobre la mesa y se prometió que después de aquel día, si él se lo pedía, jamás volvería a hablarle de aquel tema.

—¿Lo fastidiaste con Carrie? ¿Es eso lo que quieres decir? —se atrevió a preguntarlo y le asaltó un fuerte impulso de acariciar su mentón cuando este se contrajo por el dolor de los recuerdos.

—No podrías entenderlo. —Clyde se mesó el cabello, cansado y herido por las imágenes del pasado que tanto había evitado. Pero no quería guardar más silencio. La miró. Era tan fácil hablar con ella...

—Inténtalo, Clyde —le instó a seguir.

—Ella... Carrie... Demonios... Tenías que haberla conocido. Era la chica más bonita de todo el Estado. Y la más caprichosa. La hermosa y caprichosa Carrie.

Clyde repitió el nombre como si le quemara en los labios y una punzada de celos atravesó el pecho de Lane por un momento. Tenía que mostrarse fuerte y serena si quería servirle de apoyo. Y quería... Dios, cómo lo quería.

Clyde hizo una pausa y sacudió la cabeza antes de volver a mirarla. Sus ojos brillaban con intensidad.

—Fue culpa mía que no fuera feliz, ¿sabes? No era para mí, para nadie en realidad... Fue culpa mía que muriese. Nunca supe darle las cosas que ella deseaba. Y cuando al fin le di algo que creí que nos uniría... Solo conseguí empujarla aún más hacia su final.

—¿Ben?

—Ben —asintió Clyde, apesadumbrado—. Nunca lo quiso. Me odiaba por desear ese hijo y se odiaba por haberlo concebido. Odiaba su vida, nuestra vida... Ella no podía respirar aquí y yo, estúpido de mí, también comencé a odiarla por ello. Y entonces, fue cuando ocurrió...

—El accidente —concluyó por él, tomando su mano con ternura para infundirle todo su amor e invitarle a que arrancara de una vez por todas aquel dolor de su corazón.

—Sí. Carrie estaba fuera de sí. Dijo cosas horribles. Dijo... Ella... —Clyde tragó saliva y notó como se le formaba un pesado nudo en la garganta—. Dijo que me despreciaba, a mí y al parásito que se alimentaba en su interior. No lo quería, Lane. Creo que en el fondo, no podía querer a nadie que no fuera ella misma.

—¿Te culpas porque Carrie cometió una imprudencia y dejó que Ben creciera sin su madre? —le preguntó, maravillada porque su marido descubría una sensibilidad hasta ahora desconocida para ella.

—En parte —reconoció y la miró con fijeza. Lane tembló ante la intensidad de aquella mirada. Había algo en los ojos de Clyde que no había reconocido antes. Un brillo de emoción que la llenaba de nuevos anhelos y esperanzas—. Sobre todo, me culpó de no haberla amado. De haberla arrastrado a una vida que no deseaba por puro egoísmo.

—¿Cómo puedes decir que no la amabas? —Lane se mordió los labios, superando la sensación de malestar que le provocaba pensar en ello—. Le diste un hogar. Te casaste con ella, Clyde. Era tu hermosa Reina del Festival de Otoño.

—Era un rostro bonito y nada más. Carrie representaba todo lo que un tipo como yo nunca podría tener. Y por ese motivo, porque no podía, quise tenerla. Y la tuve, McCrane. Pero, ¿a qué precio? Te lo diré. De repente, la preciosa Carrie se convirtió en la furiosa e incontrolable Carrie. La chica que amaba las fiestas ni siquiera podía soportar que asistiéramos a las reuniones cogidos de la mano. Me avergonzaba, me humillaba delante de todos, me hacía sentir torpe solo para divertirse. Pero lo peor no fue eso. Lo peor es que no dejaba de repetir que jamás criaría a un paleta hijo mío, que se desharía antes de él que permitir que naciera...

—Clyde, basta.

—No, tengo que decirlo. Que Dios me perdone... Pero esas veces, cerraba los ojos y deseaba que le pasara algo malo... Y así fue.

—No fue culpa tuya...

—No supe amarla —la cortó—. Y ella lo sabía.

—¿Cómo sabes que no la amabas?

—¿Qué cómo lo sé? —Clyde esbozó una sonrisa amarga—. McCrane... Después de conocer a la verdadera Carrie, solo podía pensar en el modo de deshacerme de ella, de romper aquel matrimonio que solo era un error para ambos. Sé que fui un miserable por pensarlo y muchas veces estuve a punto de decírselo. Pero llegados a un punto, cuando descubrió que estaba embarazada, supe que no era necesario. Lo sabía. Siempre lo supo. Tampoco ella me amaba, pero se cortaría la lengua antes de reconocer que yo la abandonaba. Así que me limité a dejar pasar el tiempo. Esperaba que cuando Ben naciera, ella cambiaría... Que los dos cambiaríamos.

—Si pudiste aguantar esa situación, Clyde, es porque de algún modo la amabas. No debes sentirte mal porque no fuera de la forma que ella necesitaba. A veces, no somos capaces de darle al otro todo lo que merece y otras... Otras veces resulta que el otro ni siquiera merece un poquito y se lo damos todo. Esa es la gran paradoja del amor, Clyde, no lo conviertas en tu dilema exclusivo —le animó y de nuevo, Clyde rio con sequedad.

—McCrane, eso es lo que me gusta de ti... Me convertirías en un santo aunque fuera una asesino en serie, ¿no es cierto?

Ella encogió los hombros con fingida indiferencia.

—Prefiero ver el vaso medio lleno antes que medio vacío —le corrigió con la mirada iluminada, añadiendo—: Aunque, para ser te sincera, prefiero pensar que lo del asesino en serie solo es una broma.

—¿Y todavía me preguntas si amé a Carrie? —Clyde deslizó su dedo índice, encallecido por el trabajo, bajo la barbilla de Lane. La levantó lentamente para obligarla a mirarle a los ojos—. Te lo diré más claro, McCrane. Nunca supe lo que era amar hasta que llegaste a mi vida.

Lane contuvo el aliento, incapaz de decir una sola palabra. Quizá había escuchado mal o quizá su subconsciente deseaba tanto que fuera cierto, que ya comenzaba a inventar cosas para amortiguar su tristeza.

Clyde recorrió con su dedo las facciones de Lane, despacio, con los ojos cerrados, como si quisiera memorizarlas y guardarlas en algún lugar de su cerebro para siempre.

Al abrir los ojos, Lane percibió algo especial en ellos. Su corazón se aceleró hasta que creyó que iba a salirsele del pecho.

—No sé cómo sucedió... —Clyde dejó que su mano se cerrara con delicadeza alrededor de su cuello—. Primero, recibí aquella espantosa nota. Recuerdo que pensé: «Demonios, Clyde, tendrás que enseñarle modales a esa maestrilla sabelotodo». Estaba dispuesto a hacerlo, darte una buena lección. Después, te vi. Tan serena y sensata. Plenamente satisfecha porque habías tenido el valor de poner al cascarrabias Bransow en su sitio. Tan hermosa que daban ganas de hacerte el amor allí mismo. Y por último, estaba Ben. Le defendiste incluso de mí mismo. Me abriste los ojos y me rompiste el corazón. Y cuando te vi acunarlo en tus brazos y él te regaló sus

piedras más queridas... Fue letal. Me mató comprender que tenía un hijo al que no conocía, al que tal vez culpaba de los errores que Carrie y yo cometimos. Y entonces, como si los ángeles se hubieran puesto de mi parte, aceptaste casarte conmigo. No podía creer en mi buena suerte. Te tenía y eras perfecta para Ben. Eras perfecta para todos... incluso para mí, aunque me negase a reconocerlo. Ya no podía esperar a regresar a casa por las noches. Me animaba saber que te encontraría allí. Queriendo a Ben, horneando galletas, haciendo que cualquier detalle cotidiano fuera un hermoso acontecimiento, convirtiendo nuestra casa en un auténtico hogar. Desinteresadamente, noblemente, lealmente... Y un buen día, desperté y te miré mientras dormías. Te juro que me emocioné y eso dice mucho tratándose de un tipo como yo, ¿no crees? Comprendí que quería tenerte de otro modo. Quería tener más de ti. En todos los sentidos... Me volví loco de pensar que preferías a ese antiguo novio tuyo. Quise matarle... Lo habría hecho si no se hubiera largado de aquí y si no hubiera descubierto por nuestro banquero local que solo querías echarme una mano. Soy un idiota, lo sé. Pero, ¿qué puedo hacer si mi esposa hace que el mundo tiemble bajo mis pies? Porque yo... McCrane, yo...

—Clyde Bransow... ¿Estás intentando decirme algo?

El apretó su viejo sombrero entre las manos y lo retorció con fuerza.

—Maldita sea, McCrane... No regresarás simplemente a casa, ¿no es así? —Quería mostrarse enfadado, pero era inútil que fingiera. Lane podía ver el amor reflejado en sus pupilas y sabía que Clyde estaba deseando demostrárselo vivamente—. Le dije a *Lobo* que no sería tan fácil... No conoce a mi cabezota esposa rostro pálido.

—¿Bransow?

Ella no se rendía. Nunca lo hacía, ¿acaso no la conocía ya lo bastante para saber eso? La amó doblemente por su espíritu de lucha.

—Demonios...

Pero no lo dijo. Solo la atrajo hacia su pecho y la besó apasionadamente. Lane pensó que se desmayaría solo por el placer de ver cómo la recogía entre sus fuertes brazos. Arqueó la espalda un poco para recibir la lluvia de besos en el rostro, en la garganta... Un escalofrío la recorrió y Clyde la apartó con lentitud, creyendo que era a causa del frío. Se despojó de inmediato de su cazadora vaquera y le cubrió los hombros con ella.

—Querida Julieta. Te ves preciosa semidesnuda a la luz de la luna —bromeó—. Pero no dejaré que pilles una pulmonía, aunque tenga que soportar que esas dos brujas me den una paliza ahí adentro.

Clyde empujó la puerta y no se sorprendió al encontrar a las dos mujeres que mencionaba con la oreja pegada a la hoja. Ambas fingieron que no habían escuchado una palabra, pero por sus expresiones, Lane supo que no era así. Clyde las miró a su vez con gesto divertido y feliz.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto? —Se dirigió a ambas—. ¿Estoy indultado, señoras?

Rosita se cubrió las mejillas y lanzó un hondo suspiro al tiempo que canturreaba algo embobada.

—Ay, Clyde... —le dijo por fin, palmeándole con fuerza el cachete.

Vaya, pensó Clyde, era una buena señal que aquellas mujeres no quisieran molerle a palos en esta ocasión. Rosita reía, abrazada a Patty Sims.

—Fíjate bien en nuestro Clyde... ¡Si está hecho un donjuán!

Clyde frunció el ceño. Sabía muy bien que aquella declaración en toda regla había sido absorbida por las dos espías como agua en el interior de una esponja. En menos de una hora, todo Juanita haría chistes sobre como el duro Clyde Bransow había caído en las redes de la astuta maestra. Pero no le importó en realidad. Se perdió en la profundidad de los ojos de Lane.

—McCrane... —Ella sonrió y Clyde sintió como si el cielo se abriera sobre su cabeza. Acercó los labios al oído de ella para evitar escuchas indeseadas—. Prométeme que esto pasará pronto. Prométeme que volveré a ser el tipo grosero de siempre y tú el azote de mi ego de vaquero.

Lane acarició su cara con la punta de los dedos.

—Nunca, Clyde. Ya lo sabes —respondió con total sinceridad y le escuchó maldecir para después reír quedamente.

Atrapó la boca de su mujer con verdadero placer, no sin antes mirar a Rosita y Patty con expresión de júbilo.

—Si nos disculpan, señoras...

Y cubrió su rostro y el de Lane con su polvoriento sombrero para disfrutar enteramente de aquellos labios.

—Papá... Dice mamá que vayas inmediatamente a cenar o que... —Ben se dio media vuelta, se alejó de la verja que Clyde intentaba reparar y corrió hacia la puerta de la casa para encontrarse con Lane. Clyde observó con orgullo cómo ella se inclinaba sobre su hijo para decirle algo al oído. Al momento, Ben regresó junto a la verja y casi sin resuello, le dirigió una radiante sonrisa. Al parecer, no había logrado recordar el mensaje completo, pero por su expresión, Clyde adivinó que mamá le había refrescado la memoria—. O que... O que recojas ahora mismo tus cosas y te vayas a dormir con los caballos.

—¿Eso ha dicho tu madre? —Clyde vio cómo ella le hacía un gesto encantador con la mano y se contuvo para no dejar plantado a Ben allí mismo y volar hasta ella.

Muchas veces, cuando la miraba, le sucedía que el resto del mundo desaparecía y solo podía verla a ella. McCrane. Se limpió el sudor de la frente con un pañuelo y agarró los pequeños dedos de Ben, sintiendo que le embargaba de nuevo la emoción.

Sucedía a menudo últimamente. Sentía deseos de llorar, de arrodillarse y rezar para dar gracias por todo cuanto tenía. Se estaba volviendo un sentimental. Y lo peor era que le gustaba.

—Vamos, hijo. Tendremos que enseñarle modales a mamá, ¿no crees?

Pero al reunirse con ella en la puerta, cambió de parecer. Ella no dijo nada. Tomó la mano libre de Ben y ambos le condujeron en silencio hasta la cocina. Lane le entregó con cuidado unos cubiertos y le pidió que los llevara a la mesa del comedor.

—Tranquila, mamá, no los dejaré caer —aseguró Ben, poniendo voz de hombretón. Lane sonrió.

—Lo sé, cariño. Eres mi héroe.

Clyde esperó a que Ben saliera de la cocina y entonces, aprovechó la ocasión para arrinconarla contra la mesa, colocando los brazos alrededor de su cuerpo. Eso sí, con mucho cuidado, porque la cintura de Lane ya no era lo que era.

—Ya está hecho —Lo susurró al oído de su mujer, aprovechando para disfrutar de aquella deliciosa mezcla de aromas que desprendía su piel—. Como ordenaste, Candance ha sido definitivamente indultada. Abe no se lo creía cuando la recogió esta mañana para llevarla al criadero. Dice que para ser una yegua de quince años, tiene la salud de un potrero joven y que hay un par de sementales listos para montarla en cuanto se adapte. Ya lo ves, he sido el chico obediente. No merezco este trato, en serio... dándome órdenes y enviándome a mi propio hijo de emisario... Creo que tendríamos que revisar algunos puntos de nuestro contrato, McCrane.

Se burlaba, restregando su nariz de forma juguetona contra la mejilla de Lane.

—Has hecho lo que debías. —Lane le buscó la mirada y sintió un profundo alivio al percibir que los ojos de Clyde reflejaban infinita serenidad. Añadió con dulzura —: Y no te lo ordené, Clyde... te lo sugerí. Y como eres un buen hombre y en el fondo, no querías hacerle daño a ese animal, decidiste lo correcto. Candance tendrá un hogar y yo me siento muy orgullosa del gran corazón de mi esposo indio. Claro que eso no te disculpa por llegar tarde a la cena, así que aún tendremos que mejorar algunas cosas contigo.

—McCrane... —arrastró su nombre sobre la suave piel de su garganta y ella le rodeó la cabeza con las manos, encantada de sentirse atrapada—. ¿Crees que porque has engordado como un globo y llevas ahí adentro a mi hijo, voy a tolerar todo tipo de actitudes rebeldes?

—Por supuesto que no, señor Bransow. —Le besó fugazmente en los labios.

—Bien. Me gusta que tengas claro quién lleva los pantalones en esta casa —advirtió de buen humor.

—Claro, cariño, aunque... Solo deja que te aclare un pequeño detalle. —Le miró fijamente y dejó que la enorme mano de Clyde descansara sobre su abultado vientre—. No es tu hijo, sino tu hija. El médico lo ha confirmado esta mañana. Me temo que perdiste tu apuesta con tu hermano de sangre.

El fingió que no sabía a qué se refería, pero Lane le tiró del pelo suavemente.

—No te hagas el inocente, Clyde Bransow. Sabes muy bien de lo que hablo. —Le besó otra vez—. Le dijiste a Bill Pearson que rezabas cada noche para que fuera un chico. Pude oírlo todo a través de la ventana. Y añadiste que no sabrías cómo lidiar con otra «rostró pálido» cabezota como yo. Niégalo si te atreves.

—Está bien. Lo confieso. —Mordisqueó el labio inferior de ella, distraído—. ¿Seguro que es una niña? Los médicos pueden equivocarse...

—Clyde...

—De acuerdo... Diablos, Lane. —La abrazó con fuerza—. Me aterra pensar que se parezca a ti, ¿lo sabes?

—Tonto...

—Lo digo en serio. No quiero pasarme la vejez rompiéndoles la nariz a todos los muchachos de Juanita que quieran cortejarla.

—Pobre Clyde —se burló y rodeó la nuca del hombre con sus dedos un poco manchados de chocolate—. Anda, ve con Ben y dale la buena noticia.

Clyde se apartó de ella a regañadientes. Sentó a Ben sobre sus rodillas y puso cara de «vamos a tener una conversación de hombre a hombre». A Lane siempre le hacía mucha gracia aquel momento. En especial, cuando Ben le dejaba solo porque empezaban sus dibujos animados favoritos.

—Escúchame bien, hijo —comenzó con tono serio y Ben imitó su gesto—. Ha habido algunos cambios.

—¿Cambios, papá?

Clyde asintió, reprimiendo el impulso de abrazar a su hijo hasta fundirlo contra él. Ben era un niño muy despierto para su edad.

—Eso he dicho, Ben. Al parecer, mamá ha decidido que esta vez sacará una nenita de su enorme barriga —informó, aclarándose la voz para evitar que esta se quebrase de alegría.

—¡Caracoles! Una nena... —Ben lo meditó unos segundos—. ¿Eso es malo, papá?

—No, hijo. Al contrario. Es muy bueno. No tendrás que compartir con ella tu colección de vaqueros ni tus cromos. Pero a cambio, tendrás que cuidar de ella siempre. Y quererla y protegerla... —bajó la voz un poco para que Lane no le oyera—. Y si alguna vez, alguien intenta propasarse con ella, romperle la nariz de un puñetazo.

—Vale. —Ben no parecía en absoluto desilusionado.

—Y hay algo más, hijo. Cuando mamá haya sacado a tu hermana de su barriga y haya pasado algún tiempo, tendremos que pasar al plan B.

—¿El plan B? —Ben se rascó la coronilla sin comprender.

—El plan B. Tienes que ser muy pesado con mamá y repetirle muchas veces que quieres un hermanito con quien jugar. —Sonrió entre dientes y observó a Lane de reojo. Si aquella maestrilla creía que iba a salirse con la suya y llenar su casa de mujeres marimandonas, es que iba lista—. Vamos a necesitar refuerzos si queremos sobrevivir a esto, hijo mío.

Lane le palmeó la espalda al acercarse a ellos con una gran fuente de ensalada.

—Deja de conspirar, vaquero. Y ve a por las patatas y los bistecs —ordenó, conteniendo una carcajada.

—Caracoles, mamá... —Lane quería comerse a Ben cuando él decía aquella palabra—. No deberías comer tanto. Mira lo que te pasó cuando te comiste por error a mi hermanita.

Lane miró a Clyde con falsa seriedad.

—Clyde Bransow, te dije que no le contaras a nuestro hijo historias tontas sobre «ya sabes qué».

Él encogió los hombros.

—Tú eres su maestra. Yo solo soy su pobre padre bruto, inmaduro y paleta. —La sentó sobre sus rodillas en cuanto Ben saltó de ellas para ir en busca del resto de



la cena. Imitó el tono de ella—. Pero prometo ofrecerle una larga charla educativa sobre «ya sabes qué». Con una condición...

Lane conocía muy bien aquella mirada hambrienta.

—Clyde, no te daré más lecciones sobre esa materia —replicó, jugueteando sin querer con los botones de la camisa de él.

—¿Estás segura? —Clyde la besó con intensidad. Después de unos segundos, Ben irrumpió otra vez en el comedor y se separaron a regañadientes. La miró con las pupilas encendidas de deseo y le susurró al oído—. Me encanta que seas mi maestra, McCrane... En todo.

Y Lane supo que él lo decía de corazón. Y que sin duda, los dos tomarían más lecciones que les convertirían en expertos en amar. Le dio una pequeña propina, respondiendo con otro beso apasionado que dejó a Clyde sin aliento.

—Si prometes ser buen alumno, señor Bransow, te dejaré que elijas un nombre para tu hija —murmuró contra su boca.

—¿Crees que no sé que ya lo has escogido y que no tengo nada que hacer al respecto? —La amó aún más al leer la respuesta en los ojos de ella—. Te quiero más que a mi vida, McCrane. Y sí... Carrie me parece un nombre perfecto.

Lane se abrazó a él, emocionada porque, como en los cuentos de hadas, también en la vida cotidiana sucedía el milagro. Y algunas veces, todos merecían una segunda oportunidad. Incluso aquellos que estaban muy lejos.

Clyde le susurró algo al oído y Lane rio quedamente. Había dicho que le concedería cada deseo y que dedicaría a ello el resto de su vida. Clyde era su *K'aalógi*, su mariposa de los deseos. Pero no le haría trabajar demasiado en aquella empresa, porque, en realidad, Clyde representaba todo cuanto ella deseaba.

—Te amo, Clyde Bransow.

—Entonces, bésame de una vez, señorita Pepinillo. Nuestro hijo está a punto de interrumpirnos para decirnos que se muere de hambre.

Lane le obedeció... solo por esa vez.

Fin

## NOTA DE LA AUTORA

Los derechos de autor de este libro que se puedan generar para mí, he pensado que, lo mucho o lo poco que pueda ser, lo necesitan mucho más los niños en situación de pobreza que se benefician del Programa de Becas de Comedor de la ONG EDUCO.ORG, por lo que la cantidad que la Editorial me liquide cuando corresponda, será íntegramente donada a dicha ONG. Porque hay muchas clases de amor y muchas formas de demostrarlo, ese será nuestro pequeño granito de arena, para los niños, de parte de La señorita Pepinillo y K'aalógii... ¡Gracias!